

Hay sitios a los que nunca
debiste haber ido...

Thriller Erótico

NUVIANA

Vol 2

Stacy Westwood

Nuviana
Volumen 2

Stacy Westwood

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

Todos los nombres son marcas comerciales registradas o marcas comerciales de sus respectivos socios u otras compañías.

Copyright © 2017 por Felipe-Alejandro Ortega-Aguilar. All rights reserved. El autor ha escrito esta obra bajo el pseudónimo de Stacy Westwood.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del editor y autor.

Nuviana

Volumen 2

<https://www.facebook.com/FAOrtega.Author>

stacywestwood@gmail.com

Stacy Westwood

Primera Edición. 2017 – 1.5

Impreso en los Estados Unidos de América.

10 9 8 7 6 5 4 3 2 1 0

Front Cover: © Ivan Bliznetsov/iStock by Getty Images

Si me lo permitieras podría amarte más, así tu amor se torne en mi peor condena...

For you, Didi.

Thanks for shining, dancing and inspiring me and others with your unique happy soul. You will always be my hero inside and off the tennis court.

Para ti, Didi.

Gracias por brillar, bailar y ser una fuente de inspiración con esa maravillosa energía plasmada en tu alma. Siempre serás mi héroe dentro y fuera de la cancha de tenis.

.

Table of Contents

Prólogo

<u>Capítulo 1.....</u>	<u>Desvanecer</u>
<u>Capítulo 2.....</u>	<u>Abuso</u>
<u>Capítulo 3.....</u>	<u>Inseguridad</u>
<u>Capítulo 4.....</u>	<u>Reencuentro</u>
<u>Capítulo 5.....</u>	<u>Connoción</u>
<u>Capítulo 6.....</u>	<u>Estupor</u>
<u>Capítulo 7.....</u>	<u>Trastorno</u>
<u>Capítulo 8.....</u>	<u>Coartada</u>
<u>Capítulo 9.....</u>	<u>Estimulo</u>
<u>Capítulo 10.....</u>	<u>Imperfección</u>
<u>Capítulo 11.....</u>	<u>Miedo</u>
<u>Capítulo 12.....</u>	<u>Despedida</u>
<u>Capítulo 13.....</u>	<u>Revelación</u>
<u>Capítulo 14.....</u>	<u>Poder</u>
<u>Capítulo 15.....</u>	<u>Cautiverio</u>
<u>Capítulo 16.....</u>	<u>Condena</u>
<u>Capítulo 17.....</u>	<u>Iniciación</u>
<u>Capítulo 18.....</u>	<u>Compañía</u>
<u>Capítulo 19.....</u>	<u>Develación</u>

Fin Volumen 2

Prólogo

Entre la inconsciencia y la consciencia advierto un dolor persistente. Lo intento pero me es imposible abrir los ojos. El miedo de las tinieblas me estremece. Respiro frenéticamente tomando bocanadas de aire. Cada respiración duele, quema con el poco aire que jalo hacia mis pulmones ¿Es que me encuentro en el infierno?

Con dificultad logro abrir mis párpados. Mi vista es nublada. Intento reconocer el lugar donde me encuentro pero es inútil, a mi cerebro le falta claridad para sus funciones más básicas.

Transcurren minutos hasta que mis ojos logran fijarse en un objeto en mi vientre. Intento descifrar la imagen borrosa. Es un tubo de metal atravesando mi esternón. Más confuso aun, ver mi brazo doblado en diversos ángulos extraños.

Un equipo de atareados doctores se ocupa de mi estado. Debo tener la cabeza vendada porque no veo mi cabello cayendo sobre mis hombros.

Uno de los doctores tiene una sierra que activa haciendo que la cuchilla gire y la acerca hacia mí. Quiero pedirles que aleje esa herramienta, que no se atreva a tocarme ni un hueso, que no deseo que me amputen ninguna parte de mi cuerpo. No soy capaz de articular mi espanto en mis palabras, así que comienza a cortar.

Poco a poco el sentido del olfato se activa permitiéndome reconocer un olor a metal quemado. Han logrado cortar el tubo que me atraviesa para poder llevar a cabo una cirugía intentando salvarme la vida.

Colocan una máscara de oxígeno sobre nariz y boca. A los pocos segundos tengo las piernas adormecidas. Estoy a punto de regresar al estado inconsciente donde es imposible saber si han pasado minutos, horas, semanas o meses...

Mis sueños me llevan a pensar en algo muy personal, en esa relación mágica que se entabla entre padre e hija, mi única historia de amor perfecto que puedo relatar. Real, tierna, perfecta, sencilla y sin condiciones. El primer hombre en mi vida que se convirtió en el centro de emociones y atención al aportar la mirada masculina a mi vida.

Es verdad que no nos frecuentábamos mucho, pero el saber que estaba pendiente de mí sabiendo que era parte de este mundo me hacía feliz.

Extraño oír su voz, el cómo la regula cuando me habla develando su amor por mí. Echo de menos el

escuchar sus ocurrentes halagos remarcando lo guapa que me veo, infundiéndome seguridad. Sus divertidos comentarios sobre una falda que le parecía demasiado corta, para luego retractarse rápidamente diciendo que me veía genial dándose cuenta que ya no era una niña, sino que su pequeña, había florecido convirtiéndose en una mujer llena de anhelos por escribir su propia historia de amor. Ese sentimiento mágico capaz de cambiar toda nuestra existencia.

Mi sueño se termina. Lamentablemente mi estado de salud se deteriora arrastrándome a los límites entre la muerte y un estado de coma vegetativo.

Dicen que el inconsciente escucha, y el tierno beso de mi padre sobre mi frente estabilizó mis signos vitales a los pocos días. Había viajado desde Italia para ver la situación crítica en la que me encontraba en el hospital en Beverly Hills. Tras su visita, el coma dio muestras de recuperar un cierto grado de consciencia pasando a un traumatismo craneoencefálico moderado en la escala de Glasgow. Desafortunadamente él nunca se percató de ello.

El optimismo de los doctores duró poco cuando uno de ellos, por error, comentó en mi presencia que Flavio Balzaretto había fallecido de un infarto al miocardio. Mi papá dio por hecho que no sobreviviría el accidente y se dejó abrumar por la tristeza de ver a su hija exhalingando sus últimos suspiros acorralada por la muerte. En ese instante perdí a la única persona que acobijaba mi alma en este mundo.

Con su partida, la esperanza de recuperarme murió con él. Mi inconsciente decidió que ante la severidad del daño neurológico era mejor batirme con las tinieblas a afrontar mi solitaria realidad. Caí en un profundo coma. Un estado que refleja el estúpido letargo de mi vida colocándome por tiempo indefinido en las garras de la incertidumbre.

¿Por qué? ¿Por qué debo pasar esto? ¿Qué he hecho mal? —me pregunto iterativamente entre el laberinto de sueños y pesadillas.

Fuiste demasiado lejos... te atreviste demasiado...

Una voz retumba en mi cerebro dándome la respuesta pero demoro en comprender el significado de esas palabras. Transcurren horas, días, o semanas sin poder relacionarlo con mis acciones, o tal vez sólo ha pasado un minuto, no lo sé... en la obscuridad de la inconsciencia el tiempo es inexistente.

Finalmente lo entiendo, se refiere a que hay lugares que jamás debí haber visitado. No estaban predestinados para soportar mi presencia. Al violar los planes del destino con mi altivez profanando esos sitios, tomó venganza castigándome con esta despiadada ira.

Es claro que el haber insistido en visitar el apartamento de mi adorado Peyton, descubriendo que en su bizarra intimidad tenía a una mujer secuestrada y a la merced de un sádico, había sido un sacrilegio, una ruptura en los planes del demonio.

En el momento que leí esa nota de auxilio firmada por Patricia Lynch, mi mente se horrorizó pensando en el sufrimiento e impotencia que debió sentir al estar a la merced de las atrocidades de un enfermo mental.

El destino que mi hermana Melanie debía haber cumplido, se arraiga al mío de un modo incomprensible, manifestándose en mi vida a través de Peyton y Kyler.

Capítulo 1

Desvanecer

Institución Mental, Hollywood Hills California.

Departamento de Psiquiatría.

Unos dedos vagan casualmente por mi rostro acomodando un rizo extraviado sobre mi frente. La caricia se extiende deambulando por mi sien hasta llegar detrás de la oreja. Una segunda caricia que se desliza por el borde de mi cabello se asegura que el flequillo permanecerá en su lugar.

El tacto suave de esa mano se pasea por mi nuca cambia de rumbo en dirección sur. El débil pulso de mi vena yugular llama su atención. Desciende a la largo de ella extendiendo su caricia por mi cuello expuesto.

La placentera sensación provoca un delicioso cosquilleo al alcanzar mis clavículas. Mueve los dedos sobre una de ellas como si tocara una partitura de piano.

—Si supieras lo mucho que te he extrañado... —dice una voz que parece lejana mezclada con lo que creo que es arrepentimiento.

Repite la caricia. Su tacto no es intrusivo, sino tierno, de esos que deseas que se queden en la piel para siempre—.No importa cuánto tiempo te tome recobrar el conocimiento, estaré junto a ti hasta que despiertes —comienza a tararear una melodía. Las yemas de sus dedos rozan mi piel al ritmo de la sonata número seis de Antonio Vivaldi.

Su exploración continúa. Sus uñas largas recorren mi antebrazo acariciándolo hasta mi hombro. El delicado tacto me provoca piel de gallina haciendo que los vellos rubios de mi antebrazo se ericen.

A cualquier otra persona le hubiera pasado el gesto inadvertido, pero no a la que me acompaña en mi cuarto del hospital esta noche.

Denota la reacción de mi cuerpo e inmediatamente cesa de tararear la melodía. La mano se retira de mi piel.

El silencio regresa. Se lo ha llevado el viento. Ni siquiera escucho su respiración. O se ha ido, o se ha convertido en parte del mobiliario.

—No sé si puedas escucharme... —mis pecho se sobresalta escuchando la voz directamente en mi oído—... pero veo que tu cuerpo reacciona a mi tacto. —El *beep* del electrocardiógrafo que monitorea los latidos de mi corazón aumenta su ritmo, el susto ha acelerado mi pulso—. Finalmente regresarás de tu largo viaje. Desconozco lo que nos espera cuando abras tus preciosos ojos verdes y puedas verme. Lo que estoy seguro es que cuidaré de ti. Lamentablemente cuando despiertes todo será diferente. Ya no aceptarás más mis besos, así que permíteme hacerlo esta última noche.

Unos labios resecos con cicatrices se posan sobre los míos, su temperatura es anormalmente baja. Apenas si logro mover mis labios, mojándolos para intuir el sabor que deja sobre su superficie. El beso deja un extraño gusto. De haber sido la estrella de la película de Hollywood regresando de un profundo sueño al ser besada por el hombre de sus sueños, hubiera esperado un sabor a moras salvajes mezcladas con vainilla, canela y notas de roble. En su lugar sabe a drogas farmacéuticas con una fuerte sabor amargo impregnado en sus labios.

El olor me es conocido... si, se trata de *Lamictal*, un fármaco anticonvulsivo para estabilizar el ánimo depresivo. Desconozco como lo sé, pero es lo que me viene a la mente.

Abro lentamente los ojos mientras jala suavemente mi labio inferior con los suyos ásperos. Mi vista es borrosa, sólo distingo el color miel de sus ojos.

Sorprendido de que lo vea, da un paso hacia atrás. —¡Dios! Tu mirada es aún más penetrante que la de Melanie... el tono verde de tu iris es hechizante. Volveré en cuanto duermas —se nota contrariado, finge un tono de voz dulce sin conseguirlo. El tono es más bien rasposo, rayando en afónico provocando que mis sentidos se alerten pensando que estoy en peligro.

Se coloca sobre la cabeza la capucha de un *hoodie* negro que viste. Antes de salir de la habitación pasa junto a la cómoda frente a mi cama para retirar del florero la rosa del día anterior y coloca una fresca que ha traído consigo.

—Sé mejor que nadie lo que es despertar en este lúgubre edificio y confrontarse con los tonos tristes de la habitación. Yo estuve aquí encerrado durante años. Espero que esta flor te anime.

Habla como si nos conociéramos pero no logro ver su rostro. La capucha produce una sombra sobre su cara. Sin decir más, cierra la puerta. Un silencio sepulcral vuelve a inundar mi entorno.

Estoy demasiado débil para poder hablar. Hubiera querido preguntarle el lugar donde me encuentre.

Escucho un grito ahogado proveniente de una de las habitaciones contiguas.

¿Dónde estaré? En un panteón al menos se oye la brisa pasar, aquí parece el purgatorio con esos extraños gritos llenos de dolor ahogado.

La luz es tenue. Las persianas están ligeramente abiertas. A través del ventanal veo que el cielo comienza a aclarar anunciando el amanecer. Mi vista se aclara paulatinamente. Veo con extrañeza un enrejado exterior que asegura las ventanas. El reloj en la pared indica que son las 4:53 de la mañana.

Clavo la mirada en la rosa frente a mí. Es grande y hermosa pero es una analogía a la vida. A cada

segundo que pasa, en realidad muere, muere por el hecho de ya no tiene raíces. Es mera belleza temporal. ¿Y yo? ¿Muero también o revivo para superar un estado marchito? ¿Podré volver a echar raíces?

Muevo mi mano con dificultad. Deseo pellizcarme para asegurarme que esto no es una pesadilla. El movimiento de mi mano se ve restringido por dos cinturones que sujetan mis muñecas.

El saberme atada me inquieta. Alarmada, enderezo mi torso. El intento se ve castigado por una dolorosa punzada en el esternón que está igualmente restringido por una abrazadera bajo mi pecho.

Esto no me gusta nada...

Una intensa ansiedad brota por mi vientre subiendo por el abdomen mezclándose con el dolor en mi esternón. Sacudo los hombros pretendiendo que tengo la fuerza para liberarme. —¡Auch, qué demonios!—. El dolor sanciona mi acción.

La ansiedad se transforma en angustia. Tengo dificultad para respirar, y nace el miedo a asfixiarme.

¡Auxilio! ¡Alguien, por favor ayúdeme! —mi grito es ahogado y débil. La fobia a la restricción de movimientos trastorna mis emociones impidiéndome ganar algún control. Me sofoco con el poco aire que entra a mis pulmones.

La puerta se abre. Un médico entra a la habitación sin mostrar ninguna prisa a mis suplicas de auxilio. Es regordete, lleva la bata abierta y bajo ella una camiseta blanca con manchas amarillentas. Una panza flácida con pelos se le desparrama ligeramente por debajo de la tela. Su doble papada se tambalea como guajolote con los movimientos de su cabeza.

Putra madre, definitivamente no estoy en una serie de televisión... —tuerzo la boca.

—¡Pero miren nada más quién decidió despertar! —dice en tono afable pero burlón — Buenos días, linda. ¿Qué sucede? ¿Por qué tanto alboroto?

—¡No puedo moverme porque estoy atada a esta cama! Esperaría algo más de consideración para un paciente, ¡ni siquiera sé dónde me encuentro!

—No me gusta tu tono esquizofrénico, ten cuidado o te administraré un sedante que te hará dormir una semana. Definitivamente no estás en un convento religioso en donde las monjas tienen dulzura y compasión para cuidar de sus pacientes —dice de modo huraño.

—¿Podría por favor liberarme de estos espantosos cinturones de restricción de movimiento? —le pido procurando controlar el tono.

—Primero responderás mis preguntas para determinar el estado en que te encuentras. Si demuestras no estar demente, te los quitaré.

—Me explota la cabeza —digo mientras revisa con una lamparita mi movimiento ocular. Abro la lengua y revisa mi garganta.

—¿Tienes algún dolor?

—Sólo un agujoneo y una sensación extraña en el abdomen, como si algo me hubiera atravesado.

—Es normal, antes de que te trasladaran te extirparon un poste que te atravesó de lado a lado. Tu

cuerpo tardó cinco meses en estabilizarse.

—¿Cinco meses? ¿Trasladarme a dónde? No entiendo nada de lo que ha sucedido.

—¿Cuál es tu nombre? —dice ignorando mi confusión.

Respiro profundamente. El doctor observa como nuevo los ojos en todas direcciones intentando encontrar la respuesta a su pregunta. Finalmente lo admito avergonzada: —Lo siento, doctor, pero no lo recuerdo.

—¿Sabes cómo llegaste aquí? ¿Algún evento del pasado?

—No, nada de momento... —digo con voz entrecortada— ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Poco más de diez meses.

—¡¿Diez meses?! —me desquebrajo en sollozos.

—Es mucho más complicado de lo que parece. Estuviste en un estado grave de pérdida de consciencia que se conoce como El Coma, una expresión de un fuerte trastorno de las funciones cerebrales y por tanto conlleva peligro de muerte.

—Todos estos meses aquí sola como un perro... ¿Acaso le importo a alguien? ¿Tengo familia?

—No sé más detalles. Sólo sé que tu nombre es Nuviana Balzaretti, sin familiares. Como te digo, sufriste una severa conmoción cerebral. De hecho estoy sorprendido que estés tan lúcida. Los especialistas daban por hecho que despertarías con retrasos cerebrales. De acuerdo a los criterios clínicos, sufriste lo que se clasifica como un tercer grado de coma: escasa reacción al dolor, reflejos fugaces, y reacción pupilar debilitada. El nivel más severo es el cuarto, y es cuando no puedes distinguirse de un brócoli —ríe de su estúpida broma, yo en cambio me pongo pálida.

—Pues creo que no estoy ni loca, ni retrasada. Aunque es obvio que no tengo recuerdos.

—Sufres de amnesia. Seguramente padeces de un trastorno del funcionamiento de la memoria durante el cual se es incapaz de conservar o recuperar información almacenada con anterioridad. Las causas de la amnesia son orgánicas o funcionales. La buena noticia es que la tuya no es orgánica, ya que no detecto muestras de daño cerebral en tu comportamiento.

—Pfff... ¿y cuál es la mala noticia?

—La mala es que la causa es funcional, causada por factores psicológicos que se utilizan como mecanismos de defensa. Tienes una amnesia histérica post-traumática que se manifiesta como una incapacidad para recordar información anterior al suceso traumático haciendo que tus recuerdos sean inaccesibles o perdidos definitivamente para siempre. Un factor que no debemos descartar es el que se deba al hecho de haber sido testigo de sucesos emocionalmente traumáticos, siendo una amnesia disociativa.

—Qué barbaridad... Necesito a alguien conocido a mi lado. ¿Me han visitado?

Duda si debe responder. Pareciera que he preguntado algo grave —En esta clínica te ha visitado un caballero continuamente —seco mis lágrimas escuchando atenta—. Desconozco tu relación con él, lo siento.

Se da la vuelta. Esta por abandonar la habitación. —¡Por lo que más quiera no olvide retirarme los cinturones de restricción! Sufro de claustrofobia. Es un castigo innecesario el limitarme el movimiento. Me abrumba terriblemente el sentirme atrapada.

—Aww, que hermoso drama... pareces una chiquilla. Casi logras que te aplauda. Estoy acostumbrado a escuchar suplicas de pacientes todo el tiempo. No puedo liberarte, lo siento. Es por tu propia seguridad y la nuestra.

—¡Prometió hacerlo! ¿Acaso no se da cuenta que no estoy demente? ¡Quíteme estas mierdas ahora mismo! —muevo mis piernas pataleando sabiéndome atrapada. El pulso se eleva nuevamente.

El doctor sujeta mis tobillos—Increíble que alguien haya olvidado sujetarte también las piernas —asegura cada tobillo pasando un cinturón independiente por la hebilla antes de jalarla sujetándolos firmemente.

—¡Usted no es un doctor!

—Claro que lo soy.

—No, no lo es. ¡Es un jodido pobre diablo! — le grito alterada sacudiéndome. La sangre me hierve ante la impotencia de saber que me abandonará a los abominables efectos de la claustrofobia.

Se aproxima a la cabecera y...

¡Paaff! ...me abofetea volteándome la cara.

Respiro hondo cerrando los ojos. Ahora estoy más cabreada que antes.

Acerca su cabeza diciendo: —Así aprenderás a respetarme, linda. El que seas la chica más guapa que jamás hayamos tenido, no te hace ni una sola pizca más especial.

Spiittt —le escupo a la cara—.

—¡Eres una maldita zorra italiana! ¡Paaff! —vuelve a golpearme —. ¡Te lo buscaste! —toma una jeringa del gabinete succionando una ampolleta conteniendo un fármaco.

—Cobarde —mi ira se torna expectante cuando el doctor se baja la bragueta del pantalón...

—Ahora vas a chupármela, linda. Así aprenderás a respetarme. Si siento uno de tus dientes te inyectaré esta substancia. De continuar con esa actitud pasarás mucho tiempo entre nosotros. El pensarlo me agrada porque así podré follarte algún día. Eres muy atractiva —sonríe morbosamente— Las pacientes en las habitaciones contiguas ya se han acostumbrado a mis visitas, pero tu... estas tan joven.

—Si me pone un dedo encima, ¡se va a arrepentir!

—Oh querida, eso ya lo he hecho, aunque desafortunadamente solo por encimita. No he podido deleitarme como quisiera. El sujeto que te visita se queda por las noches pero en la primera oportunidad te haré mía, no lo dudes.

—¡Maldito cerdo!

Me toma de la cabeza proyectándola hacia abajo mientras aproxima su cadera al borde de la cama. Está a punto de sacar su asqueroso miembro cuando:

—Hola Doctor, ¿puedo pasar a hacer la rutina diaria? —es una enfermera que entra interrumpiendo la escena.

—Ehm... si, pasa —me lanza una mirada amenazadora—. Tú y yo tenemos algo pendiente. ¡Ni por Dios se van a quedar así las cosas!

No dice más y se retira notoriamente cabreado.

Puff... eso sí que estuvo cerca. Si estos son los doctores, cómo estarán los demás pacientes...

—Hola, mi nombre es Rosario —se presenta la mujer. Mi miedo se aplaca—. Soy la enfermera responsable de tu higiene. He estado monitoreando tu salud desde que fuiste internada en emergencias en el Centro Traumático Dignity Health del California Medical Center, justo después del accidente —dice esbozando una sonrisa. Tiene ojos bondadosos, cabello negro recogido, un aspecto de latina bien dotada de curvas.

—Encantada, —respondo— ¿me ayudarías por favor a ponerme de pie? — pido un tanto impulsiva deseando sentir libertad de movimiento.

—Es demasiado pronto, no deberías intentarlo por ahora.

—Te lo agradecería mucho, Rosario. Quisiera saber si aún puedo andar. —No lo admito pero la razón verdadera es el constatar que puedo caminar para explorar el sitio que me da una mala espina del demonio. Le insisto: —Llevo mucho tiempo acostada y de verdad que desearía intentarlo.

Se aproxima a regañadientes. Retira los cinturones de mis tobillos, muñecas y esternón. El alivio que siento es inmediato. Me ayuda a sentarme. En el primer intento por ponerme de pie las piernas me flaquean y caigo al suelo.

—¿Estas bien? —ashh no sé por qué te hice caso. Me hiciste unos ojitos que no pude resistir.

Me ayuda a ponerme de pie. Las emociones me abruman poniéndome a llorar.

—He quedado idiota y además discapacitada. ¡No puedo caminar!

—Calma, chiquilla, un éxito tras el otro. Lo importante es que finalmente estás consciente, lo demás se aclarará paulatinamente. Tu cuerpo ha sanado, solo necesitas tiempo.

—Mi cuerpo, pero ¿qué hay de mi mente? Es muy desolador el saberme sola en un mundo que no comprendo. ¡Ni siquiera sé cuántos años tengo, ni como es mi apariencia!

Me mira conmovida. —Eres una mujer joven, bella y muy valiente. El acta médica menciona que tienes veintitrés años.

—Rosario, mencionaste que has estado conmigo desde el primer hospital. ¿En dónde estamos ahora?

—Estas en una institución mental privada y extremadamente costosa.

—*Puaf*... debo haber hecho algo terrible para terminar en un centro psiquiátrico. ¿Tengo dinero para ello? ¿Quién se hace cargo de pagar las cuentas?

—No lo sé y no debes mortificarte por ello. Si estás aquí, es porque alguien poderoso así lo

dispuso.

—Te agradezco mucho tu presencia, Rosario.

—No tienes nada que agradecer. Fue un requisito para que te trasladaran a ésta clínica.

—¿Sabes si alguien me ha visitado? ¿Puedo llamar a alguien?

—No te lo permitirán, al menos no de momento. En cuanto a tus visitas, he visto a tres hombres. El primero, un tipo fornido y bien parecido que volvió loco a todas las enfermeras en la estación de cuidados intensivos antes de que te trasladaran a este sitio. El chico es un coqueto de lo peor. Estuvo a tu lado la primera semana, en cuanto supo que estabas en un coma profundo, dejó de visitarte. Pidió que se le notificara cuando despertaras y se levantó a una que otra enfermera. El segundo, un chico vestido en atuendo de negocios. Siempre viste impecable y se identificó como amigo cercano y entrenador físico. Él te llenó la habitación de muñecos de peluche que alegraban el cuarto del hospital donde te atendimos los primeros cinco meses. Es lindo pero creo que es gay porque no reaccionó a mi coqueteo, y estas tetas siempre han dado resultado para atraer a los hombres que deseo.

Levanto las cejas sorprendida del atrevido comentario. Sin duda Rosario lleva ese fuego latino que caracteriza a los países del hemisferio sur —Espero que sea mi novio porque por tu descripción, parece un hombre fiel.

—No lo es, dijo que era tu amigo. Te visitaba de dos a tres veces por semana. Por cierto que se puso muy mal cuando llego a visitarte y habías desaparecido. Te trasladaron a este centro mental muy entrada la noche para no llamar la atención. Al parecer la orden vino de muy arriba.

—¿Y el tercero? —pregunto impaciente.

—El tercero llega siempre como a las once de la noche y se retira al amanecer. No habla con nadie pero tiene un gafete que lo autoriza a visitarte, no sé más. Ha estado cada noche de los casi trescientos días que estuviste en coma.

—Hmm... mi panorama no se ve muy halagador.

—Podría ser peor, Nuviana. En las habitaciones contiguas hay dos chicas inconscientes. Una en estado vegetativo y la otra ha causado tantos problemas con su neurosis que la han sedado con drogas que la han convertido en un zombi.

—Si debo comprar mi situación con ese tipo de casos extremos, no me siento mejor...

—No te preocupes, mi niña. Aquí puedes quedarte el tiempo que sea necesario —lo dice como si esto fuera un spa de masajes en lugar de un centro psiquiátrico con médicos depravados— Además, ahí afuera también suceden cosas terribles.

—¿A qué te refieres, Rosario?

—Ha sido un gran escándalo en todo California, sobre todo en los altos estratos sociales que están en shock. El día de ayer las autoridades encontraron el cadáver de una bella chica que había sido secuestrada.

—¡Qué barbaridad!

—Sí, todo esto me parece una extraña coincidencia... La hallaron en una playa después de que las olas del mar expulsaron su cuerpo inerte.

—¡Virgen Santa! Creo que es mejor seguir en coma... ¿Una coincidencia de qué?

—Nada, olvídalo. Es una de esas cosas que suceden y te enchinan la piel. En mi pueblo ya te hubiéramos hecho una limpia para ahuyentar el mal de ojo.

—No tengo memoria pero puedes ser directa conmigo. Necesito saber detalles que se relacionen con mi pasado, lo que me digas sólo puede ayudarme.

—Nada, nada —se niega a decirme lo que piensa—. Es sólo que soy muy supersticiosa. No creo en demonios, pero de que los hay los hay —dice sin mucho sentido.

Me le quedo viendo muy seria indicando que deseo saber que trae entre dientes.

—Ashh está bien. La mujer de la que te hablo desapareció un día antes de que tuvieras ese brutal accidente y ahora que la encuentran muerta, tú despiertas.

El comentario me hace sentir náuseas. Respiro profundo controlándome para continuar conversando. —¿Cómo se llamaba esa pobre mujer?

—Te lo diré porque sin duda no la conoces. Era la esposa de un magnate de la industria de la tecnología, su nombre era Patricia Lynch.

El escuchar el nombre me conmociona. Los ojos se me desorbitan poniéndose en blanco. Caigo desplomada hacia atrás. La reacción de mi cerebro al nombre de la víctima es el colapsar mis sistemas corporales que me conectan con el mundo.

En un tajante *shut down*, pierdo el sentido. Rosario apenas logra detenerme en mi caída hacia el suelo. Toma el teléfono de emergencia alertando a los doctores mientras ve como me convulsiono estrepitosamente con ojos desorbitados.

Coloca en mi boca un objeto para que no me arranque la lengua de una mordida. La muy creyente se persigna rezando un Ave María. Los doctores entran inyectándome un sedante para que mi cuerpo deje de temblar.

Por ahora la tempestad ha cesado, pero, ¿por cuánto tiempo?

Capítulo 2

Abuso

A la semana recupero el sentido. En esta ocasión no he caído en un coma profundo ya que he tenido fases aisladas de conciencia interrumpida.

En las semanas subsecuentes a mi despertar, he logrado ponerme de pie. Me han permitido deambular y participar en algunas de las actividades del centro psiquiátrico.

Las instalaciones son amplias y lujosas. Paso la mayor parte del tiempo en el jardín leyendo e intentando recordar. Los habitantes con los que coexistó son de temperamento volátil e impredecible. Durante uno de los almuerzos generales, una anciana de apariencia inofensiva se lanzó esquizofrénica en un ataque de ira hacia otro interno hasta derribarlo y comenzar a morderlo en la garganta. La víctima tuvo que ser internada en otro hospital por la cantidad de sangre perdida.

El hecho que propició el incidente, activando el malestar de la anciana, fue un ligero roce involuntario en su brazo. La anciana sufre de una neurosis obsesiva al tacto y cualquier contacto humano deriva en un abrupto ataque de violencia. Sin embargo ese patrón de fobia al tacto es colectivo y lo he observado presente entre los demás internos sin importar el sexo o edad.

Cada día que transcurre, mi condición física mejora con el deporte que practico. Poco a poco mi cuerpo sale de su letargo transformándose sorprendentemente rápido en lo atlético que había sido en el pasado.

Estoy sumamente preocupada por el futuro, por cómo pasaré el resto de mis días si es que logro salir de este manicomio. Por ahora intento convencer a los demás que no estoy demente. Me comporto, guardando la cordura a pesar de estar rodeada de un ambiente enfermizo y hostil, para darme tiempo de recuperarme físicamente. Lamentablemente mis recuerdos no mejoran.

Esta noche, como de costumbre, reina un silencio sepulcral en el centro psiquiátrico. A diferencia de otras noches esta vez no estoy sedada. Desde hace veinticuatro horas, he logrado engañar a los médicos sin tomar las tabletas que obligan a que trague. Desafortunadamente, es tan difícil, que tuve que ingerir los fármacos y después inducirme el vómito a escondidas.

El silencio se ve interrumpido por unos cuchicheos en la habitación contigua. Nunca antes los había detectado tan claramente pero ahora que tengo la lucidez, los puedo relacionar con otras noches. En realidad suceden regularmente, sólo que desaparecen de la memoria bajo el efecto de las drogas.

Los murmullos se transforman en jadeos masculinos acompañados de un rítmico golpeteo. El sacudido parece ser la cabecera de la cama pegando contra la pared que divide mi cuarto.

El ruido me es familiar. La claridad de mi mente al no estar bajo la influencia de fármacos me indica que irremediadamente debe tratarse del médico pervertido abusando de la mujer en estado vegetativo de la habitación vecina. En otras ocasiones he escuchado los mismos ruidos provenientes de la habitación en el lado opuesto donde yace una paciente mayor con coma de cuarto grado.

Ahora lo entiendo... Esto es un patrón que se repite cada noche. Es por este cerdo que la mayoría de los pacientes reacciona agresivamente al contacto físico. No se trata exclusivamente de las severas enfermedades psíquicas que sufren, sino que su estado se deteriora por el premeditado abuso sexual que se ejerce en esta institución mental.

El golpeteo cesa repentinamente. Escucho la puerta cerrarse y unos pasos en el corredor. Intento mover mis extremidades en caso que tenga que defenderme pero los cinturones restrictivos me lo impiden. Están inusualmente apretados calando mis muñecas y tobillos. El médico del turno anterior está confabulado con el que desea violarme.

¡Mierda, si viene por mí estoy a su merced! Ha planeado todo para que sea esta noche.

Bajo el rostro afligida. Niego imposibilitada de creer que esto esté sucediendo. Una lágrima escapa recorriendo mi mejilla imaginando el infierno que se me avecina.

Qué modo tan cruel de vivir mi juventud —murmuro desconsolada y comienzo a orar. Cada una de mis suplicas se ve interrumpida por los pasos aproximándose.

Repentinamente, una mano libera mis muñecas. Hábilmente continúa con el grueso cinturón que aprisiona mi torso. Es esa misteriosa silueta que jamás hace contacto conmigo. Su comportamiento es tan imperceptible que me había olvidado de su existencia. Durante los meses pasados, bajo la influencia de las drogas y entre alucinaciones abría los ojos con dificultad viendo su sombra intimidante, siempre de pie frente a mí observándome durante horas. Si hay alguien que pudo haber abusado de mí, es él.

Posa su mano sobre la mía. Tiene la piel helada. Abre mi palma y coloca un objeto de metal, advirtiéndome con voz grave—: Decide bien si debes utilizarla, de hacerlo, desatarás un infierno.

Sin decir más, se retira hacia atrás perdiéndose entre las sombras más allá de la cama. El silbido de su respiración asmática se ha acelera expectante.

—Pero, ¿qué hay de los brazaletes que aprisionan mis tobillos?

—Es mejor que no puedan abrirte el compás de las piernas, confía en mí, se lo que te digo —dice desde la penumbra.

Suspiro sacando valor desde el fondo de mi corazón para lo que se avecina. La luz sobre la cabecera ilumina tenuemente mi figura.

Tiento el objeto observándolo. Es una púa de metal de unos veinte centímetros de largo. La empuñadura luce el signo nazi. Subiendo hacia la punta, el cilindro toma la forma del emblema nacional alemán, la denominada Cruz de Hierro empleado por la Orden Teutónica, el ejército prusiano y las

fuerzas armadas. En su tiempo fue utilizada como la mayor condecoración alcanzada.

Se apaga luz del corredor y unos pasos inquietos se detienen frente a mi habitación. Disimulo que duermo. Las bisagras de la puerta rechinan al abrirse. El sonido provoca un escalofrío recorriendo mi espalda. Se escuchan nutridos cuchicheos.

La puerta se cierra. De reojo veo a dos individuos encapuchados en la habitación.

—¿Estás segura que se encuentra sola? —le pregunta uno al otro.

—Esta noche debe estarlo, no lo vi cruzar la entrada y ya debería haberlo hecho. Además, ¿qué más da? Somos dos. De ser necesario le daremos su merecido. Llevo meses deseando metérsela a este bombón.

El alma se me arrincona en la garganta aterrorizada de escuchar sus planes. Disimulo que duermo profundamente como si estuviera bajo el esperado efecto de los fármacos, implorando al cielo que se apiade de mí, alejándolos.

Ambos se colocan a los costados de la cama. Uno enciende una luz adicional iluminándome por completo. El velo de la oscuridad nace más allá de la cama.

Retiran lentamente la cobija que me cubre. El frío del ambiente de la habitación erecta mis pezones delineando mi pecho abultado bajo la bata hospitalaria.

—Por el santísimo Padre, ¡está buenísima!

—Te lo dije, desde que la internaron he tenido puros pensamientos sucios. Su piel trigueña suscita deseos de probarla. Esta mujer debe saber a caramelo. Vamos, ¿qué esperas? ¡Descúbrele las tetas!

Su compañero sigue diligentemente las órdenes que le dan descubriéndome el torso. El otro, sorprendido por la juventud de mi generoso pecho que se expande ante sus ojos, se lanza sin demora a deleitarse con mis senos.

El otro se le une en su asqueroso morbo. Jalan de mis pezones como perros hambrientos. Mis piernas tiemblan descontroladas ante las detestables succiones de mis atacantes.

Introduzco las manos bajo mis muslos intentando disminuir el temblor de mi cuerpo. Ambos están tan ocupados con mis pechos que no se percatan del movimiento.

El más autoritario de ellos mete las manos en mi entrepierna manoseándome. Inflamados de deseo desabrochan la bata hospitalaria abriendo hasta el último botón. La hacen a un lado develando mi cuerpo desnudo.

Frenéticos por poseerme, destrozan mi ropa interior rasgando la delgada tela.

—¡Por la virgen, ve nada más esa polla! Debe estar bien apretada. Esto va a ser un agasajo —hace a un lado un pedazo de tela mostrando mi intimidad—. Finalmente voy a volver a tocarla después de tanto tiempo. Hice lo correcto en usar mis influencias para transferirla a esta clínica. Aquí está a mi merced.

Con repugnante instinto lujurioso, libera mis tobillos colocándose enfrente de la cama. Me sujeta por detrás de las rodillas jalándome hacia el borde.

Separa mis piernas dejando mi entrada a su vil merced. Mi esperanza de que esto termine rápido, con “sólo” un asqueroso manoseo, se desvanece. Han llegado demasiado lejos. Ni siquiera mi ángel guardián contaba con ello. “*Si usas esta púa desataras un infierno*” recuerdo sus palabras. ¿Cuándo precisamente estoy en el infierno? ¿Antes o mientras me estén follando estos canallas? Siento que ya me encuentro en él.

Escucho la hebilla de su cinturón cayendo con sus pantalones. El otro hace lo mismo preparándose para su turno. Se friccionan el miembro.

Dios por favor llévame contigo... prefiero morir a pasar por esto. Si el motivo de mi amnesia es el bloqueo de una circunstancia semejante en el pasado, ¡prefiero no recordar jamás!

Los dientes me tiritan de miedo. Aprieto la mandíbula sujetando firmemente la barra de metal.

El tipo se prepara a penetrarme.

—¡Espera! —interrumpe su compañero— Tiene las manos desatadas, se las detendré mientras la disfrutas. Con estos dementes nunca sabes... —Como sospeché, no es la primera vez que lo hacen. Los cerdos tienen experiencia en sus repugnantes actos.

Suelto la púa de metal para que no me sorprenda con ella. Me toma de las muñecas proyectándolas sobre mi cabeza sujetándolas firmemente. Sin embargo, al ver mi pecho irguiéndose, no resiste acariciar mis senos con una mano.

—Da igual, está más drogada que ni recordará lo que le sucedió. Sólo no podrá caminar bien mañana —se ríe— ¡Date gusto con esta chica mientras me deleito con sus tetas! Hazlo ya, que deseo que llegue mi turno.

No sé cómo reaccionar pensando que mis opciones se han extinguido. Me abandono al irremediable castigo psicológico que esta por acontecer. En el futuro deberé aprender a superarlo.

Siento la cabeza del pene en mi entrada. Aprieto los ojos deteniendo el aliento.

¡Paow!

Un golpe en seco proveniente de la obscuridad se impacta en la nuca del tipo que me manosea, haciendo que me libere. En cuanto cae, es arrastrado hacia la zona oscura de la habitación donde se escuchan intensos forcejeos. El sujeto frente a la cama se desconcierta.

Con resolución desconocida, agarro la púa de metal bajo mis muslos, yergo mi tórax y la entierro con todas mis fuerzas en el atacante que esta por violarme.

—*Arghh...* —gime llevándose la mano a la zona del cuello.

—¡Mierda, Se la he enterrado en la garganta! —grito aterrada de mi acto, llevándome las manos a la boca.

Herido, sale rápidamente de la habitación olvidándose de su compañero.

Aliviada de que se retire, me pongo de pie para encender la luz y ver cómo puedo auxiliar a mi salvador.

La pelea continúa. En un derroche de violencia innecesaria la escueta silueta de esa sombra que me acompaña cada noche, golpea a un hombre mucho más alto y corpulento. El sadismo con lo que lo hace es enfermizo e inhumano. Me llevo las manos al rostro afectada por la violencia exagerada. La saña del último golpe provoca un nutrido chorro de sangre que salpica mi rostro.

La contienda ha terminado... El silencio vuelve a apoderarse de la habitación ahogando los hechos impunes que acontecen a cada noche en el internado mental.

Solo se escucha la respiración agitada de la figura que se pone de pie. Es el mismo silbido que he escuchado entre pesadillas. Finalmente puedo relacionarlo con su presencia. La del atacante es débil, no tardará mucho en morir.

La parte frontal de mi bata continúa abierta mostrando mis senos. Las gotas de sangre del victimado bajan por mis mejillas estrellándose en mi pecho desnudo.

El silencio produce una chispa de tensión entre los dos. Me explora con la mirada. Mi pudor femenino se perturba por el modo en que lo hace. Cubro mis senos cruzando los brazos manchándome aún más de sangre.

Deseo acercarme para saber su estado pero me intimida el modo en que posa sus ojos sobre mi intimidad expuesta.

Interrumpe el momento colocándose la capucha sobre la cabeza ocultando su rostro. Exhausto, se recarga en la pared deslizándose hacia abajo hasta sentarse en el piso.

Me cubro con una manta. Una tos grave comienza a invadirlo. Endereza su espina para facilitar el conducto de aire en su cavidad pulmonar. Tiene graves problemas a la hora de inspirar y de expulsar aire.

Su condición no tarda en deteriorarse entrando en un episodio asmático provocado por la lucha e inflamación de los bronquios dificultando su respiración. Tose como si tuviera líquido en los pulmones pero en realidad se trata de una mucosidad pegajosa que obstruye parcialmente las vías respiratorias y los músculos que hay alrededor de estas vías se contraen, estrechándolas todavía más.

Limpia el líquido que expulsa de la boca con la comisura de su chaqueta

Preocupada por la persona que me ha salvado el pellejo, abro la ventana para que circule aire fresco.

Me acucillo junto a él dándole palmaditas en la espalda. —La humedad del aire aplaca la tos. Eso me ayudaba cuando de niña enfermaba de Crup.

Ni siquiera me percató que he logrado aludir algo de mi pasado. Estoy extremadamente angustiada por su condición. La tos le comienza a cesar.

—¿Cuál es tu nombre? Quisiera saber más de ti —intento asomarme dentro de la capucha para verle el rostro pero inclina la cabeza impidiéndome verlo.

—Has recordado algo —tose limpiándose una vez más con su chaqueta.

—Tengo amnesia, mi pasado antes del accidente continua siendo un enigma —le respondo informándole de mi condición.

—Acabas de recordar que sufrías del Crup cuando eras niña.

Me pongo de pie asombrada. —Tienes razón, recordé... ¡recordé algo! Hay esperanza. Lo que me turba es que debo vivir momentos extremadamente tensos para que mi cerebro reconstruya el vínculo entre el presente y el pasado.

—Nuviana, es hora de que abandones este sitio. Hemos sobrepasado el límite, ya no estarás segura. Ni siquiera yo puedo protegerte de lo que te espera.

—Jamás lo estuve... —hago a un lado su capucha descubriendo un rostro con piel escaldada— ... pero gracias a ti no ha sido peor —beso su mejilla.

Comienza a llorar como un chiquillo asustado. La muestra de cariño ha desmoronado a un hombre capaz de matar a sangre fría con sus propias manos.

—No me merezco tu cariño, por favor no vuelvas a tocarme. Nunca sé cómo reaccionaré al tacto. He hecho cosas terribles, incluso pude aniquilarte en el pasado.

—¿Tu? —su confesión me sorprende— No te creo, jamás te atreverías o ¿es que me hiciste daño mientras estuve en coma como lo intentaron estos cerdos?

Corta los sollozos de tajo poniendo los ojos en blanco —No hay tiempo para explicaciones. El siguiente turno de médicos está por llegar.

—Pero no tengo a donde ir.

—Dirígete a Boulevard Av. East.101. El edificio se encuentra cerca del centro financiero de Los Ángeles. En el penthouse vive un amigo tuyo de nombre Chris Chevalier. Él te ayudará. Ahora debes darte prisa. Para salir debes bajar la escalera hasta el tercer nivel subterráneo, ahí encontrarás un pasillo que termina en dos puertas que te llevarán a la salida. No tendrás contratiempos, siempre las dejo abiertas y las cierro cuando me marchó.

—¿Cómo es que conoces el sanatorio como la palma de tu mano? ¿Eres médico como ellos?

Hace una pausa suspirando profundamente. Al exhalar se escucha el silbido de sus pulmones. —Conozco cada rincón de esta prisión de locos porque pase cinco años de mi vida aquí encerrado. Tuve una gran pérdida que al día de hoy no soy capaz de superar haciéndome sufrir una depresión crónica que desató una neurosis.

—Es por ello que tomas el Lamictal. No sé por qué pero el olor que despidas me lleva a recordar el nombre del fármaco.

—Lo siento, no me es posible vivir sin tomarlo. He desarrollado una adicción a la droga y mi comportamiento se deteriora extremadamente si dejo de ingerirlo.

—¡La Virgen! Si este es tu comportamiento controlado, no puedo imaginar cuando no lo es.

—En los años que pasé aquí encerrado, aislado del mundo, mi estado se agravó en lugar de mejorar. Desarrollé una neurosis histérica y conflicto psíquico viendo visiones con personas imaginarias que parecían reales. Para el histérico, el fantasma de su pérdida es una pantalla protectora, una defensa contra el goce máximo que perturba su manera de percibir a los seres amados u odiados.

—He escuchado que esos casos extremos los tratan en el ala norte del sanatorio pero comenzaba a creer que era una leyenda urbana.

—*Pfff...* —sacude la cabeza negando— Ojala lo fuera. El hombre que ves ahí tirado —señala con la cabeza el cuerpo junto a nosotros— me visitó innumerables veces en sus rondas nocturnas. En esa zona además de dormir atados, nos aprisionan con una camisa de fuerza.

—Quieres decir que... —asiente bajando la barbilla avergonzado de confesarlo.

—Imposibilitado por defenderme, abusaba de mí del mismo modo como intentó hacerlo contigo. Innumerables veces... El tipo merece arder en el infierno y cuando sea mi turno y lo alcance ahí, lo seguiré torturando para toda la eternidad.

—No seas tan duro contigo mismo, nunca es tarde para cambiar. Hoy hiciste algo bueno.

—Hay cosas que Dios perdona, pero las atrocidades que he cometido ni él puede ignorarlas. Mi odio y frustración por tener que vivir sin Melanie lo he descargado en chicas inocentes. Mi psicosis me había negado el poder comprenderlo hasta que supe que eras su hermana pequeña.

—No logro seguirte del todo. Tienes que ser más claro conmigo.

—¿Nuviana, no lo entiendes? Estuviste a punto de conocer la crueldad de la que soy capaz, pero te defendiste golpeándome la cabeza. Eres una mujer con agallas. Después, cuando estaba a punto de castigarte me perdí en esa cautivadora mirada esmeralda que me transportó al pasado. Tus rasgos afilados, ojos grandes y nariz de duendecilla enmarcaron un rostro que me conmovió las entrañas. Fue ahí cuando supe quien eras. En cuanto te reconocí, no pude continuar siendo el mismo. Cuando saliste huyendo del apartamento de Peyton, me indultaste castigando azotándome la espalda sin piedad, rogando por el perdón que nunca obtendré en esta vida.

—¿Y quién soy? Por favor dímelo. Tal vez esa es la razón que busco para entender mi destino.

—Eres la hermana menor de Melanie. La única mujer que he amado y de la que fui capaz de enamorarme.

—Dios... ¡tengo una hermana! Que buena noticia saber que no estoy sola.

—La tuviste... siento mucho que tengas que pasar una segunda vez por este dolor. Diez años han pasado desde que te vi llorando sobre su tumba. Jamás volví a saber de ti, hasta que visitaste el apartamento donde me alojaba.

Inclino la cabeza apesadumbrada por la noticia. —Tengo mucho miedo de sufrir en cuanto recupere la memoria. No sé si pueda afrontar la realidad.

—Si quieres escuchar el consejo de alguien que afronta fantasmas en su día a día, aquí lo tienes: El miedo a sufrir es peor que el sufrimiento mismo, no le temas, afróntalo. Eres una mujer valiente. Tienes unas agallas que jamás he visto antes.

—Pero esta amnesia...

—Sanarás, y cuando lo hagas recuerda que hay rencores que matan si dejas ganar a tu memoria. Sólo así lograrás perdonarme. Ahora debes irte.

—No, tú me puedes ayudar. Conoces mucho de mi pasado. ¡Ven conmigo!

—Te equivocas, sólo conozco el de Melanie, no el tuyo. Si no huyes ahora mismo, te llevarán al ala norte, y créeme, de ahí no saldrás bien librada.

—Antes de tomar rumbos diferentes por favor dime tu nombre.

—Kyler.

Me llega un *flashback* con la imagen de su rostro amenazándome. Pensaba poder confiar en él pero el recuerdo me hace titubear.

Se escucha el zumbido del motor de un auto pasando por la zona de los jardines.

Nerviosa de tener que huir, echo un vistazo por la ventana. Es un auto deportivo que abandona el sanatorio.

Giro mi rostro para darme cuenta que Kyler y el cuerpo de la víctima ha desaparecido. No quiero ni pensar lo que hará con él.

No hay tiempo que perder, ¡es ahora o nunca! No deseo que me atrapen y lleven a la zona donde utilizan las camisas de fuerza.

Impulsada por el miedo y manchada de sangre, abandono la habitación. Sigo al pie de la letra las indicaciones de Kyler. En el camino encuentro una cobija con la cual me cubro.

Alcanzo el jardín, corriendo como si me persiguiera el mismo diablo. Unas cuerdas más tarde, me detengo viendo a mí alrededor.

Detengo un taxi dándole la dirección de mi amigo Chris. Me hecho hacia atrás suspirando, rogando que comience una nueva etapa para que logre insertarme en la vida que se me ha escurrido de la manos.

Capítulo 3

Inseguridad

—Buenos días, Sr. Chevalier. Disculpe que lo moleste tan temprano en su fin de semana pero tengo frente a mí a una chica que afirma es urgente verlo —dice el recepcionista del lobby de los apartamentos de lujo a los cuales me ha traído el taxi.

Me lanza una mirada despectiva torciendo la boca y cuchichea al conmutador: Tiene muy mala pinta. Creo ver manchas de sangre deslavadas sobre su rostro.

—¿Cuál es su nombre? —pregunta la voz tras el interfono.

—Nuviana Balzaretta.

—¡Hazla pasar lo antes posible al ascensor! Le daré acceso al apartamento.

—Como usted diga.

Entro al ascensor que me lleva al *penthouse* ubicado en el piso cuarenta y cinco.

Las puertas se abren. La vergüenza me invade cuando un moreno de ojos nobles me recorre curioso con su mirada. Lleva puesta una bata de seda en tono *bordeaux*.

—*Coff, Coff* —aclaro el nudo en la garganta— Hola... ¿eres Chris Chevalier? *Ehm...* ni siquiera sé por dónde empezar... —digo tímidamente bajando el rostro por el embarazoso momento.

No he terminado de articular mi oración cuando corre para abrazarme. —Preciosa, ¿dónde has estado? ¡Te he buscado por todas partes!

Toma mi rostro entre sus manos suaves. Su voz tiembla por la emoción de verme. Su cariño inesperado me conmueve provocando hermosos sentimientos que había olvidado que existían.

Me invita a pasar, sirve algo de beber y prepara el desayuno haciéndose cargo de mí. No tarda en darse cuenta que sufro de amnesia pero le cuento lo que recuerdo desde que desperté y los esporádicos recuerdos que me vienen cuando estoy en situaciones extremas.

Mi relato lo pone notoriamente triste. Trata de contenerla, pero la lágrima que derrama puede más que sus emociones.

—Siento mucho no haber estado ahí para ayudarte, Nuviana —se lamenta.

—Tal vez así fue mejor, de lo contrario hubiera corrido peligro —digo para reconfortarlo pero lo abraza la tristeza al verme en un estado tan astroso—. Saldré adelante, Chris. Ambos deberemos mostrar carácter a la tempestad.

Se retira las manos del rostro dándome un beso en la mejilla. Chris muestra una sensibilidad que no imaginé pudiera existir en un hombre. Tiene un corazón por el que palpitan sentimientos de mujer atrapados bajo una coraza masculina. Es mi turno de abrazarlo e intentar compartirle la esperanza que siento.

En las siguientes semanas dejamos rápidamente la tormenta atrás. No logro recuperar la memoria pero fundamentado en su cariño, me reincorporo en la persona que había dejado de ser. Escucho atenta sus divertidos relatos y disfruto ver muchas fotos del tiempo juntos.

Hasta ahora ha sido precavido evadiendo pronunciar el nombre de la persona capaz de encadenar mi alma a la voluntad de su piel: Peyton Brax.

Lo único que mencionó Chris semanas atrás, fue que uno de los testigos del accidente había puesto la maniobra de Peyton en duda. Los argumentos presentados fueron que no había razón evidente para que proyectara el auto hacia la izquierda, ya que era obvio que saldría proyectada sabiendo que me encontraba medio de pie y sin cinturón de seguridad. El caso policial fue cerrado misteriosamente después de dos semanas, las mismas que duró Peyton visitándome para no regresar jamás.

En cualquier caso, Chris decidió distraerme visitando su *spa* predilecto para darnos unos tratamientos maravillosos y *a ponernos listos para cualquier eventualidad*, como él lo llama. En realidad podría formularlo de un modo menos diplomático, diciendo: *quiero ponerte perfecta para que cuando ese desgraciado hijo de puta te vea, estés resplandeciente*, pero no lo hace.

Chris se encarga de mi estado desastroso, transformando mi aspecto de una paciente paranoica que llegó a su puerta envuelta en una cobija de sanatorio mental, en el de una mujer vibrante de aspecto renovado.

—Te mereces eso y más por regresar de las garras de la muerte y luego sobrevivir al purgatorio —había dicho.

Demoro dos semanas en sesiones de belleza, pasando por depilación de cejas, piernas, axilas, ¡y hasta el más allá! Juro que me metieron mano en lugares que no había imaginado que pudiera crecerme vello. Luego, continuamos con masajes con piedras candentes, aceites exóticos tonificantes, e hidroterapia para rejuvenecer la piel.

En las primeras semanas no consigo reunir el valor para salir sola del *penthouse*, pero poco a poco vuelven las ganas por definir mi propio sendero en la vida.

No demora en incorporarme con el ejercicio como elemento para encontrar el balance entre el cuerpo y el espíritu. Sabe que me hará bien el ver a otras chicas en un ambiente competitivo lleno de energía positiva.

En los primeros meses no todo es color de rosa, tengo fuertes altibajos que tardo en superar. De los más fuertes cuando visitamos mi apartamento y encontramos documentos de mi escritorio revueltos y tirados por doquier.

—Chris, no entiendo que es lo que buscan. Si entendiera lo que desean se los daría para que me dejaran vivir en paz.

—Si no mal recuerdo, la última vez que estuve aquí, tenías portarretratos con fotos de tu hermana. Se han llevado todos a excepción de tus fotos con Peyton.

—¡Dios mío, que atractivo es! —digo absorta de su masculinidad sosteniendo ambas fotos.

—Nuviana, han estado husmeando en tus documentos financieros. Si estás de acuerdo me gustaría hacerme cargo de tus finanzas. Debemos cambiar las cuentas y transferir fondos.

—Sí, hazlo, por favor. Sólo mantenme al tanto de cada movimiento. Quiero entender los montos y saber con cuánto cuento para vivir. ¡Seguramente tendré que encontrar pronto un trabajo! No creas que me vas a tener de mantenida todo el tiempo, Chris.

—Pues a decir por estos documentos, no tienes mucho de qué preocuparte, cariño.

—¿Mi padre? ¿Me ha dejado algo?

—La villa en Toscana es tuya y una moderada suma.

—Una pena que no esté aquí conmigo para abrazarlo. Su muerte me parece inesperada. Me hubiera ayudado mucho el tenerlo para que escuchar sus historias sobre mi pasado.

—Lo más curioso es que te han hecho transferencias importantes durante los meses que estuviste en coma.

—¿Pero quién?

—La transferencia es anónima. El banco de referencia está localizado en las Islas Barbados. Algún experto financiero las está realizando. Créeme, asesoro a gente con grandes fortunas y sé los trucos.

—¿Hay modo de pagarte todo lo que te he hecho gastar, Chris?

—Olvídate de eso, le he hecho con mucho gusto. Antes del accidente ya contabas con más de veinte millones de dólares, ahora, ¡la cifra asciende a tres dígitos!

—¡Qué dices! —En lugar de alegrarme pongo cara de profunda preocupación sentándome en el sofá. Chris va por un vaso de agua y me lo ofrece.

—Nuviana, estas no son malas noticias, ¿por qué esa cara?

—Ese dinero me coloca aún más en el centro de interés de alguien.

—¡Bueno, bueno, que no nos vamos a deprimir porque hemos encontrado unos cuantos milloncillos de más en la cuenta! —me toma de la mano, levantándose—. Es hora de visitar las boutiques de Beverly Hills—dice dando una palmada a mi trasero—. En el camino haré unas llamadas para asegurar que nadie pueda mover un solo centavo de tus cuentas bancarias, y así está el asunto arreglado.

Intenta contagiarme de su entusiasmo pero los meses en coma me han arrebatado el encanto y placentero deseo de ir de compras.

—¿Te importaría si me quedo en casa? Quisiera agrupar un poco mis ideas —le pregunto—.

Deseo reflexionar sobre las cuestiones que me abruman.

—Prométeme que no te meterás en problemas.

—Trataré.

—Entonces hasta más tarde, linda.

Abandona el apartamento. En realidad deseo preparar un pequeño gesto de agradecimiento para hoy en la noche además de hacerle una consulta importante.

+++++

—¿Chris, estas en casa? —regreso al apartamento después de haber comprado lo necesario para preparar el menú.

Nadie responde. Me encojo de hombros dirigiendo a la cocina. Preparo una *gremolata* para acompañar unos *crostinis* de Tomate-Mozarela. Pongo unas berenjenas en la plancha enrollando dentro una anchoa. Sirvo la mesa y abro un buen vino para que respire. Deseo que todo esté perfecto cuando Chris llegue ya que quiero que se relaje para abordar un tema íntimo que desde hace semanas me quita el sueño.

Una voz repentina me sobresalta —¡Nuviana, llegaste antes de lo que había anticipado! —sale Chris apresurado de su cuarto abrochándose la camisa.

—Chris, pensé que no estabas. Espero no haberte despertado. He preparado un *Antipasti* para ver el atardecer en la terraza.

—¡*Oh, Mon Diu!* Se ve delicioso. ¿A qué se debe la ocasión especial?

—Un pequeño gesto para demostrar mi agradecimiento. Además, te noto un poco tenso —le sirvo una copa del vino que he puesto sobre la mesa y lo invito a que veamos cómo se pone el sol sobre el *skyline* de Los Ángeles.

Nuestra amistad se consolida. Entre buena conversación la botella de vino va terminándose rápidamente. Sabiendo que puedo depositar toda mi confianza en él, abordo el tema que me inquieta

—Chris, he estado pensando algo y quisiera saber tu opinión. Es evidente que tengo una cita con el destino, y la fecha en que ese acontecimiento sucederá me pone nerviosa cada noche. Presiento que no demorará mucho en llegar.

—¿De qué hablas, Nuviana? —pregunta lanzando una mordida a la anchoa sobre el queso mozzarella.

—Le temo al momento en que tenga que reencontrarme con mi sexualidad —digo directo y sin preámbulos provocando que se atragante con el sorbo del vino que acaba de dar. Me ve con gesto perturbado como si fuera un padre enfrentando un tema escabroso con una hija adolescente.

—Por lo visto ha llegado el momento de la verdad... —murmura terminando el vino en su copa.

—He buscado más fotos de Peyton en Internet, Chris. El resultado de verlas es el ponerme a temblar de miedo e inseguridad.

—Tuviste el valor de enfrentar a los dementes y doctores del sanatorio y, ¿unas imágenes de un galán te ponen a temblar?

—Esto que siento es diferente. Es un miedo que desata nervios sabiendo que no estoy preparada para el día que tenga a Peyton frente a mí. Tengo dudas de poder estar a la altura de lo que era antes.

—*Bah*, hubiera sido mejor que no lo buscaras en internet. Su apariencia es sólo la parte inicial del veneno con el que conquista a sus víctimas.

Ignoro su contrariedad, necesito urgentemente su consejo. —Me tortura la incertidumbre por saber cómo me desempeñaba en la cama. El tema me mortifica a tal grado que tiendo a pensar que tenía problemas para alcanzar mi orgasmo. Peor aún, con tantos meses de no utilizar el sistema, ¿de seguro que ya se atrofió! Te juro que no sé cómo empezar a quitar las telarañas que debo tener ahí abajo.

—Nuviana, Nuviana... vamos a reconstruir esa confianza perdida, es tiempo de acabar con tus inseguridades. ¿Por qué crees que tenías cautivado al hombre más deseado en California?

Aprieto los labios haciendo ojos de abejita de un lado al otro esperando que me dé alguna pista para responderle. Hasta la fecha no tengo la menor idea de cómo conquisté a semejante hombre inalcanzable.

—Lo conquistaste siendo tú misma.

—Eh... ¿así nada más, Chris? ¿No te parece un pensamiento demasiado simple? He estado pensando que probablemente era capaz de dar el mejor sexo oral que existe en La Vía Láctea.

—Nuviana... ¡no me jodas! —se lleva la palma a la frente—. Deja de hacerte cuentos en la cabeza. Si piensas que podías acomodar el pito y las pelotas al mismo tiempo en la garganta haciendo un movimiento tipo lavadora para exprimirlos como uvas, te aseguro que eso es para profesionales.

Me sonrojo ante su detallada argumentación —*Piuf*... esa sí que fue una descripción, Chris. Ni yo misma lo hubiera podido ejemplificar de modo tan vívido. Jamás hubiera podido imaginar tanta destreza. ¿Qué tal si eso es lo menos que espera Peyton? ¿De dónde mierdas voy a sacar la experiencia para hacerlo? ¿Ahora entiendes por qué estoy aterrorizada de volverlo a ver?

Chris permanece ecuánime observando antes de decir—: Tranquila que ni siquiera el más experimentado de mis novios es capaz de tanta destreza. El día que encuentre uno, le propondré matrimonio.

—¿Lo ves? Tu parte masculina desea que sea realidad. Imagina lo que Peyton puede desear siendo un Minotauro que derrama testosterona. ¿No crees que debo haber hecho unas atrocidades en la cama que lo volvían loco?

—El que sepas saciar a tu pareja no es una atrocidad. El sexo ardiente fundiéndose con el deseo que llevas en el corazón es un sentimiento apasionante. Puedes estar segura de que si la relación es basada en puro sexo, no durará mucho.

—Admito que despierto con la ilusión de verlo, de abrazar su cuerpo, besar su rostro, amarlo como

lo hacía. Darle los besos que no nos hemos dado, retomar las locas aventuras que compartíamos —suspiro—. Las últimas noches he soñado intensamente con él. Tal vez esté intentando comunicarse conmigo. Somos dos destinos que buscan encontrarse, puedo sentir esa tensión en el aire y ya no puedo ignorarlo.

—¿Qué es lo que sueñas?

—Es un sueño cargado de escenas que incitan a los placeres más bajos pero admito que es fantástico y que me atrae mucho: Peyton duerme plácidamente entre mis senos. Disfruto el momento lleno de paz impregnándome de su irresistible aroma de hombre. Poco después, despierta dándome un beso que me succiona el alma. Retira sus labios poco a poco haciendo una breve pausa murmurándome al oído: “Te voy a hacer el amor como nunca antes te lo han hecho...”

—¡Santísimo Cristo! —Chris se persigna acalorado— ¡¿Que sucede después?!

—Después... cumple su promesa acelerando el *momentum* como un auto deportivo, llevándome a las estrellas. Nuestros cuerpos se entrelazan haciendo imposible reconocer dónde comienzan o terminan.

—¡Mujer, esto es una emergencia! Es hora de que usemos el arsenal de juguetes eróticos que compramos juntos. Debe estar en algún sitio de tu apartamento.

—¿Crees que aún esté interesado en mí?

—No lo sé, eso deberás descubrirlo por ti misma, sigue tus corazonadas.

En ese momento entra un tipo sin camisa. Es robusto y de piel pálida y debe medir al menos un metro ochenta cinco. Lleva puestos unos *Lederhosen*, esos pantaloncillos de piel con tirantes tipo *Oktoberfest* utilizados en Bavaria, Alemania.

Veo su calzado y casi se me comienzan a caer las pestañas. Viste sandalias con calcetines oscuros de vestir estirados hasta la mitad de la espinilla.

—*Guten Abend* —dice con voz gruesa en perfecto Alemán. El hombre no tiene mucha chispa, es más bien soso. Sin preguntar toma uno de los *crostinis* haciendo unos ruidos extraños cuando lo degusta.

—Ah, sí... hola amiguito... —lo saludo agitando mi mano—. Chris, disculpa mi impertinencia. No sabía que tenías visitas. He sido demasiado egoísta acaparando toda tu atención para mí. Por favor continúen con sus asuntos, a partir de mañana me mudaré a mi apartamento para devolverte el aire que necesitas —me pongo de pie muerta de la vergüenza lista para retirarme.

—No, no, espera, Nuviana, no hay razón para que te retires. Günter, *gibt uns bitte ein paar Minuten* —se dirige a él pidiéndole que nos deje a solas. Me sorprende ver lo culto y bien preparado que es Chris hablando idiomas extranjeros.

Lo he pillado con las manos en la masa. Así que lo dejo sufriendo un poquitín guardando ese instante de silencio, viendo como se le suben los colores al rostro. —Chris Chevalier, ¡eres un coscolino de lo peor! —se la cargo viendo que se ha ruborizado— ¡Te pillé literalmente con las nalgas en la masa! —rio divertida—. ¡Pero, chico, qué son esas compañías tan silvestres!

—Ya, ya, está bien —sonríe como un chiquillo.

—A ese no lo llevas a los eventos sociales a los que acostumbras ir, ¿huh? —continúo

molestándolo—¿Dónde quedó esa retórica del corazón y los sentimientos?

—Hay ocasiones en las que el cuerpo aclama por liberarse y eso es justo cuando el buen Günter encaja perfectamente.

—Ese chico se ve más frío que una bolsa de hielos, Chris. ¿Qué te puede ofrecer?

—Es un témpano de emociones.

—¿A qué te refieres?

—Te lo diré porque eres mi confidente y porque tú comenzaste con la conversación sobre gozar de buen sexo. Este germano lo aguanta todo. Lo azotas, sonrío. Te la chupa, sonrío. Se lo meto hasta por las orejas y sigue sonriendo ecuánime. ¡El Günter es un puerco delicioso con el que puedo llevar a cabo mis más bajas pasiones! En cuanto llegaste me sacaste un susto del carajo porque le tenía anudadas las piernas sobre la cabeza, y estaba por darle la estocada de gracia.

—¿Por qué no me dijiste que tardara más en llegar? ¡No deseaba interrumpir esa pelea de leones!

—Porque esta es tu casa, Nuviana. Lo que hice fue dejarlo ahí anudado. Como puedes ver, viene y no dice nada, ni se queja. No sé cómo le hizo para liberarse. No vino a enfrentarme, ni a reclamar, ni a maldecirme. Estos germanos son lo máximo para estos fines. De hacer lo mismo con un latino, me crucifica y abandona en el bosque para que los animales me coman el pito.

—¡No seas tonto! —rio—, pero ¿qué hay de ese importante intercambio de emociones, de la comunicación apasionada?

—¡Si no me voy a casar con él, cariño! Hay ocasiones en que es necesario tener un compañero de noche con el propósito de desahogar puros deseos carnales. Nada de sentimientos, puro placer.

—¿Y cómo se hace eso? —pregunto sintiéndome su tatarabuela— ¿Cómo puedes aislar al corazón sin ponerlo de por medio? Me visto, maquillo y arreglo pensando en Peyton, no podría tomarlo como una descarga carnal.

Se queda pensativo antes de contestar—: Es curioso pero en estos meses juntos me has hecho sentir más hombre que gay. Antes de tenerte aquí conmigo, me sentía mucho más cercano a la sensibilidad de la mujer, pero ahora que la experimento de tan cerca, me doy cuenta que son un ser inimitable, inalcanzable. Tu pregunta me ha desarmado. Puedo desconectar mis sentimientos para disfrutar de un acto puramente carnal simplemente por el hombre que llevo dentro. Una mujer siempre te regalará lo mejor de ella en cada caricia, y en cada una lleva estampada una emoción. Es increíble atestiguar que tu mente no lo recuerda pero tu corazón continúa enamorado de Peyton.

—Me alegra conocerte de este modo tan íntimo, Chris. Espero no poner en peligro tus tendencias sexuales.

—No querida, soy un adicto a los hombres y fiel a mis tendencias. De hecho, para experimentar esa comunicación apasionada a la que te refieres y para derramar amor entregando mi corazón lleno de emociones, para eso tengo a mis preciosos amantes latinos. Tengo uno que se excita tanto que el muy cabrón me araña las pelotas mientras grita sintiendo un placer desgarrador. El tipo es una bestia apasionada pero los encuentros son simplemente fantásticos...

Después de leer la mirada de Chris describiendo ambas situaciones, me doy cuenta que vive al máximo su sexualidad. Me ha abierto los ojos, dándome cuenta que el secreto para cambiar es el concentrar toda mi energía en construir en lo nuevo y no en batallar con lo viejo.

Capítulo 4

Reencuentro

Fitness Studio, Beverly Hills

Termina el entrenamiento. Doy los últimos golpes al saco de boxeo. Tomo la toalla y seco el sudor de mi frente.

Josey, una de las chicas con las que entreno se aproxima. Es una atractiva brasileña que se ha convertido en un magnate de Internet con sus coloridos diseños de joyería exótica a base de piedras semipreciosas, vendiéndolas en todo California.

—Nuviana, esta noche tengo una invitación a un evento y quisiera me acompañaras.

—No lo sé, no sé si esté lista para ir a una fiesta —contesto dudosa ante la oportunidad que finalmente llega. A decir verdad tengo unas ganas locas por salir de noche.

—Tonterías, ¡claro que lo estás! Te ves radiante y no has sufrido ninguna recaída desde que saliste del hospital. Además, ya va a ser casi un año de ello.

—¿De verdad piensas que es buena idea?

—¡Por supuesto que lo creo! ¿Para qué entrenar tan duro si no vas a divertirte un poco? Además, estará lleno de chicos guapos y un poco de sexo casual te vendría muy bien.

—¡Josey, no seas loca! Siéndote sincera no sé ni cómo empezar una conversación con un chico, mucho menos cómo hacer para meterme en sus pantalones.

—Una excitante situación de sexo sin sentido te devolvería esa chispa que has perdido en la mirada. Por lo que se rumora, el desgraciado de Peyton decía estar muy enamorado de ti pero te abandonó a las dos semanas de estar inconsciente.

—No me abandono, dejé de tener contacto.

—No lo defiendas. Técnicamente es lo mismo.

—¿Qué otra cosa podía haber hecho con una novia en coma profundo?

—Estar a tu lado hasta que despertaras, por ejemplo.

—Eso sólo pasa en las películas de Hollywood, amiga. Es mejor hacerle frente a la vida sin poner

demasiada atención a esos detalles.

—Como lo desees, pero recuerda que en estos tiempos la mujer no espera encerrada a que llegue su príncipe azul montando un caballo blanco. La mujer moderna sale a la jungla urbana a buscarlo y en lugar de caballo ahora se llama Ferrari.

La escucho divertida —Digamos que los sucesos del último año han cambiado mis prioridades y valores en la vida.

—Deja a un lado la humildad y no te hagas la tonta que eres una mujer inteligente que sabe muy bien cuánto vale su belleza. Perdiste la memoria pero ese instinto sagaz que te ha caracterizado desde que te conozco, permanece intacto. Así que no te hagas la mosquita muerta conmigo. Ve y busca refugio en un grupo de amantes de ser necesario —dice muy seria.

Rio a carcajadas de puros nervios —Está bien, iré contigo.

—¡Perfecto! Pasare por ti a las nueve a tu apartamento.

—Hasta entonces.

Espero pacientemente a que se aleje fingiendo que no me emociona demasiado la idea de ir de fiesta. En cuanto sale, doy unos pasitos de baile de lo feliz que me siento por la invitación.

Me dirijo apresurada a mi apartamento. Apenas hoy en la mañana me he mudado por completo para devolverle a Chris su completa privacidad. Ni siquiera he visto lo que tengo en el armario y en mi vestuario actual no tengo nada apropiado para un evento como este.

Una vez ahí, pongo música. Selecciono el *soundtrack* del grupo australiano *Say Lou Lou* y voy al vestidor ubicado junto al cuarto principal.

Deslizo la puerta corrediza dando un vistazo a los numerosos vestidos que cuelgan ordenadamente a lo largo de las paredes. Diseños de cortes perfectos y detalles únicos que buscan transformarme en mi versión más cálida y segura. Pantalones y blusas acomodados por colores. En el fondo, una estantería de piso al techo con mi colección de zapatos.

Dios, ahora entiendo porque la moda es una forma de expresión —pienso rascándome la cabeza.

La diversidad de prendas *fashion* reunidas en el vestidor representa un verdadero reto para encontrar el atuendo adecuado de la noche. Camino tocando las prendas, sintiendo la calidad de sus texturas, buscando inspiración para vestir adecuada para la ocasión.

¿Que vestía antes? ¿Cuál era mi conjunto favorito? —me pregunto sin encontrar respuesta. Después del episodio con Kyler en el sanatorio mental, no he vuelto a tener ningún flash back, ni progresado en recuperar la memoria. Estoy estancada en la amnesia.

Me siento en el centro del vestidor acomodándome en posición de flor de loto combinando con la mirada la infinidad de posibilidades que se abren ante mis ojos. Cuando creo tener el tono adecuado, las preguntas inundan mi mente:

¿Ira a hacer calor?

¿Ira a estar fresca la noche?

¿Habrá viento?

¿Saldrá la Luna?

¿Será un evento al aire libre o en un club?

¿Qué vestirán las demás?

¿Qué está de moda en esta temporada?

¿Debo asistir elegante, sexy o casual?

Son demasiadas variables integrándose a la ecuación para resolver el problema del atuendo para el evento. La inseguridad de volver a salir y la falta de memoria me dificultan tomar la decisión adecuada.

Santa María de las Mercedes, ¡por favor ayúdame! ¿Cómo hacía antes? Parezco una adolescente inexperta.

Hojeo las revistas apiladas sobre la mesa buscando inspiración. En unos cuantos minutos absorbo el contenido de Allure, Elle, Vogue y Cosmopolitan. Las chicas en las revistas se ven fabulosas pero en lugar de ayudarme me confunde aún más. Me tiendo en el piso esperando a que el espíritu santo me ilumine.

Finalmente después de esforzarme una hora en el vestidor, admito: —¡Putra Madre, no tengo nada que ponerme!

¿Y ahora qué hago? Lo quiera o no, mañana mismo tendré que ir de compras, ¡esto es una emergencia!

Postergo la decisión de mi atuendo. Hago pausa para despejar la mente y me voy a duchar.

Salgo con una toalla sobre la cabeza y abro un cajón que contiene una colección gigantesca de lencería. Las marcas de *Gooseberry Intimates* y *Agent Provocateur* dominan las prendas. Todo parece indicar que gustaba de vestir femenina desde lo más íntimo de mi atuendo.

A diferencia de mi look exterior, puedo decidirme fácilmente por la lencería. Seleccione un diseño cargado de sensualidad viéndome al espejo impresionada de la mujer que se refleja en él. Satisfecha, arreglo mi cabello peinándolo como una chica que aparece en una revista.

¡Ring! ¡Ring! —Suenan mi teléfono móvil.

¡Ay la *Madonna*, ya está aquí, Josey!

—¿Si diga?

—*Nuviana, he llegado. Te espero frente al lobby del condominio cuando estés lista.*

—Eh... si, ahora bajo, Josey.

Corro al vestidor y escojo apresuradamente un vestido corto de coctel. El momento me dicta decidirme por el que mejor empate con mi lencería, así que selecciono un modelo monocromático y lo combino con unas plataformas que contrastan con la tela del vestido.

Volteo a verme al espejo quedándome perpleja de lo bien que me sienta. Me coloco de costado

para ver como se ve mi trasero —*Mmm-hmm*—asiento con la cabeza. —¿Quién diría que soy una pinche loca salida del sanatorio?

Un fugaz sentimiento de melancolía me inunda al recordar la espantosa etapa de mi vida vistiendo la bata del sanatorio mental. El sentimiento no tarda en renovarse en uno positivo. Estoy dispuesta a descubrir una nueva faceta de mi personalidad afrontando a desconocidos. Forjaré mi presente y con ello un nuevo pasado.

Satisfecha de vestir un look sencillo pero glamoroso, tomo uno de los bolsos y salgo al encuentro de Josey.

Subo a su Mustang convertible con actitud *cool*, pretendiendo que estoy acostumbrada a salir todas las noches. Intento controlar mis nervios haciendo conversación —Josey, olvidé preguntarte la locación del evento. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

Me mira coqueta abanicando sus largas pestañas. —Al Club Náutico, Nuviana. Te ves divina, no puedes negar que tu relación con Peyton propició que sacaras tu pulso natural por la moda—dice viendo detenidamente mi atuendo mientras acelera por la carretera que lleva hacia la costa.

—No está mal, ¿cierto? —respondo inundada de confianza sintiéndome hermosa.

Demoramos treinta minutos en llegar al lugar del evento. Dejamos el auto en el Ballet Parking y caminamos hacia la casa club caminando sobre el muelle. Al fondo se extiende una enorme plataforma que flota sobre el mar. Conforme nos acercamos, los *beats* de la música lounge comienzan a hacerse más presentes. Las gaviotas revolotean sobre la marina atraídas por los canapés a base de pescados y mariscos.

El entrar a un evento nocturno acompañada de una ardiente brasileña capaz de domar leones con sólo chasquear los dedos, representa un verdadero reto. De no estar a la altura, te deja pareciendo el perrito que la acompaña. Sin embargo lo retador de la situación saca lo mejor de mí. En lugar de intimidarme, me contagio de la confianza que irradia a cada paso. Un sentimiento de seguridad se apodera de mi interior reflejándose irremediabilmente en mi actitud.

Hmm... algo me dice que dominaba bien estas entradas —pienso sintiéndome divertida con las miradas de curiosos— Saco mi orgullo de italiana andando con paso firme y despreocupado.

El que dos chicas jóvenes, una morenaza y una trigueña de ojos verdes se aproximen en vestidos *fashionistas* en pulidos *looks* no pasa desapercibido. La concurrencia reunida nos lanza miradas, interesada. Es el evento perfecto para ver y dejarse ver.

Cruzamos el primer grupo de personas bajando de uno de los yates. Apenas los hemos pasado cuando Josey me dice—: A las tres giraremos sobre nuestro hombro derecho dando una vuelta sobre nuestro eje. ¿Estas lista?

—¿Para qué?

—Será divertido. Voltea hacia atrás a la 1... a las 2... ¡ahora!

Volteo sobre mi hombro para descubrir a chicas torciendo el cuello para ver detenidamente nuestro atuendo. Los chicos ponen más atención a nuestras piernas y traseros que a los tacones que vestimos.

—Bienvenida de nuevo al planeta Tierra. Has aterrizado de un modo espectacular —dice animándome.

Sonrío sintiéndome halagada y aliviada por mi apurada elección de mi atuendo. Es un vestido urbano de la diseñadora Vera Wang en tono gris plomo. Es corto hasta los muslos y sin mangas mostrando los hombros. Tiene un escote a la espalda que arranca suspiros de las personas reunidas en yates y veleros anclados a lo largo de la marina. La tela cae suavemente sobre mi cuerpo acentuando mis curvas. El dobladillo del vestido acaba con un ribete de sensual encaje a la altura de los muslos superiores. El diseño plegado de la falda da un dinamismo al andar. Como accesorio, una estola cubriéndome coquetamente los hombros y cayendo graciosamente a los lados.

Lo combino con unos tacones del legendario diseñador francés Christian Louboutin, el modelo *Tudor Bal Veau* embellecido con cuentas de metales multicolor combinado con exótica piel de pitón en la zona del tobillo y tacón evocando la opulencia inglesa del siglo XVI de los Tudor. Como accesorio llevo un bolso de Gucci, el modelo *Dionysus* que con coloridos estampados contrasta con el vestido monocromático. El peinado casual con una coleta baja cayendo al frente de mi hombro. En la parte superior he hecho una corona para darle volumen. Los flequillos a los lados, y el cabello un tanto despeinado para dar esa apariencia fresca y desenfada.

Dos hermosas edecanes con distintivos de la marca de champaña *Veuve Clicquot*, la marca que patrocina el evento, nos reciben en la entrada con dos copas llenas del burbujeante líquido.

—Por tu inserción en sociedad —Josey levanta su copa diciendo con camuflageada arrogancia—, y porque encontremos a dos chicos bien parecidos para pasar la noche.

—Eh... si... salud —respondo deseando que no se nos acerque ni un mosquito. No pretendo convertirme en el alma de la fiesta.

Brindamos viendo hacia el mar abierto. Al lado opuesto, sobre la colina, se ve la iluminación de los residenciales de Malibu Beach.

Su insistencia por hacer contacto con el sexo opuesto me tensa. No sabría qué decir, que comentar... Imagino la pregunta de un galán interesado: *¿y, que has hecho en los últimos meses?* Peor aún, imagino la vergüenza al responder: *Pues veras, guapo, he estado en coma en un hospital psiquiátrico en el que intentaron violarme, pero un psicópata me salvo el pellejo. Encantada en conocerte y no, no estoy pinche loca, me metieron ahí por una conspiración que aún no logro comprender. ¿Deseas ser parte de mi vida?*

Josey me toma de la mano guiándome entre la multitud. No tardamos en mezclarnos con la excéntrica concurrencia que asiste al evento. Me dejo embriagar por el extravagante ambiente del lugar. Los chicos sonrían continuamente intentando hacer contacto pero mi timidez delata mi falta de dominio del círculo social en el que me encuentro.

Ha oscurecido en Malibú. Luces neón iluminan las palmas colocadas en la plataforma. La luna se refleja sobre la superficie del mar. El presentimiento de haber vivido una noche semejante en el pasado me pone la piel de gallina, sin embargo no llega el recuerdo, sino una emoción que acelera los latidos de mi corazón.

—Nuviana, tienes que sacar ese coqueteo italiano, de lo contrario no conocerás al chico de tus

sueños. —dice Josey sacándome de mis pensamientos—. No te reprimas, se tú misma.

—Es lo que estoy intentando desde que llegamos, Josey —contesto para satisfacer sus deseos pero en realidad no sé cómo coquetearles, ni deseo hacerlo. Josey en cambio los conquista como si fuera medusa convirtiéndolos en piedra con su radiante sonrisa. Los chicos hacen fila como fichas de dominó puestos uno tras otro y ella los descarta después de bailar con ellos.

El alcohol fluye en las almas reunidas esa noche. Chicas hermosas bailan divertidas en el centro de la pista. El evento continúa calentándose con los estimulantes intercambios de miradas y roces de los cuerpos. Bailamos juntas moviendo nuestras caderas al ritmo de la música. Alzo los brazos disfrutando de lo que tanto añoraba hacer: divertirme sin remordimientos.

Nos damos la espalda pegando nuestras caderas moviendo sensualmente los hombros de lado a lado encontrando nuestros rostros. Repentinamente, Josey desvía la mirada distrayéndose.

—Oh, oh... es mejor que nos vayamos —dice abruptamente con seriedad.

—¿Qué nos vayamos? ¡No, sigamos bailando! —le pido— Finalmente he conseguido relajarme.

Josey continúa mirando detrás de mi hombro, Me volteo dirigiendo la mirada en la misma dirección viendo el motivo de sus preocupaciones. Un caballero sexy como el infierno baja de un Bentley convertible en color blanco.

La incitante aura de la personalidad cautivadora del chico absorbe mis sentidos apresando mi alma como si se tratara del mismo diablo. Es imposible quitarle la vista de encima. Inexplicablemente la química de mi cuerpo se turba notoriamente. La enigmática expresión en su rostro y su halo con toque de vanguardia son irresistibles.

Sin entender la razón de ello, un fuerte deseo florece dentro de mi vientre. La presencia de ese chico altera mis sentidos dándome un instante de erotismo inexplicable que se extiende en la atmósfera del evento.

El momento me atrapa impulsándome a hacer lo que no he logrado en toda la noche: atreverme a coquetear directamente. En un gesto incontrolable que no reconozco, le lanzo una sonrisa vanidosa esperando que lo alcance. Con manos sudorosas espero si volteará a verme.

El encanto se rompe rápidamente al darme cuenta que mi estúpida ingenuidad piensa que soy la única que lo ha hecho...

Pfff, ¡ilusa de mí! Soy una boba.

Veo alrededor atestiguando como entre la nutrida concurrencia femenina se desata una tormenta de estrógenos atraídos por la testosterona exudada por este macho alfa. En segundos acapara la atención de las mujeres reunidas atrayéndola como un hoyo negro del cual no es posible escapar de su poderosa atracción.

A paso seguro, el caballero se dirige al otro extremo del auto. En su andar, regala una sonrisa premeditada a todas las pendejas como yo que lo miramos. Su gesto saca chispas provocando suspiros. Las mujeres se pelean por apropiarse de esa encantadora sonrisa que ha le ha lanzado a todas y a ninguna.

Jala la manija de la puerta del auto. El chico es tan caliente que parece que va a fundir el aluminio. Abre la puerta para tomar de la mano a su acompañante con una galantería que derrite. Algunas chicas tratan de disimular su interés, en cambio otras descaradas empiezan a hacer fila esperanzadas de atraer su atención. Cualquiera mataría por estar en el lugar de la espectacular rubia que emerge del auto.

Es una chica joven, seductora como la seda y con cuerpo de modelo. Tiene un estilo elegante con cabello largo peinado hermosamente en pliegues. La tez blanca contrasta con el tono azul de su vestido de coctel en *strapless* mostrando un escote de infarto dejando claro su pecho cautivador.

El chico que la acompaña es un sueño hecho realidad. El tamaño, forma y longitud de su rostro es perfecto. Tiene piel bronceada, cejas espesas, barba afeitada al ras y nariz recta. La mandíbula afilada termina en un bello mentón partido. Su imagen pulcra y masculina da la impresión de ser un hombre independiente. Viste una camisa de lino blanca con mangas arremangadas y pantalón azul marino confeccionado en el mismo material. La camisa la lleva desfajada añadiendo un aspecto versátil a su sencillo atuendo.

Con calculada calma se dirigen a la entrada donde les dan la bienvenida como invitados distinguidos. Se escuchan suspiros cuando entran al evento. Sin admitirlo, todas las mujeres nos preguntamos por qué no tenemos la fortuna de estar cerca de un hombre con ese estilo masculino embriagante hasta la médula.

—¡Mierda! Debí pensar que asistiría al evento —Josey me saca de mi estado de fascinación—. Ven, vayamos al bar por unos cocteles —me toma de la mano jalándome fuera de la pista.

—Dos Cosmopolitan, por favor —le pide al barman.

—Yo prefiero dos tequilas —digo sintiendo un repentino bochorno.

—¿Uno para cada una? —me pregunta extrañada.

—No, los dos para mí.

Josey hace una mueca poniéndose muy seria diciéndome, —Nuviana, es mejor que te olvides del chico que acabas de ver.

—¿Por qué? Es el que más me gusta de todos los aquí presentes.

—Porque es inalcanzable. No te pongas de terca. Hay muchos más guapos que él.

—¡A quién le interesa lo guapo! ¡Ese huele a puritos problemas! Además, evoca involuntariamente un deseo erótico que me intriga. No lo había sentido antes. Es un fascinante acertijo, un péndulo impenetrable que se balancea entre lo racional y emocional, entre lo instintivo y lo predecible. No muestra en la superficie sus vulnerabilidades o fortalezas.

Josey gira los ojos hacia arriba negando con la cabeza reconociendo el profundo efecto que ha causado el chico en mí. Ladea el rostro observando a la pareja de la noche de soslayo.

—¡Ay su pinche madre! —exclama sorprendida— Es mejor que no voltees, Nuviana.

Su comentario provoca que vuelva a poner los ojos sobre la pareja. El chico posa sus manos en la esbelta cintura de la rubia, ella alza su rostro buscando encontrarse con el de él y se besan saboreándose lentamente...

Una rabia fulminante se apodera de mí viendo como le acaricia el rostro a la rubia mientras la besa con esos labios de fresa.

—Aquí tienen sus tequilas y el Cosmopolitan —dice el barman

—¡Bendito! Justo a tiempo porque estaba a punto de ir a colgar de un astabandera a esa méndiga rubia descarada. ¿Cómo se atreve a besarlo así la muy zorra? —digo sin ocultar mi enojo.

Bebo los tequilas uno tras otro. Giro mi cuello hacia la derecha y luego a la izquierda sintiendo como trueno liberando la tensión del momento. Josey me observa preocupada por mis impulsivos comentarios.

—¿Te encuentras bien, Nuviana?

Tomo una bocanada de aire antes de responder. —Dime por favor quién es, Josey. El estado en el que me encuentro no es normal.

—Ehm... pues... no lo sé... es la primera vez que lo veo.

—Eres malísima para mentir.

—Está bien, si lo he visto antes pero no sé qué tenga que ver contigo. ¡Bah, es mejor irnos! Hay otros clubs nocturnos que puedo mostrarte.

—Josey, ¡Quédate en tu sitio y háblame con la verdad! —le demando sacando mi carácter—. Por favor entiende que siento una química inquietante hacia él. Hay algo que me perturba más allá del entendimiento. Antes de que llegara había ignorado a todos los demás chicos pero éste, se apoderó de mi espíritu con su pura presencia. Algo me dice que tenemos una cuenta pendiente. No me vengas con rodeos, y dime de quién se trata.

—Tendrás que preguntárselo, tú misma.

—No te atreves a decírmelo, así que lo haré yo. Se trata de P... Pp... —los labios me tiemblan impidiendo pronunciar su nombre en el primer intento. Es como si se fuera a desatar una maldición implorando su nombre. Doy un trago al tercer tequila no para aclarar mi garganta, sino para tomar valor—: Es Peyton Brax, ¿no es cierto? —le pregunto intentando aclarar la preocupación de mis ojos.

Josey baja el rostro asintiendo —Por favor discúlpame, no sabía que vendría. No sé qué decir... no deseaba meterte en esta incómoda situación.

—No es tan trágico, tranquila. Creo poder soportarlo —digo para reconfortarla—. Mis emociones están aún bajo control. De hecho, ahora que lo veo en persona me siento mejor, lo idealizo menos viendo que es un simple mortal como todos... —tengo que morderme el labio sabiendo que miento, miento como una idiota sabiendo que parece un Dios entre los hombres. Miento con el dolor resonando en mis entrañas sabiendo que lloran desconsoladas en clara señal de mi fragilidad ante el amor que le sentía.

—Si prefieres podemos irnos —dice acomodándose un flequillo que cae sobre mi ojo.

—¿Y perdernos está magnífica fiesta? ¡Espero que estés bromeando! —le digo sacando fortaleza de la nada—. La estábamos pasando fenomenal y continuaremos pasándola de lo mejor. ¡Tengo ganas de bailar hasta el amanecer!

—Como deseas. Sólo recuerda que esto no se trata de demostrar quién es más *cool*.

Brindamos con los vasitos de tequila que nos han puesto frente y bebemos decididas a pasarla de lo mejor.

Nos deslizamos al centro de la pista en donde no tardan en acercarse chicos con aire de conquistadores. Decido ignorar la presencia de Peyton y me entrego a vivir la intensidad de la noche.

Todo se desarrolla con una frágil normalidad hasta que pierdo a Josey de vista.

¿Dónde se ha metido? Estaba junto a mí hace unos segundos —la busco entre la gente mientras sigo bailando.

Levanto el rostro viendo hacia el fondo con la esperanza de encontrarla. Desafortunadamente mi mirada me traiciona posando mi atención en Peyton que se encuentra sentado en los sofás ubicados un nicho exclusivo para socios. La rubia le hace cariñitos en el pecho recargando la cabeza sobre su hombro como si estuvieran hechos el uno para el otro. Ella le cuchichea algo al oído y él le responde con una sonrisa pícaro clavando su mirada en el pronunciado escote de su chica.

—Mira nada más que bonita pareja de tórtolos... se nota que se quieren mucho los ¡hijos de puta! —mi grito estrangulado de impotencia se ahoga con la estruendosa música del lugar—. He tenido suficiente por hoy. ¡Esto no es para mí! —me dirijo molesta hacia la salida.

Intento evitar voltear a verlos pero la curiosidad me domina viéndolos de soslayo mientras me abro paso entre la gente. No sé si es la tensión que mi cuerpo exuda o una mera coincidencia pero en una de mis numerosas ojeadas veo que Peyton nota mis esfuerzos por escurrirme entre la multitud.

Los segundos que transcurren son extenuantes viendo que se pone de pie. No me ha reconocido pero sin duda intuye algo familiar al mostrarse interesado en mí.

Poco después mis sentidos se despedazan rompiendo mi control. Me tiene en su radar observando como intento alcanzar la salida. Tengo que detenerme cuando siento el infinito peso de su mirada. Estoy paralizada ante el embrujo Brax, sin saber cómo comportarme o que hacer. Lo único que deseo es desaparecer, evaporarme en ese mismo instante para no tener que hacerle frente.

Mis sentidos intuyen que su instinto le dicta aproximarse. Levanto tímidamente el rostro admirándolo desde lo lejos. Se ve monumental, temible e inalcanzable. Da unos pasos hacia donde me encuentro soltando la mano de su acompañante. El corazón se me congela y arde al mismo tiempo.

La rubia se disgusta viéndose abandonada sin más explicaciones. Desea acompañarlo pero él la detiene haciéndole un ademán con la mano sin quitarme la vista. Ella no insiste entendiendo la señal determinante: necesito mi espacio, no-me-sigas.

Peyton se desliza acortando rápidamente la distancia que nos separa. A pocos metros se detiene cuando la cercanía le permite distinguir mis rasgos faciales.

El choque de miradas desencadena un sismo bioquímico en mi interior. Sus brillantes ojos color miel me paralizan encendiendo mi vientre. No cedo ni un centímetro. Estoy como venadito deslumbrado por la luz que lo cega.

Vuelve a avanzar. Sus pasos reducen peligrosamente los últimos metros de esta dulce o trágica

travesía del recuerdo de un amor. Quisiera huir, desaparecer pero ejerce su mirada como arma mortífera convirtiéndome en su presa. Ojalá fuera posible que la tierra me tragara en ese mismo instante. Deseo olvidar que nuestras vidas se cruzaron pero mis entrañas son atraídas por su fascinante estilo.

Finalmente, sin importarle un bledo si me incomoda o no, me enfrenta invadiendo mi espacio personal. Lo tengo a centímetros. Otro hombre hubiera sido más precavido dadas las circunstancias presentes y pasadas.

Mi olfato se llena de su perfume armonizando con su olor a hombre. No ha dicho una sola palabra y su intensidad aromática ya me tiene excitada. Puedo sentir mi cuerpo tensarse.

Su olor es maravilloso. Predominan matices con presencia de frutas rojas junto a notas de regaliz. Huele a recuerdos bien definidos de maderas exóticas rociados de brisa del mar. En el fondo aparecen notas afrodisiacas prometiendo aventuras locas y desenfrenadas. El efecto de su aroma es un potente estimulante sexual surtiendo efecto. Mis feromonas se alborotan, golosas por probarlo todo.

—Hola, ¡Luces fantástica, Nuviana! —dice con voz gruesa pronunciando mi nombre como una maldición.

Mis pestañas se erizan con las notas de su voz. Ese tono seductor me es conocido. El ritmo de mi corazón se acelera reduciéndome a un puñado de hormonas a su merced.

Jalo aire intentando no derrumbarme ante su presencia. Me repongo de la sorpresa articulando un—: Hola, ¿nos conocemos?...

Me desarma con una sonrisa que incluye dos incitantes hoyuelos en las mejillas.

—El que hayas perdido la memoria me da la oportunidad de volver a conquistarte —dice con cierta arrogancia—. No me creo que no sientas nada, mucho menos que tu instinto este coartado por tu amnesia. Nuestras almas se hastiaron de gozarse, se fusionaron en una sola para entrelazarse en la eternidad. Vamos, busca en tu interior y dime quién soy.

La seducción de los sentidos ante su tono imperativo es tan penetrante, que me hace confesarlo —Eres, Peyton... El hombre al que según me cuentan, amé con tanta locura que estuve dispuesta a arriesgarlo todo, incluso la vida misma.

—Y yo te correspondí de la misma forma y aun deseo hacerlo. —Sus palabras suenan a una tentadora promesa que me niego a aceptar.

—Veo lo triste y devastado que te encuentras. Espero seas feliz con tu nueva relación sentimental.

—Esa chica es algo meramente temporal, algo tan efímero como una bocanada de aire. No es algo estable como lo nuestro —se atreve a hablar en presente.

—Ya no te pertenezco —digo mintiéndome a mí misma. El tenerlo esos escasos segundos me ha demostrado que siempre le he pertenecido.

—Llevas una carga muy grande contigo, Nuviana. ¡Vamos, descarga de una buena vez ese rencor que sientes! Atrévete a hacerlo.

Me incita a escupirle el dolor que me provocó saber que a las dos semanas se había olvidado de mí, pero se equivoca, ni siquiera pienso reclamárselo, al menos no en nuestro primer encuentro. —Hay

rencores que matan si dejas ganar a tu memoria, y no la tengo, así que no hay manera de que te guarde desprecio alguno.

—¡Dios! Sigues igual de hermosa tanto por fuera como por dentro —dice aliviado de no mostrarme hostil.

—Solo intento mantenerme positiva a pesar de las circunstancias. Ojalá pudiera recordar lo genial que la pasamos para poder creen en tus historias de nuestras almas entrelazadas... Lo único que veo entrelazado en tu vida son las piernas de esa rubia a tu cintura —me es imposible subyugar los celos que arden en mi interior.

—Ella no será un problema, mucho menos se interpondrá entre nosotros —lanza una mirada soñadora que viaja por el borde de mi escote. Ni siquiera dudo que ya me imagine desnuda rogándole que me haga suya—. Las cosas que hicimos han sido las más excitantes de mi vida —murmura a mi oído permaneciendo cerca dejándome sentir su respiración. Su mentón toca mi mejilla esperando un titubeo de mi rostro para cazar mi boca.

Mis labios tiemblan sabiendo que están a punto de perderse bajo los matices de este hombre irresistible que me orilla a saltar hacia el oscuro abismo Brax.

Ladeo mi cabeza interrumpiendo el contacto sin disimular mi fastidio de la rubia observándonos intrusivamente.

—Aquí, no será Peyton. Para ti puede ser algo normal deshacerte de una mujer y tomar otra de las que te hacen fila, pero yo no juego así de sucio.

—¿Y por qué no, si lo que te dicta tu voluntad es besarme?

Me perturba el verme sorprendida de ese modo. Sabe que muero por sucumbir a la experiencia de volver a probar uno de sus besos. Es un galán castigador y un chico malo, muy malo. Ese que toda mujer desea se le aparezca para tener la aventura más ardiente de su vida, ese capaz de romperte el corazón en mil pedazos y luego voltearse sonriendo para decir adiós viendo como lloras.

Aprovecha mi tribulación para robarme una caricia en mi hombro desnudo deslizando su mano cariñosamente. Mi piel se eriza ante el veneno de su tacto. Las sensaciones físicas se agolpan en mi entrepierna.

Sus ojos miel se clavan en los míos. Le sostengo la mirada en ese espontáneo acuerdo tácito de silencio que no incomoda, sino que une haciéndonos cómplices del momento.

—Comencemos de nuevo, Nuviana.

—Si me estas pidiendo que sea tu novia nuevamente, primero tienes que explicar por qué piensas que dejé de serlo. —Pregunto obstinada conociendo la respuesta.

Pone cara de fastidio en una típica reacción masculina cuando se les demanda dar explicaciones de sus actos.

—Bueno, es que yo pensé que... no sé... han pasado tantas cosas...

Es obvio que no sabe cómo contestar pero me encanta verlo metido en dificultades. —Tienes que ser mucho más específico, Peyton. No soy de esas chicas que te veneran como a un Dios. Bájate de tu

nube y aterriza en el planeta tierra. En mi mundo sólo han pasado tres cosas desde la última vez que nos vimos: uno, estado de coma; dos, despertar en un hospital psiquiátrico, y tres, reincorporarme a la vida sin memoria. Me da curiosidad saber lo que ha sucedido en la tuya pero creo que prefiero no saberlo —termino mi comentario haciéndole una mueca en dirección a la rubia que lo espera como si fuera Julieta esperando a su Romeo en el balcón.

—La verdad es que no pude soportar el verte en ese estado después de haberme contagiado de tu intensidad con la que vives cada momento de la vida —baja la cabeza con cierta amargura—, no soy tan fuerte como parezco, Nuviana. Siento mucho el haberte decepcionado.

Titubeo unos segundos. No sé si sus palabras son parte de su puesta en escena o es un instante de sinceridad. En el fondo de sus pupilas veo brotar una fuente de genuino arrepentimiento que me conmueve.— Discúlpame por presionarte, Peyton. Es sólo que tengo miedo a que vuelvas a abandonarme cuando más te necesite. Tal vez soy afortunada de no recordar cómo me rompiste el corazón en mil pedazos.

—Jamás sería capaz de ello, Nuviana. Lo nuestro sacaba chispas. Te puedo asegurar que eras y continuarás siendo muy feliz a mi lado.

—No lo sé... tengo demasiadas preguntas que arruinarían nuestra relación. Eres un espíritu libre sin nido fijo y yo busco estabilidad después de lo que he vivido.

—Es la mente lo que hace al hombre libre o esclavo —saca su parte intelectual al darse cuenta que dudo de él. Asume que su hermoso físico y carisma no han tenido el éxito esperado. Su esfuerzo me desata una sonrisa delatadora.

—Desconozco si la libertad es compatible con el amor pero estoy segura que un amante es y será siempre un esclavo.

—No lo recuerdas, Nuviana, pero en una ocasión te dije que eres mi todo, no un amante.

—Me refiero a ti siendo mi amante y no yo el tuyo.

Se confunde. Está acostumbrado a que las demás sean sus amantes. Él se ve como el cazador y no como la presa. Peyton se concibe como el sol alrededor del cual gravitan los planetas.

—¿A qué te refieres? Háblame claramente. ¿Acaso tienes a alguien más?

—No estoy lista para volver formalmente contigo, ¿así o más claro?

—¿Es tu última palabra? ¿Debo tomarlo como una negativa? No estoy acostumbrado a rogarle a nadie.

La cúspide de la decisión por continuar o discontinuar un camino juntos se ve brutalmente interrumpido por una voz melosa: —Peyton, bebe precioso, ¿bailamos? —es la despampanante *Barbie* de ojos azules que lo acompaña.

—*Mpfff*... —me mofo por el modo en que lo llama. Tengo que ahogar una carcajada.

Peyton se pasa la mano por el cabello exasperado por verse evidenciado de esa forma. Ella lo toma por debajo del brazo, recargando su cabeza en él, con la otra mano lo abraza de la cintura. Parece un gato ronroneándole a su dueño. El mensaje es clarísimo: este hombre es de mi propiedad, lárgate.

—Sharon, el *timing* es absurdamente malo. Te pedí que no me siguieras —le dice contrariado tomando bocanadas de paciencia.

Sharon me barre de pies a cabeza, si las miradas mataran, ya estaría cinco metros bajo tierra y con una cruz sobre mí pecho.

—*Ashh*, no te enojas conmigo, bebe —contesta—, sabes bien que mi piel es incapaz a resistir el tenerte. Soy una esclava de tus besos.

Giro los ojos al cielo imaginando el horror que debe ser soportar durante una noche a esta melosa con trilladas oraciones de amor. Peyton está a punto de partirse en dos.

Quisiera alargarle el momento embarazoso pero los celos me corroen atestiguando como Sharon introduce su mano en la camisa acariciándole el pecho, buscando su boca para que la consuele. Decido dejarlos.

—Tengo que irme, *nenito precioso, guu, guu guuu* —le digo imitando la voz de la rubia. Me divierte agujonearlo mofándome de los adjetivos que ella usa. Sharon tuerce la boca viendo de soslayo como aproximo mi rostro a su hombre para murmurarle al oído—: No tiene nada de cerebro pero tiene buenas tetas, sin duda la mujer perfecta para un tipo como tú.

—No tengo porque darte explicaciones —responde seca y categóricamente.

—Tampoco te las he pedido, Peyton. El accidente se llevó mi memoria pero no mi dignidad de mujer. Jamás fungiré como tu segundo plato. Cuando aprendas a rogar, contáctame, necesitaras esforzarte para convencerme.

Los abandono sin hacer drama ni aspavientos. No soy de las que gozan de hacer espectáculos.

Es mejor irme... la noche no tiene más que ofrecerme. Retomo mi rumbo hacia la salida.

A los pocos metros, una mujer se me adelanta pasando de largo echando blasfemias. —¡O tienes muchísimo dinero o lo follas como una puta!— Es Sharon que esta fuera de sí. Camina azotando sus sandalias Gucci, haciendo un dramón teatral. Evidentemente Peyton le ha dicho algo que no ha sido de su agrado.

Ignoro sus provocaciones, continuando mi camino. Tengo la resolución de irme y regresar al mundo apático pero estable al que pertenezco.

Una mano robusta me toma del hombro. —¡Nuviana, no te vayas! Sharon es cosa del pasado. Por favor acepta mis disculpas y el renovado amor que deseo ofrecerte.

—No te estás esforzando lo suficiente, Peyton. Se trata mucho más que ofrecer amor, se trata de respeto, integridad como pareja. Te tiene que quedar claro que no soy una de estas muñequitas que seleccionas en una tienda y que vas follando en tu camino para luego aventar a la basura y buscar un nuevo remplazo.

—¡Putra madre! ¿Qué quieres que haga? ¿Qué me dé un pinche tiro en la pierna?

—No sería mala idea, yo misma te lo propinaría con gusto. ¡Eres un cabrón, Peyton Brax! —*pero como me gustas maldito...* —pienso disfrutando mi instante de gloria. Siempre consigue lo que desea pero ahora está fastidiado teniendo que trabajarle.

—Eres simplemente irresistible cuando sacas ese carácter rudo —le divierte ver como arrugo mi nariz al enfrentarlo—. Estoy impaciente por atestiguar ese carácter enérgico en la cama...

Su soberbia y atrevimiento me arranca media sonrisa en la comisura de la boca. Es imposible enojarse con este adonis. Me limito a sacudir la cabeza sin dar crédito a sus palabras presuntuosas.

—Es hora que tomes una decisión, Nuviana, de lo contrario me marcharé.

—Necesito tiempo para pensarlo.

—Tomate los siguientes treinta segundos, no tolero que jueguen conmigo —pone un ultimátum contraatacando con más firmeza de la que esperaba.

Mi momento de victoria se desvanece poniéndome nerviosa de perderlo. Mucho más ahora que ha mostrado su interés por reconquistarme, y siendo sincera, sólo deseo alargar el sentirme deseada por un hombre que se sabe irresistible. Es mi honor de mujer el que definiendo pero el temor a seguir sola cambia mi posición.

—¿Era igual de complicada, antes? —digo admitiendo mis continuos cambios de opinión.

—Igual, sólo más cachonda —no tiene reparo en admitirlo.

—Tal vez sea por la falta de práctica —le giño un ojo en una coquetería desconocida. El comentario pícaro le hace desorbitar los ojos, sólo le falta comenzar a sacar humo por la cabeza.

—Huyamos de aquí, descubramos a dónde nos lleva la noche —propone poniendo a prueba mi fuerza de voluntad. Siento el calor que irradia su cuerpo casi tocándome—. Daremos un paseo por la marina —roza mis labios con su dedo índice en un gesto por demás provocativo. Lo retira doblando suavemente mi labio inferior hacia abajo y magistralmente hace que el roce de su mano contra mi seno parezca más un accidente que un acto deliberado al llevarla de regreso.

Mis estrógenos se arremolinan incitados por su testosterona. Intento ignorar la cascada de humedad que alcanza mi entrepierna. El sabor de su piel en mis labios me hace abandonar la estrategia de mentirme a mí misma. Estoy enganchada a su excitante sabor. Paladeo su veneno disfrutando como infecta mi sistema. No sólo su aroma es divino, el sabor de su piel sabe a notas de anís con matices de sabrosos caramelos fundidos con una fresca acidez con un final cremoso y ardiente con una acidez presente pero bien domada.

—Entonces, ¿Nos vamos? —dice descaradamente como si no supiera que me tiene en su poder.

—¿Cómo dices? —Bato mis pestañas rápidamente para salir del trance de su exótico sabor.

—Ven conmigo — Me extiende la mano.

Soy consciente que de dársela me arrepentiré, pero es hora de tomar una decisión o lo perderé para siempre.

—Eh... si, vamos —asiento olvidándome de mis aires de justicia divina y de la rubia que llora desconsolada con el rímel deslavándose por las mejillas.

Peyton me toma de la mano con una ternura contenida que no esperaba. Siento su calor propagándose en mi cuerpo. En ese mismo instante lo seguiría hasta el séptimo círculo del infierno. El

roce de su piel provoca que los caprichos de mi imaginación sean tan violentos que imágenes eróticas emergen por mi mente. No puedo distinguir si son recuerdos o puro deseo acumulado en mi interior.

Abandonamos el evento bajo el escrutinio de los invitados. De no estar arrebatada por el seductor momento, me sería relevante, pero no le doy importancia. Lo único que deseo es reencontrarme con las pasiones desbordadas que sospecho gozaba intensamente a su lado.

Capítulo 5

Conmoción

Abandonamos la plataforma donde se lleva a cabo la fiesta del club náutico. Me reconforta caminar a su lado con menos gente alrededor.

—Debo pasar rápidamente a mi auto, Nuviana. Estoy contigo en un segundo. —Se disculpa alejándose hacia el Bentley que está a la vista.

La breve espera hace que mis nervios aumenten. Mi lenguaje corporal se torna ansioso. Me toco los aretes, jalo ligeramente la tela de mi vestido hacia abajo verificando que esté perfecto sin arruga alguna que muestre la más mínima imperfección para mi encuentro con Peyton. Paso la mano por mi pecho dándome cuenta que traigo los pezones duros. No sé si es por el deseo, o por los pinches nervios que me están matando.

Mi coquetería femenina continúa brotando. Saco un lápiz labial de mi bolso *clutch* y busco el espejo retrovisor de un auto. Lo acomodo en un ángulo para que pueda verme y delinear mis labios e intento corregir los flequillos de mi peinado.

Sin quedar satisfecha con el modo en el que luce mi cabello después de las numerosas horas de fiesta, deshago la coleta que llevo. Recojo mi melena hacia arriba sintiéndola aun esta húmeda por el sudor de la escena que acabamos de tener dentro del club. Jalo mi cabello anudándolo en la corona formando un versátil chongo alborotado que termino anudando con el coquetero a las prisas viendo que Peyton regresa.

Echo un vistazo en el espejo girando mi cabeza lateralmente de un lado al otro verificando el resultado.

Hmmm, sí, así está mucho mejor. Espero le guste.

—Siento haberte hecho esperar, Nuviana —dice con voz amable—, pero no encontré la pastilla que debía tomarme, las he olvidado.

No le doy importancia al comentario. ¿Qué pastillas puede necesitar un hombre perfecto? En cambio, me divierte ver su cara de asombro cuando está cerca y puede verme claramente. Sus ojos se deslizan por mi cuello desnudo interesados por lo marcado de mis clavículas y la silueta de mis hombros.

Se acerca tomando suavemente mi barbilla, levantándola para que mis ojos se encuentren con los

suyos. Sin decir más, me toma de las manos. Sonríe sin motivo abanicando las pestañas numerosas veces.

De no haber traído mis plataformas, es ahí donde me hubiera parado de puntitas para alcanzarlo mejor. Se inclina hacia adelante para encontrarse con mi rostro. Cierro los ojos esperando el momento de contacto. Preparo mis labios para recibir los suyos. Ni siquiera me ha besado y desde hace rato mi corazón late frenéticamente alimentado por el maravilloso momento. Peyton muestra una sensibilidad de novela. Es un hermoso instante en que lo efímero se transforma en una metáfora de amor. Espero impaciente a que llegue el diluvio de besos, la tormenta de palabras...

Peyton desvía su rostro para posar su boca bajo mi oreja. El beso romántico que esperaba queda en el olvido, y en cambio siento como chupa mi lóbulo suavemente.

Abro los ojos ante su osado gesto. El toque es adictivo.

¡Ay no mames! Qué rico se siente... —pienso mordiéndome los labios ahogando un gemido mientras me derrito en emociones que recorren mi vientre condensándose entre mis piernas.

Peyton convierte su roce en una resbaladilla de besos que bajan por la pendiente de mi cuello terminado en mi hombro.

¡Santísima Señora de la Inmaculada Concepción! ¿Qué me hace este hombre? ¡Parece que me está chupando la sangre! Hoy sí ya valí madres... —continuo absorbiendo las sensaciones de sus besos. Abandono la idea de mostrarme racional y abrazo la posibilidad de no pensar en el mañana.

Termina de explorar mi piel retirando sus labios. Me voltea a ver traspasándose con la mirada. Me sonrojo sabiéndome cautivada ante su destreza seductora. No rompe el silencio, nuestras miradas lo dicen todo. Me da la mano y caminamos por los muelles de la marina.

A cada paso me saboreo la idea de saber que desea que sea suya. En nuestro paseo la tensión sexual no hablada se intensifica. Mi única opción para esta noche es el convertirme en una mujer que esté a la altura de su audacia, en un ser imprudente, fresco y aventurero.

Andamos aproximadamente unos quinientos metros, alejándonos del bullicio.

—Aquí podremos escapar del murmullo y la agitación del evento —rompe el silencio que guardábamos. Ladea la cabeza, indicando hacia la cubierta posterior de un lujoso yate de unos treinta metros de largo anclado en la marina.

Lo abordamos. Peyton se desplaza en el interior como si fuera su casa. No cabe duda que está familiarizado con todo el ambiente de veleros y yates. La sala está iluminada por una luz tenue equilibrando los rayos de la luna que traspasan los ventanales invadiendo el interior.

—Wow, jamás pensé que tuvieras un yate de este tamaño —digo impresionada de insertarme sin demora en el mundo que tan bien domina.

—¿Te gusta? —pregunta descorchando una botella de champaña que está metida en una bandeja de plata llena de hielos sobre el bar de madera pulida.

—Es increíblemente extravagante —contesto cogiendo la copa que me extiende.

Chocamos las copas y bebemos el burbujeante líquido. —El yate no es de mi propiedad —dice despreocupado.

—¿De algún amigo?

—No que yo sepa. Simplemente lo escogí y lo abordé al ver que no está ocupado por la tripulación ni por sus dueños.

—¿Estás loco, Peyton? Es obvio que las personas deben estar en la fiesta y volverán en cualquier instante ¡Nos pueden acusar de intrusión a propiedad privada! —Se encoge de hombros, le valen un pepino mis preocupaciones. —¡Jesucristo!, ¿y además nos bebemos su Champaña?

—Ni siquiera hemos empezado con la parte estimulante, bonita —dice con toda la tranquilidad del mundo. Para él todo esto es simple rutina mientras que para mí un derroche de sus tácticas de conquista y estímulos con agitación constante.

—¿Podrías detallar un poco más eso de “la parte estimulante”? —pregunto intentando imaginar mi suerte. Si con esto ya me tiene chorreando, no puedo anticipar lo que me espera.

—La mejor parte será cuando vuelva a verte desnuda ante mi excitada mirada... —lo dice con ese maldito tono capaz de marchitar a una flor de lo caliente que es.

Ay su pinche madre... ¡me quiere toda y aquí mismo! — Mi mundo se enciende. Me empujo la copa de Champaña de un solo trago y me obligo a recordar de respirar.

Peyton la llena nuevamente posando su castigadora mirada sobre mí. Intimidada por sus planes, guardo silencio. Paso mi mano por mi cabello denotando involuntariamente con el lenguaje corporal que deseo estar bella para ese momento, pero, ¿me atreveré a ello?

Es uno de sus excitantes juegos. Una novela de sensualidad viva y variada se desdobra ante mí y yo soy uno de los personajes principales.

—¿Que te hace pensar que te saldrás con la tuya? —le pregunto.

—Te conozco mejor que tú misma en este ámbito, Nuviana. Sé que bajo esa aparente vulnerabilidad e ingenua actitud hay una feminidad con deseos salvajes dispuesta a batirse en la jungla del deseo. En cuanto alcanzas esa fase, te vuelves la mujer más ardiente del planeta tierra.

Conoce cada uno de mis matices. No lo expreso pero quiero permitirme ese momento. Siento como mi deseo se esclaviza a sus palabras.

—Vayamos a la proa, salgamos al aire libre —se da la media vuelta abandonando la magnífica sala de estar. A través las ventanas veo su fornida silueta dirigiéndose a la proa. Titubeo unos segundos antes de seguirlo pero su ausencia es más fuerte que mi voluntad.

Salgo a la cubierta. Peyton bebe de su copa con la mirada clavada en el mar abierto. Su figura es devorada por la iluminación natural de la noche evocando un escenario maquiavélico al contrastar con el azul oscuro del mar.

Se percata de mi presencia viéndome de soslayo. Esboza una sonrisa. —No estaba seguro que me seguirías.

—Yo tampoco y heme aquí. ¿Está todo bien? —le pregunto.

—Deja tu copa sobre la mesa, no la necesitarás más —su petición suena a deliciosa condena.

Muestro mi aceptación asintiendo. En mi andar coloco la copa sobre la mesa indicada. Peyton coloca la suya sobre el barandal de seguridad que rodea el yate.

No le temo pero tampoco confié en él. Me acerco cautelosa pero me sorprende con su acción repentina. Antes de darme cuenta me toma fuertemente de la muñeca dándome un susto de su puta madre...

Me gira con destreza colocándome entre él y el barandal de la cubierta. Forcejeo intentando ganar más espacio entre los dos. Es inútil, su fortaleza es de acero, sus pectorales y abdomen duros como una estructura metálica.

Clavo la mirada en la suya intentando adivinar sus intenciones. En sus ojos nace una tonalidad rubí y anaranjada fundiéndose a lo largo del ribete del iris y del globo ocular delatando un deseo extremo que apunta a la pérdida de control. Esa mirada raya en lo inhumano, en una voluntad poseída.

Pone mi interior a temblar cuando siento su pelvis pegada a la mía. Su masculinidad se endurece rozando mi monte de venus acelerando mi pulso cardiaco. Imposibilitada de escapar, a partir de ese punto sé que me he convertido en su presa. La única opción es enfrentar mi destino.

Coge mi rostro entre sus manos con contenida delicadeza como si pudiera desquebrajarlo como a una nuez. Sus pulgares me acarician.

—De desearlo podría acabar contigo en este preciso instante... y sólo la luna y las estrellas serían testigo de ello —utiliza un tono que me provoca escalofríos.

—¿Y qué esperas? ¿A qué te den permiso? —contesto deseando pensar que se refiere a lo puramente carnal y no a terminar con mi vida.

Levanta la barbilla sabiéndose retado. No lo admite pero puedo leer en su mente “¿Cómo te atreves a retarme de ese modo, maldita?” Aumenta la presión sobre mi rostro tragándose mis palabras. Su pecho se hincha llenándose de ira a punto de ser liberada. Aprieta la quijada, cierra los ojos tomando una bocanada de aire intentando retomar el control. Cuando vuelve a abrirlos, el tono rubí en el ribete del iris se ha disuelto y con ello su violento arranque.

Desciende sus manos recorriendo mi garganta bajándolas hasta posarlas sobre mis hombros. Me proyecta hacia él apretujándome deliciosamente entre sus brazos provocando que expulse suspiros ante sus estrujantes caricias.

—¡Dios! Eres hermosa —dice absorto ante su extraña fascinación por la belleza femenina.

Se serena jugando con un bucle errante que se ha escapado cayendo sobre mi mejilla. Lo acomoda continuando con sus caricias por mi nuca provocándome un escalofrío que desciende por mis vertebras. La tácita intimidad de su cercanía me ha convertido en una fuente de humedad.

Sus dedos vagan por mi chongo y repentinamente decide tirar del coiletero. Mi cabello cae libremente por la espalda en una cascada de rizos que cautiva sus sentidos incitando la testosterona que le sobra.

Desliza la mano entre mi cabello sujetándose firmemente. —¡Arggh! —exclamo ante un sólido jalón que proyecta mi cabeza hacia atrás.

En un gesto primitivo, clava su nariz entre mi melena deleitándose con mis feromonas. Teniendo la zona de mi cuello expuesta a su merced siento un torrente de deseo cuando aprisiona mi piel entre sus dientes. Con fuerza voraz clava su boca bajándola por mi yugular hasta mis trapecios recorriéndolos seductoramente.

Su otra mano recorre la redondez de mis senos para después sentir las curvas de mi cintura y cadera. Estoy lista para entregarme a sus más bajas pasiones e incorporarme con las mías que desean explotar como un volcán.

Mete su mano entre mis piernas. Tengo el reflejo de poner mi mano sobre la suya para impedir sentir su tacto dentro de mi intimidad. Me doy cuenta que es un mero movimiento involuntario del inconsciente que se aferra a esa mujer tímida que llevo dentro.

Siendo un experto en seducir mujeres, Peyton percibe mi estúpida indecisión: —Podemos detenernos si no estás lista, Nuviana.

¿No estar lista?, ¡sí el clítoris se me va a salir de su lugar! —pienso sin confesarle mi estado, y es que mi botoncito del placer palpita enérgicamente.

Expectante por sentir su tacto en mi intimidad, libero su mano y abro el compás más allá de mis hombros, en una clara muestra corporal de desear sentir su mano dentro de mis bragas.

Menosprecio su habilidad, el diablo no lleva ninguna prisa. Aferra ambas manos al dobladillo de mi vestido subiéndolo hasta mi cintura para descubrir mi tanga y el *piercing* que llevo en el ombligo.

Sus ojos se clavan en el fino encaje de la exquisita lencería. El seductor juego de encaje y transparencias se comunican con él prometiéndole una noche cargada de sensualidad. Pasa saliva dando unos pasos hacia atrás.

—Eres simplemente espectacular, Nuviana —me devora con la mirada—. Posees todos los matices de la mujer italiana.

Mis ojos verdes brillan chispeantes como esperaldas. El seductor encaje de mi tanga contrasta con el tono trigueño de mi piel y empata con los *high-heels* que llevo en el mismo tono.

—¡Quítate el vestido! ¡Desnúdate ante mí! Incítame como solo tú puedes hacerlo —dicta lleno de convicción.

Las manos me tiemblan al saber sus deseos. —No estoy lista. —respondo con el alma arrinconada en la garganta.

—Nuviana, ¡déjate de tonterías y muéstrame tu cuerpo desnudo! —repite, asegurándose de que entiendo sus intenciones.

—Lo siento pero estoy muy nerviosa —mi piel se eriza y el pánico comienza a apoderarse de mi ser. Esto significa mucho más para mí de lo que lo es para Peyton Brax.

—Saca a relucir tu instinto salvaje. ¡Muéstrame que eres una mujer capaz de seducirme!

Pone a prueba mi pudor aumentando la tensión con sus demandas. La situación va más allá de lo que esperaba vivir esa noche. Sin embargo, un instinto diablillo comienza a florecer convenciéndome que su demanda es sumamente excitante.

Volteo cautelosa a ambos lados. No hay garantía de que no haya algún fisgón en los demás veleros, yates o caminando por la marina.

—Si logras excitarme te haré el amor como lo hacíamos antes... duro, firme, enérgico hasta que grites mi nombre en la cúspide de tu éxtasis —sus palabras expresan el pecado mortal al que me ha sentenciado.

Ve que aún dudo, así que para no perder el *momentum* creado, refresca mi memoria de lo que he sido capaz:

—La última noche que salimos te desvestiste frente a una mujer y te entregaste jadeante a un *Ménage-à-trois*. Esta vez lo harás teniendo el mar y la luna de testigos. Sé que gozas secretamente de ser exhibicionista. Ni siquiera la amnesia puede arrebatarte tus instintos sexuales más básicos.

Una flama surge a través de mí, encendiendo mis sentidos. De mis entrañas brotan unas ganas abrumadoras de entregarme a la pasión carnal que arde en mi sexo. Olas de calor se expanden vertiginosamente por todo mi cuerpo.

Su juego seductor ha logrado su efecto. El tiempo de pensar en ser racional ha quedado atrás. Deseo liberarme de mi atuendo. La ropa me estorba ante su mirada chispeante. La tensión de ser sorprendida en cualquier instante me excita y deseo develar mi cuerpo a las estrellas. Deseo llevar a cabo todo lo que me he negado deliberadamente

Afirmo mis tacones sobre la cubierta de madera. Mis muslos y pantorrillas se delinean con los claros y oscuros de la luna. Clavo mi mirada en él y con mi dedo pulgar e índice deslizo hacia abajo uno de los delgados tirantes de mi vestido. Detengo el movimiento cuando las curvas de mi busto están por develarse al hombre que me ve con fascinación. Trago saliva dudando. Peyton no insiste más. Podría detenerme pero la pasión que ha despertado me corroe. No puedo negar que deseo darle gusto a sus oscuros deseos. Continúo el movimiento. El sostén de copa baja deja ver el nacimiento de mi rosada aureola.

—¡¿Vamos, qué esperas?! —dice impaciente por devorarme.

Excitada, me dejo llevar por sus juegos bajando el tirante del sujetador exhibiendo uno de mis pechos. El pantalón de Peyton se abulta rápidamente.

Deseosa por tenerlo cerca, me encojo de hombros dejando que el otro tirante se venga hacia abajo provocando que el vestido caiga al suelo. Peyton no sabe dónde posar la mirada.

De manera indefinible, el verla quitarse el vestido con tal ingenuidad ha sido uno de los momentos más sensuales de mi despreciable vida. Me vuelve loco el saber que se trata de la hermana de Melanie... —piensa, Peyton cegado por mi belleza.

Mi excitante numerito es mucho más de lo que puede soportar. Tiene que sentarse en uno de los sofás de ratán de la cubierta. Disfruto de su cara de adonis embelesado. Ojalá pudiera leer su mente.

—Ven acércate, es hora de cumplir mi promesa...

Para él es promesa, para mí una sentencia a cadena perpetua a su piel, pero es demasiado tarde para retractarme.

Sintiendo que lo conozco desde la eternidad y llevada por ese vínculo erótico que nos define, me entrego a lo que más deseamos en este instante: el hacernos el amor.

Me aproximo. En mi andar se abre los pantalones sacando su imponente miembro. La punzada de deseo que golpea mi cuerpo es tan poderosa, tan abrumadora que tengo que llevar una mano a mi torso para sofocarlo. Es mi primer encuentro cercano con una de esas maravillosas puntas masculinas.

Tomo aliento para continuar. Su mirada viaja por cada una de mis curvas intentando ver más allá de las transparencias de mi lencería.

—Móntame—lo dice con descarada arrogancia.

Mis temores por decepcionarlo con mi falta de experiencia se desvanecen, solo hay que seguir el tono de su voz incendiándote el alma.

Coloco mis rodillas sobre el sofá descansando mi trasero sobre Peyton que se encarga de despojarme del sostén. Mis senos se expanden y sus carnosos labios se lanzan hacia mis pezones.

Su lengua revolotea en mi pecho provocándome sensaciones desconocidas. No había esperado este estimulante placer naciente. Curiosa de experimentar más, agarro su masculinidad sintiendo el grosor y longitud de tan formidable arma a punto de atravesarme.

Peyton hace a un lado mi tanga. Alzo mi cadera sintiendo como coloca su punta en mi hendidura, y entonces sucede... me penetra deliciosamente...

Abro la boca intentando controlar la enorme invasión que se desliza en mi estrecho canal. Mis manos se envuelven alrededor de sus hombros clavándole las uñas implorando clemencia que no me atravesase de lado a lado con semejante inmensidad dentro de mí.

A pesar de mi abundante humedad tardo en controlarlo. Su vigoroso miembro esta hinchado palpitando en mi interior.

Finalmente logro sentarme sobre él cubriéndolo hasta la empuñadura. Resoplo el aire retenido en mis pulmones. Él lo deja inmóvil permitiendo acostumbrarme a sus dimensiones.

El conectar nuestros cuerpos desata una metamorfosis que no conocía. Nos besamos, acariciamos, arañamos, y cambiamos de posiciones apasionadamente deseando probarlo todo. Nuestros alientos jadeantes se funden en uno solo. Mis caderas contra él, pidiendo más presión a medida que estoy al borde de perder la cordura.

Me muevo instintivamente sobre su cuerpo como si fuera terreno conocido. Ambos nos anticipamos a los movimientos, a las caricias. La intimidad de ese contacto fragua mi espíritu en un sueño lleno de deleites, transportes y éxtasis jamás imaginado.

Peyton desabrocha la hebilla al costado de mi braga dejando que el otro extremo cuelgue. Me coloca boca arriba en el sofá y se desliza sobre mi vientre en dirección sur dejando un rastro húmedo de sus besos recorriendo mi vientre hasta perderse en mi monte de venus.

Cautivado por ver mi depilación absoluta, posa sin demora sus labios en mi pliegue interior provocándome un escalofrío que me atraviesa el cuerpo.

Por el S a n t í s i m o S a c r a m e n t o... ¡No me jodas! ¿Qué carajos me hace ahí abajo? Puta

madre, ¡me va a succionar el alma por entre las piernas! —ahogo mi pensamiento con un grito de placer.

A cada beso, siento que el espíritu se me va a salir del cuerpo poniéndome los ojos en blanco mientras arqueo mi espalda estimulada por tan maravilloso sexo oral.

Me asomo a ver como se deleita con mi fuente. La escena es mucho más candente de lo que esperaba. Peyton recibe mi mirada con sus ojos encendidos. El erotismo de ver que me mira mientras me da placer es más de lo que jamás había logrado imaginar en mis sueños húmedos.

Dejo atrás mis temores abandonando la implícita soledad de un año perdido. Mi cuerpo pide su liberación, y no demoro en sentir una inminente erupción aproximándose ante la incitante fricción de nuestros sexos.

¡Slaaap! —Golpea mi trasero afianzándose a él aumentando el ritmo establecido. Puedo aludir las pequeñas explosiones en mi interior detonando un orgasmo que se hace cada vez más inminente.

Dios, qué es esto... —imploro subyugada al placer. La tierra se destroza bajo mis pies. No sé si caigo al abismo o es que el cielo se desploma mientras sucumbo a un intenso clímax más allá de lo verosímil.

Paso las manos por mi cabello incrédula de estar viviendo tal intensidad deteniéndome del respaldo del sofá para no desfallecer. Nuestras frentes se tocan y el desorden de emociones que me corroe me lleva a confesarle:

—Todo el mundo me decía que lo había imaginado, que no existías, que no volverías... pero existes y aquí estamos. ¡Te adoro Pexon Brax!

Lo beso permitiéndome sentir y sentirme deseada.

El continua rígido dentro de mi canal. Me muevo deseando que explote, que se libere. Revoloteo su melena enganchada a sus gestos mórbidos atestiguando que está a punto de dejarse ir. Continúo haciéndole el amor con la misma intensidad descontrolada del principio hasta que algo llama mi atención...

—Peyton, ¡alguien acaba de abordar el yate! —digo alarmada viendo que las luces del interior se encienden. Vuelvo la mirada a su rostro. Sus hermosos ojos miel se encuentran desorbitados ante su inminente culminación que se avecina.

En lugar de inquietarse, proyecta mi torso hacia atrás provocando que mi pecho se yerga. No deseo interrumpir su torrente. Intensifico el ritmo de mis caderas sintiendo sus dedos tirando de mis pezones.

Una mujer en el interior de la sala del yate se percata de nuestra presencia en la cubierta. Nuestras miradas se encuentran. Sin alterarse, se aproxima al ventanal observando nuestro goce. Es una hermosa pelirroja con vestido blanco mostrando un escote lleno de preciosas pecas.

Nos observa interesada viendo mi desnudez conectada al enérgico cuerpo de Peyton que pide más. Se muerde el labio abriendo su escote acariciándose uno de sus senos. Meto mi dedo índice entre mis labios sosteniéndole la mirada en una arrebató lésbico que le ruega no nos delate hasta que este garañón derrame su miel.

Me muestra su pecho excitada. Las pecas se disuelven en su piel blanca a medida que se acercan a

sus rosados pezones.

—*Argh...* —el gruñido de Peyton me hace olvidarme de la hermosa mujer. Los músculos de su cuerpo se contraen. El saber que recibo su erupción interna me aniquila excitándome hasta las estrellas. Disfruto de sus jadeos y gestos lascivos al tiempo que lo desarmo con movimientos circulares de cadera. Le ofrezco mis senos a sus labios carnosos para que les haga lo que le plazca. Ya no reconozco decencia, decoro, ni honra, sólo el hedonismo desmedido dictando mi voluntad.

Alzo la vista a la pelirroja que se lleva dos dedos a la boca. La otra mano no es visible pero es obvio que la tiene entre las piernas tocándose en solitario. Le envié un beso al aire partícipe de su momento íntimo.

Virgen Santa... este hombre me pone tan loca ¡que además me ha vuelto lesbiana en una hora!

El estar enganchada a Peyton destruye mi cordura. Sé muy bien que invitaría de buena gana a esa seductora mujer a unírseos de no ser porque los demás hombres se avecinan malhumorados.

Los murmullos de personas en el interior se convierten en voces alarmadas que se aproximan. Su comportamiento es claramente hostil y están bebidos.

—Peyton, no es que quiera interrumpir el gozo post-éxtasis ni mucho menos los cariñitos que siguen, pero si no nos movemos nos van a apalear. ¿Estás listo para salir huyendo? —le pregunto sintiendo su cuerpo relajándose.

—¿Huir a dónde? Deja hablo con ellos, de seguro entenderán.

—¿Piensas negociar teniendo las pelotas de fuera? No se ven muy contentos, Peyton. Uno de los hombres habla por teléfono, probablemente llame al 911 reportando un robo. Son varios y nos darán una golpiza.

Se endereza sentándose asesorando la situación. —¡Ups! Tienes razón, se ven bien encabronados.

—Ven conmigo, coge esto y prepárate a correr —le entrego sus pantalones de lino que he recogido del suelo. Ajusto el listón de mi tanga que cuelga de mi muslo para cubrir mi escaso jardín femenino. Los hombres salen a la cubierta precipitándose hacia nosotros.

Cojo a Peyton de la mano y lo jalo con todas mis fuerzas para que se apresure.

—¿Cuál es tu plan? —pregunta.

—Confía en mí. ¡Sólo sígueme!

—Pero... ¡mis zapatos! Me costaron una fortuna. Son de una piel costosísima.

—Olvídate de ellos —le digo— Lo material siempre puede dejarse atrás. —Desabrocho la hebilla al tobillo de mis preciosas plataformas Christian Louboutin, el único accesorio que he dejado mientras hacíamos el amor aventándolas para poder escapar rápidamente.

Corremos hacia la proa del yate. En el camino recojo mi vestido del suelo. Los tipos que nos siguen están a escasos cinco metros de nosotros. La inercia nos facilita alcanzar la altura adecuada para posar el pie sobre el barandal de protección que rodea el borde de la cubierta.

—Nuviana, ¡estás verdaderamente pirada! —exclama antes de saltar al vacío junto conmigo.

¡Yujuuuuu! ¡Vida aquí estoy de *nuevooooo*! — grito invadida por la adrenalina y plenitud que me arrebató.

Caemos al menos ocho metros antes de entrar al agua. Emergemos y nadamos hacia el final de la marina. Los tres tipos nos maldicen desde el yate pero ninguno tiene la energía de aventarse a perseguirnos.

—¡Gracias por la champaña! —les grito riendo a carcajadas. Peyton les muestra el dedo medio con ambas manos mandándolos al diablo, regalándome una sonrisa cómplice.

Nadamos rumbo mar abierto, nuestras siluetas se disuelven con la obscuridad del agua y la noche.

Alcanzamos la playa al lado del arrecife artificial que protege la marina. Nos tendemos desnudos sobre la arena riendo, comentando los detalles de la aventura.

Pasa el brazo bajo mi nuca, reconfortándome con su calor de hombre. Distingo una renovada energía en lo profundo de su mirada. Un cierto respeto que no estaba cuando me abordó en la fiesta.

Me murmura: —A esto le llamo tener una cita explosiva. Sólo tú eres capaz de sacarme de la monotonía y meterme de lleno en la espontaneidad. No sabes cuánto te he extrañado, linda.

Me roba un beso que no pienso reprocharle. El sabor a sal de mar que domina su boca se disuelve lentamente en su adictivo pH que tantos estragos provoca en mi cuerpo.

Estoy feliz y optimista. Peyton me ha devuelto ese ingrediente que hace a una mujer invencible: el amor palpitando a mares dentro del corazón.

La noche ha sido como un pasaje descrito en libros de amor, pero no de esos melosos y cursis, sino de esos en que dos fugitivos comparten un gran amor al punto que solo la muerte puede separarlos.

La aventura me ha convertido en la escritora de mi propia historia. He comenzado el inicio del próximo capítulo decidida a aprender donde poner la coma o puntos suspensivos. El viaje comienza ahora. Estoy dispuesta a construir un nuevo sueño.

Capítulo 6

Estupor

Abro un ojo, dándome cuenta que nos hemos quedado dormidos en la playa. El fresco matutino eriza la piel. Tengo el vestido sobre mí, en un intento por acobijarme. El sol aun no desbarata los últimos suspiros de la niebla marina.

Llevo arena pegada al cuerpo. Me estiro desperezándome lanzando un suspiro de mujer plena, de esos que evocan recuerdos maravillosos y se extrañan al instante.

Contrariamente al sentimiento de culpa de “*la noche anterior*” estoy lejos de arrepentirme con la intensidad vivida.

Piuff... ¡qué noche tan jodidamente increíble! —una risita escapa de mi boca por lo travieso de mi comportamiento promiscuo.

Virgen Santa, este hombre me hacer perder los sesos — levanto las piernas al aire como niña emocionada.

Un chasquido me distrae. Acostumbrada a estar sola, me he olvidado que hoy he amanecido con el hombre de mis sueños. El ruido no pertenece a las estrepitosas olas del océano Pacífico, sino es algo parecido a un lamento o más bien...

...a asfixia

Exploro alarmada a mí rededor para descubrir que el cuento de hadas ha terminado. Mis planes para emprender un nuevo rumbo, y vivir una nueva historia terminan con el amanecer.

Por una razón más allá de mi entendimiento, la vida me niega a cerrar un ciclo y comenzar otro sin arrastrar el pasado inexistente en mi mente.

Peyton yace sobre la arena y sufre de unas violentas convulsiones. Tiene el rostro extremadamente descompuesto. Entre una y otra epilepsia hay un corto lapso en el que parece estar consciente. El estado es dramático, tiene los ojos desorbitados, la lengua de fuera y espuma en la boca. Los espasmos musculares son incontrolables con fasciculaciones y movimientos espasmódicos en las extremidades.

—¡Peyton, mi amor! ¿Qué te sucede? —lo palmeo en las mejillas e introduzco un pedazo de cartón que he encontrado metiéndoselo en la boca para evitar que se corte la lengua de un mordisco en las

involuntarias convulsiones que lo afectan—. ¡Por favor indícame cómo puedo ayudarte!

Su corpulento cuerpo de Goliat es sacudido como papel sucumbiendo ante la fuerza de sus propios músculos que lo subyugan sin piedad. Una escena que me mortifica profundamente viéndolo como sufre. Transcurren minutos angustiantes antes de que termine el ataque epiléptico.

Queda inerte sobre la arena, parece muerto. Me inclino junto a él colocando mi oreja sobre su pecho esperando escuchar el latido de su corazón. Afortunadamente noto pulso en la parte inferior de su muñeca y en su cuello.

Paso mis manos entre su cabello —Peyton, ¿estás estable? Dame algún signo vital o llamaré a una ambulancia.

No hay respuesta...

Desamparada, sólo se me ocurre gritar a ese ángel guardián que misteriosamente siempre está en los momentos que más lo necesito: —Kyler, ¿estás ahí? Ven, te necesito, ayúdame por f...

No he finalizado la frase, cuando Peyton abre los ojos con mirada de espíritu poseído. Los síntomas de sus convulsiones cambian súbitamente. Pareciera que mi frase ha invocado los demonios que lleva dentro. Su mirada desorbitada se torna ahora fija, centellante, y amenazadora.

Me acerco para abrazarlo pero en lugar de ternura me confronto a un hombre fuera de control. Sin chistar pone su mano sobre mi garganta presionándola. Me asfixia con tal fuerza que es claro que busca hacerme daño. Intento escapar pero es inútil. Me sostiene con ambas manos poniéndose de pie.

Arghh... —exclamo sacudiendo ambos pies intentando alcanzar el suelo.

Sus manazas presionan mi cuello de tal manera que comienzo a ver borroso. No pasará mucho tiempo antes que pierda el conocimiento. En su rostro distingo ira, sufrimiento y un estado de furor enajenado que lo lleva a esta elevación anómala de su estado anímico.

—Me vas... a... matar... —digo sofocada.

Mis patadas de desesperación lo alcanzan pero no son suficientemente sólidas para hacerlo salir de su enajenación. En esos angustiantes segundos de situación extrema, me llega un recuerdo nítido de mi pasado que me lleva a exclamar:

—Mi hermana... mi hermana murió de asfixia... —no recuerdo el cómo, sólo tengo la certidumbre que así murió.

—¿Melanie? —Menciona su nombre intentando vincularla con la realidad de sus actos. Sacude su cabeza de un lado al otro notoriamente desorientado.

Mi memoria evoca otra chispa indicándome que jamás le había hablado de mi hermana, y mucho menos mencionado su nombre.

Su mirada se normaliza gradualmente. Baja los brazos permitiéndome alcanzar el suelo y finalmente libera mi garganta.

Las piernas no me sostienen. Caigo de rodillas sobre la arena jalando aire. Estoy empapada de sudor. Recojo un puñado de arena aventándosela violentamente.

—¡Estas malditamente loco! ¡¿Que te sucede, Peyton?!

—Lo siento mucho.

—¿Eso es todo? Eres un imbécil—lo enfrento fuera de mí—. ¿Piensas que puedes arreglarlo con un *discúlpame amor, pero me enfadé?*

No da explicación alguna. En lugar de avergonzarse, su estado de ánimo vuelve a cambiar. Ahora ríe mofándose de sus acciones. La risa se torna incontrolable hasta el punto que se revuelca en la arena.

Sus carcajadas se me encajan en mi orgullo. Quiero decirle que se largue y se olvide de mí para siempre pero la compasión que siento por su evidente estado enfermizo es más grande que mi ira.

Se hinca pasándose las manos por las sienas haciendo la cabeza hacia atrás jalando aire. —*Puff* parece que ya está pasando —murmura para después dirigirse a mí—. Nuviana, tengo que ir urgentemente al Club Náutico antes de que vuelvan las convulsiones. En el vestidor guardo una pastilla que necesito tomar.

No pienso contradecirlo y esperar a que vuelva a atacarme. —No perdamos ni un segundo, vamos. —la curiosidad me corroe y la hora de hacer preguntas se avecina.

Nos dirigimos hacia el Club Náutico. Algo me dice que la pastilla que debe tomarse no se trata de una simple aspirina.

Tenemos el aspecto de dos náufragos que acaban de alcanzar la costa. Ambos descalzos caminando por la quietud del muelle de la marina al amanecer. Llevo mi vestido aún húmedo ceñido al cuerpo. Peyton sus pantalones de lino azul sin camisa.

La fiesta ha terminado hace un par de horas. Se respira una paz y quietud embriagadora después de la intensidad de la velada. Sólo se escuchan gaviotas revoloteando ante el crepúsculo matutino.

Entramos a los vestidores del club. Peyton se nota contrariado. Abre el casillero atropelladamente, lanzando fuera la ropa que le estorba para encontrar lo que busca. Finalmente encuentra el frasco que busca. Alcanzo a leer la etiqueta: *Depakote, 400mg.*

Toma una pastilla tragándola impaciente sin siquiera usar agua.

—*Ahhh...* ahora todo estará mejor... —se recarga en la pared—. Linda, necesito un poco de tiempo para reponerme y asearme —en su voz ensaya un tono de súplica—, ¿te importaría dejarme un rato a solas?

—Creo que ambos hemos tenido suficiente con el reencuentro y necesitamos nuestro espacio, Peyton. Recogeré mi bolso de tu auto —lo único inteligente que he hecho desde que abandonamos el evento—, y llamaré un taxi para que me lleve a casa.

—Solo necesito una hora. A ti también te hará bien quitarte toda esa arena del cuerpo. Toma, siempre he sido un aficionado a comprarte ropa. Este *outfit* lo compré para ti —me extiende una bolsa que saca de su casillero perteneciente a una boutique—. Póntelo para que estés cómoda, después iremos al *Four Seasons* a desayunar. Después de tanto tiempo de estar apartados me gustaría que te quedaras.

—Peyton... si hay algo en lo que debes trabajar si quieres estar conmigo es en la confianza. Sin ello no puede existir una relación estable. Dices que lo compraste para mí, pero ayer en la noche estabas

con otra mujer. Probablemente anteaayer con una diferente. ¿Cómo esperas que crean en tus palabras? Discúlpame pero no creo te hayas tomado el tiempo para comprarlo para mí —le regreso la bolsa sin siquiera ver su contenido.

Baja la cabeza. Mis palabras lo han afectado. Un aura de tristeza lo abruma. Con ojos acuosos, responde: —El último día que te visité en el hospital salí deprimido y por ello fui a comprarte *outfits* para que los vistieras el día que regresaras a mis brazos, este es sólo uno de ellos.

—Es lindo de tu parte pero le das demasiada importancia a lo material. Los hermosos vestuarios que me compraste no me iban a ayudar a salir del coma, tu presencia en cambio, tal vez hubiera ayudado.

—No pude soportar el verte inerte, casi sin vida... —debe hacer una pausa. Su voz se ve quebrantada por un nudo en la garganta— ...en lugar de mortificarme viéndote, preferí imaginar cada rincón de tu cuerpo mientras escogía la prenda con la calidad adecuada para tu piel, la talla que haría relucir mejor tu cuerpo, los colores que resaltarían tu piel trigueña, lo que mejor se vería con tus hermosos ojos esmeralda.

Suspiro sacando paciencia de mis entrañas.

En realidad no es mal chico, tal vez es la pura mala fama que lo sigue.—me digo intentando olvidar que me abandonó al décimo día para no regresar.

—*Yaaaa*, está bien grandulón, ven acá. —abro los brazos. El viene a mí. Se aferra a mi cuerpo con sus musculosos brazos haciendo que mis vertebras truenen. El abrazo de oso me sienta bien después de lo agitado de la mañana—. Tómame tu tiempo, Peyton. Pasaré al auto por mi bolso, me asearé y nos encontraremos en el lobby.

Le doy un beso en la mejilla.

—Gracias, Nuviana. Gracias por entenderme.

—No hay problema, tigre.

Me retiro dándole la privacidad que necesita.

Capítulo 7

Trastorno

El agua dulce de la ducha me revitaliza llevándose la sal y arena que tengo adherida al cuerpo. Seco mi cuerpo y aplico una crema con extractos de aceite de magnolias que hay en la zona de los vestidores de damas.

Fue buena idea darnos una pausa para asearnos —me digo aplicando la aromática esencia a lo largo de mis piernas.

Saco de mi bolso mi estuche de maquillaje. Mientras delinear mis labios me viene una idea a la cabeza. La momentánea distracción me hace salirme de la comisura de mis labios dejando una marquita del lápiz labial.

La retiro con un pañuelo desechable pensando en no perder tiempo para buscar en internet la función del medicamento que ha ingerido.

Me apresuro para ponerme lo que Peyton me ha obsequiado, sacando la primera pieza. Es un coqueto *bralette* en color Bordeaux fabricado en encaje transparente. En la zona del busto, el encaje se torna translúcido permitiendo vestirlo como un encantador top que termina arriba del ombligo. Los tirantes posteriores en racer back terminan de darle un toque sexy pero fresco.

Quedan dos prendas en el interior: unas braguitas haciendo juego con el *bralette* en diseño *cheekster* mostrando el nacimiento de los glúteos, y unos pantalones *denim* de Victoria Beckham.

Me veo al espejo quedando impresionada por el buen ojo que tiene Peyton para mi talla.

De verdad que no solo es un experto seduciendo mujeres, sino que conoce muy bien mi cuerpo. Y es que todo me ha quedado perfecto y es de mi gusto. Quedo especialmente complacida con el modo en el que los pantalones se aferran a mis curvas y el cómo se ve mi abdomen y cintura.

Siento remordimiento por haber puesto en duda la palabra de mi adorado Peyton. Incluso he abandonado la idea de investigar el uso de la droga.

Antes de tirar la bolsa que contenía las prendas, saco las maravillosas plataformas de Charlotte Olympia y reviso que no contenga algo más. En el fondo de ella encuentro el ticket de compra que Peyton ha olvidado tirar.

El corazón se me hace pequeño acorralándose en la boca del estómago cuando leo los detalles que el ticket me proporciona más allá del exorbitante precio que ha pagado.

A cualquiera pasaría desapercibido, pero para una mujer que nutre su memoria con los escasos meses vividos, es fácil de notar.

La fecha marcada en el ticket, no se remonta al tiempo que Peyton ha afirmado haberlo comprado. Peor aún, ni siquiera está cerca. La ropa no fue comprada mientras estaba en coma, sino hace un par de semanas. Es obvio que ni siquiera me tenía en mente, sino a Sharon o alguna otra de sus conquistas.

—¡Soy una estúpida! —Vocifero, grito, golpeo los casilleros recriminándome por creerle. Molesta por haber mordido el anzuelo, pataleo de un lado al otro de los vestidores. Deseo quitarme la ropa y aventársela en la cara, pero no tengo más opción que quedármela.

Reflexiono lo que debo hacer buscando calmarme. Me paseo de un lado al otro pensando cual debe ser mi próximo paso intentando controlar mis emociones.

Peyton... es hora de que aclares muchas cosas... —salgo del vestidor con una idea fija en la cabeza.

Al pasar por el lobby del Club Nautico, el personal prepara todo lo necesario para el servicio de restaurante del desayuno. Un chico de aspecto latino se aproxima preguntándome:

Hola preciosa, buenos días. ¿Te puedo ofrecer una *mimosa*?

—Gracias pero preferiría algo más sano. Tengo una resaca que ni Jesucristo podría curarla. ¿Podrías prepararme un *Smoothie* antioxidante?

—Claro, enseguida lo preparan.

—Gracias, estaré sentada en la terraza.

A mis espaldas, escucho como tira al suelo la bandeja que cargaba al chocar con una columna por andar viendo mi trasero. El divertido hecho me hace sonreír a pesar de las circunstancias.

Tomo asiento con vista al mar y capturo en Google: *Depakote*.

Leo sobre las líneas de resultados llevándome la palma de la mano a la boca. Incluso reviso las dosis recomendadas.

“El Depakine es un fármaco anti-epiléptico y estabilizador del estado de ánimo. Es un medicamento de amplio espectro que actúa en diversos canales del sistema nervioso central. Está indicado para el tratamiento de la epilepsia.”

El párrafo era preocupante pero no tan estremecedor como cuando continuo leyendo hasta el final:

“La droga suele usarse para el tratamiento de los episodios maníacos y para la profilaxis del trastorno bipolar.”

Entre líneas descubro que la dosis ingerida por Peyton no es una baja para estados leves, sino que corresponde a una aguda y grave para el tratamiento de la manía bipolar.

¡Qué barbaridad! Jamás lo hubiera imaginado...

—Aquí tienes tu *smoothie*, guapa —el chico lo pone sobre la mesa. Lo bebo rápidamente para pasarme la impresión causada por mi descubrimiento.

En el restaurante todo continua tranquilo, Clavo la mirada en los veleros saliendo hacia altamar, reflexionando por unos instantes. Vuelvo la atención a la pantalla de mi Smartphone y ahora busco información sobre el nombre de otra droga: *Lamictal*

Aprovecho la oportunidad para investigar sobre el fármaco que toma Kyler, el cual pareciera que ha desaparecido de la faz de la tierra desde que lo vi por última vez en el sanatorio.

Descubro que ambos medicamentos son anticonvulsivos para crisis epilépticas y utilizados desde hace más de treinta años para tratar desordenes psiquiátricos. El Depakote, que toma Peyton, para tratar desordenes maniacos y el Lamictal para tratar fuertes depresiones.

Alguien aproximándose hace que tape la pantalla disimulando que hago otra cosa en mi teléfono. —Mírate nada más, ¡luces más linda de lo que imaginé! Y eso es difícil de alcanzar teniendo en cuenta la maravillosa noche. —Es Peyton que se aproxima con espíritu renovado. Camina radiando sin esfuerzo ese karma inalcanzable que lo caracteriza.

Sus cambios de ánimo me confunden, pareciera que recuerda la maravillosa noche pero ha olvidado el altercado de la madrugada en la playa.

—He tenido una idea extraordinaria, Nuviana. Te llevaré a mi apartamento en Beverly Hills, tal vez te ayude a recuperarte de la amnesia. Estoy dispuesto a apoyarte sin miramientos.

Se sienta en la mesa bebiendo el resto de mi *smoothie*.

Hmm... —gruño con tono áspero torciendo la boca— La idea no me parece mala, aunque pensaba discutir otros temas con él, antes de comenzar a abrir otros.

—¿Visitábamos antes tu apartamento regularmente? —pregunto con la sola intención de saber más sobre nuestro pasado.

—Todo el tiempo...

Levanto una ceja incrédula. Aún en el siglo XXI los hombres siguen sin comprender que no se le puede mentir a la mujer. Nuestra inteligencia emocional nos hace estar atentas a descifrar las respuestas que van más allá de lo que perciben los cinco sentidos. Llámelo intuición femenina o como quieran, pero esto no es neurosis... algo me dice que miente, sin embargo no tengo a nadie que me corrobore lo contrario. Decido callar, me faltan las cartas en la mano para retarlo.

—Peyton, ¿sabes algo sobre mi hermana?

—¿Y cómo diantres voy yo a saberlo? Nunca has hablado de ella, ni de tu pasado o de tu familia —responde sin ser consciente de haberlo mencionado hoy en la mañana. O vuelve a mentir o no lo recuerda. De ser lo último, ahora comprendo que el ataque dominado por su inconsciente o esa personalidad maniática lo imposibilita a saber de sus acciones cuando vuelve a ser el chico encantador que conozco.

—Lo siento, creí haberte escuchado mencionándolo hoy en la playa cuando despertamos.

—Sin duda escuchaste mal, preciosa.

Teniendo su atención, aprovecho para tematizar algo pendiente desde la mañana. —Peyton, has despertado un hermoso sentimiento en mi corazón que me indica que realmente te amé. Te confieso que deseo entregarte mi amor.

—Yo también, preciosa —dice satisfecho de escuchar cómo me sincero y de la dirección que toma la conversación. Se nota complacido como si acabara de poner un nuevo trofeo en su colección.

—Espera, no he terminado. Te cuesta admitirlo pero ahora sé que sufres de un trastorno psíquico y estoy dispuesta a luchar en lo que sea necesario para que salgas adelante.

—Eres un encanto y ahora, ¿podemos hablar de asuntos financieros? —intenta acariciarme. Desvío el rostro evitándolo.

Se pone de pie impaciente por retirarse. Hago lo mismo, quiero que quede bien claro lo que voy a decirle.

Me acerco jalando aire ante la montaña de virilidad que desafío. Decido enfrentarlo y sin desviarle la mirada le advierto: —Peyton Brax, si vuelves a atreverte a tocarme poniéndome una mano encima, habrá consecuencias. ¿Te queda claro? —me da unas palmaditas en el brazo, acariciándolo. Retiro su mano volteándolo a ver sin gesticular. —No permitiré jamás que un hombre me trate de ese modo, aun cuando pierdas el control más allá de tu voluntad.

El continúa sonriendo entretenido por mi comentario. —¿Consecuencias? ¿Cómo que se te ocurre, linda? —toma mi amenaza incrédulamente. Se siente intocable.

No muevo un solo músculo del rostro, mi mirada es penetrante y seria. Lo desafío con aplomo de mujer valiente levantando la barbilla. —Si vuelvo a temer por mi vida, no titubearé ni un instante en matarte.

—¡Hmfff! —ahoga una carcajada—... ¿Y cómo planeas matarme?

—No lo sé, no es algo que tenga planeado o desee llevar a cabo, pero no te lo tomes a la ligera, no bromeo. No estoy dispuesta a pasar ningún día más en un hospital por el resto de mis días. Como me dijiste al reencontrarnos: “*Busca la respuesta en tu interior*”, y dime si me crees capaz de hacerlo o no —le dedico una mirada esmeralda con la determinación de un animal salvaje.

Medita brevemente, se ha dado cuenta que mi amor tiene límites. —De ser así, entonces nos quitaremos la vida el uno al otro... —lo pronuncia como si fuera una maldición que no teme enfrentar. En lugar de una respuesta conciliadora, recurre a una retadora que lleva a confrontación. Nadie puede estar por encima de su ego—. Mira Nuviana, no deseo tener problemas contigo, además antes eras más vulnerable y comprensible.

—¿Más vulnerable o más pendeja? —continuo encendida por su falta de aplomo y tono reconciliador—. Te voy a explicar el por qué a ver si logras entenderlo: ¡pasé diez meses en coma, Peyton! Diez meses batiéndome con la muerte —se los indico con ambas manos—, y por si fuera poco en lugar de despertar en el paraíso, desperté en un maldito manicomio donde pasé otros seis meses. Una experiencia de tal magnitud te cambia, provocando, lo desees o no, una transfusión del alma. Claramente he cambiado, no puedo ignorar esos hechos que ahora son parte de mi vida.

—Está bien, está bien, entiendo —admite, pero está fastidiado de sentirse acorralado—. Yo

también deseo hablarte de un tema serio, y se trata de finanzas. Antes del accidente me ibas a hacer copropietario de tu cuenta para que pusiéramos nuestros ingresos juntos e irnos a vivir juntos.

Su cambio de tema me indica que se ha aburrido de charlar sobre un tema que no lo atañe ni interesa: el saber cómo me siento. Rápidamente ha vuelto a desplazar la conversación hacia él.

—¿Vivir juntos?! —me sorprende más ese hecho que el darle autorización de firmar en mi cuenta de inversiones.

—¿Es que ya no lo deseas? —vuelve a poner su cara de perrito regañado.

Maldito te sale tan bien... Tengo que desviar la mirada para dejar de creerle. El arremete continuando con su papel de víctima con el que siempre consigue lo que quiere:

—¿Han cambiado tus sentimientos hacia mí? ¿Es por el trastorno bipolar del que te has enterado que sufro?

—No, pero vámonos con calma, tigre. Un paso tras del otro que no llevamos ni veinticuatro horas de intentar retomar nuestras vidas, ¡y me sales con planes para mudarnos juntos! Necesito tiempo para pensarlo. En lo financiero, Chris es el que ahora se encarga de todo. No lo tomes a mal pero justo para situaciones como estas, decidí que era mejor que el tomara responsabilidad hasta que esté lucida y pueda manejar transacciones financieras. Lo que puedo ofrecerte es parte del depósito mensual que resulta de las inversiones, ni siquiera alcanzo a gastármelo todo.

—Sí, pero ahora me tienes a mí, y no soy barato.

Lo miro extrañada, sin duda el fármaco ha recuperado por completo su confianza, estabilizando su persona. Vuelve a ser el hombre arrogante e irresistible.

—El dinero no será un problema entre nosotros, ¿o sí, Peyton?

—No, no lo será... sólo quería demostrarte mi confianza al depositar mis abundantes ingresos en una cuenta mancomunada. Pero como dices, no nos precipitemos. Por ahora quisiera trabajar de inmediato en que recuperes tu memoria. ¿Nos vamos a mi apartamento?

—¿Me vas a tratar bonito?

Se acerca para murmurar—: Tengo un jueguito que te va a encantar —hace un gesto provocador que me hace olvidarme de los temas serios.

—Prométeme que has entendido lo que te he advertido.

—¡Claro que lo entendí! ¡¿A quién se le va a ocurrir retar a una italiana con ese temperamento?!

Abandono los malos sentimientos en cuanto me da un beso conciliador con sus potentes brazos a mí alrededor.

Salimos del restaurant del club náutico hasta alcanzar el estacionamiento en donde subimos a su Bentley descapotable.

Capítulo 8

Coartada

—Estas muy callada, ¿qué piensas? —me pregunta mientras nos desplazamos por la carretera a lo largo de la costa. Llevo la mirada perdida en la inmensidad del mar, el codo recargado a la puerta, la mano sosteniendo mi cabeza ladeada y gafas de sol tipo aviador.

—No es nada... —respondo gozando de la templada brisa que pasa a través del auto deportivo.

—¿Andas de soñadora?

—Vuelvo a sentir alegría en mi interior pero me pone melancólica no poder recordar las anécdotas que vivimos juntos.

—No te mortifiques de más, Nuviana.

—Es difícil, tigre. La cabeza me da vueltas con numerosos pensamientos. Por ejemplo el que la última vez que estuve contigo en un auto descapotable salí proyectada cayendo en una cañada.

—Un terrible accidente...

—¿Sabes que pienso? —le acaricio el cabello de la nuca— Que tienes todas las respuestas que busco pero por alguna razón no deseas dárme las.

—¡Qué va, soy transparente como el espíritu santo!

Levanto los ojos ante su comparación desmedida... —Entonces, dime lo que sucedió. Algo me dice que hay un misterioso motivo en el trasfondo del desafortunado accidente. Los testigos dicen que iba de pie en el convertible. ¿Qué diablos hacia yo sin cinturón de seguridad y de pie con el auto en movimiento?

—Hay episodios en la vida que vale la pena dejar atrás.

—Mmm-hmm... —gimo sin aceptar su respuesta— Si me amas, dime algo. La maniobra que efectuaste para desviar la colisión del tráiler que venía, ¿era necesaria? O ¿fue deliberada para lanzarme fuera del auto?

—Lo hice a propósito con toda la intención de librarme de ti ¡pero mírate, aquí sigues! —dice sarcásticamente librándose por el momento de la pregunta comprometedor, pero tengo muchas otras. Es

un ser impenetrable que no se abre ante mí. Por irónico que parezca su testadura posición me hace sonreír.

—Mientras estaba hospitalizada, hubo un chico que estuvo velándome cada noche. Era como si deseara protegerme de algo. Desafortunadamente no pude charlar mucho con él. ¿Te topaste con él en algún momento, Peyton?

—¿Charlar?! ¿Hizo contacto contigo? —pregunta alarmado.

—Sólo brevemente, entonces lo conoces.

—No lo conozco, pero conversar con un desconocido que te visita por las noches no es algo que me dé buena espina. Me preocupa la situación, el tipo puede ser peligroso. Si vuelve a hacer contacto contigo, debes decírmelo, Nuviana.

—¿Peligroso? No me lo parece. Más bien se veía invadido por una tristeza devastadora. Ese chico tiene el alma destrozada, arrinconada en el corazón. Como sea, estuvo presente cuando más falta me hacía alguien.

—¿Y qué fue lo que te dijo, el tal Kyler? —pregunta sin darse cuenta que no he mencionado su nombre. Sabe perfectamente a quien me refiero.

—Que me parezco mucho a mi hermana.

Como se atreve a dirigirle la palabra sin consultarme...—piensa Peyton. —No lo recuerdas pero en el pasado ese mismo sujeto trató de hacerte daño. Gracias a que yo estaba presente pude golpearlo en la cabeza.

—Sí, también mencionó algo de ello... —adopto un tono intrigante—. Tal vez si pudiéramos pasar unos días en calma fuera de la ciudad podríamos ponernos al corriente con tantos temas, Peyton...

Pasa de largo la señalización del *highway* que indica la salida hacia la zona en donde los súper ricos y extravagantes tienen sus villas en Beverly Hills.

Lo volteo a ver extrañada pero satisfecha de que mi comentario haya creado el efecto esperado. —Creí que habías dicho que tu apartamento está ubicado en Beverly Park.

—He decidido desviarme y mostrarte mi casa en la playa. Es hora de que la conozcas. Antes del accidente nos dirigíamos a ella, ahí podremos charlar.

Una sonrisa premeditada se dibuja en mi rostro —Perfecto, ¡pero no tengo nada para ponerme! ¿Podemos pasar rápidamente a mi apartamento?

—Estarás desnuda todo el tiempo, no necesitarás ninguna prenda... —posa su mano entre mis muslos. Sin perder tiempo la desliza hacia arriba rumbo a tierra prometida subiéndola por los leggings ajustados que visto. Continúa hasta que su mano roza mi entrepierna provocándome un saltito

—¿Uuh! Eres un loco. De verdad quisiera llevarme algunas prenditas para sorprenderte, *chiquito precioso* —Me subo el busto con ambas manos, saco los labios como si estuvieran inyectados de Botox y pestañeo continuamente imitando a Sharon.

—Ya basta, Nuviana, no me jodas. Admito que fue un momento de gloria para ti, pero fue

jodidamente embarazoso para mí.

Me carcajeo. —De verdad que no sé de donde te sacas esas mujeres, Peyton. Sharon es hermosa pero no mames, al menos búscalas con media, o una neurona en el cerebro.

—Ya, ya... no me la montes más. Está bien, pasaremos a la boutique de una amiga para que te compres lo que necesites para el fin de semana en la playa.

—Sí, lo que digas.

Arquea las cejas —Un sí, ¿así nada más? ¿No la vas a hacer ni un poquito de pedo?

—Peyton, no te hagas el chistosito. No soy tan complicada como lo crees. Sólo cuando me haces enojar —le doy un golpe en el pecho lastimándome la mano.

Nos regalamos una sonrisa que nos dura hasta alcanzar la boutique en Beverly Hills.

El chico del Valet Parking que recibe el auto abre mi puerta observándome detenidamente mientras descendo.

Entramos a la boutique. Es inmensa y exuda un ambiente chic y extravagante. Las asesoras de moda visten con las últimas tendencias de moda.

—¡Madre Santa! Ahora sé por qué me alcanza el dinero que recibo. ¡No recordaba la existencia de boutiques de esta clase! —le digo aplaudiendo discretamente.

Una mujer elegante, irradiando confianza se nos acerca. Es la apología de la mujer moderna. Va vestida de pies a cabeza por la diseñadora italiana Elisabetta Franchi. Su apariencia personifica a esa mujer que inspira y da vida a las creaciones de diseñadores. Viste una falda lapicero de corte a la cintura en color *nude* con líneas negras gruesas bajando a los costados y tres transversales. La empata con una blusa de seda en el mismo tono dándole la apariencia perfecta de mujer de negocios. Las sandalias de punta en estilo gladiador acaparan la mirada de unas pantorrillas bien torneadas.

—Bienvenido, Peyton —lo besa en la mejilla—. Veo que me visitas con compañía —dice viéndome de soslayo dándome poca importancia.

—Hola Stefanie, te presento a Nuviana.

Hace un gesto de sorpresa. Abre ampliamente sus radiantes ojos azules. Tiene que aclarar su garganta antes de decir: —Oh, si... ya veo. Encantada, soy Stefanie.

—Hola. Tienes una tienda fabulosa —digo amigablemente.

—Gracias —responde quedándose pensativa— *Es increíble, no recuerda que trabajó para mí, aquí mismo... quedó más loca que una cabra*—. Te asignaré a una asesora para que te ayude a seleccionar lo que desees.

Hace una seña e inmediatamente una chica se aproxima. Me saluda amablemente y comenzamos a conversar sobre mis gustos como si fuéramos amigas. El hecho de estar envuelta en el ambiente del *fashion* me trae un momento emotivo del pasado.

—Estoy segura que esto es lo que deseaba desde niña. ¡Venir de shopping a una mega boutique!

Peyton, ahora vuelvo. Me probaré algo lindo para ti.

—Tómate tú tiempo pero no dejes de mostrármelos —dice amablemente. Sorpresivamente le ha vuelto lo cortés.

Juntamos nuestras bocas en un beso húmedo como si fuéramos a separarnos durante días en lugar de minutos. Stefanie desvía nerviosa la mirada, por lo visto Peyton es algo más que un cliente común y corriente.

Apenas me he alejado lo suficiente cuando ella le reclama: —Preferiría evitaras tus muestras de cariño frente a mí, Peyton. Bien sabes que es la única mujer capaz de poner a arder mi alma en celos.

—Lo sé, por eso lo hago. Para que añores cuando mi carne invade tu interior.

—Eres un egoísta, no sé cómo después de tantos años de mantener tus caprichos te sigo apoyando en tus juegos macabros.

—Lo haces porque te follo mejor que nadie—esboza una sonrisa ventajosa—. Además, si mis planes salen bien, te devolveré todo lo que has invertido en mí.

—¿Invertido? ¿Así lo llamas? Eso no ha sido una inversión sino un despilfarro. El único recurso que he encontrado para que regreses a mis brazos después de que jamás cumpliste la promesa de unirme conmigo para siempre. El dinero me es indiferente pero tus caricias recorriendo mi cuerpo las extraño a cada latido de mi corazón —lo toma del hombro apresando la tela del saco entre su puño. Es un reclamo arrebatado pidiendo compasión.

Peyton aparta su hombro haciendo que lo libere. —Me vas a arrugar el saco, Stefanie.

—La imagen plasmada en mi mente de besar tu cuerpo evoca el deseo de sentir ese hombre viril que eres bajo mis labios.

—Evítate los poemas románticos, Stefanie, si deseas calentarme, mejor enséñame las tetas —le clava su mirada en la abultada blusa de seda.

La mujer doblega su voluntad a los caprichos del hombre que añora. Sigue sus palabras haciendo de su deseo una realidad, Stefanie desabrocha dos botones más de su blusa mostrándole un escote frondoso delimitado por un sujetador con encaje.

—Te encanta ponerme caliente cuando estoy con otra mujer, ¿no es cierto?

Stefanie no contesta, solo alza la barbilla mostrando su excitación. Sus ojos se tornan deseosos por tener a Peyton en su lecho.

—¿Subimos a mi oficina? —Pregunta sabiendo perfectamente como incitarlo—. Quiero probarte... —murmura incitante mojándose los labios viendo como el pantalón de Peyton se abulta.

Él asiente, su masa de testosteronas está punzante, estimulada con las incitantes palabras y está dispuesto a todo. Acepta la tentadora oferta pero no se mueve.

Poco antes de dar un paso hacia la oficina con Stefanie, alza la vista hacia el fondo de la boutique ubicando donde me encuentro. Estoy distraída seleccionando unos vestidos de primavera, sin embargo siento la atención de Peyton sobre mí provocando que voltee a verlo. Lo miro y le obsequio una radiante

sonrisa que termina con un beso al aire.

Peyton sacude la cabeza de un lado al otro negando. —Me tientes, Stefanie, pero no puedo poner en riesgo mi relación con Nuviana. Hay demasiado en juego.

—¡Bah, que dices! ¿Cómo puedes rechazarme? Notoriamente irritada se cierra los botones de la blusa—. No me gusta compartirte y menos con una chica que con una mirada logra hacer que te olvides de mí. ¿No te das cuenta que soy la única que ve tus cualidades más allá de tus trastornos? ¿Qué es lo que te atrae de ella? ¿Es su juventud? ¿Por qué no es intrascendente como las demás? Puedes tener a todas las chicas que desees. ¿Es tan buena en la cama?

—Es una santa con labios de pecadora, un ángel con besos del diablo. No puedes imaginar cómo besa.

Stefanie ríe. —Peyton, cariño... te sale lo expresivo y poético con esta chica. Conociéndote, puedo notar sin esfuerzo cuando estás enganchado a una mujer. Nuviana te tiene hecho un reverendo pendejo. Perdóname pero dudo mucho que sea sólo por sus besos —le arquea una ceja incitándolo a que se sincere.

—Está bien. La chica esta malditamente bien apretada, me aprisiona deliciosamente. Es fantástica en la cama. Me vuelve loco presenciar su transformación de chica ingenua, a mujer candente. Aunque hay algo más que me hace adicto a ella pero no logro descifrarlo.

Stefanie medita en sus palabras. —Yo sé que es, acabo de atestiguarlo. Te atrae el peligro y el riesgo a perderlo todo. A Nuviana la puedes enamorar, pero no dudaría en clavarte una estaca en el corazón si la dejas sin alternativas.

—Lo sé, a mí y a cualquiera que desee hacerle daño —contesta sin darle más explicaciones llevándose la mano al cuello, cubriendo una minúscula cicatriz.

—Se ve más madura, más mujer, menos ingenua. Te has enganchado a una chica inteligente más allá de tu poder y control, Peyton. Ten cuidado, una mujer así es curiosa, querrá saberlo todo de ti, tus historias, tu pasado. ¿Estás dispuesto a confesarle tus pecados mortales?

Los ojos de Peyton siguen enganchados a la encantadora personalidad que irradia Nuviana —No lo sé, Stefanie. Jamás había estado en esta situación.

—Sí que lo harás, Peyton. Ella no fingirá escucharte como las otras, ella lo hará poniendo atención a tus palabras, te hará plantearte cosas que desconocías y traerá, para mi desgracia, una locura tonificante llamada amor. Por eso la desprecio desde un inicio.

—No exageres, hay demasiado de por medio. Desde que supe que es la hermana de Melanie, estoy convencido que puedo sacar el provecho que se me escapó años atrás cuando la conocí aquí mismo.

—¿A qué viniste? Tú no vienes a menos que necesites desahogar tu cuerpo o si necesitas dinero.

—Esta vez, vine por tu consejo.

Stefanie tiene que dar un paso hacia atrás sorprendida por la respuesta. —¡Te ha acorralado y ni te has dado cuenta! Estás desesperado, cariño.

—Eres una mujer astuta y sagaz, de lo contrario no hubieras forjado tu imperio de boutiques de lujo

en todo el mundo.

—Está bien, te escucho.

—Pienso llevarla a la casa de la playa...

Stefanie levanta el rostro suspirando. —Y yo pensando que la semilla del amor podía florecer en tu monstruoso interior. En tu alma sólo aumenta la crueldad con el tiempo y disminuye la compasión. Cuando estábamos juntos, estabas más estable. Ahora veo que se ha agravado.

—Tengo que hacerlo, es demasiado inteligente y hace muchas preguntas. Se ha enterado de mi desorden bipolar.

—¡Qué dices! Esto no me gusta nada.

—Tuve una convulsión que me llevó a una fase maniaca que recuerdo con dificultad. Es hora de revelarles algunas respuestas, de lo contrario perderé su confianza y me abandonará. Si algo sale mal, prefiero que suceda en ese ambiente aislado.

—Tu apartamento sería una mejor opción. La casa en la playa es demasiado arriesgado, sobre todo si piensas dejarla que vuelva a salir.

—El imbécil de Kyler, hizo contacto con ella. Sólo Dios sabe lo que conversaron. Intento indagar que fue lo que se dijeron. No puedo arriesgarme a que se aparezca en mi apartamento. Y pensar que fue como un perro leal durante años.

—Deberías acercarte a él.

—¿Cuándo vas a detenerte? Ven conmigo, huyamos a otro país. Ahí olvidaremos juntos tus bizarros actos que te alcanzarán algún día golpeándote con todo su rigor. Me aterra pensar que la crueldad del juicio final te alcance en vida, arrancándote de mis brazos para siempre.

—Es un impulso que no puedo controlar, Stefanie. Es imposible detenerme. Bien sabes que sólo castigo a chicas que se entregan en la primera cita apaleándolas y dándome gusto durante semanas para sacarles lentamente buenos modales. Eso se merecen por putas e interesadas. Te aseguro que viven el infierno en vida con la cantidad de fármacos a los que tengo acceso gracias al sanatorio mental de mi padre. Nuviana estuvo a punto de ser una de ellas cuando salimos de esta misma boutique el día que la enviaste a que me recibiera, pero le sobra integridad como para dejarse deslumbrar por lo material. Mucho menos dejarse embaucar con mis encantos.

—Sí, pero antes contabas con la sangre fría de Kyler y ahora te ha abandonado retirándote incluso su apoyo financiero. No me cuentes más, no quiero saber más de tus barbaridades, sabes que lo repruebo.

—Ahora que enmendé el error de Patricia Lynch, Kyler regresará a mí, sólo es cuestión de tiempo. ¿A dónde puede ir? No tiene vida, todo giraba alrededor de mí desde que Melanie se fue.

—Lo pudiste embaucar gracias al irreparable hueco que dejo Melanie en su pobre alma, y a tu supuesta ayuda en el internado psiquiátrico, pero eso ha cambiado. Nuviana le devolvió lo que la vida le había arrebatado: esperanza. Ese estado en el cual se cree que aquello que uno desea o pretende, es posible. Quien tiene esperanza, considera que puede alcanzar un determinado logro. La depresión que lo ha aplastado durante una década puede desaparecer si esa nueva perspectiva le aporta fuerza y

tranquilidad. Tienes que arrebátarsela de su presente y así asegurar un futuro completamente en tus manos.

—Está bien, intentaré contactarlo. Aquí viene Nuviana, cambiemos el tema.

Me acerco a Stefanie y Peyton. Ella retoma su distancia —Ya estoy lista, podemos irnos, tigre.

—No me llamaste para verte, Nuviana —dice Peyton.

—Lo sé. Te vi demasiado interesado en la conversación y no quise interrumpirte. No importa, es lo de menos. Llevo unas prendas que cuando me veas en ellas, vas sacar chispas.

—A la hora de seleccionar *fashion trends* no necesitas mi aprobación. Esas sandalias de plataforma de John Galiano están para arrancarse la piel —Se refiere a unos tacones que no pude resistirme a ponerme en ese mismo instante.

Adulada, de saber que nota cada detalle en mí, acaricio su mejilla. Stefanie escudriña mi comportamiento con rostro pensativo.

Su mirada ilusionada me recuerda el amor virgen y sincero en el que creía en el pasado. Mucho antes de todas las promesas hechas que dejó inconclusas... Maldito el día en que mi alma quedó irremediabilmente afianzada a tu olor, Peyton... —Los dejo, que la pasen bien —se despide bruscamente subiendo a su oficina.

Peyton ve como se aleja. —¿Nos vamos, linda? Te aseguro que se te van a caer las bragas cuando escuches lo que tengo en mente al llegar a casa.

Levanto la ceja fingiendo acomodar la hebilla al tobillo de mis plataformas. Al inclinarme dejo que el escote caiga ligeramente. —¿Y qué te hace pensar que llevo puestas? —arremeto sorprendiéndome de mi iniciativa—. Avergonzada me llevo la mano a la boca escondiendo una sonrisa traviesa. —*Uups*, lo siento, Peyton. Haces que se me salgan los malos modales y evocas esa chica irreverente que llevo dentro.

La respuesta lo deja con los ojos inflamados de deseo. —No tienes que disculparte, esa chica mala es la que todo hombre añora tener en su vida.

Me muerdo el labio inferior antes de ventilar mis deseos. —Entonces, espero no demoremos mucho en llegar —digo divertidísima de atreverme a todo a su lado. No puedo engañarme, me brota un ardiente deseo por sentir mi corazón latiendo frenéticamente cuando nos fundimos en uno solo.

Capítulo 9

Estimulo

El viaje demora poco más de una hora. Atravesamos numerosos campos vinícolas que se extienden en la zona montañosa que atravesamos rumbo a la costa. Al alcanzar la carretera costera, las villas de campo comienzan a aparecer más frecuentemente. Las extensiones de tierra son tan grandes que parecieran desolados.

Peyton vira en una angosta callejuela que permite ver los destellos del mar hacia abajo de los acantilados. No demoramos en cruzar una cerca que delimita el terreno de su propiedad.

Allí, sobre un risco dominando el paisaje, se deja ver una casa moderna con fusiones de arquitectura californiana e italiana. El resultado, una fachada de línea sencilla y limpia con ventanas panorámicas que aprovechan las vistas marítimas desde el acantilado hasta el camino entre las rocas que desciende hacia la playa.

Detiene el auto deportivo en la rotonda decorada por una fuente. Bajo emocionada de poder compartir con él este maravilloso espacio.

—Vamos, Peyton. ¡Muéstrame la terraza con vista al mar! —me obsequia una sonrisa enternecido por mi comportamiento explorador.

Me quito los tacones para sentir el delicioso cosquilleo del césped. Corro por el sendero del jardín cruzando palmeras que se alzan por doquier hasta detenerme al borde del desfiladero. A mi izquierda se abre una terraza con piscina volada sobre el mar. Un sofá mecedor colgante sostenido por un robusto árbol de jacaranda invita a sentarse a observar amaneceres y puestas de sol a los pies de la piscina. Una frondosa buganvilia remata el contraste con los muros de la casa.

No puedo moverme, estoy maravillada del sitio.

—Nuestro encuentro de anoche fue un tanto atropellado —dice con esa voz ronca tras de mí.

¿Dijo atropellado? ¡Putá madre, a mí me pareció el momento más erótico de mi vida!

—Espero que aquí podamos reencontrarnos sin prisas, ni remordimientos en este hermoso ambiente, Nuviana.

—Eh... si como digas. —Sus palabras me hacen imaginar cómo será cuando se tome el tiempo

para hacerme el amor.

—Esto es un paraíso, Peyton. No logro decidir qué hacer primero. No sé si brincar de inmediato a la piscina o dar un paseo en la playa bajando por ese imponente desfiladero.

—Ve a la playa, date un poco de tiempo para ti mientras yo preparo un par de cosas para nuestra estancia. ¿Te gusta para quedarte el fin de semana?

—Peyton, ¡quisiera quedarme aquí para siempre!

—Cuidado con lo que deseas, no vaya a ser que se haga realidad —frunzo el entrecejo, su respuesta suena a amenaza en lugar de a promesa—. La vereda al final de la casa te llevará hacia abajo —indica mientras baja las bolsas de las compras.

—Con este calor preferiría cambiarme y ponerme uno de los shorts que acabo de comprar. ¿Me pasas una de las bolsas? —señalo la que quiero, pero en lugar de entregármela, busca por sí mismo en el interior.

Escoge entre los diferentes modelos el que más le place. Se decide por un short *denim* con corte a la Daisy Duke. Arranca la etiqueta con los dientes mientras se aproxima.

Su silencio es intimidante. Su corpulencia me estremece. Soy incapaz de calcular si intenta estrangularme o seducirme —Eh... ¿Dónde puedo cambiarme? —pregunto cohibida, dando un paso atrás.

No responde. Me alcanza colocando su dedo índice sobre mis labios indicando que guarde silencio. Baja la mirada posando sus manos en el borde de mis leggings a la cadera. Hábilmente abre el broche y baja la pequeña cremallera. Mis bragas se asoman tímidamente. Peyton deambula sus manos hasta ellas tocando el borde acariciando mi abdomen bajo, explorando la circunferencia de mi cintura.

Me preparo a recibir uno de esos abrazos ricos en los que sin querer se te cierran los ojos... —apenas lo pienso y siento como me exprime el alma entre sus poderosos brazos. Cierro los ojos involuntariamente entregándome a ese momento en el que me convierto en el centro de su universo.

Por si fuera poco muerde mis labios con su boca arrancándome un suspiro. Peyton afloja mis jeans desabrochando los dos botones del frente. Hace espacio introduciendo sus manos que se afianzan a mi trasero. Resopla sintiendo la curvatura terminando las caricias en el nacimiento de mis glúteos. Baja sus besos por mi cuello pasando de largo entre mis senos. Duda un instante en quitarme el top y detenerse a disfrutar de ellos pero finalmente se hinca ante mí.

Lo volteo a ver. El alza la vista bajándome los pantalones. Elevo la cabeza viendo al cielo sabiéndome vulnerable a sus juegos. Los pezones se endurecen bajo el *bralette*, la humedad bajo mis bragas se incrementa. Mi único deseo es aferrarme a su cabellera mientras espero ese momento de gloria en que pose sus labios entre mis piernas...

Me quedo esperando el contacto. Sin embargo, en lugar de tomar la acción que mi libido demanda, Peyton me quita los jeans para pasar los shorts entre mis pies. Los sube arrastrando sus uñas a lo largo de mis piernas en su camino a mi cintura.

Se pone de pie. Sonríe viendo que tengo que dar unos saltitos para que la prenda se amolde a mis glúteos y cadera. Me mira y termina con un beso desgarrador entrelazando su lengua con la mía.

Lentamente repliega sus besos bajando la intensidad hasta que retrocede, diciendo: —Debo detenerme o no podré controlarme. Te haría el amor ahora mismo, Nuviana.

Y yo no tendría ningún inconveniente en que lo hicieras... ¡¿qué esperas?! Juro no poner resistencia alguna... —pienso llena de deseo, de vida, de ganas por sentirlo haciéndome el amor. Desafortunadamente respondo lo que mis estúpidos principios mojigatos me dictan:

—*Piuff...* esa bienvenida me dejó viendo estrellitas... Tienes razón es mejor detenernos.

—Te veré aquí a tu regreso —agrega—. Ten cuidado cuando bajes por el camino del acantilado.

Se da la vuelta yendo hacia la terraza frente a la piscina. Desactiva la alarma y desliza el ventanal que da acceso al interior de la casa.

Me quedo como boba sin poderme mover. Cierro los ojos sintiendo aun sus besos arrebatadores sobre mi piel. Lleno mis pulmones de la fresca brisa del mar. El intenso momento me ha provocado cierto desequilibrio. Los hombres pueden recuperarse rápidamente de una acción de esta talla, a las mujeres nos dura el efecto durante horas después de ello.

—¡Hombres! —murmuro bosquejando una sonrisa pícara y me pongo en marcha hacia la playa.

La bahía natural es fabulosa. Bajo la pared rocosa sobre la que está construida la casa, las olas se estrellan con fuerza brutal ante la falda del peñasco. Al otro costado se abre una apacible playa de cientos de metros de extensión.

Camino por la orilla mojándome los pies y recolectando conchitas de mar. Un cangrejo ermitaño cruza la arena. Me acuclillo para verlo mejor. Mi atención se ve interrumpida por una pequeña luz que se mueve alrededor. Es el reflejo de la luz del sol en un cristal. Giro mi rostro buscando la fuente del mismo.

El resplandor que me deslumbra proveniente de las rocas bajo la cual está construida la villa de Peyton. El haz de luz se mueve sobre mi rostro haciéndome poner mi palma para impedir el destello directo en mis ojos. Repentinamente cesa y no vuelve.

—Debe ser mi día de suerte, ¡una sirena se ha salido del mar! —dice una voz sacándome un susto del carajo.

—¿Dónde?, ¿dónde? —digo alagada de escuchar el ingenioso piropo después de reponerme del susto. Se trata de un hombre de edad, canoso, con aspecto de pescador. Tiene ojos azules en un rostro bien parecido. Lleva una bermuda verde militar. Su piel se ve acostumbrada a los rayos del sol.

—Que linda sorpresa encontrarme a una mujer tan guapa en esta playa, normalmente está desierta. Disculpa si te espanté, no deseaba hacerlo—. Arrastra una lancha hacia el agua.

—No hay problema, estaba metida en mis pensamientos. Es bueno escuchar que no abundan las chicas por esta zona. Había sospechando que aquí se escondía el harem secreto de mi novio.

—El que no las vea en la playa, no quiere decir que no las haya en su casa —lo dice como si estuviera cierto de ello.

—Hmm... —me incomoda el comentario.

—Aunque prefiero no inmiscuirme en los asuntos de los demás —termina diciendo.

—Es una casa preciosa en un lugar idílico —desvió el tema.

—Lo es mi niña, aunque es tentador como el encanto femenino —pongo cara de interrogación, el continúa— Así como un hombre no se debe dejar deslumbrar por la belleza de una mujer hasta conocer su interior, tú debes hacer lo mismo con esa casa.

Frunzo el ceño irritada de que mengüe mi entusiasmo inicial de ese modo —¿Y por qué lo dice? A mí me gusta.

—Paso la mayor parte del tiempo en esta bahía y conozco sus sonidos. A veces me parece escuchar lamentos saliendo de las rocas de este acantilado, pero no hagas caso de este viejo que probablemente imagina cosas.

—Ah, ya veo —le sigo la corriente—. Tendré cuidado, hasta la próxima —me despido para poder seguir mi camino.

En mi regreso veo al horizonte. El sol no tardará mucho en ponerse y deseo apreciarlo desde el sofá mecedor colgado bajo el árbol.

Subo las docenas de escaleras que llevan a la villa. Los músculos de las piernas se tensan por el ejercicio. Mi respiración se agita abultando mi pecho bajo la delegada tela del *bralette*.

Alcanzo acalorada la terraza de la casa. Las gotas de sudor resbalan de mi frente.

Echo un vistazo hacia la piscina diciendo en voz alta: ¡Dios eso es justo lo que necesito! El hombre es una maravilla, este fin de semana será de lo mejor.

Sobre la mesa, frente a los sofás bajos tipo lounge, hay una jarra de limonada fresca. La atmósfera preparada por Peyton embriaga un ambiente al estilo de Café del Mar. La piscina esta iluminada, la música suena con una fidelidad absurda, de esa que los hombres se gastan una fortuna y nosotras no logramos detectar la diferencia con el equipo de sonido anterior.

El gigantesco ventanal que funge como puerta corrediza dando acceso del interior a la terraza, está abierta. Curiosa por echar un vistazo dentro de la villa entro a la sala principal de la casa.

La villa de Peyton mantiene una estricta coherencia entre el diseño exterior y el espacio interior. Las escalas cromáticas se fundamentan en tonos pétreos, contrastando con escasas fuentes multicolor utilizadas como elemento visual de soporte, creando una atmósfera marítima que se funde con el mobiliario contemporáneo. Los materiales utilizados combinan elementos cálidos como madera, loseta y piedra, mezclados con fríos como estructuras metálicas que se elevan dando vida a los techos altos creando espacios abiertos con puntos focales de atención.

Doy unos pasos adentrándome en la intimidad de su hogar. El sitio es fantástico pero debo cruzarme de brazos ante su cruda soledad que se arraiga en cada esquina. El ambiente exuda desamparo detrás de sus paredes cubiertas por el extravagante inmobiliario.

Estoy por subir las escaleras de la moderna estructura de metal que llevan al *Mezzanin* pero el chasquido de unos hielos en el exterior llama mi atención. Es Peyton que se dispone a preparar unos

cocteles en el bar a un costado de la piscina.

¡Esto no me lo puedo perder! —Corro por la sala apresurándome a salir. Al alcanzar la terraza retomo mi paso lento, no deseo que se percate que muero por verlo metido en su rol como un barman jodidamente sexy.

Tomo asiento en el sofá sirviéndome un vaso de limonada. Me acomodo, cruzo la pierna y observo detenidamente como agita la coctelera con la primera mezcla.

Niego ligeramente imposibilitada de creer lo perfecto que se ve. Me lanza una mirada desinteresada con sus preciosos ojos miel.

Quisiera decirle que se ve divino, atractivo y masculino hasta la médula mientras sonrío agitando rítmicamente la coctelera de aluminio. Los bíceps se le abultan bajo una camisa azul con líneas grises haciendo alusión a los fuertes músculos que hay debajo. La lleva remangada hasta el antebrazo alto y abierta al frente.

Sirve la mezcla en dos vasos y se dispone a venir a mi lado. Va descalzo con un pantalón de lino blanco ligeramente arremangado en el dobladillo. Me recargo en el respaldo para admirarlo mejor.

Apenas ha dado unos pasos y ya arqueo la ceja pensando—: Santísima María de las Mercedes... dame voluntad para resistirme a los encantos de este adonis —imploro impresionada de lo apuesto que es.

La espalda ancha, su cintura estrecha. La camisa desfajada permite ver los pectorales y abdomen decorados de hendiduras delineadas que marcan artísticamente los surcos de sus músculos.

La brisa del mar transporta su aroma de hombre a mis papilas olfativas. Respiro profundo impregnándome de su esencia. Huele a agua marina con notas cítricas y tonos de lavanda con una sobredosis de virilidad transformándome en una pelota de necesidad. Admiro sus bíceps tensos bajo el lino de la camisa.

Su aroma queda atrapado en mi sistema influyendo mi conducta. La danza de feromonas que desata el complejo juego de sustancias químicas anticipa un encuentro sexual que parece inevitable.

Ay no... ¡ p o r f a v o r ! Ahora sí que le salto encima... —digo tensa posando la mirada en un punto focal.

Entierro mis uñas en el sofá y comienzo a respirar rápidamente presa del choque bioquímico. Mi vista se clava un pequeño sendero de vello que le nace bajo el ombligo. La sexy franja de vello revolotea rumbo sur hasta perderse en su vientre dentro de sus pantalones.

Aprieto las piernas intentando controlar el torrente de humedad que asalta mis bragas. Deseo bloquear la imagen en mi mente de la zona erógena donde termina ese vello instigador que ha atrapado mis sentidos. Mi pecho se expande y mis pezones se endurecen imposibilitada por detener la imagen en mi mente de lo que deseo que suceda en los próximos minutos.

—¿Todo bien, Nuviana? Te noto un poco tensa.

—Mmm-hmm... —asiento como una idiota necesitando de toda mi compostura para mantener mi falsa indiferencia—. Qué lindo que te preocupes por mí, Peyton, pero no es necesario. Estoy

tranquilísima preparándome para la puesta de sol. Disculpa si no te estaba poniendo atención, —le regalo una sonrisa pretendiendo parecer ecuánime, intentando sonar a que no siento nada por él.

Finalmente puedo relajar mi mano petrificada que araña tensa el sofá desde que lo vi aproximándose. Deseo evitar que se percate que casi se me voltea la matriz de las descargas eléctricas emitidas por su testosterona. Traigo mojado hasta el culo que se aferra al sofá mordiéndolo por la tensión sexual que irradia.

Pone las copas cocteleras sobre la mesa. Son dos apetitosos Daiquirís escarchados.

—Por nuestro reencuentro, Nuviana. Salud, preciosa.

Chocamos las copas. La bebo de un solo trago sintiendo como el hielo escarchado baja por mi tráquea ardiente. Deseo bajar la temperatura de mi cuerpo antes de que me acaricie o voy a comenzar a derretirme aquí mismo.

El contemplarlo me ha dejado hirviendo de deseo. —¡*Puff*, que calor! —sonrío tontamente abanicándome con las manos. Él en cambio, se muestra seguro y castigador. Toma uno de los tirantes de mi bralette bajándolo para besarme el hombro.

—Creo que me meteré a la piscina, Peyton —digo imperiosa. El comentario es un tanto atropellado dado que interrumpe sus caricias pero me daría una vergüenza terrible que se percate que traigo la entrepierna con más agua que las Cataratas del Niágara.

—¿Por qué tan inquieta?

—Por nada, ahora vuelvo —lo ignoro buscando alivio ante la tensión en mi interior.

—Pero...

¡¡*Splash!!* —me lanzo un clavado en la piscina.

La diferencia de temperaturas entre el agua y mi cuerpo me arrebató las ideas morbosas, sintiéndome mejor. Al ir emergiendo recuerdo las palabras del caballero en la playa refiriéndose a mí como una sirena.

Nado un poco y vuelvo a sumergirme una y otra vez. A los pocos minutos emerjo con la mente nuevamente clara y con confianza reforzada. Estoy lista para enfrentar la situación ante su temible dominio de macho alfa.

—¿Me demoré mucho? —pongo mis brazos deteniendo mi torso a la orilla de la piscina, haciendo la cabeza ligeramente hacia atrás. Mi cabello cae sobre mi espalda. En el fondo, el cielo adquiere un ligero tono rojizo anunciando el inicio del atardecer.

Peyton da el último sobro a su Daiquirí sin perder detalle de la tela adherida a mi pecho. La ardiente mirada que me lanza no puede disimular sus ganas por tenerme.

Salgo del agua colocándome las sandalias de plataforma que he dejado a la orilla. Termino de ajustar la hebilla al tobillo para erguirme.

Peyton se percata que mis shorts han quedado flotando en la piscina. Se inclina hacia adelante arrebatado por el encaje húmedo de la tanga sobre mi intimidad.

Camino dando pasos amplios y moviendo las caderas como modelo de pasarela. Mis ojos verdes se estrellan con su mirada color miel enmarcada por su rostro afilado. Mi cintura se mueve al ritmo de mis pasos y mis senos dan ligeros rebotes denotando su firmeza.

Peyton deja el sofá poniéndose de pie. A los pocos metros me detengo haciendo una pose que termino delineando con las manos un corazón al aire acompañada de una coqueta sonrisa.

Mi momento se ve interrumpido cuando se aproxima sujetando firmemente mi nuca enredando sus dedos en mi cabello. Sin más preámbulos me besa lenta y castigadoramente. La profundidad con que lanza su lengua deleita mi ego femenino al saberlo excitado con mi figura y tentador juego. La intensidad de sus labios explorando los míos se escala rápidamente.

Jadeante me levanta el bralette descubriendo uno de mis senos. Su boca deambula por mi cuerpo hasta que sus labios ardientes encuentran mi pezón. Lo succiona con fuerza inflamándome de lujuria, llevándome al límite de la delgada línea entre el placer y el dolor.

Acaricia mi otro pecho volviendo a asaltar mi boca. Deambula su mano hasta mi braga introduciendo su mano palpando con la yema de sus dedos un afeitado jardín femenino. He dejado una franja bien delineada de vello adornando mi intimidad. Su mano desciende tocándola, recorriendo mi monte de venus hasta perderse dentro de mi pliegue.

—Ashhh—gimo sintiendo como sus dedos revolotean haciendo círculos sobre mi clítoris.

Desliza lentamente un dedo en mi interior. El modo en que recorre mi hendidura me hace desorbitar los ojos.

Me levanta sosteniéndome por los glúteos. Envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas. Sus bíceps se abultan, esta duro como metal, igual que su erección que roza mi entrepierna encendiéndome. Me coloca sobre el terso sofá.

—No sabes las ganas que tengo de probarte, Nuviana. —Me tiende acostándome. Se pone de rodillas bajando por mi vientre. Mi piel se eriza presintiendo sus intenciones. En el horizonte veo como el sol roza el Océano Pacífico incendiando el cielo.

Me aferro a su cabellera levantando la vista buscando alivio ante la tensión en mi interior. Imploro mantener el control cuando Peyton hace a un lado mi braga develando mi sexo húmedo ante su mirada.

Separa mis rodillas forzándome a abrir más las piernas, haciendo que lance mi pelvis hacia adelante. Moja sus labios, lanzándose a posarlos sobre mi pliegue íntimo. Su boca desata un torrente que se desborda rompiendo los diques del deseo...

Gimo intensamente sintiendo el calor de su lengua dentro de mí. Arqueo la espalda, los hombros presionando contra el sofá.

Hace un trabajo insuperable poniendo a temblar mis piernas, desatando sensaciones únicas. Mis estrógenos caen como fichas de dominó atormentados de placer.

Echo un vistazo hacia abajo encontrándome con sus ojos lascivos que no se separan de los míos. Su lengua recorre de abajo hacia arriba los pliegues de mis labios íntimos.

Cuando se siente saciado de probarme, se quita la camisa mostrando su piel sudorosa. Se arrastra

en el sofá deteniéndose con sus músculos firmes y magros pasando sobre mí hasta posar su bulto bajo los retropants entre mis piernas.

Me despoja del bralette levantándolo, deleitándose como las curvas de mis senos se develan poco a poco ante él. Mi corazón late a un ritmo frenético cuando me quedo prácticamente desnuda.

En un gesto tímido, me sonrojo percatándome que las marcas de la cirugía necesaria para salvarme la vida, quedan expuestas a su mirada. Cubro la cicatriz del accidente con la palma de mi mano advirtiéndole que captura su atención. En la noche de nuestro reencuentro había estado camuflageada por las sombras y la luz de luna.

Avergonzada por tener que develarle una imperfección física ante su perfección humana, pongo ambas manos sobre mi abdomen, cubriéndola totalmente.

Peyton deambula sus labios a lo largo de mi línea alba pasando de largo el ombligo. Con delicadeza retira mis manos de su sitio.

—No permitas que esta marca te humille —dice besando la cicatriz.

Sus palabras me conmueven. Finalmente brota una chispa de bondad y filantropía de su egocéntrica personalidad. Derramo una lágrima que termina batiéndose en mi mejilla.

—No hay porqué llorar —dice limpiándola con su dedo pulgar.

—Lo sé, no es una lágrima de tristeza o de un recuerdo doloroso, es de dicha y felicidad. He pasado por una adversidad devastadora. Esta cicatriz simboliza tu paso por mi vida, Peyton. Te llevo por siempre marcado a mi piel.

—Ahora todo estará bien... —su tono es poco convincente pero no me detengo a pensar en ello. Le abro mis brazos para que recueste su torso sobre el mío, abrazándolo también con las piernas.

Transcurre un momento tierno que se disipa vertiginosamente entre besos y caricias. El calor de nuestros roces incita nuestras miradas, volviendo a construir el momento.

Se mueve por mi pecho. Deslizo mis manos por su espalda, raspándolo con mis uñas que derraman pasiones. ¡*Argh!* —exclama levantando la barbilla excitado por el placentero dolor que le producen.

Se pone de pie desabrochando su pantalón. Mi tensión arterial se eleva. El bulto bajo los retropants acapara toda mi atención. No soy capaz de desviarle la mirada a la silueta de su miembro punzando por salir de su cautiverio.

Sabiéndome estupefacta, los toma del resorte jalándolos hacia abajo haciendo que su arma nuclear emerja saltando hacia arriba desafiando la gravedad.

¡*Ay Santísimo!* —Expulso el aire solidificado en mis pulmones.

Mis ojos se desorbitan viendo el tamaño y forma de su pene erecto. Lo toma con su mano frotándolo, provocando que me muerda el labio inferior. Trago saliva, deseo probarlo, sentir su grosor en mi boca, pero me faltan las agallas para tomar la iniciativa.

—Has lo que el deseo te dicta, Nuviana —me incita, ha leído perfectamente mi lenguaje corporal.

Nerviosa, me deslizo al borde del sofá acercándome sin despegar la vista de tan escultural miembro—. Déjate de juegos infantiles, saca la mujer que sabe lo que quiere. ¡Dime lo que deseas hacer! ¡Quiero escucharlo con tu propia voz!

Da un paso más hacia mí. Me mojo los labios indicándole mis deseos, preferiría no tener que confesárselo pero lo intento. —Quiero...

—Dilo, no te cohíbas, lleva a cabo tus más bajos deseos.

—Quiero... —mi pecho se hincha sintiendo la excitación de lo que deseo.

—No busques palabras que adornen la acciones que deseas llevar a cabo. Dilo tal cual es, ¡libérate de una vez!—continúa exaltándome y con ello la temperatura de mi cuerpo se eleva.

—Quiero chupártelo, Peyton.

—Repítelo, Nuviana. —su pene se balancea a pocos centímetros de mi boca—. ¡Repítelo viéndome a los ojos!

Alzo la cabeza sosteniéndole la mirada —Quiero chupártelo y sentirlo dentro de mí —mi confesión me lleva al borde de la pasión. Peyton me extiende la mano. Se la doy siendo testigo como la coloca sobre su virilidad.

—Y yo muero por follarte y sentir como me aprietas por dentro, linda. Vas a gritar mi nombre cuando el éxtasis te invada en un mar de orgasmos.

Mi mano se envuelve en su dotado miembro. El palpar su grosor es algo más de lo que mi ecuanimidad puede soportar. Lo froto sintiendo su longitud terminando en esa cabeza hinchada que muero por probar. No resisto las ganas por experimentar tenerlo en mi boca. Hago mi cabello de lado. Presiono mi mano sosteniéndolo firmemente y lo deslizo entre mis labios.

Intento abarcarlo todo hasta la base pero me es imposible. En mis numerosos intentos me deleito convirtiéndome en una golosa de su sexo.

El me mira deleitándose como lo hago hasta que se acuclilla deslizándose hacia adelante tomándose por debajo de los muslos hasta tenerme en el borde del sofá. Las sensaciones lascivas continúan surgiendo cuando coloca su pene erecto sobre mi monte de venus. Su extensión cubre por completo la escasa franja de mi jardín íntimo, permitiéndome imaginar cómo llenará mi cavidad.

—Abre el compás —me demanda.

Lo obedezco sosteniendo las piernas en el aire. El da un vistazo a mis tacones de plataforma balanceándose a los costados de su cabeza.

Llevándome por el momento, hago a un lado mi tanga acariciando mi clítoris con mis dedos. Su mirada estalla cuando lo provocho deslizando mi dedo en mi interior.

—¡Eres una cachonda fantástica!

Sonrío sin motivo. Me estimula saber que tengo el poder de volverlo loco, pero tampoco puedo contenerme más.

—¡Házme tuya! —le exijo perdiendo la cordura. Su seducción me ha llevado al borde de perder el temple.

Peyton lo coloca entre mis muslos directo en el centro. Su miembro roza mi entrada.

—¡Mpfff! —La vehemente protesta de mi mente muere en mis labios. Un grito ahogado en mi garganta marca el momento en el que el sol incendia el cielo cuando es devorado por el mar. El mismo instante en el que Peyton empuja su masculinidad dentro de mi cuerpo.

Nuestros cuerpos se funden en llamaradas de pasión. El acto se torna en un sexo fuerte, firme, con una intensidad que no conocía. La comunicación inconsciente que se establece entre nuestros cuerpos confirma que nacimos el uno para el otro.

En mis continuos movimientos incitantes, noto que intenta prolongar su liberación cada vez que lo aprieto llevándolo al borde de perder el control.

El placer es tan exquisito que hundo mis dientes en su hombro tratando de sofocar un grito que anuncia la avalancha que se avecina. Imposibilitada a reprimir otro, grito su nombre sintiendo la inminente implosión que se desata en mi cuerpo.

—Peytooon... —grito implorando piedad a las olas de placer detonando mi interior.

—Vamos, ¡déjate ir! —me incita enderezando su torso permitiéndome ver como su miembro entra y sale humectado por mi fuente.

El advertir el punto de contacto me excita. Separo más las piernas y aumento el tono de mis gemidos. —Peyton, estoy a punto de...

—¡Llega, explota, Nuviana! —Incrementa el ritmo de penetración para encontrarnos en las estrellas.

—Me voy a... —arqueo la espalda cuando la tierra se abre a mis espaldas sintiendo el clímax a través de mi cuerpo. Caigo en un orgasmo que estalla demoliendo cada una de mis células.

Lanzo un grito cuando el orgasmo estalla dentro de mí —¡Peyton, te amooo!

El éxtasis se prolonga más allá del entendimiento. No tardo en ver que Peyton explota dentro de mí. Sus músculos se tensan convirtiéndolo en una escultura viviente que desahoga su energía batiéndose con los nudos de la pasión.

Para cuando nuestros gritos cesan, el sol ha sido devorado por el océano, del mismo modo en que me he entregado a todo lo que es Peyton Brax.

Capítulo 10

Imperfección

Nos encontramos en el estado al que los franceses llaman la *petite mort*, la pequeña muerte. La relajación que sucede inmediatamente después del estampido de placer. El hombre, exhausto, no pide más. Nosotras en cambio deseamos en ese momento reforzar el vínculo afectivo con la pareja reclamando caricias y palabras de amor.

Peyton tiende su peso sobre mí cuerpo. La liberación de tanta energía sexual hace que se desplome en mi pecho. Me aplasta deliciosamente sofocándome lo preciso como para que la sensación sea grata.

Lo abrazo besándole el hombro, alabándole lo mucho que lo adoro. La felicidad me abruma. Sólo deseo que este instante dure para siempre.

Abrigo con mis besos la zona de sus trapecios. Su respiración es aun jadeante. La vena yugular palpita denotando la dimensión de su explosión interna.

Mis labios recorren la franja de su cuello topándose con un pequeño montículo de piel escaldada. Incrédula de encontrarme con una imperfección sobre su piel, los poso palpando la hendidura.

Fascinada por descubrir una marca que lo haga parecer mortal y curiosa por saber que su hermoso cuerpo esculpido no es perfecto, echo un vistazo a ese montículo de piel que se abulta en su cuello.

Mis ojos se abren ampliamente sin dar crédito a lo que ven desatando una tormenta interna. Dejo de pestañar advirtiendo que se trata de una cicatriz en forma de cruz...

Mi mundo se estrella haciéndose añicos. Una montaña de emociones incomprensibles baja por mi espalda. El confortante sentimiento de seguridad se evapora. La cálida sensación de mi corazón acobijado por emociones positivas se ve devastado en un instante por una daga en el centro provocando una herida profunda que sangra irreparablemente. El dolor del vacío se propaga en mi sistema.

Intento mentirme convenciéndome de que no es verdad, que esa cicatriz no tiene su origen en mi instinto por defenderme en el sanatorio mental. Imploro que no haya sido yo la que enterró ese metal en su cuello defendiéndome. Sin embargo, es irrefutable que la forma de su herida corresponde al emblema de la Cruz de Hierro Alemana proveniente del arma blanca que Kyler me dio para defenderme.

La enfermedad bipolar de Peyton es más severa de lo que había anticipado... Tengo que morderme el labio inferior para sofocar el llanto.

La cicatriz me hace pensar que en su fase maniaca se convierte en uno de los degenerados que visitan por las noches a los pacientes del sanatorio mental para divertirse con ellos sabiendo que están drogados o inconscientes. Sólo Dios sabe que otras atrocidades tiene en su lista de pecados mortales acumulándose antes de terminar en el infierno.

Una sensación de tormento desata una avalancha de nervios en mi interior. La garganta me arde de rabia mientras la tristeza se expande por mis entrañas. El sufrimiento desata un vacío interno que jamás pensé doliera tanto.

No es ira, sino una niebla espesa de desconsuelo que destruye la luz de la felicidad alcanzada en las últimas horas. Una desgarradora aflicción me nace en la boca del estómago donde mi alma se arrincona lastimada, vacía, reducida a lo más simple de su existencia.

El frágil aliento de la vida me indica que prefería haber muerto, a tener que hacer frente a este crudo dolor que pulveriza mi ser a cada latido de mi corazón.

Tengo el impulso de abrazarlo fuerte, muy fuertemente sintiendo como me trago dolorosas lágrimas que finalmente se derraman silenciosas por mis mejillas. Mientras lo hago, me alcanza la esencia de lo humano: esos sentimientos indescriptibles que somos capaces de experimentar los seres humanos al ser conscientes de los misterios que rodean nuestra existencia. Acaricio su espalda, los potentes latidos de su corazón se impactan en mi pecho. Es un ser perdido en la locura.

¿Lo quiero tanto como para permitirme amarlo a pesar de ser un maniático? ¿Podría ignorar semejante bestialidad?

No sé cómo actuar...

¿Es una víctima de un desorden psíquico o un tirano manipulador que exculpa sus actos bajo la sombra de esa enfermedad?

Sea cual sea la respuesta, siento mi cuerpo tensarse. Peyton continúa inerte sobre mi cuerpo. Desconozco si se ha percatado de que lloro, de que he descubierto uno de sus secretos más oscuros mientras imagino todo aquello innombrable de lo que es capaz.

Soy una pelota de emociones y deseo levantarme para tener un tiempo a solas.

Lo tomo de los hombros sintiendo los surcos de sus delineados músculos mientras lo empujo intentando liberarme. Peyton ha caído en el típico sueño masculino que procede de la liberación de su toda su energía a través del pito.

Sonrío con mi estúpida ocurrencia. De querer seguir a su lado como lo dicta mi corazón, es mejor no tomarse la vida tan en serio.

—Peyton, despierta. —lo tomo por el costado de los bíceps. Cuando siento la dureza de sus brazos abandono la idea de moverlo un milímetro.

—¿Mmmm? —da una muestra de consciencia.

—Deseo irme ahorita mismo —digo enfadada.

Amodorrado levanta el peso de su cuerpo con ambas manos haciendo una lagartija. Pone cara de confundido pasando sus dedos entre su cabello. No está seguro de haber entendido lo que he dicho.

—¿Por qué quieres irte? Hice algo inadecuado, ¿o es que tienes ese sentimiento del “después”? Imagino que te asaltan preguntas como si me habrá gustado, si sentí la química, si te llamaré mañana... o dudas si debes besarme, abrazarme, hablar o llorar. Todo eso es normal, Nuviana. Es común que te invada la incertidumbre. Eso se da especialmente cuando se tiene expectativa más allá del sexo y se espera lograr una relación más seria.

Esta vez su experiencia de mujeriego no me hace nada de gracia. —Veo que has memorizado todas las preguntas de tu amplia lista de conquistas. ¿Y qué les respondes cuando te van a abandonar?

Me besa la frente. —Normalmente no me importa lo que hagan, pero contigo es diferente —el tono de su voz se torna dulce—. Creo que jamás se lo había dicho a alguien... —la sinceridad se profundiza en el color ámbar de sus ojos, creando un momento tierno que describe al hombre sincero que se esconde en él y que raramente sale a la superficie sumiso y dominado por la personalidad castigadora del Peyton casanova—... por favor quédate conmigo, Nuviana. —lo dice como si hubiera librado una gran batalla en su interior para expulsar esas palabras de sus labios. Su rostro franco y limpio de arrogancia logra que todos los pensamientos conflictivos desaparezcan desorientando mis emociones.

—Peyton, adoro tu impredecible forma de ser pero tus continuos cambios de carácter me acorralan sin saber qué pensar. A veces creo que no me permites conocer el hombre maravilloso que llevas dentro, y no logro entender la razón de ello.

Resopla negando con la cabeza —*Uff*, es complicado...

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz que llevas en el trapecio justo bajo el cuello?

Hace cara de sorpresa —¿*Humm*? ¿A qué te refieres?

—A esta pequeña protuberancia —la toco con mi dedo índice. Intenta verse doblando la cabeza para luego palparse.

—Ah, ¿esta? Siempre la olvido porque no es muy visible. ¿Es muy fea? Me la hice cuando era pequeño.

—¿Cuándo eras pequeño?! —me acerco a revisarla de cerca dándome cuenta de su forma dándome cuenta que no tiene la hechura de la punta de metal con la cruz. Incluso ahora que la veo claramente me doy cuenta que es una cicatriz vieja y no reciente.

Avergonzada por dudar de él, le digo —Por favor perdona mis hormonas. Por lo visto no eres el único con cambios impredecibles de carácter. Creo que aún estoy muy prevenida después del accidente y mi experiencia en el sanatorio mental —llevo las manos a mis sienes— ¡Me estoy volviendo loca!

Se encoje de hombros sonriendo y vuelve a acomodarse perezosamente sobre mí.

Analizo mi comportamiento tonto. No creo que sea la primera vez que las dudas de una mujer por el hombre que ama la hagan ver visiones o afligirse más de lo que debe.

Acaricio su cicatriz pensando en mi atrevimiento de dudar en su entereza e integridad humana. Levanto la mirada viendo sobre su hombro hacia el interior de la casa iluminada.

Repentinamente la imagen que veo hace que olvide mis sentimientos encontrados. Sacudo la cabeza intentando dar crédito a lo que ven mis ojos en el interior de la casa...

...es una silueta que se oculta bajo una sombra observándonos. Mis ojos chocan con el blanco de sus ojos. Es una chica con aspecto cadavérico que no se mueve. Probablemente ha atestiguado nuestros actos desde que hicimos el amor...

Capítulo 11

Miedo

A la misma hora, en una boutique en Beverly Hills.

Tess, la gerente encargada de la tienda de modas, sube al primer piso buscando a la dueña. Pide permiso para pasar. Una mujer sentada en una silla ejecutiva asiente imperceptiblemente. Es la señal que le aprueba poder cruzar la puerta de la sala de juntas. Sobre la enorme mesa de caoba hay una jarra de agua de cristal cortado, una copa, y una Tablet.

—Stefanie, ¿necesitas algo más antes de que me retire a casa? He hecho el corte de caja y las transferencias bancarias pertinentes —pregunta viendo como su jefa analiza en la pantalla las ventas diarias del imperio de la moda que ha creado.

—Gracias. Dame por favor los documentos para elaborar los estados financieros—dice sin voltearla a ver o mencionar su nombre. Hace un ademán sacudiendo la mano indicándole que puede irse, finalizando con un: —Hasta mañana.

“Hasta mañana”, había dicho. Todos damos por hecho que existiremos al día siguiente, que volveremos a disfrutar de los rayos del sol sobre la piel. Nos olvidamos que nuestro tiempo de existencia en esta vida es frágil y que los actos del pasado pueden alcanzarnos encarnados en nuestros más profundos miedos. Cuando llega el momento de encarar nuestras deudas con el destino, buscamos desesperadamente salir de esa oscuridad, muchas veces sin lograrlo...

¡Ring! ¡Ring! —suena su teléfono móvil.

El ruido imprevisto la sobresalta. Echa un vistazo a la pantalla leyendo, *Llamada Anónima*. Con gesto de extrañeza presiona el botón del altavoz contestando.

—Stefanie Ackermann —se identifica secamente haciendo una pausa esperando que le respondan. Nadie lo hace, en su lugar sólo se escucha una respiración asmática—. Stefanie Ackermann, ¿quién llama? —insiste sin encontrar respuesta. Impaciente, reprende a la persona al otro lado de la línea —No puedo perder el tiempo en juegos de adolescentes tontos —dice antes de terminar la llamada.

Intenta volver a concentrarse pero le es imposible. La respiración que ha escuchado se le ha metido a la cabeza. En lugar de trabajar se dedica a determinar quién pudo haberla llamado para molestarla y cómo diablos tiene su teléfono.

Delibera por unos instantes. El resultado neuronal la hace abrir los ojos reflejando temor en el

fondo de su alma. Desea estar equivocada pero su piel se eriza ante su escalofriante intuición. Stefanie presiente que la intimidante respiración con silbido tan peculiar pudo ser provocada por unos pulmones infectados por un asma crónica causada por un largo periodo de acuartelamiento en las heladas profundidades de un sanatorio mental.

Una chispa de cautela con rastros de pavor la asalta. Se pone de pie para cerciorarse que Tess accionó el sistema de vigilancia antes de salir. Una de las instrucciones primordiales durante la capacitación del staff.

Para su sorpresa, encuentra la alarma desactivada.

—¡Mierda, esto no puede ser! Jamás lo olvida.

Pone impaciente el código correspondiente hasta que los leds verdes indican que el sistema está activado. En el camino de regreso a la sala de juntas se detiene para poner un poco de música. Se sirve un vaso de brandy intentando dejar atrás esa intranquilidad pasajera.

Todo vuelve a la normalidad. Su tensión se relaja permitiéndola volver a retomar sus actividades. Apenas lo hace cuando...

¡Ring! ¡Ring! —Decide ignorar la llamada terminándola.

¡Ring! ¡Ring! —Insisten. Tiene que tragar aliento para mantener el control. El nerviosismo comienza a apoderarse de ella.

Una y otra vez suena el teléfono poniéndole los nervios al borde.

¡Ring! ¡Ring! —cierra los ojos exasperada. Arrebatada por miedo e ira, toma cabreada el teléfono —¡Déjame en paz o te arrepentirás! —grita en tono amenazador—. ¡No sabes con quién te estás metiendo, mequetrefe!

La respiración al otro lado de la línea se inquieta contrariado por las palabras desafiantes de Stefanie. El silbido se acelera tornándose constante.

Guarda silencio. Se concentra en los sonidos circundantes intentando escuchar al ofensor. Mueve inquieta los ojos, expectante de reconocer algo que le dé una pista del sujeto que la molesta.

Yergue la barbilla atenta. En su rostro puede leerse como su cuerpo ha segregado sustancias activando el mecanismo natural de defensa para afrontar la situación que percibe como amenazante. Su ecuanimidad se desvanece subyugada por el estrés.

Sostiene el aliento esperando corroborar algo que acaba de escuchar detrás de la línea. Aclara su garganta, rogando estar equivocada. El silencio le ha revelado algo inquietante que no desea creer. Repite la acción aguantando durante más tiempo el aire en sus pulmones hasta que un gélido escalofrío baja por su espalda. Se atraganta con su propia saliva sintiendo un descontrol que la aterra. Su pupila se contrae estimulada ante el sentimiento de pánico que se apodera de ella.

Al otro lado de la línea, detrás de esa enfermiza respiración silbante ha distinguido la misma música que se escucha en su oficina. El tipo que le llama insistente se encuentra ahora en el interior de la boutique...

—Ay no... ¡Dios, perdóname! —Sale atropelladamente de la sala de juntas entrando a su oficina

para tomar las llaves del auto.

—¡Mierda! ¿Dónde dejé mi bolso? Estoy segura que estaba aquí.

Abandona la idea de encontrar las llaves deseando huir apresuradamente. Se dirige hacia las escaleras, las mismas que numerosas veces subió tomada de la mano de Peyton ilusionada por sentir sus besos. En esta ocasión, es testigo de ver como brota de la obscuridad una silueta demacrada dirigiéndose hacia ella.

Cambia de dirección resbalándose, cayendo hacia él. Intenta desesperadamente detener su inercia clavando las uñas en el lustroso piso de madera.

Cuando la figura emerge en el haz de luz, un vértigo espantoso la paraliza. —¡Noooo, eres tú! —Afirma al saber de quién se trata. Ni siquiera la aterradora máscara de oxígeno que le cubre el rostro a su agresor le impide desconocerlo. —¿Qué es lo que quieres de mí, maldito?

El intruso la ignora. Avecina su huesuda mano hacia el rostro de Stefanie. Ella se cubre pensando que la azotará pero la sujeta firmemente del cabello entrelazando sus esqueléticas manos entre su cabello rubio.

Stefanie intenta soltarse, patalea absorbiendo el dolor del impacto de los escalones en su espalda pero no puede hacer nada más que gritar auxilio. El tipo se afianza bien a su cabello cogiéndolo desde la raíz, arañándole bruscamente con sus uñas negruzcas el cuero cabelludo a la atractiva mujer de negocios. La arrastra hacia arriba tratándola como un animal. Jamás pudo imaginar que un hombre delgado pudiera tener tal fuerza.

El atacante la jala dentro de la sala de juntas en la que ella se encontraba. Se voltea para cerrar la puerta y ella se acorrala en una esquina temblando, sintiendo el miedo desencadenado por la situación que presente no será capaz de escapar.

El sujeto se quita una mochila que lleva a la espalda poniéndola sobre la mesa de caoba. En un violento arranque barre con el brazo los objetos que están sobre la mesa: la Tablet, el vaso y bolígrafos caen al suelo. Coge la jarra de cristal aventándola sobre la cabeza de Stefanie que grita aterrorizada viendo como se hace pedazos al impactarse en la pared. Los cristales caen sobre ella. Uno de ellos, se le encaja en el antebrazo rasgando su blusa.

La sangre brota lentamente. El atacante se queda inmóvil observando como la mancha roja se extiende sobre la blusa de seda blanca de su víctima.

Da un respiro profundo impregnándose del olor metálico de la sangre. Esas deleitables feromonas que lo estimulan. Es un tiburón que se excita con el rojo carmesí perdiendo el control antes de abalanzarse sobre su presa.

Se acerca a Stefanie rasgándole la blusa. —Por favor no me hagas daño! —El no responde, se limita a quitarse la máscara de oxígeno. Saca la lengua y tuerce el brazo de ella para probar de la herida mojándose los labios.

—Ahh sabes delicioso...

Se pone de pie quitándose la chaqueta que lleva puesta mostrando un arnés de cuero negro con remaches en forma de picos. No lleva nada abajo. Los tirantes salen de una placa a la altura de la boca del estómago cruzando su cuerpo en una equis. Está adornada con una cruz celta.

Tiene piel pálida, transparentosa. Se le ven las venas azules del pecho punzantes fundiéndose en otras en tono verdoso. Las manchas en la piel dan signos de haber padecido el síndrome de Stevens-Johnson en la más grave de sus manifestaciones consistente en una reacción de hipersensibilización que afecta la piel. Es frecuentemente producido por medicamentos estabilizadores de ánimo.

Su silencio y sola presencia infunde terror. —Por favor déjame ir —le suplica—. No soportaría el peso de una violación.

—*Mpff...* —ahoga la primera carcajada pero le es imposible controlar las siguientes. El comentario de Stefanie le ha causado mucha gracia. Estalla en una risa aguda interrumpida por accesos de tos.

—¿Violación? —Finalmente libera una palabra de sus labios agrietados. Tiene una voz hueca como su alma—. Lo que está por sucederte no está catalogado en ningún marco legal en el planeta Tierra. Y durará todo el tiempo que te niegues a contestar mis preguntas.

Saca de la mochila un estuche negro que coloca sobre la mesa. Levanta el perno que lo asegura, y lo abre.

—¡Mira los utensilios de los que me he hecho durante los últimos años! ¿No son una belleza? Y parte te lo debo a ti. —le inclina el contenido mostrándoselo.

Con la mirada caída y los ojos llorosos, Stefanie solloza viendo unas ampolletas con sustancias desconocidas para ella. Lo más impactante es una línea completa de agujas en diversas longitudes y calibres. Al centro, una imponente jeringa con cilindro de plata con ceja de cristal para medir la cantidad del líquido que se vierte. En la esquina posterior un nicho conteniendo La Santa Biblia.

El intruso se coloca unos guates de plástico, jalándolos hasta los antebrazos.

—No te preocupes, no te haré nada que no sepa que es eficaz. Supongo que la buena noticia es que no experimentaré contigo —dice sarcásticamente.

—Ni en mis peores pesadillas había imaginado la situación de verme frente a ti. ¿Por qué estás aquí? —le pregunta ella.

—Porque alguien debe encargarse de hacer justicia. Dios lo hace en las alturas pero en la tierra me encargo yo —le da unos golpecitos a la jeringa con el dedo medio sacando las burbujas de la sustancia que acaba de succionar.

Stefanie vuelve el estómago. La bilis producida por la tribulación sobrepasa su control corporal. Se dobla sintiendo calambres en el vientre.

—¿Sabes quién soy? —le pregunta sin alterarse mientras la hermosa mujer vomita el terror. Es incapaz de responderle por las contracciones involuntarias nacientes en el abdomen, así que sólo se limita a asentir.

Él se acuclilla junto a ella dándole un jalón por detrás del cabello para que levante el rostro. La

saliva de Stefanie se escurre por las comisuras de sus labios cayendo en lo que antes era una impecable blusa de seda blanca.

—¿Cómo sabes quién soy si nunca antes nos hemos visto cara a cara? —su proximidad inunda el aire entre los dos de su inmundado aliento.

—Siempre he sabido de tu existencia, Kyler.

Se sorprende escuchando como pronuncia su nombre. —Y yo de la tuya, pero te creía inofensiva, Stefanie. Me pregunto cuántos secretos conoces sobre Peyton.

—Los conozco todos ¿Qué diablos tengo que ver contigo? Soy una mujer poderosa, puedo aplastarte con mis influencias.

—Eso es precisamente lo que me trae a ti, el saber que ejerciste esas influencias haciendo mi vida aún más miserable. Veras, en mi última visita al sanatorio psiquiátrico donde pasé cinco putrefactos años de mi vida, azote a un médico que intentó hacerle daño a Nuviana. Me costó trabajo revivirlo pero lo logré. Él me dijo que una mujer había influido en la decisión de enviar a Nuviana a ese internado de dementes al igual que conmigo años atrás. En ese momento entendí que debía tratarse de ti. Tú apartas del camino cualquier asunto que amenace al hombre que amas pero que no te corresponde con su amor. Eres la autora intelectual.

Spittt —le escupe en la cara—. Vete al diablo. Un alma perdida de tu calaña no puede hablar del amor. Simplemente no entiendes de sentimientos. Además, no sabía que ese sanatorio psiquiátrico fuera un nido de sádicos pervertidos. No cargo responsabilidad alguna.

—¿Tampoco eres la responsable de entregar a Nuviana y a otras chicas en bandeja de plata a Peyton, para alimentar su adicción a conquistarlas para luego ser torturadas por caer ante sus encantos? Lo usaste para deshacerte de ellas y yo fui parte en cada una de las asquerosidades que les hizo. Peor aún, lo ayude llevado por mi frágil estado de ánimo. ¡Es obvio que me han utilizado!

—Está bien, está bien —le dice al ver que comienza a enfadarse—. Te diré lo que deseas saber, por favor no utilices esos sueros macabros.

—Oh no querida, de esta no podrás salvarte. Vas a experimentar lo que las otras han pasado. —le muestra la jeringa extendiéndosela hasta su mano.

Stefanie la toma confundida. —¿Qué se supone que debo de hacer?

—Soy un hombre de honor. Te doy la oportunidad que te hagas el *jarakiri*. Inyéctala en tu cuello.

Stefanie ve la jeringa con una chispa de oportunidad. Siente en carne propia la instintiva necesidad de la supervivencia, ese valor arcaico que compartimos todos los seres vivos en la lucha por la existencia.

Detiene la imponente jeringa acercando la aguja al cuello dispuesta a seguir la orden. El la observa complaciente. Tiene las venas de los ojos hinchadas aprobando que lo haga.

En un movimiento súbito, Stefanie la encaja en la ingle de su agresor inyectándole el contenido.

—¡*Argghh...* Maldita! —exclama viendo la aguja clavada en su ingle mientras cae al suelo.

Stefanie se pone de pie, pasando sobre él desesperada por escapar. La puerta está a unos cuantos metros. Intuye que lo logrará hasta que Kyler la toma del tobillo derribándola. Ella lo pateo con sus tacones sintiendo como las manos del atacante suben por sus pantorrillas hasta sujetarla por los muslos.

A los pocos segundos está inmovilizada teniéndolo encima de ella. Ambas rodillas de Kyler aprisionan sus brazos a los costados de su cuerpo.

—En cuanto haga efecto la substancia te pondré una bala en el cerebro, ¡maldito desquiciado! —dice histérica llena de rabia y frustración.

Kyler se carcajea rasgándole la blusa en dos. No demora en despojarla del sostén. Se deleita viendo lo bien formados de sus senos y se lanza impaciente a probarlos deleitándose con los pezones rosados y tersa piel. Horrorizada, ella desvía la mirada.

—Me regocija cuando la tortura psicológica hace el efecto esperado. Ese líquido no era más que una solución salina. Todo esto fue planeado sabiendo que actuarías de ese modo. Cualquier ser humano que se sienta amenazado hubiera reaccionado de la misma manera ante la oportunidad de salvar su pellejo. Me es adictivo presenciar esa chispa de esperanza en los demás, porque la he perdido. Ese fue el último sentimiento positivo que tendrás en esta vida, a partir de este momento comienzas a pagar por tus pecados.

Kyler se santigua con la mano derecha. Con la izquierda coge una pequeña jeringa sujeta a un cartucho en el costado de sus shorts de neopreno. Expulsa de sus labios un —Amén...— y clava la aguja en el muslo de Stefanie que grita en un ataque de pánico.

Se revuelca en el piso pateando. La mira paciente disfrutando como sufre, atestiguando como el dolor se propaga —Si lo se... arde mientras se extiende por el sistema nervioso una lástima que pronto vayas a perder el conocimiento.

A los pocos minutos Stefanie queda inconsciente.

Capítulo 12

Despedida

Despierta aturdida esperando que la pesadilla haya terminado que todo sea parte de un terrible malentendido, algo que jamás sucedió. Sin embargo, observa a su alrededor lamentando el día en que decidió apoyar a Peyton sin miramientos.

Tensa el cuello, asomándose para asesorar su situación. Está completamente desnuda sobre la enorme mesa de caoba en la misma sala de juntas. Tiene las extremidades inmovilizadas con gruesas ligas elásticas firmemente sujetadas al borde de la mesa, la misma en la que un día se desmoronó de placer ante las caricias de Peyton. Hoy sin embargo, su cuerpo forma una equis con la cabeza cayendo ligeramente bajo el filo del mueble.

La horrorosa realidad la hace sollozar vertiendo lágrimas. Espasmos le suben por el vientre. Sobre su sexo hay abundante cabello rubio con hermosos caireles.

Demora un instante en comprenderlo pero todo se aclara cuando ve a Kyler husmeando, olfateando entre sus piernas abiertas. La ha rapado y esparcido el cabello sobre su sexo.

La tortura psicológica embiste directamente en donde más afecta a una mujer, arrancándole una parte primordial de su feminidad.

—Si eres religiosa, ahora es cuando comienzas a rezar —rompe el silencio viendo que ha vuelto en si—. Primera pregunta: ¿hacia dónde se dirige, Peyton? —Se acerca a su rostro.

Stefanie le escupe. Kyler lo recibe de lleno pero no se limpia, extiende la lengua interesado en conocer su sabor. —Mmm, no está mal para tu edad, aún sabes dulce, aunque no tanto como las jovencitas que Peyton solía secuestrar para su deleite.

Stefanie vuelve a escupirle.

¡*Paaf!* —La abofetea—. Anticipaba que te comportarías descortés. Eres una mujer con agallas, así que he aumentado las dosis de las sustancias que estoy por suministrarte. La mujer tiene un umbral al dolor mucho más resistente al del hombre.

Kyler coloca una imponente aguja de quince centímetros sujetándola al cilindro de metal. Toma una ampolleta, y succiona la solución.

—A la casa de la playa —dice repentinamente Stefanie impactada por lo que está por sucederle—. Ambos se dirigen a la casa de playa que le obsequié a Peyton años atrás.

Kyler la voltea a ver confundido sin comprender a lo que se refiere —Hmm... jamás mencionó Peyton una casa de playa. ¿Cómo puede ser que me lo haya ocultado tantos años? ¡Mientes, es uno de tus asquerosos trucos!

—Sé cosas que tú desconoces. Dime lo que desees y te proveeré de ello. Si quieres dinero, te daré más del que pudiste imaginar.

—*Pfff...* dinero... todo mundo va tras el inmundo dinero al igual que las chicas que castigábamos. Peyton lo llamaba, Educación de Valores y las atormentaba hasta arrancarles la lengua. Yo no deseo mejorar mi estatus financiero, tengo demasiado, no me podrás comprar.

—¡Por favor libérame! ¿Qué quieres de mí?

—Pero mujer, relájate que apenas estamos comenzando. Lo que quiero es arrancarte el alma en vida y esto me va a ayudar —le muestra la jeringa, palpándole el cuello, buscando el sitio de inserción—. Mmm-hmm... si, por aquí debe de estar el lugar exacto —dice presionando con la yema de los dedos un punto bajo la tráquea—. En un inicio lo aplicaba en la yugular para que se expandiera rápidamente por la sangre, pero la práctica y mis estudios anatómicos me han proporcionado una nueva técnica.

—Por lo que más quieras, Kyler, ten misericordia... —le ruega. Las piernas le tiemblan involuntariamente. El miedo es el estado más intenso en el que pueden entrar la mente y el cuerpo.

—Querida, esta aguja te va a atravesar de lado a lado. No me distraigas que puede ser fatal y no deseo que te me vayas de este mundo antes de sufrir lo suficiente.

Aterrorizada ante su destino, un humillante flujo de orina se derrama a lo largo de la enorme mesa de caoba. El pavor a morir la ha hecho orinarse.

Kyler se percata pero no omite detalles—: Si la aguja es suficientemente larga atravesará la tráquea por el túnel del cartílago cricoides alcanzado los nervios de la nuca. En ese punto, la droga será más eficaz al desencadenar su efecto directamente en el sistema nervioso, expandiéndose por la médula espinal. Sin embargo, debo hacerlo con precisión láser o puedes perder el habla o ahogarte.

Continúa palpándole la garganta. Pone el dedo medio en la zona de las cuerdas vocales. Ubica la laringe calculando el ángulo de entrada. Ella tiene la cabeza colgando hacia atrás, exponiendo la zona gutural.

Stefanie siente la aguja picando su garganta. —Es mejor que no te muevas— le dice Kyler presionando poco a poco hacia adentro la aguja que se entierra en el cuello de su víctima.

Ella emite sonidos de ahogo sintiendo como el metal atraviesa músculos y ligamentos con la función de abrir y cerrar la entrada de oxígeno.

—Ahora atravieso el túnel del cartílago, sentirás un piquete en la nuca cuando llegue al nivel de la vértebra C6.

Satisfecho de ver el mango de la jeringa hasta la piel. Inyecta la solución meticulosamente. Cuando

ha vertido todo el líquido, la retira con la misma exactitud.

Stefanie toce atragantándose con el líquido residual que la ahoga. —Apiádate de mí... —le ruega. En su lugar recibe otra bofetada.

—¿Piedad? Tú jamás la tuviste.

—*Puff... Puff... Puff...* —Stefanie sufre de una hiperventilación pulmonar seguida de intensos bochornos.

—Sí, así comienza a hacer el efecto... lo sé muy bien, me la suministraron numerosas veces como castigo. Sin embargo, con mi técnica los nervios medulares provocan que los músculos del cuerpo se tensen acalambrándose. Sentirás dolor, el mismo que has provocado en mi existencia.

—*Aaaarghh...* —grita, de no ser por las ligas que la mantienen tensa, estaría revolcándose.

A los pocos minutos cesan los calambres. Con sudor cubriéndole el rostro le pregunta:—¿Qué me inyectaste?

—El suero de la verdad. El mismo que se administra en treinta y cuatro estados de Estados Unidos como la primera fase de la inyección letal en una ejecución a muerte; una dosis que prepara al prisionero condenado a morir.

—¿Cuánto tiempo me queda? —dice resignada. Ahora tiene la certidumbre que abandonará este mundo.

—Te mantendré viva hasta que me hastíe de tus gritos. La dosis de *tiropentato de sodio* suministrada no es mortal. No puedo negar que la sustancia es sumamente adictiva y potencialmente letal; Marilyn Monroe murió por una sobredosis de barbitúricos. También es utilizada para obtener información de una persona que esta indispuesta a facilitarla. La utilización de la droga de la verdad está clasificada como forma de tortura de acuerdo al Derecho internacional, yo más bien la veo como práctica psiquiátrica. Los muy bastardos lo utilizaban conmigo en el sanatorio mental provocándome el ver demonios y fantasmas orillándome a la locura. Era ahí cuando escribían sus reportes sobre mi demencia, justo cuando tenía alucinaciones mezclando los hechos reales con fantasía. Ahora responde: ¿A dónde llevó Peyton a Nuviana?

—Ya te lo dije, a la casa de la playa —la voz comienza a degradarse la droga se arrastra por su sistema nervioso.

—Hmmm... había pensado que mentías... Quiero la dirección ahora mismo.

—Si te la doy, ¿correrá Peyton peligro? —pregunta con la última lucidez que le queda.

—¿Cómo puedes pensar en él ante la situación en la que te encuentras?

Mareada e intoxicada, responde: —Un maldito esperpento como tú nunca podrá comprenderlo... se trata de algo llamado amor. De ser necesario estoy dispuesta a morir por él.

Kyler sacude la cabeza. —Amas a un monstruo. Jamás presenciaste de lo que es capaz. El maltrata a sus víctimas brutalmente. Descarga los traumas de su pasado sobre ellas. Yo caí en depresión patológica pero no en manías asesinas psicoactivas.

—Intentas convencerte que eres inocente pero en realidad tienes las manos igual de manchadas de sangre.

—¡No! Soy una víctima de ambos. Todo comenzó como un juego sabiendo que chicas hermosas visitan tu boutique pero cuando llegaba al apartamento hacía cosas abominables para luego llevárselas a no sé dónde. Poco después Melanie se suicidó y terminé en el hospital para locos. Tú y Peyton idearon todo utilizando ese momento de debilidad para que él me manipulara orillándome a ser parte de sus manías sexuales. Sabían que haría lo que fuera con tal de salir de ese martirio en la clínica mental. Tú y yo tenemos algo en común, cuando nos entregamos a Peyton lo hicimos de lleno. Sabíamos que las acciones a las que nos orillaba eran incorrectas a los ojos de Dios pero preferimos ignorarlos con tal de complacerlo.

Los ojos de Stefanie comienzan a desorbitarse bajo la influencia del suero de la verdad —Kyler, hay alguien más. Te juro que no soy el actor intelectual de todo esto.

—Me alegra ver que cooperas. Ahora retomaremos ese interesante punto. Por lo pronto, algo me dice que tuviste que ver con la muerte de Melanie y quiero saber por qué te involucraste. Ese insignificante incidente me convirtió en la persona que tienes frente a ti, en tu verdugo. Tu intervención cambio para siempre el curso de mi vida dándome unos años mezquinos que no terminan.

El interrogatorio continúa al igual que el suplicio psicológico.

—Es hora de mostrarte uno de los jueguitos favoritos de los doctores de la clínica para recibir placer y alargar el suplicio de sus víctimas a las que ellos llaman “pacientes”.

Aterrorizada y con sudor en todo el cuerpo, Stefanie cierra sus ojos azules cuando Kyler le coloca una máscara de *Bondage* hecha de neopreno. Le cierra la cremallera en la parte posterior de la cabeza y abre el zipper a la altura de la boca manteniéndola al descubierto...

...ella sigue las instrucciones que le dan al pie de la letra...

Humillada por ser forzada a probar de un ser que le causa repugnancia y asco, se resigna dándose cuenta que la palabra perdón no existe en su vocabulario. Kyler tiene planeado continuar drogándola.

Una y otra vez siente agujas penetrando su piel. Ya no tiene consciencia absoluta, solo se entrega a sus oscuros deseos y responde lo que le pregunta sin entender si habrá o no consecuencias. Lo único que desea es morir pronto para que lo denigrante de la situación y el dolor terminen. El nivel de tortura que le aplica alcanza proporciones inhumanas.

Cuando se encuentra satisfecho tanto carnalmente como de la información obtenida, le hace un comentario final:

—Sé que aún me entiendes y por eso te digo que esta droga será la última... te mantendrá en un estado vegetativo, sabrás lo que sucede pero no podrás moverte. Así podré arreglarte para el regalo que tengo preparado. Tu mención de la casa de la playa me ha dado una estupenda idea.

Lo último que se escucha en la boutique ubicada en Beverly Hills es un grito desesperado de Stefanie antes de comenzar a ser amortajada y encerrada viva dentro de un objeto.

Capítulo 13

Revelación

Mientras tanto, en la casa de la playa...

El peso de Peyton sobre mi cuerpo comienza a sofocarme. El error sobre la cicatriz me ha puesto un tanto irritada conmigo misma y con todo lo que me rodea. Traigo el entrecejo fruncido y hago muecas con la boca.

Mi malestar se incrementa al echar un vistazo sobre el hombro de Peyton viendo directamente hacia el frente de la casa. Mis ojos se posan sobre algo totalmente inesperado: Oculta, bajo una sombra una silueta nos observa. Me he percatado de su presencia cuando ha movido una de sus manos hacia su lagrimal secando una lágrima. Nuestras miradas se encuentran. Se queda inmóvil esperando desaparecer nuevamente con sus ropas en el mismo tono del muro tras de ella. Probablemente ha atestiguando todos nuestros actos desde que hicimos el amor.

—¡Dios no puede ser! —murmuro llena de impresión. Peyton comienza a dar signos de vida.

—¿Dijiste algo preciosa?

—*Shhh*, no hables tan fuerte.

—¡Caray! Tienes las tetas más lindas y firmes que jamás haya visto —dice desperezándose estirando sus corpulentos brazos. Está en su fresco estado de hombre recordando nuestro ardiente acto.

—Discúlpame si no estoy de humor para escuchar cómo me comparas con tus “*experiencias*” pasadas. Si intentaste hacerme un cumplido, fue muy malo.

—¿Qué pasa, ahora?

Vuelvo la vista a la casa. La chica ha desaparecido. —¡Bah, olvídalo! No era nada importante. —digo con más resignación que enfado.

—*Uts*, ¡qué pinche carácter! Relájate mujer. ¿Y ahora que hice? No te comparaba, quería decir algo lindo. Te juro que esto no fue normal. Yo lo llamaría sexo de la cuarta dimensión. Me exprimes hasta las ideas de un modo fabuloso.

—Peyton, Peyton... tienes que practicar mucho eso de los cumplidos, tigre —digo un tanto osca.

No puedo negar que el continuo misterio cabrea mi carácter. En lugar de escuchar sus comentarios propios para sus amigotes después de acostarse con una chica, preferiría comenzar con mi larga lista de

preguntas, pero decido callar.

—Vamos, dime que tienes, muñeca.

Desorbito los ojos. No me gusta que me llame de ese modo. —No tengo nada. Es sólo que a veces una pizca de honestidad que me indique que te importo y que me haga sentir que soy más valiosa que un par de senos, le caería muy bien a mi corazón.

—Nuviana, unas tetas como las tuyas, ¡valen su peso en oro! ¿Qué otra cosa más linda podría decir? Espero no sea el momento en el que vayas a preguntar “¿me quieres?”

—No, Peyton, no lo haré —suspiro pensando en lo bien que me haría escucharlo de sus labios.

—Qué bueno porque me parece muy trillado. Tú eres diferente.

—No lo soy tanto... —digo poniéndome de pie decidiendo terminar con esta conversación que no lleva a nada.

Me pongo su camisa y entro a la casa cruzando a través de la enorme puerta corrediza de cristal.

Deambulo por el interior buscando a la chica. Tengo un cierto sin sabor en la boca. Estoy desilusionada de saber que he entregado mi corazón a un hombre que es capaz de alojar a otra mujer en su casa sin medir el daño sentimental que ello pueda causarme.

No hay rastros de ella. Me encojo de hombros abandonando la idea de encontrarla. Sobre la barra de la cocina hay una botella del vino tinto, el favorito de Peyton., un Amarone de la Valpolicella.

Me siento en una de las sillas altas sirviéndome una copa con la esperanza de que me ayude a llevarse la confusión de sus acciones. Numerosos pensamientos corren caóticamente por mi cabeza.

Observo el profundo color rojo del vino recordando el intenso rojo del labial que resaltaba con el tono pálido de la chica. Inclino la copa viendo los rastros que deja el pesado cuerpo del vino en la pared del cristal.

Lo degusto, es espeso como sangre. Experimento un estallido de exuberantes frutas oscuras en un perfecto equilibrio entre taninos, alcohol y acidez.

Mmmm... una delicia al paladar.

El estar sola me sienta bien. No deseo tener a Peyton cerca, al menos no todavía. No sé si debo cortarle la garganta o buscar perdón en mi interior. El saber que oculta otra relación con esa misteriosa mujer me ha herido, despertando un profundo desconsuelo.

¡*Splash!* —Peyton se ha echado un clavado a la piscina.

—Nuviana, ¿puedes traer el vino y unas olivas? —alza la voz para que lo escuche claramente.

Pff, ¡hombres! Solo falta que se ponga a hablar de autos y me pida un masaje en las pelotas como si nada hubiera sucedido. Está fresco como una lechuga.

Decido ignorar sus peticiones. Termino el vino de un sorbo. Cojo mi bolso y tomo una de las bolsas con las compras que contiene mi ropa. Subo las escaleras diseñadas con una moderna estructura de metal que llevan hacia un *mezzanine* volado que da acceso a los cuartos de la casa.

Siento la necesidad de asearme, de arrancarme su sudor de macho alfa sobre mi piel, de lavar mis poros intoxicados por su aroma de hombre irresistible.

Entro en la habitación principal. Al frente se despliega un ventanal panorámico fantástico de al menos cinco metros de alto. La vista cautiva los sentidos con el impresionante paisaje del mar y el descenso del acantilado.

Suspiro arrebatada por el panorama. Las primeras estrellas aparecen en la bóveda celeste. El marco romántico de esta alcoba es perfecto.

Exhalo melancólica de lo que pudo ser... de las caricias que nunca se darán bajo su techo, de las sonrisas, de los abrazos y del amor que jamás conocerá esa maravillosa habitación. El desconsuelo me lleva a pensar que lo abandonaré para siempre.

—Una lástima... era el lugar perfecto para acariciarnos bajo las sábanas... —murmuro sintiendo como el amor que me sobra para darle me aprisiona el pecho desgarrándolo.

Supongo que la vida no es como en las películas en donde el chico malo se enamora perdidamente de la chica a la que le ha arrebatado el corazón, eso no es posible con Peyton Brax.

Entro al baño, dirigiéndome a la ducha. Recargo mi frente en el panel de cristal transparente mientras el agua se calienta lentamente. No sé cómo arrancarme el vacío existencial.

Poco a poco el agua tibia me reconforta. La espuma del *shampoo* resbala sobre mis curvas. Aseo mi intimidad sorprendida del súbito asalto de deseo por darme placer en solitario.

Mi cuerpo reacciona de manera instintiva al recuerdo de Peyton haciéndome el amor y no puedo detenerme. Ese hombre acapara mi espacio físico volviéndome una adicta a la intensidad de ondulaciones viajando a través de mi cuerpo para finalmente traducirse en el placer de un orgasmo.

Cierro los ojos. Imagino sus labios recorriendo mis senos, sus dedos deslizándose dentro de mis pliegues. Aun siento sus músculos bajo mis manos, sus ojos miel encendidos ante mis gemidos de placer provocados por su invasión en mi entrepierna abarcando rincones más allá de lo que pude imaginar.

El crujir del piso de madera en el exterior del baño me sobresalta deteniendo mi roce íntimo. Trago saliva. Es imposible esconderse detrás de la transparencia del cristal.

¡Click! ¡Click!

Escucho el obturador de una cámara que no logro ver. El contraste de la luz interior y la obscuridad de la persona tras la puerta lo hacen imposible. Imagino que el caliente de mi novio desea tomarme unas *dirty pictures* capturando para siempre mi imagen desnuda. La loca idea me hace olvidarme de mis prejuicios anteriores.

Excitada, expongo mi cuerpo en dirección a su lente. Acaricio mis senos firmes mostrándole mi juventud y fogoso deseo a que se me una bajo el chorro de agua. Aumento los remolinos sobre mi botón del placer hasta que estallo en un nuevo clímax.

¡Dios, me estoy volviendo una ninfómana! Me he convertido en una esclava de su piel. No puedo imaginar un segundo de mi vida sin él.

Me recargo en la pared exhausta deslizándome hacia abajo. El agua cae sobre mi rostro. La

confusión regresa. No puedo rechazar lo que siento por Peyton. Me faltan las fuerzas para despedirlo de mi vida, no encuentro las agallas, ni la valentía para abandonarlo.

Sacudo la cabeza contrariada de la incoherencia de mis pensamientos.

Me levanto y salgo de la ducha. La liberación de la tensión acumulada me regala un instante de claridad en la que decido lo que haré. Estoy haciendo todo demasiado complicado. Desconozco si esta será la última noche a su lado, pero de serlo, la gozaré al máximo. Además, la mejor arma ante un hombre como Peyton es deslumbrarlo con toda la sensualidad que una mujer puede personificar.

Saco los cosméticos de mi bolso. Es imposible saber si hoy será la noche en la que nos diremos adiós, o si reivindicaremos las ganas de gobernar el mundo juntos. Si nos abrazaremos o enterraremos un puñal. En cualquier caso, cuando llegue ese momento, voy a estar a la altura de las circunstancias y para ello me presentaré a la batalla, linda, femenina y dispuesta a todo.

Delineo mis labios con sumo cuidado. Aplico sombras en mis párpados creando un look *smokey eyes* que resalta mis ojos verdes. Me siento como un guerrero que sigue su escrupuloso ritual antes de salir a batirse por su vida.

¡Mierda! —me molesto en cuanto echo un vistazo a las dos bolsas que he subido conmigo. He seleccionado las equivocadas. En lugar de contener los vestidos, contienen la lencería y unos tacones de Alexandre Vauthier.

Me pongo el sostén de media copa, un delgado cinturón abrazando mi cintura, y unas braguitas en el mismo tono. Me pongo los tacones y salgo del baño.

Desciendo la escalera del mismo modo en el que la subí, vistiendo lencería. Peyton está en la silla en la que bebí la copa de vino. Ha abierto otra botella y terminado la anterior. A un costado, el frasco de la droga que lo ayuda a equilibrar su desorden bipolar. No sé si es una medida de sensatez que la tome ahora o una imprudencia por tomarla bebiendo alcohol.

Me mira de soslayo por encima del hombro percatándose de mi presencia. Su interés aumenta volteándome a ver directamente cuando se percata del escaso atuendo.

Clava su mirada en mi melena alborotada, en mis pupilas encendidas por el contraste de las sombras que los rodean, y termina observando mis labios en color sangre. Me he decidido por un color incitante e impredecible como la velada.

—Dios, tienes unos labios de fresa... —dice sosteniendo su copa de vino antes de sorberla— Veo que gozas pasearte desnuda por la casa. Eres una cachonda deliciosa... No me extraña nada, tienes una inclinación por el exhibicionismo que me enciende. —Termina obsequiándome uno de sus gestos conquistadores, de esos que llevan implícitos el mensaje de *te-deseo-nuevamente*.

Continúa deambulando su mirada por mi cuerpo. Sé que nada pasara de alto. Sus ojos se posaran en cada surco, en cada línea, en cada curva, en cada músculo que se debele halagado de saberse observado por un hombre que tiene una fascinación exquisita por seducir a la mujer a la que desea.

Se interesa por mi sostén. El tono de mis pezones rosados se difumina con el encaje en tono *bordeaux* y sus transparencias.

Me detengo frente a él radiante de confianza. Al parecer no se ha percatado de mi descubrimiento

de la chica que deambula por la casa. Nuestros ojos se encuentran.

—¿Les tomas fotos a todas las chicas que traes a tu casa mientras están desnudas? —intento forzar el tema esperando que lo confiase. Me mira desconcertado—. El verte tomándome fotos mientras me tocaba íntimamente me excitó muchísimo, Peyton. Espero haber superado a las otras...

—No sé de qué hablas, Nuviana. He estado aquí todo el tiempo. ¿Te sientes bien? Tal vez estés viendo alucinaciones.

—Si no fuiste tú, ¿entonces quién? —se encoje de hombros. Su confesión me incomoda—. ¿Hay alguien más en la casa? —niega con la cabeza—. No juegues conmigo, Peyton, no estoy loca.

—Un coma tan prolongado como el que sufriste, puede dejar secuelas que brotan posteriormente —dice arrojando una oliva a su boca.

Se pone de pie, merodeando a mi alrededor observando mi trasero sin resistirse a tocarlo. —Lo tienes crujiente como una nuez. No puedo esperar a besártelo todo, y me refiero a todo, Nuviana.

Intenta encenderme pero el modo intrigante de hablarme me mantiene ecuánime. No estoy para encuentros sexuales después de escuchar que niega haber tomado las fotos. Todo me da muy mala espina. Mucho más saber que posé para una tercera persona.

Putra madre eso me pasa por cachonda. Y yo abriendo las puertas del paraíso de par en par, pensando que era él fotografiándome.

Se pasea por la sala balanceando su copa en movimientos circulares para que el vino respire e intensifique su calidad y aroma.

Repentinamente mi desnudez me incomoda. Mi pudor arruinado me dicta a sacar uno de los vestidos de las bolsas de compras y ponérmelo.

Peyton abre el cajón de un mueble sacando un objeto.

—Y hablando de locos, ¿reconoces a alguno de estos dos chicos? —me extiende un portarretratos. La foto hace alusión a una época pasada, probablemente de hace diez años.

—Sigues teniendo la misma sonrisa encantadora, sólo que te ves menos vivido, más equilibrado —le digo.

—Han pasado demasiadas cosas en mi vida desde que tomaron esa foto. Circunstancias que te transforman, que te cambian para siempre. Vivencias que se te entierran en la mente para no abandonarla jamás.

—Dímelo a mí, Peyton.

—Va mucho más allá de lo imaginable, Nuviana. Son cosas terribles.

—¿Y por qué no te abres para decírmelo? —niega en silencio. Creo que desearía compartírmelo pero hay una razón más poderosa que su voluntad prohibiéndoselo. No deseo perder su atención, así que vuelvo la conversación a la foto—. ¿Quién es el chico junto a ti?

—¿No lo reconoces? El sí que ha cambiado, ¿no es verdad?

—No he recuperado la memoria. Mis recuerdos del pasado se remontan pocos meses atrás cuando desperté inmovilizada en una cama.

—Echa otro vistazo —insiste.

Vuelvo los ojos a la fotografía. El chico en ella, es escueto con mirada benevolente y cabello negro. Pareciera difícil de creer que ambos pudieran ser amigos siendo la antítesis uno del otro. Clavo la mirada analizando los rostros faciales y es cuando el tabique desviado de la nariz enmarcado por unos ojos miel me lleva a reconocer el personaje del que se trata.

—Es Kyler...

Me llevo la mano a la boca sorprendida de su aspecto humano. Parece un chico alegre, lleno de sueños y vida por delante, es incluso bien parecido. La persona que conocí en el sanatorio refleja un ser humano putrefacto por dentro, sin esperanzas y espíritu perdido.

—Pero... ¿cómo puede ser? Se ve tan diferente, tan jovial. ¿Qué pudo destruirlo de ese modo? ¿Sabes que le sucedió? ¿Ustedes se conocen?

—Te interesas más en el que en mi —incurre celosamente antes de admitir—: Nos conocimos mientras hacíamos la maestría en la Universidad de Stanford.

Vuelvo a ver la foto. Pareciera que ambos compiten por ofrecer la mejor sonrisa, pero Kyler refleja unos ojos de enamoramiento e idolatría por la persona detrás de la cámara. Los de Peyton en cambio, son los mismos con los que ve a otras chicas, sólo que su rostro simétrico y fotogenia, acentúa su presencia acaparando por completo la imagen.

—¿Quién los fotografió? —baja el rostro al escuchar la pregunta—. Peyton, dime la razón de esas maravillosas sonrisas, se nota que pasan por un buen momento.

—La tomó Melanie... y él es la razón por la que tu hermana se haya quitado la vida, Nuviana.

—Pero... dijiste que ni siquiera sabías su nombre. ¿Cómo puedo ser parte de tu vida, si sólo soy parte de tus mentiras?

—No era el momento adecuado para revelártelo.

—Peyton, ¿se trata de mi hermana! ¿Qué otras cosas no me has revelado? —las venas de mis ojos se abultan, mi garganta se seca.

—Fue una etapa maravillosa que pocos pueden entender. Fabricamos un complejo triángulo amoroso que se originó cuando presenté a mi buen amigo Kyler a Melanie. Tu hermana estuvo perdidamente enamorada de mi hasta el final de sus días —saca su tono arrogante—, sin embargo, disfrutaba saberse deseada por dos hombres con personalidades totalmente opuestas. Hasta el día de hoy sigo sin entender lo que vio en él. De cualquier modo, no tuvo que decidirse, ya que nos convertimos en un trío invencible, cada uno aportaba su aspecto especial acentuando carácter a nuestra mórbida relación. Lamentablemente ese fue el problema, el complementarnos perfectamente. Ninguno de los tres deseaba sustituir al otro para convertirse en pareja. Ambos nos convertimos para Melanie en el hombre perfecto dividido en dos. Uno le daba lo que el otro no podía ofrecerle.

Lo escucho y me llega un *flashback* de mi infancia, un recuerdo fugaz de haber estado en un auto

con Melanie y su novio que tenía prohibido entrar a la casa por el rechazo de mi madre.

—Peyton, tu relato ha provocado que mi cerebro viaje por el laberinto de los recuerdos hasta atar un cabo suelto. Ahora sé por qué tus ojos miel y los de Kyler me parecían familiares. Ustedes pasaban con sus autos deportivos por Melanie. Ella me los presentó por separado y por ello sólo recordaba una mirada con destellos acaramelados, pensando que eran una sola persona. Jamás imaginé que Melanie pudiera amar a dos hombres.

—Corrección. Melanie me amaba a mí pero le divertía Kyler así que le dio la oportunidad de formar parte de nosotros.

—¿De verdad compartían todo? ¿También la cama? —pregunto incrédula de que mi hermana se aventurara a tanto.

Peyton sonríe. —Tienes que verlo desde la perspectiva de una mujer joven y no desde el punto de vista de la hermana menor. Hay que entender que Melanie disfrutaba de su sexualidad. Ella tendría tu edad, casi veinticuatro años. Tuvimos unas noches espeluznantes en las que el placer se volvió un vicio. No la juzgues. Gozaba de su sensualidad y juventud al máximo.

—No soy nadie para juzgarla. Mucho menos sin conocer la situación en la que estaba. Yo hago lo mismo al entregarme a ti. Es sólo que estoy muy sorprendida de escuchar la historia ¿tienes una foto de ella?

Una voz gruesa interrumpe nuestra conversación.

—¡Es suficiente, Peyton! El proceso de recuperación de Nuviana está progresando rápidamente, es suficiente por ahora. Detente antes de que cometas un grave error —dice un caballero que aparece frente a la puerta de la terraza. Es un señor entrado en los sesentas.

Lo afronto descortésmente. Estoy irritada por su importuna intervención justo cuando estaba por convencer a Peyton que me mostrara una foto de mi hermana, —: Y... ¿se puede saber quién es usted para entrar de este modo a la propiedad?

—¡Papá! ¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta Peyton sorprendido.

Äh... ¿Su padre? ¡Alabado sea Dios que me arreglé antes de bajar y no me encontró semidesnuda o en unas fachas terribles! —Oh... lo siento... disculpe mi actitud hostil... no sabía que usted...

—Encantado en conocerte. Mi nombre es Benett Brax. He escuchado mucho de ti, Nuviana —da unos pasos al interior de la sala dándome la mano—. Eres mucho más bella de lo que anticipaba.

Es delgado, pero no bien parecido, es más bien feo. Es claro que su hijo heredo lo guapérrimo del lado materno. Dos flequillos canosos caen a los lados de una frente ancha. Su profunda mirada azul es intimidante.

—Encantada. Ya veo por qué Peyton es tan apuesto —miento intentando ser amigable—. Aunque podría decir que sin duda su hijo heredó esos preciosos ojos color miel de su madre —intercambian miradas sin agregar comentario alguno. A partir de ese momento evito hacer alusión a su madre al percibir que mi comentario ha propiciado un momento incómodo.

—Vine personalmente porque no respondes a mis llamadas, Peyton.

—¿Pero papá, muchas otras veces sucede que no estoy al pendiente de mi teléfono móvil!

—Esta vez la situación es muy diferente. Hablaremos más tarde de ello —dice haciendo obvio que desean privacidad.

Busco un pretexto para dejarlos a solas. —*Allora*, voy a preparar en el bar la típica bebida italiana y algo para picar. Los veo afuera en unos minutos.

Salgo al bar de la piscina donde Peyton preparaba los Daiquiris. El sitio tiene todo lo que necesito: una botella bien fría de Prosecco, otra de Campari, Club Soda, hielo y un twist de una naranja para preparar un refrescante *Spritz al bitter*.

Los preparo en tres vasos *old fashion*, adornando con una rodaja de naranja poniéndolos listos para llevármelos en una bandeja plateada.

Ambos atraviesan el acceso a la terraza. En mi andar no puedo evitar el escuchar parte de la conversación:

—¿Qué diablos haces aquí con Nuviana, imbécil? — pregunta su padre contrariado.

—Presenció una de mis convulsiones predecesoras a mi fase maniática. Hace muchas preguntas y pensé en darle un poco de información en un ambiente controlado, como tú siempre lo haces en tu sanatorio.

Su padre se lleva la mano al rostro, jalando aire. —Está bien, pero el riesgo es demasiado alto. Mucho más ahora que algo inusual ha sucedido.

—Te veo preocupado, y jamás lo estas o lo demuestras. ¿De qué se trata, papá? Ven, sentémonos.

—Stefanie, ha intentado hacer contacto conmigo. La última vez que hablé con ella fue hace años y justo hoy intenta contactarme. En un inicio ignoré la llamada, pero su insistencia logró interesarme.

—Papa, tranquilo. La visitamos hoy por la mañana en su boutique y no noté nada extraño en ella.

—¿Tienes llamadas perdidas de Stefanie? ¿Intentó localizarte?

Peyton coge su móvil sobre la mesa, revisándolo. —Nada, ni una sola.

—Extraño, muy extraño... Esto no puede ser una coincidencia.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—Ni siquiera me saludó, sólo se limitó a leer un pasaje de la Biblia.

—Eso no puede ser. Te aseguro que ella no es religiosa.

—Tú la conoces mejor que yo. ¿Tienes idea por qué pudo recitar algo así con voz resignada?

"Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio" Pedro 2:4

Después de ello, añadió:

Benett, el día del juicio final ha llegado en la forma más cruel que pudimos haber imaginado.

Cuando intentó decir algo más, la llamada se cortó.

—Hmm... no sé qué pensar —Peyton se rasca la cabeza.

Entro a la sala sosteniendo una charola con los tres cocteles. —Disculpen la interrupción pero les he preparado una típica bebida que ofrecía mi padre al inicio de sus eventos en nuestra casa en Toscana, Italia.

—Gracias, Nuviana. Esto es justo lo que necesito, un poco de alcohol para calmar el estrés— Benett toma uno de los vasos, no sin antes clavar su mirada en mi escote que se abre ligeramente al inclinarme con la bandeja.

Su mirada libidinosa me incomoda. Por si fuera poco, tiene un aliento alcoholizado. Su aspecto no me da la mejor impresión. Sus modales no me agradan. Ni siquiera espera a que brindemos, lo bebe de golpe. Gotas del coctel se derrama en la comisura de sus labios, dando una imagen de glotón.

—¡Ahh, delicioso! —se limpia con el antebrazo. Aprovecha el gesto para deslizar sus ojos por mis piernas—. Peyton, finalmente te conozco a una mujer decente, con educación y con clase. Se nota que tiene principios. No como tu madre infiel y promiscua.

—Papá, por favor. No frente a Nuviana.

—Está bien, está bien —extiende ambas palmas al frente mostrando su entendimiento. Vuelve su mirada a mi cuerpo y dice—: Nuviana además de ser guapa, eres como un dulce caramelo...

No ha terminado la frase y ya siento como el aliento se me congela. He escuchado esas palabras con anterioridad en el momento en que más terror he sentido en la vida.

Benett no se da cuenta, pero mis labios terminan pronunciando la frase en silencio: *...que debe chuparse lentamente.*

Las manos me traicionan sin poder sostener más la bandeja que suelto haciendo que se estrelle sobre la mesa de cristal. Ambos vasos se despedazan al chocar contra el piso.

—¡Nuviana! ¿Estás bien? —pregunta Peyton preocupado. Benett en cambio, lee mi comportamiento con expresión impasible mientras toma unas de las nueces que cayeron al piso arrojándolas a su boca.

No le contesto. Intento controlar la implosión de emociones que se desatan en mi interior. Estoy a punto de terminar con un ataque de pánico sabiéndome frente a aquel degenerado que intentó violarme en el sanatorio mental. De no haber sido por Kyler que cuidaba de mí todas esas semanas inconsciente, llevaría grabada en mi alma, en las profundidades de la mente, una cobarde violación lacerando mi integridad de mujer sin siquiera saberlo. Una de las heridas más crueles y cobardes a las que un ser humano puede ser victimado.

Es obvio que es este mismo cerdo el que me fotografió mientras me duchaba. Me llevo la mano a la frente avergonzándome de haber dudado de Peyton y de saber que mi intimidad corporal está guardada en imágenes en el poder de su padre.

Tengo la garganta seca, las manos me sudan. En un momento de supervivencia al saberme ante dos desequilibrados mentales, uno al que amo y otro al que detesto, logro que mis rodillas dejen de temblar.

—Soy una torpe, disculpen. Ahora limpio este desastre —doy la media vuelta dirigiéndome a la

cocina. En mi andar puedo sentir su asquerosa mirada viajando por mi trasero.

—Bueno, en lo que terminan de limpiar, voy afuera a tomar algo de aire fresco y a servirme otra copa —dice Benett.

En cuanto está lo suficientemente lejos, aumento el volumen de la música y corro hacia Peyton abrazándolo, aferrándome como la única protección que encuentro en ese instante desesperado.

—¿Qué te sucede, linda? Últimamente estas un poco extraña. Antes de la amnesia tenías tus hormonas bien alborotadas pero ahora es excesivo.

Sus palabras hacen que casi comience a llorar. Lleno mis pulmones con un suspiro profundo cargándome de valentía para lo que viene. —Abrázame por favor. Peyton. Espero que me quieras porque hoy es cuando más te necesito.

—Estoy en el proceso de aprender a hacerlo —responde sin afirmarlo rotundamente. Por ahora me es suficiente para refugiarme en ese poco de amor. Tengo miedo, mucho miedo.

—Te ruego que me muestres la foto de mi hermana, Necesito verla para retomar fuerzas. Tener un ancla ha que aferrarme como evidencia de mi pasado.

Peyton ve de soslayo la ubicación de su padre. Se ha sentado en la terraza bebiendo una botella de whisky y despojado de su camisa.

A hurtadillas saca el mismo portarretratos del cajón —Está bien, aquí la tienes. Mira en la parte posterior.

Lo giro y es entonces cuando la veo. Finalmente desde que perdí la memoria tengo un sentimiento familiar al contemplar su angelical rostro.

—¡Dios, que hermosa era! —derramo una lágrima apreciando la radiante energía positiva que Melanie transmite. Acaricio su imagen. Es una foto en la que sale en primer cuadro—. ¿Quién la tomó? —vuelvo a mi pregunta recurrente.

—¿Por qué te es tan primordial saber quién las toma?

—Sólo contéstame con la verdad —le pido—, y dime quiénes estaban presentes.

En lugar de simplemente responder con la verdad, duda buscando la respuesta adecuada. Ignora lo que he observado en la foto, y es que la mirada de Melanie no se posa en el fotógrafo, sino en la persona que se encuentra junto a él. Tiene unos ojos de mujer perdidamente enamorada hacia ese hombre en el cual clava su mirada.

—La fotografió Kyler... —contesta.

Bajo el rostro mordiéndome el labio inferior ahogando las lágrimas. Peyton no comprende el porqué del mar de tristeza que me abrumba. Me roza el cabello pero rechazo su caricia.

—No me toques, ¡déjame! ¡Mientes, mientes como siempre! —mi balance emocional finalmente se desmorona. De ser cierto lo que dice, he entregado mi cuerpo, corazón y alma al mismo hombre que Melanie amaba. El destino es tan ingrato que ni siquiera me ha permitido enamorarme de alguien que no tenga que ver con mi pasado—. ¿Por qué apareciste en su vida antes que en la mía? ¡Podías haber tenido

a cualquier otra!—le reclamo golpeado su pecho disgustada en un absurdo arranque de celos. En esta ocasión desearía que fuera una de sus mentiras.

—Soy la víctima, no el verdugo, Nuviana. Yo también perdí a Melanie y sufrí mucho por ello. Kyler la orillo a usar drogas hasta volverse adicta. En un arranque desesperado se suicidó cuando él se negó a proveerla de más. Después de su muerte, Kyler cayó en una depresión profunda que hasta la fecha no ha logrado superar. Yo traté de ayudarlo mandándolo al sanatorio mental en el que mi padre es el director. Fue ahí donde le diagnosticaron una histeria mayor y le dieron tratamiento. Gracias a esa ayuda pudo salir después de varios años. Desafortunadamente, vaga por la vida sin un motivo a que aferrarse castigando a gente inofensiva.

El escuchar que se hace la víctima me provoca. Ya no me es posible callar. No me gusta discutir con la persona a la que amo pero me asalta un ataque de cólera que no me es posible controlar por más tiempo.

—¿Y tú, Peyton? ¿Estás libre de pecado? ¿Acaso no vas también por ahí infligiendo sufrimiento a inocentes?

—¡Qué dices, Nuviana! ¡No tienes ni idea de la desgracia que cargo con este miserable desorden psicológico! Sufro de bipolaridad avanzada.

Su confesión llega muy tarde como para apiadarme —¡Como si no lo hubiera notado! ¿Tienes que casi matarme para después de horas hacerme encabronar y finalmente confesarlo? ¡No me jodas!

—Detente, no me provoques —comienza a alterarse pero yo sigo con la ira desatada.

—Ahora entiendo cómo es que terminé en ese centro de demencia. Fue por las influencias de tu padre que intercedió para trasladarme ahí. No sé si esperaba que despertara del coma o que muriera en su sanatorio. ¿Cómo pudiste permitirselo?

Se nota contrariado por mi ataque verbal. Mueve su cabeza de lado ensimismado, perdido en sus pensamientos. No está acostumbrado a que lo confronten. Se ve acorralado ante la verdad que he descubierto por mí misma.

Vive un momento de extraña vulnerabilidad. Jalo aire sabiendo que lo que estoy por decirle desatará emociones impredecibles.

—Mírame a los ojos, Peyton — le demando. Tiene sudor en la frente y su pulso va aumentando.

Titubeo un segundo en detenerme, en guardar el control y callar como siempre para no empeorar su situación. Sin embargo, apuesto todo a ese momento. Tendrá que decidirse entre su padre o yo, y puede ponerme en grave peligro de no decidir protegerme. Es el todo o nada. Busco desesperada un indicio de que Peyton no tiene las manos sucias al menos a lo que eso respecta, así que lo miro diciéndole:

—Peyton, desconozco si podrás soportar lo que tengo que decirte pero sé que eres un hombre fuerte y debes saberlo. Hace unos minutos descubrí que tu padre es uno de los hombres que se disponía a abusar de mí sexualmente en el sanatorio. No puedes imaginar la atrocidad de sus planes.

—¡¿Qué dices?! —tensa la mandíbula— ¿Cómo te atreves a decir tal blasfemia? —la voz le cambia. El tono de ese ser enfermizo y macabro sale a relucir combinando tonos roncros y agudos.

—Lo hizo a sabiendas de lo nuestro. Peor aún, pude haberlo matado. Tuve que defenderme y lancé al aire un golpe con una punta de metal que casi se entierra en la yugular de mi atacante...

—¿Cómo sabes que fue mi padre? —pregunta pasando saliva.

—Acaba de mencionar la misma frase que dijo justo antes de hacerme daño. Al principio pensé que podría ser una espantosa coincidencia pero recuerdo perfectamente esa voz maliciosa, libidinosa. Además de ese mentón y nariz aguileña.

—No puede ser. ¡El me dio su palabra!

—Si no crees en la mía, cerciérate por ti mismo. Estoy segura que tiene una cicatriz en algún lugar entre el cuello y el trapecio. No pude ver con certeza el lugar donde lo herí pero la marca tiene sin duda una cruz alemana. Mi trauma me llevó a pensar que tú tenías esa cicatriz.

Se retira dirigiéndose hacia su padre que bebe sin inmutarse al ver que se acerca. Me quedo sola preparándome para salir corriendo en caso de que ambos se precipiten hacia mí violentamente.

A pesar del alcohol que Benett ha ingerido, se mantiene ecuánime. Escucha paciente cómo Peyton lo encara fuera de sí. El trato que le da parece más una sesión psicológica con un paciente a estar frente a su propio hijo.

Observo la escena interesada. Apago la música preguntándome si Peyton intentará defenderme o si subyugará su aparente rabia al dominio intelectual de su padre.

Transcurren unos minutos. Los aspavientos de Peyton disminuyen cuando es su turno de escuchar a Benett. Finalmente asiente mostrando entendimiento. Antes de retirarse pasa detrás echando un vistazo a la zona de sus trapecios.

—¿Qué ha sucedido, Peyton? —Le pregunto apenas entra a la sala.

—Mi padre dice que padeces lo que se denomina como *falsos recuerdos*. Una secuela del proceso de recuperación de la memoria. Los falsos recuerdos son el resultado de creencias persistentes, sugerencias que parten de figuras de autoridad o transmisiones de información falsa.

—¿Y tú le crees?

—No tengo por qué dudar de su capacidad como psiquiatra. Afirma que los estímulos pueden influir en la reorganización de los recuerdos de una persona, afectando los detalles o implantando versiones falsas aunque vívidas de un hecho.

—¿Entonces dudas de mí palabra?! —pregunto esperando una respuesta contundente. Para mi desgracia baja el rostro sin responder. —¡No me lo creo! Tú y yo no tenemos ningún futuro juntos, está claro que no sabes darme mi lugar. Es hora de abandonarte. Es una lástima que esta casa jamás volverá a ser testigo de nuestras caricias.

Cojo mi bolso y me dirijo hacia la puerta. Ni siquiera sé dónde tomaré un taxi pero ya me las arreglaré. Lo que necesito es apartarlo de una vez por todas de mi vida.

—¡Espera, Nuviana! —su grito alterado me detiene antes de salir.

—No tiene caso esperar... ¿Cómo fui a enamorarme así de ti, Peyton? Sin conocer mi pasado y

mucho menos el tuyo del cual siempre callas. ¿Qué es lo que escondes?

—Por favor dame tiempo —dice en tono de súplica pero decido ser fuerte y mostrarle que su indecisión tiene consecuencias.

—¿Tiempo para qué, mi amor? ¿Para que me hagan daño? ¿Para que vuelva a amanecer sin razón en ese hospital psiquiátrico? Sabías que corría peligro, ¿y aun así permitiste que me trasladara a ese centro de locura? ¿Cómo puedes ser tan cobarde? Al menos Kyler tuvo las pelotas de estar presente para salvarme el pellejo. Yo necesito a un hombre a mi lado, alguien que me proteja y demuestre su afecto. La apariencia de que lo seas no me es suficiente.

Los vasos sanguíneos de los ojos se le inflaman enrojeciendo la superficie ocular haciendo que luzca como inyectada en sangre. Es la misma mirada que cuando tuvo el ataque maniático en la playa, sólo que el rostro aún no se le descompone.

—*Arghh...* —Se lleva la mano al cuello jalando aire arrítmicamente. Logra balbucear con dificultad—: He visto... la cicatriz... la marca... —desea continuar pero su situación se complica cuando la asfixia lo lleva al suelo.

Arrepentida por mi estallido de ira, me aproximo viendo cómo se arrastra en dirección a una cómoda. Abre el compartimiento tirando torpemente los objetos que contiene para encontrar rápidamente lo que busca. Desesperado logra alcanzar un frasco de pastillas. Lo abre con manos temblorosas. La mitad de ellas cae al piso.

—¡Dios! ¿Qué te sucede? —corro a la cocina por un vaso de agua pero las traga antes de que yo llegue.

—¿Cómo te ayudo? —Le extiendo el vaso. Bebe el agua atragantándose. Se pone de pie dejándolo caer. El cristal se hace pedazos. Peyton se aleja tambaleándose hacia la puerta principal.

Mierda, ¿qué he ocasionado? —siento el remordimiento que viene después de desahogar mi enojo. Lamentablemente mi actitud lo ha llevado a uno de sus ataques maniáticos.

—¡Peyton!

¡Slaaap! —azota la puerta tras de él. No se detiene ante mis llamados que imploran su nombre.

Apenas lo he perdido de vista y ya echo de menos su aroma y presencia. Voy tras de él. Pienso pedirle perdón y jurarle que juntos podremos superar su desorden bipolar. Sé que podré hacerlo porque el amor lo puede y lo soporta todo.

Salgo viendo como ha subido al auto. Lo enciende y se aleja por la vereda que lleva hacia la entrada de la villa en la playa.

—¡Peyton, espera! Lo siento mucho. ¡Te amo, mi amor! Por favor perdóname si te hice daño... —grito inútilmente.

Avergonzada de mis actos, doy media vuelta y entro desolada a la casa.

Suspiro recordando su sonrisa de los tiempos de antes. De poderla guardar, lo haría para dejarla sonar ahora que el silencio cruza mi soledad, esa soledad que ha estado presente desde que perdí a Melanie.

Cruzo la sala poniendo en orden los libros y objetos que Peyton ha lanzado al suelo en su angustioso intento de extinguir su ataque. Los vidrios del resto del vaso de agua crujen bajo mis tacones.

En el interior del mueble encuentro dos fotos que me pertenecen. Las había olvidado por completo pero sé que estaban en mi apartamento. No entiendo cómo llegaron aquí. Alguien desea que no recuerde mi pasado, mucho menos a mí fallecida hermana.

Los sentimientos se mezclan con la adrenalina derramada ante mi explosivo temperamento. Me siento tan deprimida que he olvidado que no me encuentro sola...

Capítulo 14

Poder

El silencio se apodera del ambiente minimalista de la casa. El desamparo exuda una triste melancolía. Mi abandono se ve interrumpido por unos pasos que anteceden a unos aplausos.

¡Clap! ¡Clap ¡Clap!

—Una puesta en escena estupenda. ¡Ni yo mismo lo hubiera hecho mejor! —Es Benett que ha presenciado lo sucedido parado frente al ventanal y ahora entra a la sala esculpiendo una sonrisa petulante.

—Disculpa si no estoy para sermones de tu parte —digo mostrando mi rechazo.

—No necesitas culparte. Peyton está acostumbrado a que las mujeres caigan a sus pies para luego a follarlas. No sabe afrontar a mujeres inteligentes, sagaces, mucho menos una con carácter determinado como el tuyo.

—Sé quién eres, Benett. Te he marcado para siempre como si fueras un inmundo animal —pongo todo mi desdén en esa oración—. Es una lástima que no haya tenido la precisión de alcanzar la yugular para que te estuvieras pudriendo en el infierno con la garganta atravesada de lado a lado.

—Fue una herida grave la que me hiciste, perdí mucha sangre. De no ser por mis conocimientos médicos hubiera fallecido.

—Como si me importara, maldito cobarde —digo deseando escupirle todo el desprecio que me corroe por las venas.

—Es una lástima que me hayas tomado por sorpresa cuando estaba a punto de hacerte mía después de tantos años. Tengo una extraña debilidad por las italianas... —dice dando unos pasos hacia mí. Su voz evoca imágenes de terror e impunidad.

—Tantos años, ¿de qué? ¿Cómo sabes que soy italiana? —mi voz se tambalea ante su cercanía. Deseo desaparecer pero me presento valiente afrontándolo.

Ríe gozando el momento ventajoso —Sabes fingir todo a la perfección, ¿no es cierto? Crees haberme reconocido por el encuentro en el sanatorio pero mírame bien... nuestro primer roce fue mucho antes de que te volvieras mujer...

El ritmo cardíaco se me acelera preocupada por su aseveración. El tipo provoca miedo. Se nota experimentado y con tendencias profanas que ni en el mismo diablo se atreve. Tampoco me agrada el modo familiar con el que habla.

Hago un esfuerzo hundiéndome en los confines de mi inconsciente reseñando su rostro, activando el funcionamiento de los procesos memorísticos. Tras unos segundos, doy un paso hacia atrás cubriéndome la boca con la mano —No me lo puedo creer... ¡Eres tú! Aquel cerdo que insistía en acariciarme la pierna bajo la mesa —se nota complacido de que lo reconozca—Eres el que me daba las sesiones de terapia a las que me llevaba mi madre para ayudarme a superar lo de Melanie.

Asiente divertido. —Me veo mucho mejor sin ese bigote de antes, lo sé. Mi imagen es más pulida —dice dando un sorbo a su whisky.

—Desgraciado... no me lo puedo creer. Eres el psicólogo que le ofreció a mi madre las terapias gratis. ¿Por qué Bennett?

—Se todo de ti y creí saber tus trucos, pero volviste a engañarme. No estabas drogada esa noche que te visité. He menospreciado tu inteligencia y sagacidad desde que eras niña. En el pasado, lograste convencerme de haber superado el trauma rápidamente pero en realidad te esforzaste como nadie para engañarnos de que todo estaba bien forzándome a darte de alta y perderte el rastro.

—¿Qué es lo que deseas?

—No tan rápido. Lo más interesante es saber cómo puede ser que me recuerdes.

—Es un recuerdo involuntario —respondo dándome cuenta que he caído en su trampa.

—¡Oh vamos, cariño! No hay porque seguir con la farsa, déjate de jueguitos. He visto cantidad de veces casos de amnesia. Tu comportamiento, reacciones y rostro no revelan vacilación. Mucho menos incertidumbre desconociendo el pasado. No, no, tú controlas las situaciones a la perfección. El tonto de mi hijo cayó como imbécil en tu telaraña. Desde que te vi hoy, supe que has recuperado la memoria. Te concedo que la habías perdido, pero de tener amnesia te hubieras conducido de un modo muy diferente.

—Me tiene sin cuidado lo que pienses ahora y antes.

—Lo sé, pero muero de curiosidad. Dime desde hace cuánto la recuperaste. Encontraste el modo perfecto de presionar a Peyton para que se apiadara de tu estado dándote la información que necesitas. Más aún, no creo que sea coincidencia que estén aquí. Apuesto a que instrumentaste todo.

—La amnesia se disipó en su mayor parte durante un hermoso momento —admito viéndome descubierta—. Se dio la noche de nuestro reencuentro. Pensaba confesárselo al amanecer cuando despertamos en la playa. Deseaba sorprenderlo con un beso que le transmitiera mi renovado amor.

—¿Pero te arrepentiste decidiéndote mejor a manipularlo haciéndote la mosquita muerta?

—*Pfff...* eres un imbécil.

—Tú y yo tenemos mucho en común.

Levanto ambas cejas — ¿Tú y yo? Disculpa que me ría pero yo no me tuteo con el diablo.

—Somos sobrevivientes, Nuviana. Hacemos lo necesario para salir adelante.

—Jamás tendría tu asquerosa sangre fría para dañar a los demás.

—Yo creo que la tienes —dice acariciándose la herida del cuello.

—Estoy aquí porque Peyton tuvo un ataque maniático en el que para mí completa sorpresa mencionó a mi hermana Melanie. El que la mencionara provocó que surgieran preguntas que había enterrado en el pasado.

—Entonces estoy en lo cierto, encontraste la manera de motivarlo a que te trajera aquí.

—La situación de peligro en la que me puso al intentar estrangularme activó recuerdos inconscientes. Súbitamente mi memoria evocó a una rubia advirtiéndome “*evita visitar la casa de playa*”. Justo por ello decidí propiciar el venir preguntando ingenuamente si algún día podríamos escaparnos juntos a pasar un fin de semana solos cerca de la playa.

—¡Esa rubia debió haber sido Stefanie! Absolutamente nadie más conoce la existencia de esta villa en la playa —se frota el mentón vinculando sus pensamientos.

—Más aún, el descubrir que sufre de un trastorno psicológico y atestiguar su dependencia de fármacos para controlarlo, aumenta mis dudas de las razones de la muerte de Melanie.

¡*Claap!* ¡*Claap* ¡*Claap!* —aplaude nuevamente—. Felicidades, has descubierto uno de sus más grandes secretos. El nombre correcto de su desorden mental es el de trastorno bipolar.

—Sólo deseo encontrar la verdad de la misteriosa muerte de mi hermana. A mi parecer, no sufría de una depresión profunda que la orillara al suicidio. Mucho menos me creo los cuentos de Peyton con respecto a Kyler volviéndola una drogadicta. Nosotras jamás nos inmiscuiríamos en drogas.

—Dudo que estés preparada para conocer la verdad. Da gracias de que tu memoria esté en un estado transitorio sin estar completa. Si no me equivoco, tu inconsciente activó exclusivamente sucesos gratos viéndose estimulado por un episodio placentero.

Asiento, su diagnóstico es acertado. Los conocimientos en la materia lo hacen aún más temible. Es verdad que cuando hicimos el amor en el yate recordé sucesos del pasado anteriores a que Peyton apareciera en mi vida. Con las horas, el proceso memorístico progresa. Sin embargo, en lo que se refiere a mi relación con él, recuerdo exclusivamente momentos gratos, aventuras locas y atrevidas como la visita al escort club. Desafortunadamente aún tengo muchos cabos sueltos que no puedo atar. El más relevante es el haber encontrado una argolla de matrimonio en su auto sin poder asociarlo con alguien.

Lamentablemente no me es posible recordar la causa que propició la amnesia. Ese suceso continúa bloqueado en el laberinto del inconsciente sin poder salir a la superficie. El recuerdo sigue bloqueado en mi mente pero estoy optimista que no será por mucho tiempo.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por Bennett.

—Si crees que eres la única criatura en el mundo con una niñez destrozada por un acontecimiento traumático, te equivocas —dice con malicia.

—¿Es aquí cuando te haces la víctima justificando porqué eres un psicópata? —tomo distancia en dirección a la puerta—. Es hora de irme. No deseo, ni me interesa escuchar tu historia.

—Si cruzas la puerta jamás sabrás el acto que cambió el rumbo de la vida del hombre al que crees

amar.

Peyton... —¿Qué quieres divulgarme? —me detengo. Cualquier detalle que me ayude a entender cómo apoyarlo para salir adelante me interesa.

Satisfecho de que sus palabras hayan tenido el efecto deseado, dice: —Permíteme ilustrar esa mente deseosa de información.

Mi valentía se tambalea. Coloco una coraza imaginaria sobre mi corazón, sin estar segura de tener la capacidad de tolerar mucho más. La voluntad por saber más y mi amor es el último pilar que me mantiene frente a este psicópata.

—El desorden bipolar es hereditario, Nuviana.

Cierro los ojos aferrándome a mis sentimientos hacia Peyton sabiendo que de tener familia deberé enfrentarme a esa posibilidad. —O sea que tú también...

—No, yo no lo padezco — me impide terminar la frase—. Peyton lo tiene debido a un acto impío de su madre. Durante años y a mis espaldas, mi esposa se entregó a la búsqueda de amantes.

—Sólo una mujer sin amor busca las caricias de otro hombre sobre su piel. Seguramente estaba sola y abandonada.

—Yo trabajaba hasta muy tarde entregándome a la clínica mental que apenas comenzábamos. Es gracias a ese sacrificio que ahora tenemos la reputación que nos precede.

—¿Trabajando? Dirás abusando de pacientes inocentes a los que desequilibras psíquicamente.

—Yo no sabía que mi esposa tenía un amante fijo. ¡La muy estúpida fue a enamorarse de un bipolar! ¿Te suena conocido? —sonríe petulantemente—. Durante más de una década pensé que Peyton era mi hijo biológico hasta que descubrí su infidelidad encontrando cartas fechadas antes de que él naciera. Al hacernos una prueba de paternidad fue evidente que Peyton es el fruto de un adulterio. Envenenado de rabia por haberme dejado engañar de un modo tan vil, preparé una venganza para humillarla de sus actos promiscuos.

—¡Dios mío! ¿Qué fue lo que le hiciste a esa pobre mujer? De haber sentido amor por ti, hubiera obrado de otra manera. Todas las mujeres que aman se entregan a un solo hombre. Sólo en caso de tener un corazón vacío buscan un momento de amor ajeno.

—Llevé a Peyton cuando apenas tenía doce años a que viera salir a su madre de un hotel después de revolcarse con su amante en la ciudad de San Francisco. El chico gritó histérico al ver a su madre con otro hombre y constatar que mis palabras eran ciertas. Ella volvió su rostro hacia él, imaginando el peor momento de su vida al reconocer el grito de su hijo. Intentó correr hacia él para abrazarlo y explicarle que ese era su padre biológico, pero no lo permití. Con golpes en el cristal del auto rogaba que le diera la oportunidad de hablar con él. Esa misma noche la mujer se lanzó al vacío desde el puente *Golden Gate*, quitándose la vida.

—Que desgracia...

—Por amor al chico, jamás le he confesado que no soy su padre biológico. Pensé que al ser mayor podría hablar con él sobre el tema, pero el trauma y dolor provocado fueron tan brutales que desde

entonces juró castigar a cualquier mujer infiel interesada en cosas superficiales. Algo que nunca se le ha dificultado teniendo en cuenta su *sex appeal* y apego a lujos. Los síntomas del trastorno bipolar se desarrollaron rápidamente durante su juventud creando un instinto innato para detectar chicas interesadas. En un inicio no lo mediqué, sino que lo traté con terapias psicológicas pero todo continuó complicándose. El trastorno bipolar no es lo mismo que los altibajos que experimentan todas las personas. Los síntomas bipolares son más potentes y pueden ser peligrosos. Algunas personas que sufren del trastorno intentan suicidarse o tienen episodios de automutilación. Afortunadamente, Peyton es un narcisista que jamás haría algo que marcara su físico creando una imperfección a su hermosura.

—¿Por qué me dices todo esto?

—Para que te des cuenta que sólo existe un futuro doloroso al lado de Peyton. Su bipolaridad es un trastorno de identidad disociativo. Una de sus personalidades asume en reiteradas ocasiones el control del comportamiento. Muchos afectados no saben en ocasiones, cómo han llegado al lugar en que se encuentran, o lo que han hecho hace pocos minutos cuando trascienden a la otra personalidad.

—¡Jesucristo! Esa identidad perversa es la que casi me estrangula...

—Así es. Es una lástima que perdimos el control de Kyler. Él le ayudaba a mantener cierto equilibrio en sus trastornos psíquicos. De hecho mejoró mucho durante el tiempo que tuvo su relación con Melanie y Kyler.

—¿Y yo que tengo que ver en todo esto?

—Tú lo complicaste todo al desaparecer con el dinero que heredaste a los dieciocho años. Deseaba hacerme cargo de ti hasta tu mayoría de edad y tenerte cerca hasta que alcanzaras los veinticuatro años.

—¿Es por el estúpido dinero? ¿Todo esta crueldad en la que me veo involucrada es por el mundano dinero? ¿Es que no tienes suficiente? Estás enfermo, eres un adicto al poder.

—¡Siempre ha sido por el dinero! Tu mente ingenua no lo entiende, pero posees más de lo que puedes imaginar.

—¿Cómo puedes saber las cantidades que tengo y las inversiones que están a mi nombre?

—Eso es demasiado sencillo. Peyton tiene llave de tu apartamento, ¿lo habías olvidado?

—¡Tú te apoderaste de los documentos de mis cuentas irrumpiendo mi apartamento! Ahora entiendo cómo es que llegaron aquí las fotos de mi hermana.

—Eres astuta. El que tuvieras amnesia era una situación perfecta para controlarte por eso estaba en contra de que Peyton te haya mostrado las fotos con Melanie. Lo importante ahora es que sepas que Kyler te heredó gran parte de la fortuna de su familia. Una suma estratosférica que debió ser mía desde un inicio.

—¡Mientes! No hay razón para que Kyler me haya dejado todo a mí.

—Fue un movimiento magistral de su parte al intuir mis planes. ¡Llevo años tras su patrimonio! La muerte de Melanie fue una oportunidad magnífica para desestabilizarlo emocionalmente y embaucarlo como paciente en mi sanatorio. Intenté forzarlo de todos los modos posibles a que firmara ese maldito

documento que me asignaba como administrador de su fortuna, pero lo soportó todo. Furioso, lo declaré como un desequilibrado mental provocando que le negaran el acceso a su fortuna, obligándolo a nombrar a alguien capaz de administrarla. ¡Esa persona debí ser yo! pero lo hizo con una menor de edad, la hermana pequeña de Melanie sabiendo que al hacerlo ganaría tiempo suficiente hasta que alcanzaras la mayoría de edad.

—Eres un miserable, encerraste a Kyler volviéndolo metódicamente un demente. Le arrebataste los valores más básicos del ser humano: sensatez y esperanza. Lo que más necesitaba en ese momento era amor por la pérdida sufrida.

—Ahora sabes porqué ofrecía a tu madre esas terapias gratuitas. Tú debiste terminar también bajo mi control en mi sanatorio, pero lograste convencer al representante de Protección a Menores y Familia de no necesitar más mis sesiones de terapia. En lo que respecta a Kyler, me vi forzado a dejarlo salir del sanatorio o hubiera muerto de la depresión que sufría. Se transformó en un cuerpo desalmado, en un zombi. Necesitaba volver a confiar en alguien y sólo una persona con una personalidad cautivadora era capaz de ello. Alguien que le diera incluso la oportunidad de ventilar el dolor y venganza de su interior, alguien al cual Kyler pudiera aferrarse y hacerse cómplice.

—Peyton... comienzo a entender el rompecabezas. ¡Utilizas a tu propio hijo para apoderarte de esa fortuna! Eres una criatura despreciable.

—Teníamos a Kyler casi a nuestra merced hasta que te reconoció y con ello le devolviste la esperanza de reintegrarse a la vida.

—¡Estoy harta de escucharte! Dime de una vez tu precio.

—No es tan sencillo, Nuviana. No puedes extenderme un cheque en este preciso instante. Con la mayoría de edad recibiste el diez por ciento del dinero de Kyler, con los veinticuatro que estás por cumplir recibirás el resto. De hecho ya ha comenzado las transferencias pero es demasiado inteligente, lo hace en el extranjero impidiendo rastrearlas fácilmente.

—Me da igual la cantidad, te lo daré para que me dejes en paz y desaparezcas de nuestras vidas. Dime tu precio, todos lo tienen.

—Si insistes... Quiero todo el dinero que recibirás en unas semanas. Has despertado del coma justo a tiempo. Había creído que la espera sería aún más larga. Pensé que si te daba un poco de amor la noche que me atacaste, tú inconsciente se activaría.

—Manipulas la realidad para tu ventaja. ¡Tú fuiste el que me atacaste! Yo me defendí. Si ese es el precio que debo pagar para alejarte para siempre, la fortuna será tuya. No baso mi vida en mi cuenta bancaria.

—Pero tu adorado Peyton sí lo hace... y tendrás que explicárselo porque el también desea su tajada. Lo he moldeado a mi imagen y semejanza. Somos el equipo perfecto. Fue más sencillo de lo que había anticipado el hacer negocios contigo —dice satisfecho de que su estrategia le haya funcionado a la perfección.

Respiro aliviada de escuchar que acepta mi oferta. No me importa quedarme sin un centavo con tal de deshacerme de este maldito maniático que aborrezco hasta las entrañas.

—Algo más, Nuviana. El fotografiarte mientras te tocabas íntimamente para mí, indica que me tienes más cariño de lo que anticipaba.

—¿Cariño? Me das asco... Pensé que le entregaba a Peyton la oportunidad de asomarse a una ventana íntima y secreta para muchos hombres. Deseaba que recordara para siempre cómo me doy placer. Imaginaba que le regalaba el atestiguar uno de los momentos más íntimos que puede tener para sí una mujer. Evocaba sus manos recorriéndome, sus caricias. Nada de lo que viste tiene que ver contigo. Jamás entregaría el pudor de un maravilloso momento como ese a una basura como tú. Quiero que me des esas fotos que tienes un tu poder o no verás un centavo del dinero.

Esboza una sonrisa engreída. Bennett saca el as bajo la manga—: Trato hecho, te entregaré la cámara, pero hay algo más que no puedo comprar con todo ese dinero, Nuviana.

—Lo tendrás todo. ¡Olvídate por favor que algún día existí! —contesto anticipando la dirección a la que lleva la conversación.

—Los Brax jamás se quedan con ganas de algo, y ahora también te deseo a ti... —se acerca rozando mi hombro bajando su despreciable tacto por mi brazo—. Eres un caramelo para chuparse lentamente.... Y quiero follarte hasta el cansancio. Con los años te has vuelto un capricho irresistible. Quiero escucharte gemir cuando sientas como invado tu cuerpo.

—Estas enfermo —digo sabiendo que me tiene a su merced—. O me tienes a mí o al dinero, escoge —lo amenazo sacando fuerzas de la nada.

Se carcajea —¡Qué divertida eres! No estás en posición de negociar —me muestra una ampolleta que saca de su bolso—. Esta noche serás mía. La pregunta es si deseas estar consciente o inconsciente —me amenaza—. Personalmente me gustaría que estuvieras lúcida. Es más excitante ver como tus hermosos ojos verdes reflejan el placer que te daré.

Paso saliva imaginando la escena provocándome una repugnancia insoportable. Estoy acorralada sin escapatoria. No me queda más que intentar ganar tiempo mostrando que estoy dispuesta a todo, incluso a rebajarme degradando mis valores. No deseo provocarlo o me inyectará sus fármacos. De caer inconsciente quedaría desamparada a su bestial perversidad.

—Lo haré si juras desaparecer para siempre.

Sorprendido por la respuesta, lanza una asquerosa mirada lasciva. No calculaba que pudiera llegar a tanto. Sin perder tiempo me acosa sexualmente por detrás pegando su pelvis a mi trasero, arrimándose como un perro. Manosea mi trasero antes de tocarme los senos empalagándose de mi piel.

Desvió la mirada sintiendo su indecente tacto recorriéndome.

¡Dios, dame una señal de que existes! Dime que no me has abandonado, muéstrame que aun te importo... —imploro en silencio sintiendo como baja la cremallera lateral de mi vestido.

Me desviste. Quedo en sostén y bragas frente a su degenerado apetito sexual.

Siento vergüenza y deshonro. Cruzo los brazos cubriendo mis senos ante su inmunda mirada.

—¡Carajo estás buenísima! —dice mojando sus labios.

Inclino mi rostro hacia el lado opuesto. Levanto la mirada hacia el fondo y es cuando mi mirada se

topa con lo inverosímil.

En la sala, directamente bajo el haz de luz, se encuentra la chica que he visto hace unas horas. Esta vez no se esconde en las sombras. Su demacrado aspecto infantil es intimidante. Tiene cabello largo en tono castaño oscuro muy deteriorado. Lo lleva encrespado con mechones desaliñados que caen más allá de sus hombros. La blancura de su rostro resalta con las marcadas ojeras en tonos violeta abultándose bajo sus ojos. Tiene gruesas manchas de mugre mezcladas con surcos de lágrimas secas que han recorrido por sus mejillas arrastrando la suciedad. Da la apariencia de no haberse duchado desde hace tiempo.

Me llena de conmiseración notar unos labios torpemente pintados en rojo fucsia denotando que no sabe hacerlo. Esta ahí parada sin moverse y al mismo tiempo parece pedir misericordia en mi nombre al ver a Bennett asaltando mi cuerpo.

Lleva puesto un vestido playero con dobladillo hasta las rodillas. Una larga apertura lateral de la tela nace al costado, exponiendo la curva de su cadera y una de sus piernas. Por la forma de su cuerpo me doy cuenta que a pesar de su apariencia infantil, se trata de una chica joven bien formada. Su deteriorado aspecto hace imposible calcular su edad.

Su mirada es irregular desorbitando los ojos como si estuviera drogada. Utiliza breves lapsos de claridad para observarnos fijamente. El ciclo se repite una y otra vez.

Sostiene en la mano una muñeca que contrasta por su pulcritud. A diferencia de la chica, la muñequita esta esmeradamente peinada con una coleta recogida y vestida con diminutas ropas perfectamente elaboradas muy a la moda. Tiene una naricita de duende y unos labios rosados en forma de medio beso.

Mi absorto se ve interrumpido al sentir a Bennett chupando el lóbulo de mí oreja murmurando:

—Te voy a saborear lentamente, muy lentamente... —repite su frase para tribularme aún más, antes de continuar hurgando mi cuerpo.

—Bennett... por favor déjame. No puedo hacer esto, no soy tan fuerte como pensé. No soporto el roce de las manos de otro hombre. Soy incapaz de serle infiel a Peyton —digo precavida de no provocarlo ya que sostiene la inyección. A pesar del horror del momento, me mantengo tranquila sin alarmar la situación. Hablo sin dejar de hacer contacto visual con la chica.

Ella en cambio, se tensa notoriamente. Abraza a la muñeca con un brazo dispuesta a retirarse. Su mirada se intensifica penetrando en mis ojos con tal intensidad que tengo que apartarla siendo incapaz de sostenérsela.

No deseo asustarla. Me serviría mucho para distraer a Bennett y encontrar alguna posibilidad de defenderme. Tal vez se sorprenda tanto como yo de verla rondando por la casa.

Ella continúa expectante, esperando el desenlace de algún movimiento inesperado. Ladea la cabeza moviendo sus ojos rápidamente analizando la situación. Se muestra extremadamente interesada. Finalmente endereza su cabeza. Al parecer ha llegado a una conclusión. Cualquiera que esta sea, coloca su dedo índice entre los labios pidiéndome que no la delate, que guarde silencio.

Bennett se abre la cremallera del pantalón demandando lo que temía —¡Híncate! Es hora que

demuestras tu cariño. Quiero que me veas cuando lo introduzcas en tu boca.

Titubeo sin moverme un centímetro de mi lugar. La chica, a sus espaldas me muestra lo que esconde en la mano que mantenía detrás: Un palo de Golf.

—¡Dije que te hinqes! —me abofetea y amenaza con la jeringa.

—Si me inyectas no podré hacerlo, así que deja de apuntarme con esa aguja —digo preocupada que me drogue.

Me pongo de rodillas viendo cómo se saca el miembro sujetándolo. Desvió el rostro imposibilitada de hacerlo.

—¡Vamos, abre tus labios en forma de fresa! —dice con voz cargada de obscenidad impaciente. Las manos le tiemblan esperando el momento. Me toma del cabello bruscamente, forzándome a mantener la cara de frente. Coloca su punta en mis labios introduciéndolo a fuerza—¡Ahora voltéame a ver, Nuviana!

Elevo el rostro humillada del acto al que me obliga. Clava su lujuriosa mirada en mi rostro sumiso a su violencia. Repentinamente, su rostro lascivo se desvanece. El golpe en seco que recibe en la nuca propicia que cierre los ojos. Las manos se abren dejando caer la jeringa.

Benett se precipita al suelo. Detrás de él aparece la chica que vuelve a alzar el palo de golf amenazante por golpearme estando aun de rodillas.

Nos miramos. Desconozco si también desea terminar conmigo. Toma impulso levantando los brazos para ocasionar más daño con el golpe. En su trayectoria hacia abajo, exhala un grito histérico que me congela. Cierro los ojos dándome cuenta que esta vez nadie podrá salvarme.

El metal surca el aire apenas librando mi cabeza para volverse a impactar en el cuerpo de Benett que se encuentra inconsciente.

Me pongo de pie rápidamente cogiendo mi vestido dirigiéndome hacia la salida. Volteo creyendo que la chica saldrá inmediatamente después de mí, pero en cambio golpea salvajemente a Benett.

—No me jodas... ¡Lo vas a matar! ¡Ven conmigo! —le grito. Mi llamado hace que cese su arranque de cólera.

Sin contestar, niega con la cabeza indicando que no me seguirá. Suelta el palo de golf y desaparece en dirección opuesta.

No pienso seguirla. El hacerlo significaría pasar cerca del cuerpo de Benett.

Capítulo 15

Cautiverio

El entorno me ahoga. Necesito aire, encontrar un refugio para pensar, procesar toda esa información que me ha dado y lo bizarro de los acontecimientos.

Salgo adentrándome en el jardín en dirección al desfiladero. Cuando me he distanciado lo suficiente de la casa, me detengo bajo un imponente árbol. Doy vueltas a su circunferencia palpando su robusta corteza. La textura me invita a abrazarlo.

Esto es lo que más necesito... que me abracen y den muestras de dulzura —suspiro viendo como las estrellas brillan en la bóveda celeste.

Retrocedo más allá del perímetro del árbol viendo lo frondoso que es intentando reencontrar mi balance. Tropezco con un objeto. Caigo hacia atrás sobre la grava caliza que cubre esa zona del jardín.

¡Auch! —me levanto sobándome el trasero y unos cuantos raspones en las piernas.

Busco el objeto que me hizo tropezar, se trata de una gruesa argolla con una circunferencia de unos quince centímetros que se ha quedado en posición vertical. Intento colocarla de nuevo al ras del suelo pero la oxidación opone resistencia a moverla. Mis forcejeos hacen que cruja.

Cojo la argolla con ambas manos tirando hacia arriba sacudiéndola una y otra vez. La grava se mueve delineando lo que parece un portón de madera bajo la grava. Poco a poco se va marcando el perímetro de la entrada. Es demasiado pesada para lograr abrirla. Retiro las piedrillas que cubren sus dimensiones haciéndola más ligera. Jalo de nuevo. Poco a poco el peso cede ante mis resoplos hasta que logro llevarla al punto de solo tener que empujarla para que caiga al otro lado sobre su propio peso.

Bajo mis pies se abre un cuarto oscuro. Probablemente un cuarto para el aire acondicionado, calefacción y demás controles mecánicos de la casa. —Me digo intentando convencerme que bajar a ese nicho oscuro no es una buena idea.

Hmm... si fuera algo relacionado con la casa, tendría una escalera para descender y está no la tiene. Es un recinto interior desperdiciado que probablemente iba a utilizarse para algún fin.

Mi curiosidad me lleva a buscar una escalera portátil en algún lugar cercano. A los pocos pasos, una luz con sensor de movimiento se enciende. Concentro mi búsqueda en esa zona teniendo éxito rápidamente. Hay una escalera detrás de los arbustos contiguos.

La escalera tiene la longitud de unos cinco metros y está lista para usarse. La coloco dentro hasta que parece firme en el suelo. Desciendo. Los rayos de luna forcejean con la oscuridad dando tenues pinceladas de luz a mi descenso.

En el último peldaño, bajo mi pie cautelosa. Toco con mi dedo pulgar una superficie sólida y seca. Huele a concreto mezclado con polvo que se acumula en las paredes. Tengo que quitarme una que otra telaraña en mi andar. Después de unos metros me doy cuenta que ahí no hay nada que hacer. Fuera de polvo y bichos, no hay algo interesante.

¡Bah! Más me vale regresar y largarme de aquí —me digo disgustada por perder el tiempo de ese modo.

Un sonido ahogado, casi imperceptible, hace que me detenga en mi camino hacia arriba. Desciendo de la escalera nuevamente dirigiéndome a tientas a la zona más oscura del recinto. Voy a paso lento con miedo de tropezar,

Mi tacto se topa con algo liso y frío. Es una robusta y pesada puerta de metal, de esas que se utilizan para prevenir incendios.

Lentamente mi pupila se ajusta a la oscuridad. Logro esbozar el picaporte. Tiro de él pero la puerta está cerrada. De puntitas palpo con el tacto sobre el marco superior encontrando la llave.

La introduzco en la cerradura girando el cerrojo. Contengo el aire tirando de la manija hacia abajo. La puerta se abre.

El cuarto ante mí se ilumina tenuemente. Hay refrigeradores clínicos manteniendo sustancias farmacéuticas a bajas temperaturas. Dominando el centro, una de las camas del sanatorio mental con todo y los cinturones para inmovilizar al paciente. El verla me hace sentir náuseas al evocar el detestable recuerdo de la restricción de movimientos. Frente a la cama, un equipo de grabación con cámara de video.

En la pared hay fotos de al menos una docena de chicas. Guardan un orden cronológico marcando el año en el que fueron tomadas. Las imágenes son en su mayoría *selfies* tomadas por las propias chicas que nunca lograron publicar en internet. Peyton aparece acompañándolas con su apariencia irresistible en clubs nocturnos, bares o eventos. Es fácil leer en su rostro la ilusión que irradian al haber logrado captar la atención de un hombre como él. Desafortunadamente, a la derecha de las fotos hay otra mostrando “el después”. La horrorosa suerte que corrieron al haberse aventurado en una noche de locura en sus brazos. Algunas de ellas rapadas otras aún con su melena de noche.

Las fotos documentan los diversos instantes de cómo van siendo castigadas y torturadas sistemáticamente.

Peyton, mi amor... eres un monstruo... pero no es tu culpa...

Me niego a creer que Peyton sea capaz de llevar a cabo tales actos en la personalidad que le conozco. Me encuentro en shock. De no haber sido por la historia de Bennett sería incapaz de comprender la irracionalidad de sus actos. Su padre lo manipulo convirtiéndolo en un verdugo.

Me acerco a la cámara de video. Las manos me fallan intentando presionar el botón para ver lo que contiene la cinta. Sé que me arrepentiré pero necesito atestiguar lo inconcebible. Con estupor, un frío se

apodera de mi corazón cuando escucho el *beep* de la cámara comenzando a rodar el pequeño *cassette*.

El video corre. El rostro de Peyton aparece encuadrado en la imagen. Hace breves pruebas posicionando la cámara en el ángulo adecuado. Tiene esa mirada poseída que ahora conozco pero su comportamiento es otro. Es un desconocido con el rostro mucho más deformado que la fase maniática que he atestiguado.

Jesucristo... es su otra personalidad dominando por completo al hombre del cual me enamoré...

Enfoca el fondo del recinto en donde se puede apreciar a una joven amordazada sobre la misma cama que tengo frente a mí. La pobre está dominada por el miedo y la incertidumbre de si volverá a ver la luz del sol.

Paso saliva al escucharlo diciendo:

Te lo mereces, eres una maldita interesada —La chica se desgarrá pidiendo piedad y clemencia, la cual nunca llega.

Los ojos se me tornan acuosos viendo el ingrato inicio de la sesión de tortura. Peyton acerca una mesa con diversos objetos *Bondage*: Fuetes, pinzetas para los pezones, esposas, electrodos y máscaras mezquinas fabricadas en piel negra con púas o en neopreno.

Coge el fute azotándola, recordándole su estúpido error: *Tus lágrimas no te servirán de nada. ¿Qué es lo que pensaste? ¿Qué podías revolcarte conmigo en la primera cita, zorra?*

Una lágrima se desvanece por mi mejilla. La decepción y la vergüenza se apoderan de mi alma. Es imposible negar lo que es capaz de hacer el hombre al que amo.

Peyton le coloca una pinzeta en la nariz obligándola a respirar por la boca. La amordaza con una gruesa tira de neopreno con una apertura a la altura de la boca. Una esfera expandible regula el paso del aire bloqueando según se desee el aliento y así se asfixia a lapsos al esclavo, en este caso la pobre víctima.

Me desplomo de rodillas entendiendo la suerte que pude haber corrido. Dirijo la vista a los anaqueles con ampolletas. Peyton jamás las utiliza. El castigo es físico pero no abusa sexualmente de ellas, lo cual no lo hace más santo...

Revivo el día que nos conocimos. El momento cuando salimos de la boutique y subimos a su auto. La primera prueba tentando mi interés fue su comentario de que podría ser modelo y que conocía a gente que podría presentarme. Yo respondí sin darle importancia al parecerme un tema estúpido fuera de lugar.

A los pocos minutos intentó embaucarme nuevamente limpiando la manchita de chocolate de la comisura de mis labios provocando una erupción en mi interior que me fue muy difícil de controlar. Mucho más cuando el muy audaz tuvo el atrevimiento de introducir su dedo en mi boca. Recuerdo ese momento como el más excitante de mi vida sintiendo como su afrodisíaco sabor se expandía por todas mis entrañas adueñándose de mi cuerpo. El efecto fue tan estremecedor que mi reacción fue la contraria a la que él esperaba. Busqué alejarme asustada por la energía volcánica que corría por mis venas. De no haberme bajado de su auto, seguramente hubiera accedido a hacer algo estúpido, como pasar la noche con él y hubiera terminado en este cuarto subterráneo.

No juzgo a ninguna de estas chicas. Comprendo perfectamente la situación en la que accedieron a

estar con él. Su modo seductor es hipnotizarte y embriagador. Sólo me queda la esperanza de que estas atrocidades no las haya cometido durante el tiempo que estuvimos juntos como pareja.

Curiosa por descubrir la respuesta, aumento el volumen para escuchar la conversación en el video.

—Esta es la lección del día de hoy, pon atención: Si quieres a alguien por su belleza, no es amor, es deseo. Si quieres a alguien por su inteligencia, no es amor, es admiración. Si quieres a alguien porque es rico, no es amor, es interés. ¿Lo has entendido? —dice Peyton

Ella responde—: *Solo quería divertirme, pasar una noche al lado de un hombre varonil con esencia inalcanzable. Por favor ten misericordia. Detén esta locura.*

—Estoy seguro que te estás divirtiendo tanto como yo. Estabas dispuesta a ofrecermelo tu cuerpo, ¿cierto? Ha llegado el momento de que demuestres el cariño que jurabas compartir. Que disfrutes lo que buscabas. Sólo que no será conmigo...

Sin decir más, se retira del cuarto cerrando la puerta.

La chica reza en su calvario abrumada por el llanto y el dolor físico. Lo hace en voz alta aumentando la crudeza de la escena. Ni en sus peores pesadillas puede imaginar lo que le espera.

Adelanto el video. No soy capaz de resistirlo.

La cinta corre rápidamente. Tras unos minutos aparece otra persona en la pantalla. Intrigada vuelvo a dejar correr la grabación. Es Benett que entra a la habitación.

¡Dios bendito, es el padre el que se encarga del infame castigo sexual! A ello se refería cuando dijo que eran el equipo perfecto. Lo ha manipulado a su antojo para lograr sus oscuros fines teniendo acceso a chicas hermosas.

Benett prepara un coctel de substancias y se aproxima a ella. Antes de que comience a despojarla de la ropa, detengo el video.

No puedo continuar viendo, rebasa los límites de mi entendimiento —balbuceo poniéndome a llorar desconsolada.

El eco de mis sollozos resuena en el recinto subterráneo. El abatimiento me desgarró el alma en pedazos.

¡Clac! —el chasquido de una puerta contigua cerrándose me distrae.

Eeeiihh —rechina volviéndose a abrir lentamente.

Sorpresivamente la chica que me salvo de las garras de Benett, se asoma tímidamente por otra puerta que no había distinguido.

Me limpio las lágrimas poniéndome de pie. Mis rodillas están polvosas del piso.

—Hola, ¿cuál es tu nombre, nena? —le pregunto cariñosamente como si fuera una niña, sin embargo se trata de una chica incluso mayor que yo. Sus gestos y lenguaje corporal rayan en lo infantil.

Me ve sin contestar inclinando la cabeza de lado. El rostro es mucho más pálido de lo que anticipaba—. ¿Entiendes lo que te digo?

En una señal de confianza, abre la puerta de par en par indicando que me acerque. Lleva su muñeca del brazo sostenida por su antebrazo pegándola al cuerpo.

Me aproximo cautelosa después de ser testigo de lo que es capaz. Al llegar a ella, levanta la mano dándome un susto del carajo. Mi sobresalto se desvanece viendo cómo se saca unos tapones de los oídos.

—Ahora entiendo porque no me escuchabas. Pensé que hablabas otro idioma —le digo.

—Tengo la costumbre de ponérmelos siempre que llega una chica a la casa. Aunque a veces no son suficiente y debo taparme las orejas con las manos para no escuchar sus dolorosos lamentos.

—¿Sabes lo que les hacen?

Sin contestar la pregunta, dice—: Debes de ser especial para Peyton. Eres la primera que pone un pie en la villa y no termina en esa horrible habitación para ser sancionada.

—¿Lo has presenciado?

Asiente. —Esta es mi habitación, está adjunta a la sala donde las traen. En un principio tenía que atestiguar lo que el viejo les hacía, pero con el tiempo Peyton logro persuadirlo para que no tuviera que hacerlo. El viejo es muy malo. No sé por qué me odia.

—¿Te han hecho daño? —me muerdo la lengua después preguntarle. En realidad no deseo saber la infame respuesta que puedo adivinar.

Para mi sorpresa, disiente. Me siento aliviada de saber que no ha pasado por una mala experiencia, aunque no lo entiendo. El lugar es un centro de exterminación de mujeres que se embarcan en su primera cita y a esta chica, ¿no le han tocado un pelo? ¿Qué razón lógica puede haber?

—Me gustaría llamarte por tu nombre. ¿Cuál es?

Medita si debe decírmelo. —Te lo diré pero no se lo digas a nadie. Me llamo Betsy.

Habla muy lentamente. Es obvio que no tiene contacto frecuente con otras personas. Clava la mirada en el fondo del recinto. Tiene la pupila extremadamente dilatada.

—Un nombre muy lindo. Dime algo, ¿Tomas medicinas?

—Sí, de ese modo no me doy cuenta el tiempo que transcurre.

—Ósea que ¿no sabes desde hace cuánto que estas aquí?

Se encoje de hombros señalando hacia las paredes de su habitación. Sobre el relieve hay pequeñas líneas marcando los días transcurridos. Seis líneas verticales y una transversal indican una semana. Las marquitas se extienden por todas las paredes. Son tan numerosas que me es imposible calcular rápidamente.

Cierro los ojos lamentando que desde conocí a Peyton ella ya estaba escondida en esta casa.

—¿Dos, tres años?

—Muchos más, aunque no sé cuántos. El día que llegué a este cuarto no tuve noción si era de noche o de día. Sólo pude comenzar a contar el tiempo cuando Peyton me instaló esa ventanita —señala con el dedo un hueco en la pared que fue hecho entre las pesadas piedras del fundamento de la casa. Tiene apenas unas dimensiones de treinta por treinta centímetros. El cristal es grueso para proteger del clima y tiene dos barrotes cruzados en el exterior formando una cruz. Para ella es una gran ventana que le permite observar durante horas la inmensidad del mar.

—¿Alcanzas a ver hacia afuera? Me parece que está muy alta.

—Para asomarme pongo una caja de madera a la cual me subo, puedes verla justo debajo de la ventana. Antes no sabía si habían transcurrido horas o días. Aunque de cualquier modo he dejado de hacer marquitas en la pared. La medicina me impide saber si llevo un día entero durmiendo o quince minutos, pero ya no importa porque... —gira la cabeza cerciorándose que no puedan escucharla. Baja la voz cuchicheándose—: ...cuando estoy lúcida salgo de aquí para pasearme por el interior de la casa.

—Ah, ya veo. ¿Cómo es que puedes salir de aquí? ¡Parece imposible! La puerta que cubre el acceso a estos recintos subterráneos es pesadísima y un perno oxidado debe jalarse para abrirse desde afuera.

—Hice un túnel —pone cara de orgullosa—. Es un secreto que deberás guardar. Quería sentir los rayos del sol sobre mi piel aunque no puedo exponerme mucho o podrían notar que me he expuesto al sol.

—¿Por qué no huyes si lograste salir?

—Podría hacerlo pero jamás me atrevería. De huir pondría en peligro a una persona. Prefiero no hablar de ello.

La observo intentando notar si habla sobre la realidad o está en un viaje sedada. Es obvio que no está en sus cinco sentidos. Baja el rostro avergonzada por mi escudriño visual. Sabe que se encuentra bajo el efecto de fármacos.

Levanta la mirada cambiando la conversación —Eres muy bonita, ¿puedo tocar tu cabello? —pregunta rompiendo el momento embarazoso.

—Claro —respondo.

Palpa la textura de mi cabello. Extiende su tacto entrelazando sus dedos entre mi melena. Se encuentra absorta sintiendo las diferentes capas recorriéndolo lentamente hasta las puntas que caen bajo mi hombro.

—Ven, siéntate en mi mesita —dice—. Te voy a cepillar como lo hago con mi muñequita.

Su petición me pone en estado de alarma. Dudo si debo hacerlo.

¡Putra madre, es capaz de enterrarme un cuchillo en la espalda y seguir sonriendo!

Y es que Betsy se muestra muy afable pero desconfío de ella. No estoy dispuesta a darle la espalda a una chica que acabo de encontrar metida en un hoyo desde hace años y que acaba de apalear a un tipo con un palo de golf, tiene ojos de zombi y además esta drogada.

—Betsy, me encantaría ponerme a jugar a las muñecas pero te voy a hablar claramente y como adulto que eres. Es hora que demuestres esa enorme valentía que has mostrado durante tu reclusión en

este lugar. Ha llegado el tiempo de sacar esa mujer madura que se esconde en el fondo de tu alma rechazando esta terrible realidad.

Se muestra atenta mostrando esa mirada profunda que esta vez consigo sostenerle. —Está bien, te escucho —su tono de voz cambia tornándose más grave. El repentino cambio me estremece dándome a pensar que su comportamiento infantil es actuado.

Jalo aire esperando pueda soportar mi descripción de su cruda realidad. —Betsy, te tienen secuestrada, y además te drogan para que no tengas claridad en tu mente, de este modo pueden controlarte mejor. Admito que se escucha muy jodida la situación, y lo es, pero juntas vamos a abandonar este sitio, ¿entiendes?

—Pero... ¿qué hay de la persona que pondré en peligro? No quiero que sufra lo mismo que todas esas chicas —señala a las fotografías de las víctimas en la habitación adjunta.

—¿Eso es lo que te han dicho? ¿Que si te escapas otra persona correrá la misma suerte que todas estas pobres almas?

—Sí, y además creo que son capaces de hacerlo. He visto demasiados horrores.

Me llena de rabia escuchar los sucios trucos psicológicos utilizados por Benett para tiranizar a su antojo las mentes de chicas inocentes. El miedo es un recurso que sabe manejar magistralmente, a tal grado, que ni siquiera le es necesario utilizar cadenas.

—No dejaré que te hagan daño. Entiendo tu enorme amor por esa persona tan especial, de lo contrario no podría entender cómo puedes tolerar esta penitencia. En cuanto dejes de tomar los fármacos y puedas pensar claramente buscaremos el modo de encontrarnos con esa persona.

—Suena bien porque ya no disfruto de estar sola. Tampoco quiero estar aquí. No me gustó lo que le hicieron a la última chica, esa Patricia.

El nombre provoca un estallido en mi cabeza. Tengo que llevarme la mano a la sien. —¿Patricia? ¿Patricia Lynch? —me viene el nombre completo a la mente.

—Sí, ella misma. Un día en el que normalmente nadie viene, Peyton se encontró aquí con su padre. Yo acababa de hacer el túnel para poder salir y me encontraba en la casa. Tuve que esconderme o me hubieran castigado sin piedad.

—Te ruego me digas lo que escuchaste.

—Peyton le pidió a su padre que le ayudara a resolver un serio problema. Poco después sacaron a la chica de la cajuela del auto para trasladarla aquí abajo. Ya se encontraba en muy mal estado. Benett se quedó a solas con ella haciéndole cosas terribles, tanto que la chica no lo soporto, creo que la mató. Mi piel se erizó cuando sus gritos cesaron de golpe. Las otras siempre emiten lamentos antes de perder el conocimiento.

Mientras lo narra, mi memoria se refresca recordando las notas de auxilio que esa pobre mujer intentó hacerme llegar en el apartamento de Peyton. Finalmente me llega la causa del accidente: fue a raíz de que leí su mensaje de auxilio que forcejé con Peyton en el auto antes del accidente.

Bajo mi rostro comprendiendo lo que sucedió. —Qué barbaridad... es una tragedia.

Betsy termina diciendo—: Por eso le pegue a Benett con todas mis fuerzas con ese palo. No deseaba que te pasara nada porque creo que Peyton también te quiere, ¿no es verdad?

Su pregunta me entenece pero no estoy en la situación de explicarle mi amor y relación con Peyton. Mi corazón se inquieta por ese “*también*” que ha utilizado.

¡*Baaaamh!* —se escucha un portazo.

—¡Jesucristo! ¿Que fue eso?

—Alguien cerró la entrada —dice ella.

—¡Estamos atrapadas, puta madre!

—La puerta no fue cerrada por fuera, sino por dentro. Sea quien sea, ha entrado al primer cuarto subterráneo —dice muy ecuánime.

—¿Qué dices?! ¡Nos van a violar, hacer cachitos y luego nos aventarán a los perros! No me jodas, probablemente es Benett o Peyton es su personalidad de maniático.

—Puede ser, escuché un auto llegar.

—¿Cómo lo sabes?

—Si llevarás el tiempo que yo llevo aquí, conocerías cada ruido de la propiedad como la palma de tu mano.

Al poco tiempo se escucha como abren la primera puerta que da acceso al recinto de tortura.

—¡Tenemos que irnos de aquí!

—Eres muy divertida —dice casi riendo.

—¿Divertida? ¡Me estoy cagando del susto! —le digo histérica de que las drogas no le permitan estimar el peligro al que nos enfrentamos—. Larguémonos de este lugar de mala muerte. Muéstrame ese túnel que cavaste, ¡es nuestra única escapatoria! —aseguro la puerta de la entrada al cuarto.

Betsy se coloca a los pies de la cama jalándola. Lo hace con facilidad extraordinaria tomando en cuenta la pesada madera con la que está fabricada. Las mangas se le suben dejando ver unos hombros bien delineados al igual que la línea del tríceps.

Le ayudo a empujar la cama hasta deslizarla a la entrada para bloquear la puerta. Quita la cabecera revelando el boquete que ha hecho en la pared.

Bendito Dios que hay una salida... —pienso viendo lo angosta que es nuestra ruta de escape. Una persona entrada en carnes jamás podría pasar por semejante túnel.

En la habitación adjunta se escucha el tintineo de frascos y ampollitas. Poco después un grito de ira tirando los refrigeradores, estantes y botellas que se despedazan.

—Dios mío, sea quien sea tiene la fuerza de una bestia ¡De prisa, Betsy! Tu primero.

—Pero...

—No hay tiempo para nada más, ¡anda! —la obligo a ponerse a gatear entrando al hueco de la pared. La sigo, implorando que el intruso no nos siga.

El inicio del recorrido es crudo como la situación en la que me encuentro. Hay piedras que raspan las rodillas haciendo pequeñas incisiones en las piernas. Lo mismo con los hombros que rozan las paredes del túnel provocando que el material se desmorone. Sin embargo lo peor está por llegar, a cada centímetro que me deslizo siento el acecho de un miedo irracional: El pavor al encierro y a la restricción del movimiento.

Mi convalecencia en la clínica de Benett ha dejado secuelas graves. Desde entonces experimento ansiedad a lugares estrechos causado por las veces que me sujetaban a los cinturones de la cama.

Continúo sabiendo que de regresar, mis días terminarían. A los pocos metros pensamientos catastróficos merodean mi mente infiltrándose como sanguijuelas en mi masa cerebral. A cada segundo mi ansiedad aumenta convenciéndome que voy a quedarme aquí encerrada como una miserable rata.

Un escurridero moja mi cabello haciendo que unos flequillos se peguen a mis mejillas. Se incrementa mi sudoración y ritmo cardíaco. Procuro controlar mi respiración pero el esfuerzo es en vano, a los pocos segundos mi equilibrio se ve aplastado por la angustia.

Un zumbido en el oído anuncia el aumento de la actividad corporal que la fobia desata. Mi metabolismo necesita más oxígeno provocándome una hiperventilación, mareos y palpitaciones.

—Betsy, ¿cuánto falta? —digo con voz entrecortada.

—El túnel tiene unos treinta metros. Fueron años dedicados a hacerlo. Apenas llevamos ocho metros.

—¿Ocho metros? Virgen santa... ya veo borroso. ¡Me parecen cuarenta!

Sufro de un fuerte dolor en el pecho con sensación de ahogo. No puedo razonar. El ataque de pánico me persuade que aquí moriré.

Repentinamente, Betsy se detiene gateando en reversa.

—Betsy, ¡Por Jesucristo! ¿Qué intentas? Es hora de que te desprendas de este lugar. No hay marcha atrás, ¡avanza! —digo tragándome el miedo.

—He olvidado mi muñeca. No puedo irme sin ella. La he cuidado durante tanto tiempo y no puedo abandonarla. Es mi única conexión con el pasado.

Me desplaza hacia atrás con fuerza. Está decidida a regresar a su prisión de años para recoger la maldita muñeca. Cedo a su voluntad, el estado en el que me encuentro no me permite imponerme.

Pfff... es que me van a hacer una estatua en el cielo. Sin duda estoy rescatando a todas las almas que se pudren en el purgatorio —pienso.

Retrocedo los ocho metros que con tanta calamidad había logrado recorrer. Salgo en la habitación completamente desesperada buscando a la méndiga muñeca que descansa sobre la cama con su impasible pulcritud y pérfida belleza.

La tomo bruscamente extendiéndosela a Betsy que va saliendo del túnel.

—Cuidado, ¡la vas a despeinar! —dice.

Tac Tac Tac... —la manija de la puerta se mueve. Poco después la puerta se entreabre. La pesada cama impide que ya estén dentro.

Con fuerza comienzan a empujar la puerta con golpes que poco a poco deslizan la cama hacia el frente.

—Santísima Virgen, ¡larguémonos de aquí!

Volvemos a entrar al túnel. Esta vez mi ansiedad no se concentra en adentrarme lo más rápido posible en el laberinto subterráneo.

Detrás de nosotras se escucha un alarido colérico denotando la desagradable sorpresa que hemos dado a nuestra visita por no encontrarnos donde esperaba: —*¡Nooooo!*

Gateo rápidamente alcanzando a Betsy, la cual es incapaz de evaluar lo grave de la situación.

—Vamos, ¡date prisa! —la empujo del trasero.

A mis espaldas escucho el eco de palabras inverosímiles del sujeto que se coloca a la entrada del túnel. Y entonces, mi peor temor se vuelve realidad: se introduce en el boquete para perseguirnos dentro del estrecho túnel.

Resopla y gruñe como una bestia hambrienta deslizándose hábilmente persiguiendo a su presa. Mi agobio aumenta al escuchar sus ruidos cada vez más cerca.

Me deslizo con movimientos cortos intentando mantener mis rodillas cerca de mi cuerpo sin extender demasiado las piernas. Lo que menos deseo es darle la oportunidad de atraparme.

Estimo la velocidad a la que se desplaza y me doy cuenta que no lo lograremos. En esa horripilante obscuridad mi esperanza de escapar se desvanece. Ni siquiera se ve luz adelante indicando que la salida está próxima. Nuestro persecutor acorta la distancia rápidamente.

Siento por detrás sus exasperados intentos por sujetarme. Es un animal lleno de rabia con movimientos descontrolados.

Sufro uno de los momentos más detestables de mi vida cuando clava sus uñas en uno de mis tobillos. Desesperada lo golpeo con el talón logrando liberarme. En el siguiente intento me aprisiona de lleno con su mano. Se afianza a mi piel lastimándome y me arrastra con facilidad hacia atrás. Con un nudo en la garganta veo como Betsy se aleja mientras me alejo aprisionada.

—¡No des marcha atrás! ¡Continua hacia la salida!

Mi atacante continúa arrastrándome. Intento no hacerme demasiado daño mientras me jala. En esos angustiosos momentos pienso que me convertiré en la prisionera reemplazo de la casa en la playa. Me inunda la impotencia con el asqueroso pensamiento de que pasaré los siguientes años de mi vida haciendo marcas en la pared en este agujero o peor aún, experimentaré las barbaridades de los actos impíos de algún loco.

Señor, ten piedad de mi alma, Recibe a esta humilde hija tuya que siempre ha intentado ser fuerte pero ahora las fuerzas me han abandonado. Estoy agotada de ser una sobreviviente, no puedo más... la

vida me ha vencido...

Relajo mi cuerpo esperando morir sin sufrimiento y que la tortura pase rápidamente.

Me arrastra más fácilmente. Mis manos resbalan. La superficie del piso es de madera, hemos alcanzado la habitación. Giro mi cuerpo preparándome para enfrentar a un hombre lleno de violencia.

Lo encaro. Le corre espuma por la boca. Unos largos flequillos cubren su rostro empolvado.

No voy a esperar a que se presente. Estando en el suelo, lo pateo alcanzando su espinilla que por desgracia no logro romperle. Encolerizado me aprisiona del cabello levantándose bruscamente hacia arriba. Sujeto sus manos intentando zafarme sin conseguirlo, sus uñas se adentran en mi piel. Me sujeta de los hombros y da una bofetada que me voltea el rostro por completo. Me empuja bruscamente hacia atrás hasta azotarme contra la pared. Sin problemas me inmoviliza colocando su antebrazo en mi garganta. Con una mano inmoviliza mis brazos sosteniéndolos sobre mi cabeza.

Aumenta la presión en mi garganta. Toso llena de hastío sofocándome. Clavo la mirada en sus ojos miel. Recuerdo esa tonalidad. No es la primera vez que estamos frente a frente riñendo el uno contra otro. Esa pupila refleja puro dolor y sufrimiento interno. Su piel es menos pálida y el cabello le ha crecido. Incluso el hedor a Lamictal ha disminuido pero sé de quién se trata.

—¡Kyler, no me hagas daño, soy Nuviana! ¿Me reconoces?

Su respuesta es otra bofetada. Esta vez es más fuerte que la anterior proyectándome al suelo dejándome casi sin sentido. Está fuera de sí.

—Kyler, ¡por Dios, ten piedad!

—Tú no eres de las que pide misericordia, te conozco bien. No quiero escuchar esa puta palabra saliendo de tu boca. ¡No hables como la zorra de Stefanie!

—¿Stefanie? ¿Qué le has hecho? —me ha reconocido pero continúa en su ataque incontrolado de ira—. Kyler, soy Nuviana, por favor dime que no debo defenderme de ti. Dime que no quieres lastimarme como a las otras chicas. ¡Pronuncia mi nombre, vuelve en ti! Retoma el control antes de destazarme en pedazos.

—Nu-via-na... —dice con esfuerzo. La respiración se torna más profunda.

En lugar de atacarme, grita exasperado golpeándose la cabeza con ambas manos —: ¡Mierda, no puede ser! ¿Cómo es posible que me hayan ocultado este lugar? ¿Dónde está Peyton?

—Se ha ido. Tuvimos una discusión acerca de su padre. Kyler, he recuperado la memoria —lo confieso al instante, no soy capaz de andarme con jueguitos ante él—. Sé que intentaste hacerme daño presentándote desnudo portando una perversa máscara de oxígeno en el apartamento de Peyton. ¿Cuál era tu objetivo? ¿Cómo te atreves a atacar a una chica de ese modo tan vil? —tomo la ofensiva llenándole la cabeza con temas que me interesan. Deseo que olvide su ira.

—No lo entiendes, Nuviana. Ni siquiera conmigo compartieron la existencia de esta casa y los crímenes que aquí perpetraban.

—No te hagas el inocente, tienes las manos igual de manchadas de sangre que ellos.

—Peyton llevaba continuamente chicas nuevas a su apartamento. Mujeres que habíamos visto por primera vez y que seleccionábamos juntos. Te sorprendería lo fácil que es embaucarlas cuando lo que buscan es pasearse con un hombre que les puede ofrecer cosas materiales.

—Como sea, no creo que estés libre de pecado.

—¡No me irrites! Mucho menos si desconoces todos los hechos. ¡No me juzgues como los demás! Jamás lo aceptaría de ti —me amenaza.

Decido no perturbarlo y darle la oportunidad de hablar. En cualquier arranque puede acabar conmigo. —Está bien, lo siento.

—Una vez que Peyton las tenía bajo sus conquistadores encantos, yo me adelantaba para esperar a que entran al apartamento donde las atacaba sin escrúpulo alguno. El shock de verme las paralizaba. El miedo se veía reflejado en sus ojos dándose cuenta muy tarde del enorme error al seguir al galán de sus sueños. Ahí las amordazaba y subía al piso superior sedándolas ligeramente antes de entregárselas a Peyton. Ese era el único momento que las tenía exclusivamente para mí. Admito que utilizaba ese tiempo para olfatear lentamente su cuerpo, recorriendo su cabello y zonas donde se concentra el delicioso aroma de mujer. Su olor me devolvía el hermoso recuerdo de un amor que me fue arrebatado en el pasado, transportándome a la única etapa de mi vida donde creo haber estado cerca de la felicidad. Después, cuando escuchaba que Peyton se aproximaba, las dopaba fuertemente haciendo su realidad difusa para soportar el castigo físico. Peyton se divertía maltratándolas hasta hastiarse. Antes de llevárselas, en ocasiones me quedaba con su cabello para continuar respirando su aroma.

Y dice no estar demente... —Kyler, son demasiadas mujeres las que han sufrido. ¿Acaso no viste sus rostros en las fotos en la habitación adjunta?

—Ni siquiera sé si las asesinaron. Esos crímenes les pertenecen a los Brax. La única que sé que mataron es a Patricia —menciona el nombre abatido—. Era una mujer muy fuerte. Su enorme voluntad logro superar la dosis de fármacos suministrada. Además, no fui capaz de amordazarla como a las demás porque la conocía. En ocasiones habíamos convivido en el club de yates y había sido muy amable conmigo. La única persona en tratarme como un ser humano, los demás siempre me ha visto como el trastornado amigo de la familia.

—¿Cómo pudo Peyton atreverse a algo así? Me duele, me duele demasiado saber que lo hizo teniéndome a su lado.

—Peyton dejó de raptar mujeres los meses que estuvieron juntos. En realidad lograste hacerlo sentir compasión al entregarle tu amor pero no pudo resistirse a seducir a alguien como Patricia. La esposa de su mayor socio de negocios era una presa demasiado tentadora. El único pecado de esa mujer fue el desear tener una noche de placer buscando las caricias que no le daban en su hogar. Desafortunadamente escogió al hombre equivocado para ello.

—¡Detente, no me cuentes más! Estoy agotada de estar rodeada de perturbados mentales y de estarme convirtiendo en uno. Por si fuera poco encuentro este bunker subterráneo donde hay una chica a la que no tocan. ¡Me van a volver loca!

—Todos los que somos parte de esta historia lo estamos, Nuviana.

—¿Cómo voy a entender este lio? —mi crisis se intensifica— Además, ¡no me voy a volver a

meter a ese puto hoyo de ratas por tercera vez! —señaló el boquete en la pared—. Así que abre la puerta subterránea con tu fuerza demencial, ahora mismo.

Mi pecho se abulta con la respiración cansada. Kyler calla. Sólo me observa recibiendo mis órdenes. Irritada de verlo ahí, le pregunto—: ¿A qué viniste? ¿Qué es lo que buscas?

—Venganza.

—Si piensas embarcarte en un viaje de venganza, cava dos tumbas, Kyler. Venganza no es la solución, ni liberará tu espíritu.

Caminamos hacia la puerta pasando al cuarto de tormentos. Todo está destrozado excepto la cámara de video y la pantalla que continua corriendo.

Kyler vuelve a turbarse. No puede apartarse de la cabeza el hecho de que hayan logrado esconderle estos crímenes —Esto no va a quedarse así, pagarán por ello —murmura.

—Estaba fuera de tu alcance, no te culpes de ese modo.

—El secreto va mucho más allá de estas víctimas. Peyton ha desatado mi ira y pagará por ello...

Se me huela la sangre. El tono determinante denota lo resuelto que está en causarle daño. Da pocas explicaciones, es un tipo parco en palabras pero decidido en sus acciones. De cualquier otra persona dudaría de sus intenciones, pero no de Kyler.

Me hincó abrazándole los tobillos —Por favor, te pido que tengas clemencia. Intentaré ponerle un alto. Mi amor podrá cambiarlo, danos una oportunidad. Te lo imploro rendida aquí a tus pies.

Baja el rostro cruzando hacia el recinto que da acceso al jardín. Sube la escalera empujando la pesada puerta de metal. La tenue luz del amanecer cruza la penumbra iluminándolo frágilmente.

—Ahora vete —dice.

—Prométeme que no le harás daño, déjame hablar con él. Puedo soportarlo todo menos su ausencia en mi vida.

—¡Vete! Hablaremos en otra ocasión. Hemos tenido suficiente por hoy.

Capítulo 16

Condena

Salgo cruzando el jardín a paso lento. Tengo un aspecto deplorable, poco falta para que tenga que arrastrarme. Las revelaciones de las últimas horas y el estrés vivido han consumido toda mi energía.

La terraza está solitaria. Cruzo frente a la puerta corrediza echando un vistazo al interior de la casa. El cuerpo de Bennett ha desaparecido. No sé si deseo que esté vivo o muerto.

Continúo mi camino hacia el frente de la propiedad esperando encontrar a Betsy. Lo único que deseo es alejarme de este lugar.

Para mi desdicha no hay rastros de ella.

¡Mierda, no puedo abandonarla aquí! —grito irritada de tener que permanecer más tiempo.

¡*Beeetsyyy!* —grito expulsando la poca energía que me queda.

No hay respuesta. Me tiendo exhausta sobre la rotonda llena de flores. En el centro una hermosa palmera da una refrescante sombra matutina.

Mi mirada se clava en el cielo azul poniéndome reflexiva. No entiendo la razón de toda esta adversidad a la que me confronto, me pregunto, ¿porque a mí? ¿Por qué existimos almas a las que la vida no nos sonrío?

Un pensamiento cruza por mi mente dándome escalofríos: ¿Qué tal si todo lo que estoy padeciendo es una prueba para hacerme más fuerte para lo que estoy por afrontar?

Piuff... suspiro sin tener la certeza de estar preparada para una mayor desventura.

Levanto el rostro viendo la villa de aspecto mediterráneo que se alza al frente. En la puerta principal hay una caja de dimensiones grandes. Algo así como de metro y medio de alto, largo y ancho. Me pongo de pie, aproximándome.

—¿Betsy? ¿Pusiste esta caja en este sitio? ¿Se trata de algún juego tonto? Te juro que no estoy para bromitas pendejas —digo en voz alta.

Golpeo la caja con el pie sin lograr moverla. Algo pesado se encuentra dentro.

Elevo la mirada al cielo con las palmas extendidas —¡Virgen Santa, dame una señal si debo abrir esta caja!

La rodeo encontrando una etiqueta que dice: *Para Peyton*.

El zumbido de un poderoso motor ronronea a lo lejos. A los pocos segundos el auto deportivo de Peyton se detiene en el aparcamiento a un costado de la rotonda.

—¡Dios mío, Nuviana! ¿Qué te ha sucedido? —pregunta viendo mi aspecto lleno de raspones y suciedad en el rostro. Por si fuera poco, la bofetada de Kyler comienza a tornarse azul violeta.

Me quiebro en sollozos abrazándolo —Peyton, por favor perdóname, mi amor. No deseaba provocarte...

—Olvídate de eso. ¿Qué te ha pasado? —me sacude de los hombros preocupado de ver mi devastado estado físico y anímico.

—Tu padre... —suspiro meditando mis palabras, no quiero incitarle un nuevo ataque— Tu padre aprovecho la oportunidad de tenerme vulnerablemente sola. Por favor nunca me vuelvas a dejar a solas en su presencia. No quiero volver a verlo.

—Tuve que irme para no hacerte daño. Esa maldita personalidad despiadada comenzaba a apoderarse de mí.

—¡Pusiste tu vida en peligro por protegerme! Pudiste tener un accidente. No puedes imaginar lo mucho que te amo. Juntos saldremos adelante —acaricio su cabello.

—Ojalá fuera así de sencillo...

—Conozco la verdad sobre tus crímenes. Estoy consciente sobre lo complicado de la situación.

—¿Crímenes? —evidentemente la palabra le parece muy dura.

—Es lo que es, Peyton. No hay otro modo de llamarlo cuando torturas a chicas inocentes...

Su reacción ante mi revelación, no es la de un hombre castigador y seguro. Muestra indecisión e inseguridad revelando un comportamiento pueril.

Atemorizado como un chiquillo descubierto en su fechoría, da un paso hacia atrás. Distrae su atención evitando hacer contacto con mi mirada.

—¿Porque no me victimaste? Soy mujer igual que todas ellas.

—No, ¡tú eres diferente! No permitiré que vuelvas a compararte con una de esas. Tú tienes principios, valores transmitidos por tu familia bien arraigados desde la infancia. A las otras sólo les interesa alcanzar status a través de un hombre que se los dé. No entienden que el estilo, clase y educación es algo que no puede comprarse.

Lo tomo de la mano para tranquilizarlo. —Huyamos al extranjero, comencemos una nueva vida.

—El pasado nos perseguirá toda la eternidad.

—No, no es cierto. No se puede cambiar el pasado pero puedes influir tu presente para cambiar tu

futuro y así forjar un nuevo pasado.

—Eres demasiado madura para ser tan joven.

—No soy tan joven como para no reconocer el amor que me llena cuando estas cerca. Yo también tuve una niñez difícil, traumática y no por ello ando puteándome a los chicos guapos que me cortejan.

Me abraza divinamente estrujándome a su pecho de Superman —Nuviana, yo no soy como tú. No puedo dejar todo atrás. Necesito mi estilo de vida, mis autos, mis propiedades, mi velero. ¿Qué voy a hacer al extranjero? ¿A trabajar de barman?

—Te verías muy sexy—le toco la punta de la nariz con el dedo índice. —¿Qué más da? Yo trabajaría en el mismo bar de chica *Coyote Ugly*. Veme a la cara, Peyton —sus ojos miel se encuentran con los míos—. ¿Me deseas a tu lado? ¿Me quieres?

—Claro que te quiero —contesta.

—¿Me quieres por mi belleza, por mi inteligencia, por mi dinero o solamente porque sí? —utilizo la misma analogía que escuché preguntaba a sus víctimas.

—Te quiero sin saber exactamente porqué,

—Entonces, eso es amor —su respuesta me basta y llena de esperanza—, Peyton, ya no es necesario que pongas a prueba la moral de una mujer, ahora me tienes a mí. Cada vez que te sientas tentado con ese impulso inverosímil que te lo dicta, llámame. Dejaré todo para que reunirme contigo y cuando este ahí, iremos a realizar la aventura más loca que se te pueda ocurrir, pero siempre juntos.

—No creo lograrlo, Nuviana. Es una fuerza que subyuga mi voluntad apoderándose de mi ser.

—Sí, pero esta vez es distinto, esta vez no lucharás sólo, y bien sabes lo cabroncita que puedo ser cuando deseo algo. Este amor va a vencer cualquier trauma que tengas dentro de esa cabecita loca.

—Gracias por aparecer en mi vida, Nuviana —acerca sus carnosos labios a los míos. Cierro los ojos entregándome a su sabor, a la pasión incontrolable que despierta haciéndome capaz de convertirme en amante, amiga, novia, cómplice, fantasía o todo a la vez.

—¿Qué es esa caja? ¿Dónde está mi padre? —rompe el maravilloso momento.

Me falta el temple para informarle que la chica que tenía cautiva durante años lo agarró a palos porqué su padre se disponía a abusar de mí.

Suelta mi mano para estudiar la caja —Hmm, nunca había llegado algo semejante...

—Antes de que llegaras eché un vistazo, y no tiene remitente. Sólo una etiqueta con tu nombre —le señalo.

—¿Viste a alguien más? —me pregunta con ojos suspicaces.

La pregunta inconcreta me pone en dificultades. Quisiera responderle además de tener el agrado de conocer a la chica zombi que se pasea drogada con una muñeca a la que se abren y cierran los párpados mostrando sus ojos verdes, también Kyler merodea la propiedad.

Con la misma ecuanimidad con la que engañe a su padre cuando era pequeña, respondo —No he

visto a nadie colocando esta caja, si es a lo que te refieres.

—Entonces abrámosla, detesto los misterios —le brota esa voz gruesa y controlada.

Jala el cordón colocado a un extremo para rasgar la cinta que asegura la caja. Poco a poco se hace un surco en la parte superior. Cuando termina, todas las paredes de madera se desploman arrastrando con ellas la cubierta.

Estupefactos, sin poder dar crédito a lo que tenemos frente a nosotros, vemos horrorizados el contenido.

Intento gritar pero el grito se ahoga en mi abdomen. La punzada que siento se transforma en repugnancia hacia lo que es capaz de hacer un ser humano trastornado. El dolor me dobla hacia el suelo. Las náuseas afloran haciéndome volver el estómago. Los espasmos se prolongan asqueada por la abominación de los hechos.

Peyton se lleva las manos a la boca. —¡Por Jesucristo! Por favor dime que no se trata de ella. No puede ser cierto...

En el piso y con un nudo en la garganta afirmo confirmándolo sus temores.

La caja escondía una jaula para animales que contiene el cuerpo de lo que una vez fue una de las mujeres más atractivas e inteligentes en Beverly Hills. Los barrotes de acero permiten ver sin problema el detalle del cuerpo desnudo de Stefanie...

Lo más espeluznante son los detalles y tiempo invertido por su ejecutor. El siniestro sadismo calculado raya en una enajenación absurda. El cuerpo está sujetado a los barrotes con unos ganchos que la sostienen jalando su piel. Las incisiones han sido hechas subcutáneas teniendo el cuidado de no provocar hemorragias. El asesino la ha dispuesto de una forma que la hace mantener una posición de cuatro puntos como si fuera un perro. Lleva una gargantilla de metal al cuello con una gruesa cadena que cae, aludiendo al trato animal que sufrió.

Su verdugo la ha despojado de su hermosa melena rubia rapándola, dándole un toque aún más perverso. Por si fuera poco le ha dejado los ojos abiertos haciendo el mensaje de muerte aún más impactante. El inerte color azul de su pupila refleja el destello de la tortura.

Tiene la boca amortajada con hojas de papel abultadas que le llegan hasta la garganta. La mandíbula trabada en la posición en la que abandonó este mundo. Hay dos notas colocadas fuera de sus labios, de ambos cuelgan dos etiquetas con el nombre de mi adorado Peyton.

El cuerpo está libre de rastros de violencia física pero no queda duda que su ejecución fue un verdadero suplicio.

Tres laceraciones en tono violeta son los únicos rastros de la tortura. Son tres pequeños orificios violeta que se le han formado sobre la piel contrastando con la palidez que trae la muerte. El primero en la espina dorsal en el área epidural, el segundo detrás de la nuca y el último en la tráquea.

Con mano temblorosa Peyton jala de la nota rozando los labios azulosos de Stefanie que se entreabren dejando salir el resto de la nota. Aún están suaves indicando que no lleva mucho tiempo de su muerte. Mi observación me provoca un sobresalto al pensar en la posibilidad que la pobre mujer haya sido dispuesta en esa siniestra postura aún con vida.

Por primera vez atestigo el reflejo del fantasma del miedo en el rostro de Peyton. La brutalidad a la que se enfrenta sobrepasa claramente la maldad descontrolada de su personalidad maniática.

Lleno del dolor que lo abrumba, lo desenrolla lentamente para leerlo. El verdugo, en su frialdad calculada le ha permitido a Stefanie escribir una nota de despedida...

¡Qué gélido momento de horror debió haber vivido sabiendo que la muerte la rondaba con su mundano aliento mientras escribía esta carta!

Para ti, mi idolatría y amor imposible:

Peyton, aun en mi peor desesperación pienso en ti. Mi condena está segura y mi suerte está echada. No le temo a la muerte, lo que me devasta es saber que al lugar al que me dirijo no estarás tú. Tengo miedo de enfrentarme a lo desconocido sin saber que estarás ahí para ofrecerme esos fantásticos amaneceres y fantasías desbordadas. Tu ausencia traerá un crudo desconsuelo a mi espíritu y un apabullante sentimiento de tristeza y desolación.

Sea cual sea mi destino final, ahí te esperaré. La idea de volver a ver tu hermosa sonrisa y sentir esas apasionadas caricias sobre este cuerpo que siempre te perteneció, mantendrá mi esperanza a creer que existe la vida después de la muerte.

A donde quiera que mi alma se dirija, te la entregaré con la misma convicción, dulzura y pasión con la que te entregué mi cuerpo y cariño.

Me voy satisfecha de haberte entregado todo mi amor aun cuando jamás me correspondiste. Me entristece tener que despedirme de la faz de la tierra sin ver realizada tu promesa de amor. Tus escasas muestras de cariño me proporcionaban fuerzas para conquistar el mundo, no puedo dejar de imaginar lo que hubiera sido de contar con tu verdadero amor.

No lo sé... tal vez ahora que ya no exista aprendas a valorar mi presencia cuando sientas el impulso de estar conmigo y no me encuentres.

Arriesgué todo por ti, y el precio que debo pagar es con la misma muerte. Desconozco si ella me permita extrañarte, pero tengo la certeza de que mi espíritu te llorará a mares durante la eternidad.

Me voy feliz por haberte tenido cada una de esas veces para mí. Tal vez en otra vida el destino nos permita estar juntos sin las absurdas decisiones que tomamos en esta.

Tuya por toda la eternidad,

Stefanie.

—¡Maldicióon, todo se sale de control! —Peyton cae de rodillas.

Saca de la boca los demás papeles que la amortajan. Cada uno es una carta que nada tiene que ver

con la de despedida. Se trata de otro mensaje, que lee y tira alrededor desesperado. La abre echando un vistazo para después arrugarlos nuevamente entre sus manos.

—Lo mismo, ¡todo es lo mismo! Cartas idénticas escritas una y otra vez utilizadas para amortajarla ¡Qué martirio haberla obligado a repetir esa carta del pasado una y otra vez!

Las lágrimas me afloran viendo como un hombre con la confianza del sol es reducido a uno devastado que se arrastra oprimido por el dolor. Veo su desconsuelo y sin embargo no sé cómo ayudarlo. Más aun cuando no entiendo a qué se refiere. Al parecer la carta de despedida difiere de las cartas que han introducido en la tráquea de Stefanie.

Decido no interferir y dejarlo afrontar su duelo a solas. De cualquier modo se ha olvidado de mí. Peyton entra a la casa agobiado.

—Papá, ¿dónde estás? —grita continuamente. Lo busca dirigiéndose al segundo piso.

Recojo del suelo dos de las cartas que han caído a un costado de la jaula. La desdoble y sin siquiera comenzar a leerla, la caligrafía de Stefanie vuelve mi mundo en un misterio aún más profundo.

Respiro aceleradamente al reconocer esa letra: es la misma caligrafía de Melanie y no solo eso, se trata de réplicas de la carta que dejó mi hermana antes del suicidio. No son copias, es el original escrito una y otra vez.

¡Dios! ¿Qué es esto? ¿Por qué tiene esto Stefanie en su poder? ¿Qué tuvo que ver con la muerte de Melanie? ¿Por qué no nos dejan en paz? ¿Que obtienen con semejante crimen?

El descubrimiento me deja algo claro: Melanie debió haber sido asesinada. De lo contrario su muerte ya estaría enterrada en el pasado sin regresar continuamente a mi presente.

Aprieto la carta con mi puño llena de rabia y desconcierto. Estoy segura que Benett es el que ha orquestado todo, sin embargo, estoy lejos de comprender como Melanie podía haberle ayudado con sus motivos.

El alboroto hace que Betsy salga de su escondite. Ha observado todo oculta tras los arbustos de un frondoso árbol. Se aproxima tímida percibiendo mi ira. Curiosa, se asoma a la jaula viendo el cuerpo asesinado. Su reacción es moderada como si estuviera acostumbrada a ver cadáveres.

—Betsy, habíamos acordado vernos frente a la casa. Si decides venir conmigo vas a cumplir con los tratos que hacemos al pie de la letra, ¿entendido? De no ser así puedes quedarte aquí, yo me largo —le digo con ganas de matar a todos para acabar de una buena vez con esta historia ilógica.

Avergonzada, asienta. —Lo siento, estoy acostumbrada a esconderme.

—¿Viste a alguien más? ¿A mi atacante? —niega con la cabeza.

Se escuchan voces dentro de la casa. Peyton y Benett están por salir.

—Vámonos de aquí, Betsy. —La tomo de la mano alejándonos hacia los autos. Estamos por subir a uno de ellos cuando se oye un grito enérgico.

—¡Betsy! —exclama Peyton sin dar crédito al verla libre.

—Ignóralo y continúa caminando—le digo—. No voltees hacia atrás

—¡Betsy! —vuelve a llamarla.

Ella sigue mis instrucciones hasta que la voz de Peyton se torna imperativa. —¡Detente! ¿Acaso pretendes abandonarme? ¿Después de tanto?

Betsy se detiene. Su pecho se abulta indicando que le pesa ignorar esa voz irresistible.

—Debemos irnos —insisto.

—Se lo que estoy haciendo. Dame un minuto y estaré de vuelta —me dice.

—Pero...Betsy, no quiero abandonarte aquí.

—Tú también debes aprender a confiar en mí. Sé que piensas que estoy loca, pero no lo estoy. Para demostrártelo dejaré en tus manos a mi única compañía durante este cautiverio —me entrega su muñeca acomodándole un pequeño mechón que se le ha encrespado y se da la vuelta dirigiéndose hacia él.

Peyton no puede ocultar su complacencia al verla aproximándose. Sabe que sus llamados han logrado su propósito. En lo que me parece un derroche de actuación teatral, él intensifica lo dramático de su voz preguntando: —¿Es esto el final? ¿Te vas así como si nada?

Su desconsuelo ante Betsy comienza a irritarme. Ya me espero todo, incluso el beso apasionado de despedida el cual no pienso ser capaz de soportar. Un pensamiento involuntario de suicidio cruza por mi mente.

Betsy se detiene y con una simple frase hace romper al gigante en emociones—: Mi hora ha llegado, Peyton —le extiende su mano que él toma delicadamente.

Una punzada de celos emerge arrastrándose por mi garganta. Aprieto la mandíbula. Mi postura se torna atenta ante la extraña sensibilidad que Peyton muestra.

Trago saliva atestiguando como guarda silencio imposibilitado de articular palabras abrumado por una tristeza que no logro descifrar si es genuina o fingida. Quiero pensar que tengo el rol más relevante en su vida, que soy la única mujer capaz de hacerlo feliz y de arrancarle sonrisas, la única por la cual es capaz de llorar, pero la escena me demuestra una incómoda verdad:

Peyton derrama una lágrima mientras continúa acariciando la mano de Betsy. Al parecer, la vida le ha arrebatado en un instante a las dos mujeres más importantes en su vida, y no me refiero a mí.

Mis pensamientos se dispersan y el amor duele...

No es que haya encontrado al hombre adecuado en el momento equivocado, no, con Peyton el momento adecuado es inexistente. Es un enigma impenetrable, un misterio insoluble al que te entregas con todo tu amor rogando al cielo que los instantes de felicidad perduren. Los fugaces instantes llenan el corazón femenino deseoso de amor.

Betsy captura entre sus labios la lágrima que recorre la pendiente de la mejilla de Peyton y añade: —Es hora de reencontrarme con el mundo externo, ya no soporto esta soledad.

—Comprendo, pero te traerá muchas dificultades.

—Prefiero afrontarlas a seguir pudriéndome entre estas paredes ¿Cuánto tiempo, Peyton?

La mira confundido —Cuanto tiempo, ¿qué?

—¿Cuánto tiempo estuve aquí encerrada? Eres incapaz de comprender lo que significa estar esperando a que vengas y nunca aparezcas.

—Diez años, Betsy.

Baja el rostro —Wow... eso es mucho tiempo... ¿Comprendes ahora por qué debo irme?

—Pero, ¿qué será de mí? Mi mundo se vendrá abajo.

—Finalmente no se trata de ti, sino de mí. Tu mundo seguirá girando como siempre, ya no me engañas. No te culpo por haber cesado de visitarme. Me abandoné a la soledad y depresión descuidando mi vanidad de mujer. El ver cómo te comportas con esta chica me lo ha dejado claro, lo vi todo.

Peyton no sabe que responder ante la sorpresa —Pero, Betsy...

—No hay marcha atrás, Deseo incorporarme a la aventura de volver a vivir y de forjar mi destino. Por el momento, te digo adiós. Será difícil no echarte de menos. Búscame, no deseo que desaparezcas de mi vida, tal vez podamos encontrar un futuro común allá afuera.

Betsy da un paso atrás dándose una coqueta vuelta flexionando una de sus rodillas hacia atrás. El gesto es verdaderamente inspirador y llevado a cabo en el instante preciso.

Hmm... súper... la chica tiene lo suyo. —pienso intentando controlar los celos que me queman.

De haber tenido otro atuendo hubiera puesto a suspirar a cualquier hombre. Saca su feminidad y no se ve nada mal para lo desaliñada que se encuentra. No espero nada a cambio pero no deseo que el liberarla de su cautiverio la convierta en mi peor adversario.

Betsy se recupera rápidamente de las sedaciones y se encuentra emocionada por reencontrarse con la libertad. Es claro que está determinada a irse conmigo, aunque desconozco el precio que pagaré por ello.

Me dirijo al auto deportivo, abriendo la puerta. Subo sabiendo que siempre deja las llaves en el interior.

Repentinamente, Bennet aparece atravesando la puerta principal de la casa. Lleva vendada la cabeza y un cabestrillo sosteniéndole el brazo.

—¿Qué son esas estúpidas lágrimas, Peyton? Los hombres no lloramos. ¿Qué diantres está sucediendo aquí? —exclama viendo la jaula con el cadáver.

Se acuclilla estudiando pacientemente la posición e imperceptibles heridas en la piel de la víctima. El rostro le parece familiar pero el hecho de estar rapada dificulta reconocerla. Finalmente su gesto se torna grave, la ha identificado. Su reacción es revisar las cartas que hay tiradas por doquier.

—Papá, alguien ha asesinado a Stefanie... ¿qué criatura desalmada puede odiarla a tal grado?

—Eres un imbécil, de no adivinarlo. Detén a esas dos mujeres o ambos moriremos en cuanto partan.

Sin entender a lo que se refiere, pero reconociendo lo grave del tono de su padre, grita: —¡Nuviana, espera!

¡Putra Madre, ya era hora que se diera cuenta que existo! Lo volteo a ver sentada en el puesto del conductor —Ahora que necesitas algo, ¿recuerdas mi presencia? —reprocho enfadada—. No haré nada por tu padre. Arréglatelas solo, Peyton.

—Por favor, es de vida o muerte —dice implorando comprensión.

Grrr... ¡Bah! Me odio por quererlo tanto —¿Qué sucede ahora?!

—¿Qué respondo? —le pregunta a Bennet.

Este baja la voz diciéndole —Dile exactamente lo que te diré o no volveremos a ver la luz del día.

Peyton asiente pero continúa sin darme respuesta hasta que: —Por respeto a la mujer que han asesinado te pido nos des unos minutos para subirla al auto de mi padre. Después partiremos en ambos autos. No te pido más.

—Que quede claro que lo hago por ti. Tienen cinco minutos, después me iré —ahora me dirijo a Betsy—. Sube al auto o te quedarás aquí otra larga temporada —decido amenazarla. No estoy de buen humor después de ver como desmorona a Peyton.

Enciendo el potente motor y presiono el botón que repliega el techo convirtiéndolo en un convertible. Me hago un chongo alto revoloteando mi cabello. Betsy mira atenta mi destreza al hacerlo. Intenta hacerse uno hasta que desiste sin poder recogerse el cabello adecuadamente.

Coloco el auto en dirección al sendero que lleva a la salida. Cualquier estúpido personaje que se le ocurra aparecer me hará presionar el acelerador a fondo para escapar de esta casa que parece ser la antesala al infierno.

Peyton se apresura. Sabe que soy mujer de palabra y que partiré exactamente después del lapso mencionado. Lo que me inquieta saber, es la razón de la prisa que llevan. Ambos se apremian diligentemente cargando la jaula con todo y Stefanie dentro, metiéndola en la camioneta de Bennet.

No puedo escucharlos pero interactúan mucho entre ellos:

—¿Qué está sucediendo, papá? —pregunta desconcertado buscando consejo—. No entiendo por qué todo se está desmoronando después de tantos años.

—Todo esto ha sucedido por una simple razón: Kyler se salió de tu control y yo no fui capaz de preverlo. Peor aún, se ha enterado de la existencia de esta casa. El secreto que le escondimos desde que Melanie se suicidó.

—¿Estás seguro de ello? ¡Eso sería una tragedia! De ser así buscará venganza. Nos matará aquí mismo.

—Peyton, en momentos de crisis tienes que aprender a dejar de ser impetuoso y pensar objetivamente. Kyler jamás nos haría daño sabiendo que Nuviana y Betsy están presentes, y de no estarlo, tendríamos que enfrentarlo.

—Después de los años en el sanatorio mental jamás podríamos dominar su violencia despiadada ante sus enemigos. ¿Acaso lo somos? —pregunta alarmado.

—Tu lograste controlarlo al mostrarle que podía confiar en ti pero ahora es como un animal herido, es sumamente peligroso. Se vengará según le dicte su instinto.

—Esto se ha convertido en una locura. ¿Cómo pudo enterarse de la casa en la playa? Ni siquiera estaba a nuestro nombre. Dudo que Stefanie nos traicionara.

—Es difícil que puedas imaginar el horror que esta mujer tuvo que atravesar para forzarla a expulsar de sus labios algo que pudiera ponerte en peligro. No sólo te entrego su corazón, alma y fortuna, sino su misma muerte. Yo no lo llamaría traición cuando la tortura a la que te enfrentas sobrepasa el entendimiento humano. Es un mensaje rotundo y claro. Kyler sabía que con las llamadas misteriosas vendría a buscarte aquí mismo.

—¿Y para mandarte un mensaje aniquila a una de las mujeres más relevantes en mi vida?

—La posición con la que preparó su cuerpo no es mera coincidencia. Lo hizo deliberadamente aludiendo al tiempo que Kyler pasó en la clínica cuando yo lo visitaba en las noches. Bien sabía que tenía que adoptar esa posición a mi llegada, o de lo contrario volvería a suministrarle una droga que lo hacía temblar de dolor por una semana. Una dosis de escarmiento que ni siquiera con su resistencia y gran umbral al dolor, podía soportar.

Peyton basquea sin poder disimular el asco de los abominables actos de su padre. —Por favor no me des detalles... no deseo saber lo que pasa dentro de la clínica.

—Stefanie pago el precio de ser nuestro cómplice y de conocer la verdad. Es prácticamente imposible que haya podido resistirse a los métodos de Kyler. Fue forzada más allá de su voluntad. Tengo la certeza que ahora lo sabe todo.

—Papá, te imploro que terminemos con esto. Hemos llegado demasiado lejos.

—¡Esto se termina hasta que yo lo diga! Así que continúa proveyéndome de esas chicas que merecen el castigo que me faltó darle a tu madre. De no recibir su merecido serán unas adúlteras igual que ella. ¿Ya no recuerdas lo mucho que te hizo sufrir?

—Ya le he perdonado, ¿no existe perdón en tu corazón? El tiempo al lado de Nuviana me llenó por completo y logré dominar esos actos dementes hasta que perdí el control al sentirme tentado por Patricia Lynch.

—Y eso es justo lo que demuestra que eres incapaz de contener tu personalidad bipolar. Tienes carácter asesino y necesitas estar al acecho cazando esas putas para mí.

—Está bien, Padre... Tú sabes lo que es mejor para mí. ¿Qué hay de las cartas escritas por Stefanie? Tuve que sacárselas de la garganta. Esta amortajada de ellas.

Los veo como conversan preocupados. Han transcurrido los cinco minutos. Sin avisar que partimos, acelero tomando la vereda empedrada que lleva hacia la salida. Ambos voltean a verme

poniéndose pálidos de nuestra partida. Se apresuran como si necesitaran estar cerca de mí. Betsy agita la mano despidiéndose como si esto fuera un viaje de vacaciones. Por lo que a mí respecta, no me sentiré segura hasta que cruce el portal que delimita la propiedad. Por el retrovisor puedo ver que ambos terminan de meter la jaula y arrancan con apremio.

En el camino voy maldiciendo a la humanidad. Estoy mega enrabiada de la última escena entre Peyton y Betsy. Ni siquiera los otros acontecimientos bizarros logran afectarme de tal modo.

El hermoso portal fabricado con hierro forjado e incrustaciones de madera, se divisa a lo lejos. Su altura de tres metros me recuerda que no sé cómo abrirla.

—¡Mierda, lo que me faltaba! Otro problema que resolver —grito dándole una palmada al volante.

Betsy intenta decirme —No te preocupes, si gustas...

—¿Qué no me preocupe?! —la interrumpo— Tienes razón, querida. Tú relájate y disfruta del paseo. ¿Para qué mierdas preocuparse si esto ha sido una linda reunión familiar organizada por el diablo en la que por poco me violan?!

—Lo que deseaba decir...

—¡No quiero ni una sola palabra inteligente o te bajas y te quedas aquí el pinche resto de tu vida!

—Está bien —hace cara de compungida.

—No estoy para pendejaditas en este momento —me brota mi explosivo carácter italiano.

Bajo la velocidad aproximándome lentamente. Para mi sorpresa se abre automáticamente.

—¡Ja, finalmente algo sale bien!

Acelero precipitadamente. Espejeo viendo como una silueta cierra el portón. Por su modo de andar, debe ser Kyler. No pienso detenerme para indagar como terminará todo. Deseo perderme entre las curvas de las colinas.

A los pocos segundos, sale la camioneta pickup de Bennet desplazando violentamente la reja de hierro. Las bolsas de aire (airbags) se despliegan ante el impacto, pero ni siquiera ello evita que continúen avanzando.

Aumento la velocidad perdiéndolos a lo lejos. Sólo espero que no hayan arrollado a Kyler. A pesar de su hostilidad, puedo ver en su mirada a un ser humano que ha sufrido demasiado y que busca un lugar donde alcanzar la paz de su torturada alma.

Sea como sea, juro no volver a poner un pie en esa hermosa villa en la playa que esconde los secretos más terribles de la familia Brax.

A través de la velocidad logro controlar mi ímpetu que estalló desquitándose con Betsy. Me guste o no, me salvó de las garras de Bennet y estoy en deuda con ella.

Para cuando alcanzamos la ciudad me siento aliviada de llegar a mi hogar.

Capítulo 17

Iniciación

—Pasa, estás en tu casa —le cedo el paso a Betsy después de abrir la puerta de mi apartamento.

No toma la iniciativa para entrar. En su lugar, comenta—: Siento mucho si te hice enojar. Desconozco lo que desató tu furia, pero te pido me disculpes. Si gustas puedo irme a otro lado, no tienes porqué alojarme contigo de no desearlo.

Sus palabras me hacen dar un profundo suspiro deseando haber controlado mejor mis emociones —Es complicado de explicar, Betsy. Siento haberte gritado de ese modo. Fueron demasiados sucesos y emociones aglomeradas en poco tiempo. Además, no siempre me arrastro por túneles subterráneos con chicas como tú —esbozo una leve sonrisa buscando su empatía.

—¿Uh? —exclama confundida. Su capacidad de entendimiento aún no está al cien por ciento.

—Puedes quedarte aquí conmigo, al menos en lo que te reincorporas con la vida. Es una oferta sincera, pero no puedo forzarte a aceptarla —le digo remarcando que es su decisión y no la mía.

Asiente —Gracias, deseo quedarme. Creo que puedo aprender mucho de ti. Eres una mujer con muchas cualidades.

Su comentario me conmueve provocándome ojos acuosos. —Vamos, entra ya. Hay mucho que conversar durante las siguientes semanas.

Abraza a su muñeca dando pasitos inseguros hacia el interior de mi apartamento.

—Ven, sígueme. Te mostraré tu cuarto.

Abro la puerta de la habitación de visitas el cual jamás he usado como tal. Apenas hace pocos días que regrese a mi apartamento.

—Qué lindo es —dice sin poder creer lo grande que es la ventana—. Es un ambiente acogedor y cálido. Lo que más me gusta es poder ver hacia afuera sin tener que subirme a una caja de puntitas.

Es todo tuyo. Y ahora hay que ducharse y después dormiremos tres días seguidos —tomo un comportamiento un tanto maternal al verla cohibida y desorientada.

—¿Tres días? ¡Pero hay tanto por descubrir! —Su comentario me recuerda cuando deseaba

recuperar la memoria. No podía dormir intentando recordar. Caminaba durante horas por la ciudad esperando que algo me indicara el lugar donde encontrar mis pensamientos perdidos.

—Es una broma, Betsy. Por lo pronto necesitamos relajarnos. Toma, aquí tienes unos sport pants y una blusa para que te sientas cómoda. Imagino que no te dio tiempo de hacer tu maleta antes de partir —le sonrío pero ella se queda meditando en mis palabras. Por lo visto mi sentido del humor se tambalea.

Abro la puerta del baño para mostrarle la ducha y la bañera. Antes de entrar, se carcajea ruidosamente sin poder detenerse. Su risa es estruendosa. Me contagia fácilmente.

—Me hago del baño aquí mismo... —dice riendo cayendo al suelo— ”no me dio tiempo de hacer mi maleta” *jja jaa jaaa!* —al parecer después de minutos comprende mi broma.

Ella continúa riendo. Abro el grifo de la bañera dejando que el agua se entibie. Agrego unas gotitas de aceite de Jazmín, deseo que se relaje tomando un baño sin las preocupaciones de los últimos años.

Siento la mirada de Betsy en mi trasero cuando mis bragas se asoman al inclinarme hacia la bañera. La situación me incomoda. Ella no ha comenzado a quitarse la ropa. Intuyo que después de tanto tiempo en soledad, necesita privacidad para desnudarse en su intimidad.

—Tómate tú tiempo. Te veré en la mañana. Siéntete con la libertad de andar y tomar lo que te plazca.

—Gracias —responde brevemente.

Cierro la puerta del cuarto de huéspedes recargándome en ella dando un suspiro retomando energía. Después de una pequeña pausa me dirijo a mi habitación. La cama acolchonada llena de cojines invita a dormirse, pero primero deseo arrancarme de la piel las bizarras experiencias del día.

Me ducho y al terminar, me pongo unas bragas, un top al ombligo y anudo una toalla sobre mi cabello húmedo.

Uts... lo que necesito es una copa de un buen vino para olvidar. Me dirijo a una pequeña cava de vinos a un costado de la cocina. Un sentimiento de nostalgia me asalta viendo una botella de la tierra de mi padre. Un *Chianti Classico* de la Toscana.

Descorcho la botella vertiendo su aromático líquido en una copa. La agito en círculos dándole unos segundos para que el vino respire, abra e impregne el cristal antes de catarlo. Lo bebo cerrando los ojos dejándome transportar a mi adorada tierra que me vio nacer: Italia.

En mi andar hacia la sala, me encuentro con la muñeca de Betsy tirada sobre la duela. La recojo sentándome sobre el sofá. Echo un vistazo asegurándome que Betsy no esté en los alrededores y me dirijo a la muñeca:

—¿Por qué te han cuidado tanto, eh? Eres muy linda y siempre tan aseada y *chic* —digo examinando su ropita—. ¿Qué tantos misterios escondes tras esa silenciosa belleza? ¿Cómo te llaman? —La muñeca tiene ojos verdes. Solo se escucha el *clac, clac* de los párpados abriéndose y cerrando cuando la acuesto y levanto.

Me tiendo en el sofá entreteniéndome en observarla. Descubro que la ropa está hecha a mano. Betsy ha confeccionado cada una de las prendas, lo cual demuestra su buen gusto por la moda. Lo que no

entiendo es por qué ella viste de ese modo tan anticuado.

¡Vámos, Nuviana! No seas tonta, no puedes reprocharle esas tonterías superficiales. Además, respeto inmensamente lo que ha tenido que vivir durante todos esos años —me reprimo por lo absurdo de mis pensamientos.

Enciendo el sistema de sonido. Cambio varias veces la lista de música antes de seleccionar la que considero más apropiada para transportarme a ese mundo paralelo que deseo embarcarme. Me decido por música Chill Out.

Cojo de la repisa otra copa de vino previendo que Betsy desee unirse a la velada.

Transcurre más de una hora sin saber de ella. Imagino que estará aseándose a profundidad o tal vez ya se ha quedado dormida. Es extraño tener alguien en casa al que apenas conoces sin saber sus rutinas.

Termino media botella de vino. Finalmente comienzo a relajarme. Cruzo los pies sobre el sofá viendo la tranquilidad que me rodea.

Así como el día es acción y movimiento, ahora abrazo un cojín en la silenciosa noche llena de paz, reflexión y añoranza. La luna brilla afuera entrando por el ventanal de la sala hipnotizándome con su tenue luz, incitándome a soñar con mis más profundos deseos: La presencia de Peyton, mi más ardiente adicción. La habitación se llena de esas imágenes donde todo existe y perdura.

Añoro sus gruesas manos acariciándome la piel haciendo temblar mi cuerpo rendido ante su excitante poder. Cierro los ojos suspirando de recordar como introduce sus dedos en mi pliegue íntimo acariciando suavemente mi clítoris que se expande impaciente por encontrarse con sus labios húmedos de hombre.

Podrá sufrir del trastorno bipolar, pero en la intimidad, cuando está conmigo, muestra unas facetas hermosas contenidas en una sola identidad. En esos maravillosos encuentros apasionados cambia de temperamento prevaleciendo la personalidad que tanto ha logrado enamorarme. Comienza siendo ese chico divertido, cautivador, que sabe atraer la atención femenina con sus gestos y buena conversación. Después pasa a su fase seductora con incitantes miradas y ocurrentes comentarios. De ahí, toma el camino de la ternura con esas delicadas caricias y besos castigadores que subyugan el alma. No tardas en sentir tus estrógenos arremolinándose en la entrepierna y tus sentimientos amontonándose preparados a desbocarse. Es ahí cuando su presencia te lleva a aspirar una sola cosa: el que te haga suya.

Alcanzado ese punto, Peyton te hipnotiza clavando su iris color miel en mis pupilas. Son ojos que intuyen la profunda turbación de las emociones que ha causado. Su mirada muestra la certeza de que le entregarás tu piel sin esperar a que te la regrese. Tiene el don de convertirte en un ángel del infierno provocando que afloren tus instintos más básicos y salvajes mientras te hace el amor sin desenfreno, sin medida. No te obliga, pero termina haciendo todas esas cosas que antes de conocerlo pensabas que serían impensables o que considerabas impías. Terminas llena, complacida hasta la médula sin lograr comprender el misterio que encierra este hombre para lograr deleitar a una mujer de un modo tan completo. Lo demás prevalecerá en tu memoria recordando sin remordimientos el día que te guiaron a probar las situaciones más ardientes...

Con esos deliciosos recuerdos me voy a mi habitación. Antes de entrar, el silencio se ve interrumpido por unos jadeos casi imperceptibles. Decido indagar el origen de los mismos

desplazándome por el apartamento. Los gemidos se hacen más nítidos conforme me aproximo al cuarto de huéspedes. La puerta está entre abierta y una tenue luz ilumina la habitación.

Me asomo viendo el cuerpo desnudo de Betsy.

¡Virgen santa! La mujer que se escondía bajo el camisón anticuado es bellísima... —murmuro asombrada apreciando como arquea la espalda mostrando una cintura estrecha y abdomen plano. Las piernas son largas y los muslos hermosamente torneados. La silueta que escondía bajo el ancho vestido no corresponde a la apariencia que daba.

Betsy ha curioseado en el closet y ha encontrado mi arsenal de juguetes eróticos.

Siento empatía por ella. Conozco la sensación de desear redescubrirte como mujer. Lo viví en carne propia cuando semanas después de escapar del centro psiquiátrico comencé a preguntarme sobre la vida sexual que llevaba y deseaba tener.

En el caso de ella, desconozco su actividad sexual. Deseo pensar que no ha tenido a Peyton como compañero para ello.

Me llevo la palma de la mano a la frente sorprendida de ver la cantidad de diferentes modelos de juguetes eróticos que yacen sobre la cama y el piso de la habitación.

¡Putra madre! ¡Jamás pensé tener una colección tan extensa! Podría proveer de orgasmos a todas las mujeres de Beverly Hills con tan sólo organizar una fiestecilla aquí en el apartamento.

Los hay de todas las formas, colores y materiales. El comportamiento de Betsy ante los juguetes es inexperto. Los estudia pero cuando no logra entender cuál es el propósito del uso, los descarta tirándolos al suelo. Por ejemplo, un modelo de simulación de sexo oral, el cual no consiste en un falo fácil de entender.

De momento sostiene en la mano uno de los artículos eróticos destinado para principiantes: un dulce *Cup Cake*, fabricado en silicón rígido. Un adecuado acompañante para viajes al no tener ninguna forma fálica, sino la inocente apariencia de un dulce pastelito logrado a la perfección. Su utilidad viene cuando se acciona el botón superior decorado como una gran cereza rematando su cumbre. Al presionarlo, el bello pastelito comienza a vibrar. Los redondeados bordes y la cereza se convierten en una delicia al frotarlo contra la parte íntima femenina, convirtiéndose en una excelente compañía para un *solo*.

Betsy descubre finalmente que la cereza es el botón que lo enciende. La aparente inocencia de ambos se desvanece cuando comienza a explorarse y el *Cup Cake* deleita su entrepierna con sus moderadas vibraciones.

El otro utensilio que parece interesarle me preocupa un poco. El pasar del moderado *Cup Cake* para principiantes al *Magic Wand* para niveles avanzados es un tanto brusco. Es como comparar un pistolita calibre 22 con una espada láser de *Star Wars*. Y es que lo que una vez desarrolló la empresa Hitachi en los años setenta con la finalidad de inundar el mercado con un masajeador para aliviar dolores musculares y calmar tensiones de espada, se convirtió sin desearlo, en una de las leyendas más respetables en cuanto a juguetes eróticos se refiere. El hit ha sido tal, que tiene la reputación de ser una máquina de orgasmos, el "Cadillac de los Vibradores".

Fue concebido para la rehabilitación muscular y no para andar jugando con semejante poder entre las piernas, es por ello que el diseño no es el más sexy y seductor del mundo. El imponente vibrador tiene un largo de treinta centímetros y el cabezal metálico es del tamaño de una pelota de tenis con seis velocidades y modos de vibración. Como bien se entiende, no es para andarlo metiendo en aquellos lugares en los que nunca entra el sol, sino que debe limitarse para uso externo. Dudo que Betsy lo sepa...

Termina de utilizar el *Cup Cake*. Su cara se torna cachonda pero no está satisfecha. El pastelito sirvió para encender aún más el deseo de aliviar su necesidad sexual, pero no la ha llevado al éxtasis.

Animada por continuar su iniciación en juguetes eróticos, conecta el cable del *Magic Wand* a la corriente al darse cuenta que no tiene baterías. No serían suficientes para suministrar la energía que necesita. El vibrador necesita estar conectado para funcionar de manera eficaz.

Estoy a punto de intervenir cuando veo como estudia el cabezal, sin embargo decido sólo interrumpirla en el caso extremo que se le ocurra insertarlo en la ranura que Dios nos dio. Sería como meterse una cabeza de un proyectil nuclear y peor aun cuando lo encienda. Como dije, este juguetito no está destinado a introducirlo, sino a gozar con las mega-vibraciones que produce.

Lo enciende. El ruido la sobresalta provocando que lo suelte haciendo que caiga al piso. Voltea hacia la puerta pero no me muevo de mi lugar. El pasillo esta oscuro y el contraste con la tenue luz de su habitación hacen imposible que me vea.

Atropelladamente lo recoge del piso para apagarlo como puede. Mi inexperta huésped no anticipaba esos decibeles vibratorios. Me recuerda a mí antes de que Chris me introdujera a este maravilloso mundo de juguetes íntimos.

Se pone de pie. Me desplazo de puntitas hacia la sala. Imagino lo que hará.

¡Zack! —cierra la puerta de su habitación.

Me quedo sentada en el sofá cama curiosa de lo que sucederá. Se vuelve a escuchar el rotor del vibrador. El ruido que produce no es el más discreto y comienzo a pensar que es demasiado para estas horas de la madrugada.

—*Mmmhhh... ¡Argh...!* —Gime como leona en celo. Esculpo una sonrisa pícara intuyendo que lo ha colocado sobre su monte de venus.

Treinta, veintinueve, veintiocho... —comienzo la cuenta regresiva. Sé el placer que experimenta.

La intensidad de las vibraciones es irreal. Incluso antes de adquirirlo había sido muy escéptica a los resultados que prometía o escuchaba de algunas de las amigas del *Fitness Club*. Después de tantas recomendaciones, decidí probarlo para no depender de comentarios ajenos. El día que llegó por Amazon, lo conecté viendo el intimidante tamaño.

Teniendo en mente el día que volvería a encontrarme con Peyton, no dude en ajustarlo en lo más alto de las vibraciones. Estaba extremadamente caliente imaginando si llegaría el día para volver a tener relaciones íntimas con él. Aquel día presioné el botón accionando las seis mil revoluciones por minuto. Impresionada por la vibración que sentía en la mano, lo coloqué en mi entrada inferior, a moderada distancia de mi botoncito del placer.

Diecinueve, dieciocho, diecisiete...

El resultado fue demoledor. A los pocos segundos me revolcaba sobre la cama. El estallido de placer fue tal, que durante minutos perduraron las ondas de choque en mi interior. A partir de ese momento, supe que fue Dios el que debió haber inspirado a los ingenieros japoneses para aliviar a las mujeres necesitadas en su reino en la tierra. Después de esa experiencia le guardé todo el respeto que me merece.

Cinco, cuatro... —escucho como sus gemidos aumentan notoriamente.

Tres, dos, uno... —Ahora debe de estar por llegar... —me digo curiosa por escuchar el desenlace.

Ah... ahh... ahh...—grita olvidándose por completo del ruido que hace.

Suspiro satisfecha de saber que es una mujer emocional y no un maniquí. El juguetito es altamente eficiente llevándote de cero hasta el orgasmo en treinta segundos o menos.

Se escucha como se tira o cae al suelo. Continúa su fantástica experiencia aumentando la voz. Todo me parece dentro de los límites hasta que continuo escuchando el vibrador encendido y la loca esta comienza a hacer unos rugidos que parece que se la están cogiendo seis leones.

¡No mames que escándalo! —me digo— ¡Los vecinos van a pensar que le estoy cortando las pelotas a King Kong! Peor aún, pensarán que soy una promiscua del carajo.

¡Pum! ¡Pum! —golpetea el suelo.

¡Esto ha sobrepasado los límites! Ofreces tu hogar y salen con estos comportamientos fuera de lugar —me escucho sonando como abuelita anticuada.

Me pongo de pie enfadada de escuchar que los gritos no cesarán en ningún momento.

Abro la puerta y no puedo creer lo que veo. La Betsy, no satisfecha de haber alcanzado su *big O*, intenta introducirse todo el cabezal.

¡Maaaadre Santa! ¡Ese hoyo sí que es flexible! —lleva la mitad del cabezal dentro. Mi entendimiento no puede alcanzar a sospechar lo que está mujer experimenta. Se rueda de un lado al otro sacudiendo las caderas con los ojos en blanco. Parece poseída en lugar de estar gozando, pero de no gustarle lo apagaría, al menos eso pienso.

Decido hacer algo. Me preocupa irme y que intente metérselo por el culo.

Abro la puerta, entrando a paso decidido. La muy golosa lo sostiene con ambas manos como si se estuviera haciendo un harakiri. Está en otro nivel. No se percataría de mi presencia aunque le pasara por encima. Ha alcanzado el estado Nirvana.

—¡Betsy! ¡Betsy! —le grito angustiada.

No me escucha, tiene la mirada perdida. De seguro se le han volteado los ojos de las vibraciones.

Odio interrumpir a una mujer que tiene medio vibrador metido entre las piernas, pero me atrevo rozándole una de sus piernas. El contacto provoca que el iris regrese a su lugar estabilizando su mirada.

—¡Basta, Betsy! Es hora de que dejes de meterte eso antes de que te hagas daño.

—Me... met... —no consigue articular palabra. Las vibraciones le sacuden las cuerdas vocales.

Finalmente lo logra—: Me... ¿meterlo? ¡Si lo que trato es de sacarlo!

—¡Que dices! ¡Ay su pinche madre, pobre alma! —grito jalando el cable separándolo de la corriente. Se queda tendida sin moverse.

Con aliento acelerado, me dice—: Lo siento, se atoró estando dentro formándose un vacío y comenzó a succionarme. *Piuff*, admito que cuando tenía la mitad dentro sentí que me llamaba San Pedro. Esto es un arma deliciosa que debe respetarse —dice muy seria.

—¡No me digas que lo aplicaste sin ponerte lubricante!

—¿Uh? ¿Lubricante?

El ver su mueca de ingenuidad estando desnuda con el *Magic Wand* a un costado es una imagen que me es demasiado simpática.

—Disculpa que me ría pero es muy gracioso. Ya me agradecerás en la mañana que te haya salvado la vida o te hubiera tenido que sacar el vibrador de la garganta —mi tonta ocurrencia me provoca más risas. Me da vergüenza no poderme controlar, así que me retiro a mi habitación—. Buenas noches, trata de dormir.

Entro a mi cuarto cerrando la puerta bajo llave.

Capítulo 18

Compañía

Me quito el top sintiendo la suave textura de la sábana de seda. Acaricio mi busto incitada por las ardientes escenas que acabo de presenciar. Desearía explorarme en solitario pero caigo en un profundo sueño que no demora en agitarse.

Mi cabeza viaja incitada por el erotismo, tornando la noche en un mar de actividad cerebral. Imágenes vienen y van constantemente. Lo atemorizante del día también se filtra mezclándose con la intimidad de mis sueños.

Betsy me observa parada frente a mi cama estando completamente desnuda. Tiene un cuerpo firme, esbelto con un bello busto. La curva de su cadera se ensancha estéticamente dándole una envidiable silueta de reloj de arena. La penumbra impide que vea su sexo pero los rayos de luna delinean la línea alba en su entrenada figura. La imagen sería excitante a no ser por el cuchillo que sostiene en la mano. Lo acerca engancho con la filosa punta la sábana de seda que me acobija. Me destapa observando atenta mi cuerpo semidesnudo que se devela ante sus ojos.

Deja el cuchillo sobre la sábana y se tiende conmigo. Juro sentir sus pezones erectos pegados a mi espalda mientras besa mi hombro.

Pega su pelvis a mi trasero. El roce de nuestros cuerpos saca chispas. Se amolda a la curvatura de mis glúteos deleitándose con su forma. El vello púbico de su jardín femenino en forma de un diminuto triángulo atraviesa el encaje de mi braga cosquilleando mi piel. Betsy muestra su excitación moviendo el abdomen en suaves ondas mientras busca el filo superior de mi prenda íntima. Sus dedos invaden mi abdomen bajo. Se mueven curiosos intuyendo la forma púbica de mi monte de Venus. Se notan desconcertados ante mi depilación absoluta. Ahí abajo tengo todo liso y pulido como mármol. Un capricho que me he permitido antes de participar en la fiesta y en preparación al fortuito caso de encontrarme con Peyton. Deseaba estar lista para cualquier aventura que nuestro reencuentro trajera, y no me equivoqué.

El acto lésbico que se desenvuelve acapara mis sentidos. Deseo despertar pero no puedo, o tal vez no lo deseo. No sabría qué hacer. Su atrevimiento y el descubrir que es una mujer hermosa han logrado excitarme profundamente.

Mantengo las piernas juntas evitando que logre adentrarse en mi entrepierna. Dudo si debo

permitírsele. No insiste en hacerlo pero en cambio, se acomoda para intentar alcanzar mi pecho con sus labios. Cuando siento su calor sobre mis pezones estoy por entregarme por completo a ese acto cediéndole el camino a explorarme. Sin embargo, estando a punto de voltearme para besarla, ella rompe abruptamente el contacto de nuestros cuerpos retirándose intempestivamente. Algo que la ha obligado a abandonar su interés en mí.

Abro los ojos, gritando sobresaltada. Miro hacia todos lados pero ha desaparecido. Todo ha sido parte de un sueño extremadamente real.

—¿Betsy?, ¿estás ahí? —murmuro somnolienta sin encontrar respuesta. ¿Fue todo parte de un loco sueño húmedo?

¡Mierda!, no volveré a ver películas de terror o acabaré histérica —me froto los ojos aún con aliento entrecortado.

Estoy sudando. Hago un gesto de extrañeza al echar un vistazo a la puerta que se encuentra abierta. Estoy segura de haberla cerrado bajo llave después de entrar a mi habitación.

—Betsy, ¿eres tú, cariño?

Me concentro en detectar algún ruido, una respiración, o un paso en falso que me dé la certidumbre que ha estado aquí. A lo lejos logro captar el ruido delatador de los párpados de la muñeca pero Betsy se desplaza como una pantera silenciosa.

Hago una pausa pensativa —¡Dios, he sido una ingenua! Es muy probable que mi sueño se haya mezclado con la realidad. Me ha observado mientras duermo, pero ¿para que el cuchillo? ¿Desea hacerme daño o es una maniática capaz de encajármelo en la garganta y no recordarlo en la mañana?

Me pongo de pie volviendo a cerrar la puerta. Esta vez pongo una silla bloqueándola. De intentar entrar, la silla caerá y podré sorprender al intruso.

Durante las siguientes horas los demonios del pasado se apoderan de mi mente haciéndome pasar una noche con miedo dentro de mi propio hogar.

Se escucha un ruido en seco que antecede un fuerte dolor. —¡Argh! —grito irguiéndome con un dolor insoportable en la boca del estómago. Ese ruido ha precedido esta punzada. Encojo mi cuerpo escondiéndome bajo las almohadas. No logro reunir las fuerzas para enfrentar la situación que acontece fuera de mi habitación. El miedo se incrusta en mi piel indicándome no enfrentar esta batalla. La fortaleza que ha alcanzado la persona que produjo ese ruido sobrepasa mi valentía ante los Brax...

El dolor es intenso pero se desvanece gradualmente.

Capítulo 19

Develación

Despierto más tarde de lo que planeaba. Los acontecimientos de la noche me han impedido conciliar el sueño hasta entrado el amanecer. Me siento en la cama frotándome los ojos. La foto que he rescatado de la casa en la playa con la imagen de mi hermana, yace volteada sobre la mesita de noche.

Quito la silla frente a la puerta y abro cuidadosamente la puerta. Me dirijo a su habitación deseosa por aclarar con ella los sucesos de la madrugada pero está vacía. Mis pasos son cautelosos y me encuentro preparada para defenderme en caso de que me salte encima con su atuendo de loca.

Conforme me acerco a la sala, un delicioso aroma a café tostado inunda esa zona del apartamento. Como buena italiana, siempre he gozado de un buen *espresso* por las mañanas. El siguiente aroma que detecto es el de pan recién horneado. Betsy debe haber encontrado la masa de los croissants y los ha puesto a hornear.

Tja... ¡mis nervios han hecho desconfiar del mundo! De hecho no está nada mal vivir con otra chica. Sólo debo lograr que no intente atravesarme el corazón mientras duermo y todo funcionará de maravilla —me estiro desperezándome en la sala olvidándome de mis miedos.

—Buenos días, haragana —dice una voz proveniente de la terraza.

Volteo y debo enfocar dos veces sin saber de quién se trata. Mi mirada se encuentra con la de una divina rubia con cabello plisado gozando del esplendoroso sol de California en la mesa de la terraza.

Da un sorbito a su café cuidando que sus labios no se quemen. Esta ataviada con prendas de moda y tiene un estilo un tanto insolente que la hace verse aún más atractiva. Lleva puestos mis coquetos lentes de sol con el logotipo de Victoria Beckham.

Un escalofrió desciende por mi espalda. La chica es hermosa, una mezcla entre Stefanie y Sharon pero esta tiene un aura fresca.

—Hola, ¿nos conocemos? —pregunto intrigada por saber de quién se trata.

—¿No me reconoces sin un vibrador entre las piernas?

—¿Eres tú? ¿Te encuentras bien? ¿No te hiciste daño?

—No seas tonta, aun no sabes lo que soy capaz de tolerar, querida —baja los lentes de sol

resbalándolos por su nariz respingada mostrando sus ojos verdes.

—¿Betsy?! —vuelvo a preguntar perpleja que se trate de ella.

—¿Cómo me veo? —brinca como niña de su asiento esperando ansiosa mi opinión—. Esta noche he vuelto a reencontrarme con la mujer que abandoné hace años. Es hermoso sentirse atractiva.

—Pues... no sé qué decir... es obvio que te ves fantástica. Es sólo que no esperaba tal transformación tan prematuramente.

—¿Te pensabas que ibas a ser la única chica linda cerca de Peyton? Tuve que darme prisa al ver la enorme feminidad que exudas, así que me puse a la altura lo antes posible. Ven siéntate, te serviré un café.

Se pone de pie colocando las gafas oscuras sobre la cabeza. Pasa a un costado y tengo que torcer el cuello viendo estupefacta los detalles de su transformación. Es otra mujer. Sus curvas y esbelta figura dan una seductora estructura al *vintage top* de la marca R13 con grabado de la bandera inglesa.

En su coquetería, Betsy ha dejado el pronunciado escote abierto. Unos listones cruzados frente a su abultado pecho impiden que se abra, dándole un toque por demás sexy. Los jeans de corte bajo, ajustados a la cadera de *Golden Goose Deluxe* se aferran a sus curvas moldeadas. Los lleva arremangados hasta las pantorrillas, rematándolos con unas plataformas *Isabel Marant* que también ha tomado del vestidor. No domina lo alto de los tacones, dándole un caminar inseguro. De lo contrario me sería imposible notar que es la chica que apenas ayer vestía en camión sucio hasta las espinillas. En cuanto los domine, parará el tráfico.

Suspiro atestiguando lo bien que modela mis propias prendas.

Tomo asiento en la mesa. Los croissants calentitos están metidos en una canasta de yute.

—Aquí tienes —pone la tacita de café sobre la mesa

—Por favor dime de dónde sacaste tinte para teñirte el cabello, Betsy. Veo que también te has plisado el cabello.

—Y no solo eso, he aplicado tratamientos y demás enjuagues que encontré. Comparada con tu cabello, el mío parecía un plumero. Todo lo encontré en el armario del baño. Revisé todo lo que tenías y me tomé la libertad de utilizar los diversos utensilios para maquillar y practicar un poco. Hace mucho tiempo que no lo hacía, pero antes podía hacerlo muy bien. Ahí mismo encontré tintes de pelirroja, rubio y negro azabache.

—Había olvidado que los tenía. Cuando conocí a Peyton era una chica inexperta. Su interés en mi provocó un ataque de pánico y fui a comprar de todo sin tener una idea concreta de lo que deseaba. Al final decidí ser genuina y no preocuparme demasiado.

—¿Estas insinuando que no soy auténtica por teñirme el cabello? Por si no te has dado cuenta, Peyton tiene especial debilidad hacia las rubias —dice irritada por mi comentario.

Me reclino hacia atrás perpleja. Esa es la razón por la cual se ha transformado tiñéndose y arreglando el cabello. Por lo visto pretende atraerlo hacia sus redes con su nueva apariencia. Su observación es correcta, también Patricia Lynch, era rubia.

—Tal vez le atraigan las rubias pero las trigueñas lo volvemos loco —arremeto cerrándole el ojo. Ninguna chica salida de la nada me va a intimidar.

—El tiempo dirá quién tiene razón... —dice echando un vistazo hacia el parque frente al edificio. Me disgusta el tono amenazante que utiliza.

—Lo único que traerá el tiempo es el consolidar mi relación con Peyton. No hay nada que demostrar, Betsy. Te aseguro que prefieres tenerme de amiga y no de contrincante —digo imitando el tono amenazante que ella usó. Si se trata de defender el sueño de amor que vivo, soy capaz de todo—. Hay otro punto que deseo dejar bien claro, Betsy.

—¿Y cuál es? —abulta los labios fastidiada del sermón.

—No me place que me hagan compañía sin anunciarse, así que te pido que toques la puerta antes de entrar a mi habitación. Es indudable que eres una experta abriendo cerraduras.

—Lo siento, deseaba... —hace una pausa meditando si debe continuar.

—¿Qué? ¿Qué es lo que buscas? Háblame directamente —insisto a que sea clara.

—Deseaba... descubrir lo que siente Peyton al tenerte desnuda junto a él pero... —tensa la mandíbula sofocando sus palabras.

—Entonces no lo soñé. Me acariciaste incitándome. El cuchillo que creí ver, ¿también era real? Veme a los ojos y no mientas, Betsy.

Asiente. —Lo siento, siempre he dormido con un objeto punzante en caso de que tenga que defenderme —baja su tono altanero. No es mala chica pero hay que volverla a integrar con el mundo.

—Lo entiendo pero aquí estas segura —le acaricio la barbilla. El tierno tacto le provoca batir las pestañas. Aprecio que haya desistido a continuar retando mis palabras, así que le doy otro tono a la conversación para suavizar el momento.

—¿Dónde está esa hermosa muñeca? Quisiera me enseñaras tus habilidades para vestirla —desvía la mirada hacia el interior del apartamento—. No entiendo por qué has perdido el interés por tu muñequita de la que no te despegabas. A petición tuya tuve que regresar por ella arriesgando la vida. ¿Ya no la deseas junto a ti?

—La muñeca me ayudó a permanecer concentrada en la razón por la cual debía tolerarlo todo en ese recinto de tortura. Ya no me es de utilidad.

—Qué mala eres. Es tan bella y viste con tan buen gusto. Es obvio que la cuidaste esmeradamente y ahora, ¿la abandonas sin más?

Calla viendo hacia el interior de la sala. Echo un vistazo siguiendo la línea de su mirada. Sobre la mesa el enorme cuchillo atravesando a la muñequita a la altura de la boca del estómago.

—Es un lastre del pasado —responde tajantemente.

Siento nauseas reconociendo que ese fue el sonido que me despertó. El dolor en mi vientre corresponde al mismo sitio dónde la punta la atraviesa de lado a lado partiéndola casi en dos. Esa muñequilla es una representación de mi persona y va ligada a mí como juguete vudú.

—Desconozco los rituales o brujerías en las que hayas tomado parte pero en este sitio no te vas desplazar con armas blancas en la mano, ni andar acuchillando mis muebles ¿está entendido?

—Está bien, mientras esté aquí, serás la autoridad.

—Me disgusta tu tono sarcástico. En cuanto consigamos un lugar donde vivir, te iras de aquí. Ahora entiendo que jamás abandonaste la esperanza de salir algún día de tu reclusión. Admito que la experiencia debió ser brutal, incluso cruel e inhumana pero no eres de esas que se deja vencer. En su lugar te entrenaste para estar preparada para este día. Estas lista para reincorporarte a la vida con más vigor que nunca y sin importarte a quien pisoteas en tu camino.

Traga saliva. En los ojos se le acumulan las emociones.

—Yo... —la voz se le desgarr. Hace pausa tomando aire intentando evitar el eminente derrame de lágrimas—. No tienes idea lo que he visto y llorado en los años que pasé encerrada. No hubiera podido ser la mujer que tienes enfrente, de no ser porque me aferré a un objetivo y aspiré a tener un futuro prometedor —las lágrimas corren por sus mejillas pero las derrama con dignidad, sin sollozos, sin abatirse por el tema—. Es mi hora de florecer y de recuperar el tiempo perdido.

—Yo intento apoyarte pero creo que necesitas terapia profesional, Betsy —niega con la cabeza—. Ni siquiera me llamas por mi nombre. He esperado pacientemente pero no lo has preguntado. Eso es algo muy impersonal si queremos ser amigas. ¿No te interesa?

Se pone de pie jugando con sus manos que se tornan sudorosas.

—No te llamo por tu nombre porque sé quién eres —dice secamente. Mi garganta se seca. Me incomoda la certidumbre de sus palabras, ella continúa—: Me parece un juego irónico del destino que hayas sido tú la que propició mi liberación. La última vez que nos vimos fue en condiciones totalmente diferentes. Deseaba que fueras otra persona pero las caricias que te di por la noche me causaron desagrado desde un principio. Intenté ignorarlas deseando seducir tu cuerpo hasta que el asco me invadió. Fue entonces cuando levanté el rostro y vi esa foto que tienes junto a la cama con tu hermana mayor. Tu nombre es el mismo que la muñeca, ambas se llaman... Nuviana... —confiesa con esfuerzo.

Mis brazos se cuelgan rendidos a la gravedad, la cabeza me da vueltas. La analogía con la muñeca hace sentido. He sido el motivo de su esclavitud todos estos años. Mi mente se remota a mi infancia, a los únicos momentos en los que sentí ser amada genuinamente antes de la muerte de la persona que más he amado en mi vida.

—Esto no puede ser verdad... eres... ¿Melanie?

Desvía el rostro poniéndose de pie. Sus manos se aferran al barandal del balcón. Esta claramente turbada.

—Hace mucho tiempo que no escuchaba ese nombre... —dice con tono melancólico— me trae recuerdos fuertes, de una época ingenua cuando aún creía en el amor.

—Por favor perdóname si no te reconocí —me pongo de pie deseando abrazarla, besarla. Quiero mostrarle que mi afecto no ha cambiado de ningún modo.

—¡Melanie ha dejado de existir, ahora soy y seré por siempre Betsy! —rechaza mi abrazo

indicándome que no me acerque más—. Ya no corres peligro, no hay nada que me ate al pasado, ni a tu nombre, ni a esa muñeca.

—Pero... es un milagro que el destino nos una de nuevo.

—Nada de milagros. ¿Tienes idea lo que he hecho por ti? ¿Lo que he aguantado para protegerte y que no te hicieran daño?

—¿Así es como te amenazaron? Es por eso que no necesitabas estar bajo llave, ni estar detenida por cadenas. Ahora entiendo por qué no huiste cuando escavaste ese túnel. No escapaste por que ejercieron una esclavitud psicológica sobre ti. De huir, correría el mismo castigo que tantas veces atestiguaste. En tu amor por tu hermana menor lo soportaste todo para salvarme el pellejo —lloro llena de estupor— Melanie... te pido perdón, pero ¡por favor no me culpes!

—¡Deja de llamarme de ese modo! Melanie ya no existía en tu mundo y continuará sin hacerlo. No puedo soportar la idea de ser esa misma persona. Te imploro —se arrodilla— que me des la oportunidad de recomenzar mi vida.

—No te pongas de rodillas ante mí. Es solo que... me hiciste tanta falta en el final de mi niñez y juventud... Mi camino ha sido extremadamente difícil.

—Tja... pero lo lograste. Ve lo segura y bella que creciste. Sin duda me juzgarás como una loca.

—Melanie, te vi colgada, abracé tu cuerpo inerte y besé tus piernas frías. ¿Cómo es que estás con vida?

—Porque siempre lo estuve... La baja temperatura de mi cuerpo, la palidez y la inconsciencia fueron provocadas por la llamada *píldora de la muerte falsa*. La cual contiene cianuro de potasio. La píldora hace que la persona que la ingiere actúe como si estuviese muerto. Obviamente existe un antídoto llamado *píldora revival* y se utiliza para contrarrestar los efectos de la pastilla de la muerte falsa. Es una substancia extremadamente delicada, ya que si la píldora se utiliza durante demasiado tiempo entonces causará la muerte real. Es por ello que estuve en mi habitación junto con Bennet y uno de sus ayudantes colocándome un arnés para evitar asfixiarme con la soga. Lo llevaba bajo un suéter de cuello de tortuga que cubría las delgadas pero resistentes cuerdas de nylon transparente. Una vez que estaba lista, me suministraron la píldora y colocaron la soga alrededor de mi cuello. Yo sólo rogué a Dios volver a ver la luz del día. En cuanto perdí el conocimiento retiraron la silla que me sostenía verificando que no me estrangulara. Después colocaron un velo negro sobre mi cabeza que disimulaba mi rostro y se retiraron. Todo estaba listo cuando tú y mi madre regresaron de la escuela.

—Pero, Melanie... ¿cómo pudiste prestarte a algo así sabiendo lo mucho que sufriría tu familia?

—¿No lo entiendes? ¡Bennet me utilizó para fingir mi suicidio! Además, no sabes lo que dices. Tu inocencia de niña era incapaz de reconocer la frustración y tristeza provocadas al no poder consumir mi amor debido a las prohibiciones de nuestra madre.

—¿Lo hiciste por despecho? Ella sólo deseaba lo mejor para nosotras. ¿No crees que tenía razón? Mira como hemos terminado por inmiscuirte con ellos.

—¡Calla! ¡Fue por ti! ¡Siempre ha sido por ti! Me dejaron sin alternativa amenazándome. De no ayudarlos, te harían daño. En ese entonces ya había intuido de lo que eran capaces de hacer a chicas

inocentes. La idea de imaginar que pudieran ponerte un dedo encima siendo niña me llenó de terror. Acepté a hacerlo a cambio de que nos dejara en paz para siempre. Desafortunadamente Bennet incumple su parte del trato, y en lugar de despertar en los brazos de la persona que amaba, lo hago en esa cloaca oculta bajo la casa de la playa.

—No me culpes por algo que jamás entendí.

—*¡Bah!* De no haber sido por ti hubiera vivido mi historia de amor.

—Yo era tan sólo una niña. ¿Cómo podría haber influido en tus decisiones? —pregunto perpleja de actitud hostil.

—Porque en lugar de huir con la persona que amaba, retrasé la fecha para poder cumplir con tu estúpido sueño de ir con tu hermana mayor a pasar un día juntas en Beverly Hills —sus palabras me hieren. Aprieto los labios sintiendo las emociones arrastrándose por mi garganta—. Ese fue mi error, sin embargo lo hice por lo mucho que te amaba, pequeña. Ese sentimiento puso en peligro mis planes. De haberme ido tres días antes, Bennet jamás hubiera sabido de que escaparíamos al extranjero, pero el dominio y autoritarismo que ejerce sobre su hijo, es apabullante, incluso para traicionar un triángulo amoroso.

—Después de llorarte al verte ahí colgada recuerdo que los médicos llegaron sin siquiera llamarles. “*Los vecinos nos notificaron de un serio problema...*”, dijeron. Mi madre dio gracias a Dios por su presencia.

—¿No recuerdas su rostro? Bennet fue el primer doctor en llegar a la casa para sacar el cuerpo. El muy cruel me contó la maestría de los detalles de su plan, así como el impacto en mis seres queridos. Me describió cómo llorabas en el entierro, narrándome también lo sencillo que fue influir en nuestra madre estando en un estado de shock. No le costó mucho trabajo ganarse su confianza para acompañarla en la identificación de mi pseudo-cadáver con el argumento de que no deseaba exponerla a más impresiones que le causaran más dolor.

—Pero... ¿y la carta de despedida?

—¿Acaso no es obvio? Fue escrita con el puño de una mujer herida de amor.

—Stefanie...

Melanie, asiente. —La misma que me odió por arrebatarme el amor de su vida. En el inicio de la carta se describe como la persona que me arrebató a Peyton, cuando en realidad ella fue la que lo perdió por su instinto posesivo. En los siguientes párrafos, plasma su desprecio por los actos maniáticos de su amado, contando con sus propias palabras su desacuerdo ante tales actos.

—Ahora lo entiendo. Bennet aprovechó el desprecio que Stefanie sentía por ti, persuadiéndola para hacerla parte de su plan. Sólo ahora, casi después de una década me hace sentido la frase en latín: *Nulla poena sine culpa* —no hay castigo sin culpa—. Se refiere al lema de Peyton con el cual justifica sus actos. Según él, la culpa viene de las chicas que se interesan por él superficialmente y el castigo es el que les aplica al juzgarlas como culpables. Es juez y verdugo al mismo tiempo.

—Bennet tuvo éxito en deprimirme, en desgarrarme el alma convenciéndome que jamás volvería a verte. Fue cuando entendí que lo único que podía hacer era permanecer en ese terrible lugar para

protegerte. Ese hombre era capaz de entregarte a los perros y luego traerte ante mí para escarmentarme.

—Y mientras todo eso pasaba, también intentó manipularme a mí en sus asquerosas terapias en las que intentaba acariciarme siendo una niña.

—De eso no tuve conocimiento. Lo último que supe fue que mi madre desarrolló esquizofrenia. La misma que la llevó a la tumba llena de culpa. Su estricta línea religiosa no le permitió tolerar mi confesión de estar enamorada de dos hombres. Una lástima, lo que más necesitaba en ese momento era su consejo. Sin duda me hubiera ayudado pero en su lugar se escandalizó reprimiéndome, creando una atmósfera de rechazo hasta que decidí irme para vivir mi aventura y culminar mi historia de amor. Desafortunadamente, Bennett se enteró que huiríamos y como hombre poderoso que sabe conseguir lo que quiere a cualquier precio, planea mi suicidio para arrebatarnos una vida juntos. Mi sueño de empezar una vida en pareja se desvaneció cuando desperté en esa cloaca bajo las estructuras del jardín en la casa de la playa. Semanas después escuché discusiones entre Peyton y su padre deliberando si debían remitirme a la clínica mental pero nunca sucedió, desconozco el porqué.

Hmm... tal vez deseaban que Kyler no te encontrara y es por ello que decidieron desaparecerte por completo de la faz de la tierra en un lugar que sólo ambos conocieran... —pienso antes de decirle—: Te puedo asegurar que tu terrible cautiverio hubiera sido un infierno en la clínica mental.

—Tal vez, pero eso nunca lo sabremos.

—Mi mente infantil jamás intuyó que estuvieras a punto de partir. Jamás pensé que fueras capaz de abandonarme, te sentía muy cerca de mi corazón.

—De no haberte querido tanto, mi vida sería otra. Todo por cumplir con mi promesa de llevarte en tu cumpleaños a Beverly Hills para pasar el día juntas. Tu mayor sueño para compartir con tu hermana mayor antes de entrar a la pubertad.

—Y aquí estamos sin haber concretado ninguno de esos sueños. ¡Nos los arrebataron, Melanie!

—El proceso más duro es la aceptación a la devastadora realidad, la resignación a la desgracia, el estar condenada de manera irremediable a la infelicidad permanente y a la negación de todos tus anhelos.

—No puedo imaginar la desgracia que afrontaste, pero, ¿por qué tú?

—El fingir mi suicidio logra su propósito: el mantener en el círculo de influencia de los Brax a un chico que se enamoró de mí... su nombre era Kyler.

—¿Era?

—Falleció a los cinco años de mi cautiverio. Peyton me lo comunicó. No soy capaz de continuar siendo Melanie sabiendo que Kyler ha muerto.

¿Kyler, muerto?... Al parecer la han hecho creer en ello. No pienso aclararle nada al respecto hasta saber más.

—A partir de ese momento dejó de importarme todo. Me drogue hasta el cansancio abandonándome completamente como mujer. Tenía a mi disposición todas las drogas que puedas imaginar, cuando mi salud se deterioró, Bennett intervino. Me necesita con vida cuando yo solo deseaba la muerte. Peyton perdió todo su interés en mí. Sólo me quedó el recordar los maravillosos momentos que pasamos juntos

antes de que su padre interviniera con sus planes.

—Quieres decir que tú y el...

Me ve curiosa intentando denotar si mi ingenuidad llega a tanto —No hagas preguntas en las que no deseas escuchar las respuestas, Nuviana.

No puedo vivir sin la respuesta. La formulo concretamente—: ¿Estuviste íntimamente con Peyton?

Deleitada de escuchar la pregunta, responde animosa —¡Por supuesto! ¡Y de qué manera, Jesucristo! Fueron los mejor años de mi vida entregándome al placer más grande que una mujer puede anhelar. Tenía dos hombres extremadamente diferentes a mis pies y decidí gozarlos a ambos al mismo tiempo. Innumerables tríos haciendo locuras compartiendo nuestros cuerpos...

—Prefiero que no entres en más detalles. —La fuerza de mis emociones implora no saberlo. Comienza a afectarme que mi hermana haya estado íntimamente con el primero y último hombre que amaré. Aquel por el cual soy capaz de convertirme en una musa diariamente con tal de que pose sus hermosos ojos sobre mí. Todo para esperar ese momento de verme desarmada con su masculina sonrisa complaciente—. En realidad ya no es relevante, la situación ahora es completamente diferente, Melanie.

—Lo único diferente es que ahora has crecido, Nuviana. Sin embargo, hay amores que se afianzan para siempre.

Le sostengo la mirada analizando su frase. *¿Es que acaso no se da cuenta el modo inverosímil en el que lo amo? ¿Porque no se hace a un lado, dejándome vivir mi amor? Es evidente que desea tentar mis límites...*

Decido apostar todo con una simple pregunta, consciente de que arriesgo a que me rompa el corazón en mil pedazos. Me lleno de falsa valentía a pesar de que mis manos tiemblan.

Betsy —la llamo de ese modo acentuando que el pasado debe quedar enterrado, al igual que su fijación por Peyton—, necesito preguntarte algo muy importante y te pido contestes con absoluta sinceridad —me lanza una mirada satisfecha de haberme acorralado. La posible respuesta tiene el poder de devastarme. Mi esternón lanza un calambre que se extiende por mi cuerpo cuando expulso de mis labios:

—¿Amas a Peyton?

Guarda silencio. Echa un vistazo distraído hacia el sol. Arranca un pedazo de croissant con el dedo pulgar e índice, arrojándolo cuidadosamente dentro de su boca.

No sé si medita lo devastador de las secuelas de su posible respuesta o si deliberadamente disfruta alargando mi tormento. Esta mujer no es la hermana piadosa llena de amor que conocí en mi niñez, a esa se la ha tragado el tormento y el castigo. El sufrimiento y la soledad han esculpido a un ser que se muestra sin escrúpulos ni sentimientos afectuosos.

Los segundos transcurren transformándose en una agonía absurda. La fuerza destructora a la que me enfrento rebasa mi fortaleza imaginando el modo en que puedo sucumbir ante una simple respuesta.

En ocasiones nos creemos fuertes y olvidamos calcular las consecuencias de nuestras palabras. En un inicio pensé el ser incapaz de ir en contra de los sentimientos y anhelos de mi hermana, aun teniendo

que abandonarme a la desgracia por el resto de mis días. Sin embargo, ahora que mi corazón y existencia entera están en juego, mi instinto de supervivencia me dicta que me retracte.

El aguardar por sus palabras ha hecho que reconsidere la posición en la que me he puesto. Es mejor no saberlo en este momento, es mejor engañarme, mentirme de ser necesario.

—Olvida mi estúpida pregunta, Melanie —intento persuadirla pero es demasiado tarde...

—Si —responde.

—¿Si olvidarás la pregunta, o si lo amas? —me aferro desesperada al precipicio antes de caer.

—No te hagas la tonta. Si lo amo. Lo amo con todas mis fuerzas. Siempre lo he hecho, incluso desde que eras una niña. Llevo más tiempo amándolo que tú. Es el hombre de mi vida, el motivo por el cual deseo ver la luz cada mañana.

La tierra se abre bajo mis pies, tragándome. Caigo en un oscuro abismo hacia zonas de sufrimiento desconocidas por mi alma. El infortunio, la tristeza y un vacío interior someten mi cuerpo doblándome de rodillas vencida la angustia que sofoca mi aliento. Ni siquiera de niña había sentido este desconsuelo.

Melanie observa complacida como me derrumbo. Su cara no denota sorpresa, esperaba mi reacción. Se queda de pie satisfecha de infligirme sufrimiento. Su mente traumada está convencida que soy la causa de su infortunio e intenta hacerme saldar esa deuda castigándome despiadadamente con el dolor que su respuesta ocasiona. Ni siquiera intenta consolarme. Su rostro no refleja emociones, los años se los han arrebatado, de lo contrario no hubiera sobrevivido escuchando los gritos desgarradores de mujeres siendo maltratadas.

—Hermana, por favor —le digo derramando lágrimas esperando me abra su gélido corazón—. Si queda algo de compasión dentro de ti, te pido tengas misericordia. Olvida el honor, el egoísmo o el orgullo, muéstrame que sigues siendo la misma persona que tanto admiraba.

—No lo soy, lo siento. La compasión sólo la piden las personas débiles. Saldrás adelante y te quedarás sola en el intento.

—Te equivocas, no estoy preparada para perder a Peyton. No me queda la fuerza interna para afrontar un dolor tan grande. Te imploro no busques venganza con esa crueldad. Si deseas que pague el precio de mi libertad por tu calvario, hay otros modos en los cuales puedes reprenderme pero no lo ejerzas de ese modo.

—Te lo apropiaste en mi ausencia, Nuviana.

Arremete donde más duele. —¡Calla! No hagas falsas aseveraciones de no tener genuinos sentimientos hacia Peyton. ¿Cómo arrebatarte a alguien que apareció de la nada en mi camino? —me arrastro hacia el balcón de la terraza.

Me aferro al barandal con ambas manos, poniéndome de pie con piernas temblorosas. Tomo una bocanada de aire que se extingue en sollozos. Mi cabello cae sobre mi cabeza al empinarme sobre el balcón. Los niveles de irracionalidad se apoderan de mi mente con la evocadora idea de terminar con este dolor arrojándome al vacío. El aterrador pensamiento de continuar mi vida sin él me impulsa a hacerlo. Coloco mis pies sobre el canto. El borde del cristal protector queda bajo mis muslos. Una ligera

pérdida de equilibrio y caería diez pisos hacia abajo.

Con mirada fría, ausente de compasión y sin intención alguna por persuadirme a no saltar, confirma mis presentimientos diciendo:

—Si el amor que alguna vez existió entre nosotras tiene que terminarse por Peyton, estoy dispuesta a ello —dice sin mostrar remembranzas del cariño que nos teníamos. Tristemente, es otra persona, para ella la hermandad entre nosotras ha muerto.

Mi resignación aumenta. —Por la sangre que nos une, pondré mi amor por ti por encima de mis sentimientos hacia él. Se me incendia el alma al confesártelo pero te cederé el paso para que seas feliz. Solo nos tenemos la una a la otra, no lo olvides —me duele cada palabra pero no soy capaz de interferir en su camino para que encuentre la felicidad.

—Bah... —exclama aburrida de sermonearla—. Por serle fiel a esos valores y virtudes fue que perdí la oportunidad de ser feliz. De no haber retrasado mi huida de nuestro hogar, hoy estaría en un lugar hermoso disfrutando de un amor verdadero. Y por esa convicción estúpida que te vence ante lo que anhelas, lo perdí todo.

—Eres mi hermana, no lucharé contigo. Si esa es mi penitencia por haberlo conocido, la aceptaré —digo con impotencia bajándome del borde, colocando mis pies nuevamente en piso firme.

Limpio las lágrimas de mis mejillas. La tormenta de emociones ha llegado a su fin. La mujer valiente en mi interior resurge, esa que no es orgullosa sino que sabe sufrir y gozar las emociones al máximo encontrado el vigor necesario para salir adelante.

—Tal vez me odies, pero yo no puedo hacerlo, Betsy —la tomo de la mano—. Me queda claro que Melanie ha dejado de existir, pero siempre estaré en deuda con ella por esa efímera pero hermosa niñez en la que se entregó con todo su cariño. Sin esos bellos momentos riendo en nuestra habitación jamás hubiera sido lo que ahora soy.

La jalo ligeramente para que se ponga de pie y la abrazo del mismo modo en que lo hice cuando creí que abrazaba sus piernas inertes pensando que ella estaba colgada de esa viga de la casa. Lo hago con todas mis fuerzas demostrándole lo mucho que la he extrañado durante todos estos años—. Te quiero, juntas saldremos adelante.

En ese momento me doy cuenta que he vuelto a llorar... la amnesia y los diversos pasajes con Peyton me han devuelto las lágrimas que se habían secado desde que Melanie había desaparecido de mi vida.

¡Ring! ¡Ring! —suena mi teléfono móvil.

—¿Si, diga? —respondo entre sollozos tragándome la amargura.

—*Ni siquiera se te ocurra pronunciar mi nombre en su presencia. ¿Está la chica contigo?*

—Si... —reconozco la voz, es Kyler— ¿Cómo es que tienes mi número? —entro al apartamento asegurándome que Melanie no pueda escucharme.

—*¿Se encuentra bien?*

—No la reconocerías, se ha transformado.

—*Nuviana, tenemos que vernos a solas...*

—¿A solas? Cómo te atreves a pedírmelo después de ver de lo hiciste con Stefanie? Me das miedo.

—Su muerte era necesaria.

—¿También lo era el modo tormentoso de hacerlo?

—*No lo entiendes. Jamás hubiera confesado la existencia de la casa en la playa, mucho menos la persona que escondían a mis espaldas.*

—Sé de quién se trata, Kyler. Puedes pronunciar su nombre. Acabo de descubrirlo hace unos minutos.

—*Esto cambia la perspectiva de mi vida, Nuviana.*

—No más que la mía... —digo con abatimiento. Para él renace la esperanza, para mí se termina.

—*No percibo entusiasmo en tus palabras después de reencontrarte con tu hermana.*

Me recuerda que converso con un tipo altamente perceptivo e inteligente. Debo ocultarle a toda costa que Melanie ama a Peyton o no vacilaría en matarlo, y con ello, se evaporaría la esperanza de mi hermana de vivir el amor que tanto anhela.

—Acepto reunirme contigo. Dime dónde y cuándo, pero sólo iré con una condición.

—*No estoy para que me condiciones. Ambas corren peligro. Melanie era el último as bajo la manga de los Brax. Harán lo que sea necesario para recuperarla y chantajearme.*

—Prométeme que no le harás daño a Peyton.

—*¿Es que no entiendes lo que te digo? ¿Acaso el amor puede cegarte de ese modo? Olvídate de Peyton, debe morir...*

—¡Noooo! —grito. Melanie voltea a verme.

Kyler termina la llamada.

Fin

Volumen 2